Seix Barral Biblioteca Breve

Sergio Missana

Las muertes paralelas

Seix Barral Biblioteca Breve

Sergio Missana

Las muertes paralelas

© Sergio Missana
Inscripción nº 203.008
Derechos exclusivos de edición
para Chile:
© 2010, Editorial Planeta Chilena S.A.
11 de Septiembre 2353, piso 16
Santiago (Chile)

ISBN edición digital (ePub): 978-956-9949-07-4

Diseño de cubierta: Cristóbal Anrique
Diagramación y corrección de estilo: Antonio Leiva

Primera edición: abril de 2011

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12

Para Ramsay

El niño es padre del hombre...

W.Wordsworth

¿Y qué tosca bestia, su hora cumplida al fin,
se arrastra hacia Belén para nacer?

W. B. Yeats

1

La segunda mitad de mi vida arrancó de manera auspiciosa. O por lo menos eso me pareció el día de mi cumpleaños número cuarenta. Aunque me propuse despojar mis actos de cualquier valor simbólico y precaverme contra el menor asomo de superstición, no pude dejar de ver en esa jornada perfecta un modelo a replicar, un microcosmos de lo que iba a ser mi existencia a partir de entonces: reducida a sus mínimos componentes, libre de ataduras y expectativas, impredecible. La lúcida y serena euforia que me acompañó todo ese día no se vio enturbiada siquiera por el brusco corte durante mi baño –la habitual constatación de que el tiempo se había plegado sobre sí mismo– ni por lo que venía a ser el primer episodio dentro de un episodio. En ese sueño o alucinación (el neurólogo iba a enfatizar que era imposible soñar durante un episodio de amnesia) me vi transfigurado en una anciana que arrastraba trabajosamente unas pantuflas raídas por la gravilla de un espacio abierto, una plaza. Esa «ausencia», por lo demás breve, no fue más que una levísima falla, un mínimo defecto que resaltaba por contraste las virtudes de ese día y les agregaba espesor y realidad.

En un gesto sin duda extravagante –que ahondaba la preocupación de mis amigos y amigas más cercanas, para quienes constituía la señal inequívoca de una crisis de mediana edad– decidí pasar esa jornada completamente solo. Organizaron una cena en un restorán japonés. Acepté con la condición de que se realizara la noche anterior. La mañana de mi cumpleaños me desperté temprano, en el departamento de Manuel, donde me había quedado la última semana de rotación. Formé un ovillo con las sábanas y las deposité en la lavadora. Plegué el sofá cama. Me di una ducha. Garabateé una breve nota de agradecimiento a Manuel y a su nueva polola por su hospitalidad y por la cena de la víspera. Salí sosteniendo la maleta y el bolso sin hacer ruido. Bajé a la calle y tomé un taxi. Antes de las nueve hice el ingreso definitivo a mi nuevo departamento, en la calle Rosal. Todo estaba impecable. La señora de la limpieza había acudido, según lo acordado, la tarde anterior. Me tomó menos de media hora desempacar y completar la mudanza.

Aunque había firmado el contrato un mes antes y llevaba pagando arriendo dos semanas y media, esperé hasta ese día, quedándome en casas de amigos e incluso pasando un par de noches en un hotel, para mudarme. En realidad me había ido instalando de manera gradual, realizando compras y pequeñas reparaciones, armando una repisa nueva, desembalando mis libros y películas,

asegurándome de que funcionaran el Internet inalámbrico y la televisión por cable, entablando breves conversaciones con la conserje y con un par de vecinos, visitando los cafés y librerías locales, familiarizándome con el barrio. Solo había evitado dormir ahí. Hasta entonces. Cambio de folio, vida nueva. Además, en lo que para mi entorno resultaba sin duda la decisión más alarmante de entre un cúmulo de decisiones alarmantes, el mes anterior había renunciado a mi puesto de director creativo en la agencia de publicidad de la que era también socio minoritario, anunciando que mi última jornada de trabajo iba a corresponder con el último día de mis treinta y nueve años. Los otros socios intentaron, en una seguidilla de reuniones y almuerzos que ocuparon casi una semana de su valioso tiempo, convencerme de deponer mi decisión por medio de argumentos poderosos: aumento de sueldo y del porcentaje de sociedad, auto de la marca y modelo que yo estipulara, nueva oficina, segunda asistente, dos semanas extra de vacaciones, etcétera. Esas prebendas adquirieron en algún momento, por su mera acumulación, un carácter hiperbólico y hasta amenazante: conformaban un sutil desafío a que me largara. Ya que era necesario ceder en toda negociación, les concedí un punto: en vez de una renuncia indeclinable, les propuse llamarlo un año sabático. No aceptaron. Ascendieron a mi puesto a uno de los directores creativos asociados. El día anterior a mi cumpleaños trabajé hasta la hora habitual y me fui directo de la agencia al restorán.

Lamentablemente, el tercer y más significativo de los cambios en mi vida –el avance espeso, ineluctable de los trámites del divorcio– escapaba a mi control. Si de mí dependiera, hubiera fijado para la víspera la audiencia con el juez, de modo de intensificar esa sensación, por lo demás engañosa, de que ante mí se abría un nuevo comienzo, de hacer fojas cero. Paula y yo habíamos firmado diez meses antes el acta de constancia del fin de la convivencia –aunque en ese tiempo todavía vivíamos juntos– y el acuerdo que regulaba nuestras relaciones una vez divorciados y que se limitaba a una división tajante de las aguas económicas: no se estipulaban compensaciones de ningún tipo. A eso contribuía una leve asimetría de solidez financiera a favor de Paula, es decir, de su familia. Tal como nos señaló uno de los abogados (el de ella) mientras esperábamos turno en la notaría, todo el asunto era mucho más sencillo por la falta de hijos. Eso ahorraba preocuparse de la educación, la pensión alimenticia, el régimen de visitas del padre y un sinnúmero de complicaciones. Miré de reojo a la Paula y sus ojos se encontraron con los míos un instante, pero no dijo nada. Se limitó a asentir. La comisura de sus labios se curvó en lo que no alcanzaba a ser una sonrisa, reconociendo la paradoja: de haber existido esos hijos no nos encontraríamos allí. ¿O sí? La primera audiencia en el Juzgado de Familia estaba fechada para dentro de un mes, a partir de mi cumpleaños. Paula iba a tener que viajar especialmente desde Madrid. Todo parecía indicar que se iba a quedar allá, aunque aún no conseguía trabajo. Mariana tenía armada una vida que no quería sacrificar: trabajaba en una galería de fotografía y terminaba de pagar un piso en los

márgenes de Chueca, en el que había acogido a su media hermana de forma indefinida. Yo aguardaba con impaciencia la inminente visita de Paula, aunque fuera por las razones equivocadas, para comparecer ante un juez. Debía reconocer que a esas alturas, a tres meses de su partida a España, empezaba a echarla terriblemente de menos.

Me preparé un café cargado en la cafetera nueva. Me dediqué a recorrer el departamento en silencio, comprobando que todo estuviera en su sitio. Me instalé en un sillón en el living, enfrentando la ventana que daba a la calle, por la que se filtraba un rombo de luz matinal. No tenía ningún plan. Había decidido reemplazar mi cumpleaños por una suerte de simulacro de mi cumpleaños, una representación teatral llevada a cabo sin público o para un álter ego, una parte de mí mismo que hacía las veces de observador silencioso y neutral. Y eso implicaba un despojamiento, una reducción al mínimo para empezar de cero. Nada de eventos conmemorativos. Ese era, literalmente, el primer día de mi nueva vida y tenía que improvisar, del mismo modo que debía decidir, en algún momento, qué hacer con mi libertad y mi futuro. En el último mes había recibido dos ofertas informales de otras agencias. Tenía claro que un par de décadas consagradas a la publicidad eran más que suficientes, pero eso era una red de seguridad en caso de una caída libre, un último recurso. Disponía de medios para un año sabático y algo más. Por lo pronto, necesitaba unas semanas de descanso. Mi único proyecto, todavía vago, sin destino definido y sin fecha, era viajar. Tal vez a la India, Turquía o Marruecos. Era de esperar que eso aminorara (y en lo posible eliminara) los episodios de amnesia.

Sentado en el sillón, a través de una intrincada e impredecible asociación de ideas derivada de la amnesia, me vino a la mente una modelo y promotora llamada Fernanda Soto, a quien había conocido en la filmación de un comercial un año antes y que volví a encontrar por casualidad, el mes anterior, en el gimnasio. Fue el neurólogo quien me conminó a hacer ejercicio. Una actividad física moderada iba a contribuir a mi salud en general, dijo, y al buen estado de mi sistema nervioso en particular. Me inscribí en un gimnasio en Vitacura. En dos meses solo acudí en tres ocasiones, después del trabajo, a caminar en una cinta transportadora. Apenas llegaba, ya antes de cambiarme de ropa, empezaba a contar los minutos para largarme. El ejercicio era lo de menos. Una vez rota la inercia, mi cuerpo se acostumbraba a ese ritmo distinto y era difícil parar. Pero detestaba la cultura del gimnasio, el exhibicionismo, la exultación de los cuerpos conscientes de sí mismos, el olor a encierro, las luces crudas, la música insufrible, los televisores transmitiendo todos los canales en simultáneo como en una sala de control, la suma de movimientos repetitivos que formaban para mí una sola danza discordante. Era posible que ese lugar fuera beneficioso para la mayor parte de mi cuerpo, pero no para mi sistema nervioso. La mañana que me fui a desinscribir divisé a Fernanda corriendo en una de las trotadoras. Me acerqué hasta que me vio y me saludó con la mano, sonriendo. Respondí el saludo desde lejos. Di media

vuelta y me marché. Ahora, sentado en el sillón, la imagen de Fernanda y su cola de caballo flotante no me dejaba. Me dije que eso contradecía el espíritu de ese día, que entre otras cosas debía proporcionarme una ilusión de autosuficiencia, de no depender más que de mi propia voluntad, mientras bajaba a la calle y caminaba hasta la esquina del cerro para tomar un taxi.

Llegué al gimnasio a eso de las diez, temiendo que fuera demasiado tarde. La sala principal estaba casi vacía. Tampoco había rastros de Fernanda en un espacio menor, un cubículo de espejos que encerraba las máquinas de pesas. Me encontré con ella en la puerta de salida. En mi ofuscación, no me di el trabajo de simular que había ido allí a hacer ejercicio. La invité a tomar algo, indicando un café al otro lado de la calle. Aceptó, sorprendida, declarando que disponía de poco tiempo porque tenía que ir de compras con su novio. Se había cortado el pelo negro a la altura del cuello y lo tenía empapado. Llevaba una camiseta de manga larga y pantalones de buzo. Era más baja y algo más maciza de lo que yo recordaba. Parecía extrañada. Y yo también lo estaba. ¿Por qué ella? ¿Por qué hoy, en un día del que, por más que trataba de evitarlo, sospechaba en cada detalle y gesto un alcance cabalístico, una honda relevancia ulterior? No la conocía en absoluto. Era una de cientos de chicas que me habían coqueteado –acaso en un guiño obligado a mi rango, más que por verdadera afinidad o interés– en filmaciones o sesiones fotográficas a lo largo de los años, sin que les diera mayor importancia. ¿Tenían razón mis amigos y mi conducta impredecible, errática de las últimas semanas marcaba el advenimiento de una crisis de mediana edad? ¿Era Fernanda la primera de una serie que iría a desembocar inevitablemente en el patetismo?

Nos acomodamos en un sofá en el segundo piso vacío. La interrogué sobre su vida, de la que no sabía nada, simulando que me ponía al día. A los veintiún años terminaba de estudiar Publicidad en un instituto en el que me habían ofrecido, y había declinado, enseñar. Irradiaba felicidad y orgullo porque la acababan de contratar como modelo en un programa de televisión. Se encontraban en fase de ensayos. Su novio, al que se refirió sin mayor entusiasmo, era uno de los productores. Se conocieron en el *casting*. Yo lo ubicaba. Un gallito de pelea con marcas de acné en la cara. Había tenido algún enredo con la ley por microtráfico de coca al interior de otro canal, cosa que me abstuve de comentar, aunque sospeché que ella debía estar al tanto. Una pareja de mujeres rubias emergieron de la escalera y se sentaron en una esquina opuesta del cuarto. Una de ellas depositó un Mac portátil blanco en la mesita redonda ante sus sillones. Fernanda bajó el volumen de su voz a un susurro cómplice. Me daba la impresión de que simulaba su acento de clase media alta.

–¿Y tú, Tomás? ¿Qué es de tu vida? ¿Cómo va la agencia? –susurró.

Nos manteníamos aún a cierta distancia en el sofá. Eran las diez y media de la mañana. Me retiré ayer, los mandé a la mierda, me disponía a decir, pero sonó su celular. El tono atrajo la atención de las dos mujeres, que levantaron la vista de la pantalla del computador y nos observaron con fría curiosidad.

Fernanda contestó:

–Hola, mi amor. ¿Te importa si lo dejamos para mañana? Me atrasé. Vengo llegando al gimnasio. Voy a apagar el celular ahora pero te llamo más tarde. Nos vemos en el canal. Un besito. Adiós.

Colgó y me dedicó una sonrisa de disculpa, que incluía el reconocimiento de haberle mentido a su novio.

–Es que el Nico es súper celoso... –subrayó, algo descompuesta–. ¿En qué estábamos? Ah, sí. ¿Cómo va la agencia?

–¿Te gustaría ir a un motel? –dije en voz demasiado alta, sorprendiéndome tanto o más que a ella. Ni siquiera había hecho el intento de acercarme, de tocarla. Me recriminé enseguida mi torpeza y, sobre todo, el situarme, en ese día especial, en una posición vulnerable. Ahora el curso de mi jornada perfecta dependía de ella.

Fernanda me miró un instante a los ojos, seria. Bajó la vista. Dejó que transcurriera una pausa.

–Bueno –susurró.

Salimos. Levanté tarde la mano para llamar a un taxi que pasó de largo.

–¿No andas en auto?

–Es que me tienen prohibido manejar –dije con naturalidad, soportando su mirada de extrañeza–. Tengo episodios de amnesia.

En el último tiempo todo el mundo me miraba igual, como si me estuviera volviendo loco, como si entendieran con toda claridad algo evidente sobre mi persona que a mí se me escapaba. Paró un taxi. Se me ocurrió por primera vez que, para ir a un motel, era necesario un auto.

–Mejor vamos a mi departamento –sugerí, y eso pareció aplacar, en parte, el desconcierto de Fernanda.

Durante el trayecto casi no hablamos. El taxista escuchaba música tropical a todo volumen. Fernanda miraba absorta por la ventanilla. No me decidí a tocarle la mano, que iba apoyada entre nosotros en el forro manchado del asiento. Temí que al llegar al edificio cambiara de opinión, que no se bajara del taxi. La conserje vigilaba la entrada apoyada en el umbral; sosteniendo una escoba, conversaba con otra mujer. Pasé junto a ella sin levantar la vista. En el ascensor, Fernanda mantuvo su distancia, tensa, cabizbaja. Pero, una vez en el departamento, su actitud se distendió, sonrió aliviada, creo –más que por los espacios medio vacíos, la decoración minimalista–, por la relativa normalidad del lugar, en contraste con mis torpezas y extravagancias. Como si hubiera temido encontrar allí algo anómalo, algo que confirmara sus peores sospechas.

–Me encanta así, vacío –declaró, atravesando el parqué del living.

–Me falta comprar algunos muebles.

Fernanda sacó un libro de la estantería (un cómic de Bilal) y se puso a examinarlo.

–¿Cuánto tiempo que vives aquí?

–Desde hoy.

Me dedicó una expresión perpleja.

–¿En serio?

–En serio. Lo estoy arrendando desde principios de mes, pero hoy me mudé oficialmente. Va a ser la primera noche que duermo aquí. ¿Quieres tomar algo?

Fernanda negó con la cabeza. Salió del living y entró al baño contiguo a mi dormitorio. La esperé en la puerta. Se asustó al abrir, pero se esforzó por sonreír. La besé. La hice girar sobre su eje y la empujé con suavidad. Cayó de espaldas en la cama, riendo. Nos besamos largo rato, mientras ella acariciaba mi sexo a través de los pantalones. La desnudé rápido, sin demorar esos prolegómenos. Su piel era muy morena. Se incorporó para quitarme la camiseta y los jeans. Besé y lamí sus pezones oscuros, grandes en relación a sus pechos. Calqué con un dedo las líneas de un tatuaje en forma de mandala en su cadera, bajo la altura del ombligo. Se cubrió pudorosamente el sexo con una mano. Recorrí los bordes depilados, un poco abrasivos, con tenues dentelladas. Separé sus dedos y fui entreabriendo con la punta de mi lengua los labios, desde la base hasta el pequeño promontorio trémulo de pliegues y nudos. Repetí la operación, aferrándola por las nalgas, mientras ella se arqueaba y cerraba los ojos. Aunque no había sido mi intención original, me quedé allí, persistí durante largos minutos. Fernanda, con la cara enterrada en mi almohada nueva, contenía en extensos pasajes la respiración. Creo que me proponía compensar de algún modo mi brusquedad, mis ineptitudes de esa mañana. Continué lamiéndola hasta habituarme al sabor metálico y la consistencia suave y viscosa, que fueron adquiriendo un carácter neutral, separado de su persona. Pensé por primera vez (hasta ese instante no se me había ocurrido conectar ambos sucesos) que ese corte radical –divorcio, mudanza, año sabático– era en realidad el segundo y que era posible que esas rupturas obedecieran a un ciclo de unos veinte años. La primera tuvo lugar a los veintidós; la segunda, a los cuarenta. ¿Quería eso decir que me esperaba una crisis de similar magnitud alrededor de los sesenta, y otra, con suerte, a los ochenta? Era increíble que lo que en su momento me había parecido el evento capital y más drástico de mi vida, el pivote sobre el que giró mi destino, hubiera terminado por caer casi en el olvido.

En esa época mis padres todavía estaban casados y vivían en Vitacura, no lejos –ahora que lo pensaba– del gimnasio y del café. Mi padre cumplía cincuenta años y decidió celebrarlo en grande. Era un viernes en la noche, a finales de octubre. Una carpa, orquesta, doscientos o más invitados: un evento de la magnitud de un matrimonio. Yo cursaba quinto año de Derecho en la Católica. Recuerdo que me emborraché y traté de besar a mi prima Loreto, de diecisiete, quien me amenazó con contarle a Ximena, mi novia, con la que planeábamos casarnos después de mi examen de grado. En algún momento de la fiesta, en medio del estupor alcohólico, me acordé de mi refugio secreto de infancia, una cavidad en el centro de una mata de arbustos. Me deslicé hasta

ahí y me acosté de espaldas con los brazos extendidos. El piso de musgo se mecía con delicadeza, como si reposara en una balsa sobre un lago. Me quedé dormido. Me despertaron unas voces cercanas. Dos hombres se habían sentado en el banco de madera, a un metro escaso de mi cabeza.

–La Loreto está indignada.

–Si no es para tanto, viejo.

Me tomó unos instantes reconocer a mi tío Rafael y a mi padre.

–A la Mirta le costó su resto convencerla para que no le contara a Ximena.

–Da lo mismo –dijo mi padre, quien también parecía un poco ebrio–, al cabro se le pasó la mano con los pisco sours y nada más. Tiene derecho a descomprimirse un poco, ¿no?

–Te salió harto díscolo –sentenció Rafael después de una pausa.

–No, si yo era igual que él nomás. Acuérdate que me echaron del Instituto Nacional por pegarle un combo a ese viejo en el examen oral, ¿cómo se llamaba?

No hubo respuesta de mi tío.

–Los Ugarte somos así –continuó mi padre–. Vivimos los años mozos a concho y después enmendamos el rumbo.

–¿Tú creís? Yo que vos me preocuparía en serio por el Tomasito, por el tema del trago y la marihuana y quién sabe qué otras cuestiones.

–¿Y la Loreto?

–¿Qué pasa con la Loreto?

–Algo de responsabilidad le cabe, ¿no? Con ese vestido que tiene puesto no me extraña que al gil se le hayan ido las manos.

Los dos se rieron.

–Viejo, lamento el mal rato de tu hija, de verdad. Pero no te preocupís por el Tomás.

–Sé que no es asunto mío... –concedió Rafael.

Mi padre dejó caer una colilla a la tierra (lo rememoraba con asombrosa claridad) y la aplastó con uno de sus zapatos negros.

–Está en quinto de Derecho –dijo– y ya está empezando a estudiar para el examen de grado. No es ningún genio, pero lo va a aprobar. De eso me encargo yo. Y se va a casar con la Ximenita. No se lo he dicho, pero ya les tengo reservada una casa, en Las Condes. Es chica, pero si quiere una más grande la va a tener que pagar con el sudor de su frente. El perla dice que no quiere ejercer de abogado, que va a sacar la carrera para darme el gusto nomás, pero te apuesto cualquier cosa que de aquí a un año lo tenemos en el bufete. Acuérdate de mis palabras, viejo. El matrimonio lo va a volver responsable. Y los hijos todavía más.

El silencio de Rafael le daba razón a mi padre. Recordaba el efecto físico de su voz en la boca de mi estómago (no de las palabras, que esgrimían mi defensa y reproducían sus arengas habituales): el tono condescendiente,

despreocupado, era en sí mismo una traición. Me recordaba la entonación con que mi abuela, su madre, solía referirse a mí de niño en mi presencia, la manera en que relataba las anécdotas triviales de mi infancia a otros adultos como si yo fuera invisible. No sabía ante cuál de esas voces reaccionaba. Agregó:

–La clave es la Ximenita. En eso ha tenido suerte. Al principio no lo quería ver ni en película, pero ha terminado por darse cuenta de que mi hijo es mucho mejor partido que ese otro atorrante.

–¿Es verdad que tú le diste un empujoncito?

–¿Quién te dijo eso?

–¿O más bien varios empujoncitos?

Los dos volvieron a reírse con ganas.

–Cómo se te ocurre decir una cosa así –dijo mi padre con fingida indignación–. Estás hablando de mi futura nuera, la futura madre de mis nietos.

–Ojalá fuera tan sencillo –declaró Rafael después de una pausa.

–Viejo, siempre se puede contar con el instinto de supervivencia. Los jóvenes pueden caminar para atrás todo lo que quieran, pero van en una cinta transportadora y no lo saben. Con el tiempo se les va acabando el margen de maniobra, igual que a uno nomás...

No escuché el resto. Salí reptando de mi escondite. Anduve deambulando por la fiesta como un zombi, sin decidirme a buscar refugio en mi pieza. Me encontré con Ximena, quien me abrazó y volvió a separarse de mí. Me dirigí hacia la piscina. Subí al trampolín. Avancé hasta el borde. Noté que eso concitaba algo de atención, alguna gente ya empezaba a celebrar la gracia predecible de tirarse con ropa al agua en una fiesta. Tenía ganas de mear. Me bajé el cierre, dispuesto a hacerlo desde el trampolín. Distinguí algunas miradas de reprobación o advertencia. En ese momento tomé una decisión. La ruptura iba a ser libre de aspavientos, me dije, pero profunda, sin concesiones, hasta las últimas consecuencias. Di un paso adelante.

Durante las dos semanas siguientes rompí con Ximena, dejé de asistir a la Escuela de Derecho –sin siquiera darme el trabajo de retirarme oficialmente– y me fui a vivir a la casa de un ex compañero en El Arrayán. Pancho se había retirado de la escuela un par de años antes y ahora estudiaba Música. Residí en una pieza de invitados por cuatro meses sin que sus padres –que me veían allí todo el tiempo pero no llegaban a conectar un encuentro con otro– se dieran cuenta o les importara. El padrastro de Pancho, de hecho, trabajaba en una agencia y me consiguió una práctica de tres meses, al cabo de la cual me contrataron como redactor. Elegí la publicidad, en parte, porque mi padre la despreciaba. No volví a verlo en más de un año y, en adelante, nuestra relación se limitó a una mera cordialidad distante. Por esa época contrataron en el bufete a una compañera de generación, Marcela Acuña, quien en cierta medida ocupó el cargo que me había estado predestinado. El viejo Tomás

terminó dejando a mi madre para casarse con ella. Hasta su muerte, nunca entendió mi actitud, aunque debía sospechar que escuché la conversación con su cuñado, que me reducía a un fantasma, una mera proyección suya, un títere secretamente manipulado por sus designios. Creo que le infligí una herida profunda, sin sutura posible, que se fue ahondando con los años, pero nunca me arrepentí ni contemplé la transigencia, jamás di un paso atrás, por así decirlo, desde el borde del trampolín. Durante el primer año de repudio me hizo llegar decenas de mensajes recriminatorios por carta o por medio de mi madre, e incluso llegó a intentar –cuando arrendé mi primer departamento y me cambié a mi segunda agencia– ayudarme en secreto, con dinero y contactos. Me acompañaba la nítida determinación de cualquier proceso de independencia, inseparable de la violencia y la ingratitud. Incluso llegué a pensar en adoptar mi segundo nombre, Ignacio, o mi apellido materno, pero desistí. Acaso con mayor fuerza por ser mi homónimo, Tomás se transformó –de una manera casi impersonal, disociada de sus atributos y circunstancias individuales– en el enemigo, el modelo en función del cual debía trazar el mapa de mi vida por inversión, el negativo fotográfico a partir del cual me sería revelada mi propia identidad. Excepto por una tendencia a desautorizar la duplicación o superposición de la experiencia, cierta impaciencia ante el espectáculo de uno cometiendo errores de los que él había aprendido antiguas lecciones, resultaba en alguna medida esperable para su clase y posición el proponerse moldear a su único hijo a su imagen y semejanza y querer allanarle el camino; del mismo modo que lo era el que yo decidiera vivir mi propia vida. Con el tiempo comprendí que había vuelto contra el viejo Tomás categorías o atributos –un sentido exacerbado del ridículo, un umbral bajo de indignación, una propensión al melodrama– asimilados de él mismo. Podía considerarse una sutil venganza del destino –o de los genes– que, al llegar a los cuarenta, se completara la lenta evolución que me había ido transformando en su viva imagen. A veces, al divisar al sesgo mi reflejo en una vitrina o en la ventanilla de un auto estacionado, creía ver a mi padre, a la edad que tenía en mis recuerdos infantiles, antes de engordar y del súbito blanqueamiento de su pelo y de su nuevo comienzo (su crisis de los cincuenta) en brazos de Marcela Acuña.

Fernanda llegó a un orgasmo vehemente y sorpresivo, que parecía haberla acometido desde fuera como una descarga eléctrica. Fue seguido por otros, en cadena, obra de mi perseverancia más que de mi habilidad, que proclamó por medio de jadeos estrangulados. La verdad es que me había desentendido por completo de ella; sumido en mis pensamientos, olvidé lo que hacía. Aún llevaba puestos los calzoncillos y había perdido hacía mucho rato la erección. Me levanté para ir al baño. Me senté un momento en el borde de la tina. Me lavé la cara. La riqueza de detalles del espejo disolvía cualquier semejanza con mi padre, pensé. Volví al dormitorio. Fernanda se había tapado con las sábanas.

–Sádico –me dijo con una sonrisa.

–¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? Me tuviste al borde casi veinte minutos.

Esbocé una sonrisa maliciosa, sin atreverme a confesar que simplemente me había distraído.

–¿Estás bien? Te ves un poco pálido.

Me senté en el borde de la cama. Ella se incorporó para besarme.

–Ven –susurró.

La abracé y el contacto con su cuerpo cálido y suave me devolvió el entusiasmo. Me bajó los calzoncillos. Le besé el cuello, las orejas, los hombros, mientras ella me masturbaba con delicadeza. Le mordí un pezón y ella reaccionó, de manera refleja, estrujándome los testículos.

–Perdona –dijo, riendo.

–No te preocupes

–¿Tienes un condón?

La tarde anterior había comprado una caja en una farmacia del barrio: un accesorio consustancial a la vida de soltero. La encontré en el velador, aliviado de no tener que levantarme al baño.

–Igual no es estrictamente necesario –dije.

–¿Ah, no?

–No puedo tener hijos, soy estéril.

–Nunca está de más...

Ella rasgó el envoltorio de uno y me lo puso con habilidad. Luego se sentó a horcajadas sobre mí. Empezó a subir y bajar despacio, jadeando apenas. Noté que una vena se marcaba en su cuello. El dormitorio me resultaba igual de extraño que un motel. Me mantuve rígido, de espaldas en la cama, moviéndome apenas, acariciando sus pechos de veintiún años, dejando que ella se frotara contra mi cuerpo, decidido a prolongar ese momento –el centro perfecto de un día inaugural y profético– todo lo que fuera posible. En un momento la sorprendí espiando de reojo el despertador.

–¿Te tienes que ir?

Ella asintió avergonzada. La empujé suavemente para cambiar de posición. Se apoyó, por propia iniciativa, en manos y rodillas y la penetré por detrás. Al aferrarla por las caderas me hizo pensar por algún motivo en una presa de caza, una criatura entregada pero aún viva, palpitante. Acabé en menos de un minuto. Fernanda recogió sus cosas y entró al baño. Se dio una ducha rápida. Salió con el pelo mojado, tal como la había visto en el gimnasio. Se acercó a la cama y me besó, esparciendo gotas frías sobre mi pecho y estómago.

–¿Adónde vas?

–Al gimnasio y después al canal –dijo, ya camino a la puerta.

–¿Quieres que te acompañe?

–No, gracias.

–Déjame tu celular. Me encantaría que... salir contigo. Podríamos ir al cine

uno de estos días.

Me dedicó la misma expresión seria del café. El momento de la verdad.

–Mejor que no, Tomás.

–¿Por tu pololo?

Asintió.

–Llevamos tres meses juntos y ya me ha puesto el gorro al menos una vez, con una mina del programa... Pero lo quiero.

–¿Esto es una venganza?

–No... nada que ver –dijo insegura.

Ese perdedor no merece ni siquiera el honor de desquitarse de él, pensé, pero me abstuve de decirlo, asombrado por el contraste con ella, una criatura tanto más compleja. Como si pertenecieran a especies distintas. Más que una venganza, me dije, al acostarse conmigo (con cualquiera) se proponía restablecer una medida de equilibrio, una simetría.

Me levanté y, enfundado en una bata, la acompañé hasta la puerta.

–Ya no estoy en la agencia, pero llámame si necesitas cualquier cosa, un contacto o algo...

–¿Te cambiaste?

–No, año sabático.

Me dio un beso rápido de despedida en la mejilla.

–Hoy es mi cumpleaños –confesé cuando ya se alejaba por el pasillo rumbo a la escalera, demasiado apurada para esperar el viejo ascensor. Se dio vuelta para dirigirme una última mirada perpleja, incómoda.

–Feliz cumpleaños –dijo y bajó.

Enfrentado otra vez a mi libertad de acción, contemplé la posibilidad de salir a almorzar temprano en alguno de los cafés de José Miguel de la Barra o Merced. Me preparé, en cambio, un desayuno tardío: tostadas, huevos revueltos y yogurt con fruta. Necesitaba hacer una compra de supermercado, pero iba a dejar ese trámite prosaico para el día siguiente. Comí sentado en el living, esforzándome por obrar con naturalidad, por no dotar a cada pequeño gesto y circunstancia de un valor simbólico.

Volví al dormitorio. Me tendí en la cama y aspiré el aroma de Fernanda con una punzada de nostalgia. Cerré los ojos y me quedé dormido. En la oscuridad tuve una noción del plano formado por la cama, y de mi conciencia que flotaba un par de metros tras esa superficie, en un espacio imposible que no correspondía necesariamente al departamento de abajo. Me di cuenta de que había dejado de respirar y en ese instante algo o alguien arriba tomó aliento y vi la contracción de sus costillas, una doble red de líneas paralelas de luz en la tiniebla, y comencé a ascender hacia mi propio cuerpo. Desperté enredado en la bata y en las sábanas, bañado en sudor. Comprobé que había dormido casi dos horas. Me lavé los dientes para borrar el regusto amargo de mi boca. Decidí darme un baño. Mientras llenaba la tina recorrí las habitaciones para

familiarizarme con ellas a la luz de esa hora. Me sumergí en el agua caliente, en el baño iluminado solo por una ranura en la puerta. Mis ojos se fueron acostumbrando a la penumbra, hasta que pude distinguir las lenguas de vapor que emergían y resbalaban por el agua. La segunda mitad de mi vida arrancaba de manera auspiciosa, pensé. Sonó el teléfono. Escuché mi propia voz, grabada un par de días antes, en la máquina contestadora, y luego a Paula, que me llamaba desde Madrid para desearme un feliz cumpleaños.

Sucedió unos minutos más tarde. De pronto, yo era una anciana y me esforzaba por avanzar unos pasos sobre la gravilla de una plaza. Llevaba pantuflas. El aire me oponía resistencia, la gravedad me abrumaba. De inmediato noté el brusco cambio en la temperatura del agua y una modificación más sutil en la columna de luz que provenía del dormitorio. Una de mis ausencias, me dije, casi sin darle importancia al hecho incontestable de que acababa de tener un sueño. Un episodio dentro de un episodio. No me extrañó tanto haber tomado esa experiencia por auténtica, la certeza de haber sido –por unos segundos– esa mujer, como el hecho de que esa sensación de verosimilitud no se disgregara con mi regreso. Al contrario del recuerdo de un sueño, que a partir del despertar mutaba y se deformaba lo mismo que el ulular de una sirena pasando de largo, las imágenes y sensaciones mantenían su consistencia. Aunque descabellada, me poseía la íntima certeza de que –de alguna manera, en algún plano– esa transformación había ocurrido de verdad.

Tiritando, vacié la tina. Me quedé mucho rato bajo la ducha tratando de entrar en calor. Me vestí rápido. Opté por cambiar las sábanas. Pasar mi primera noche rodeado del olor de Fernanda Soto hubiera resaltado la otra cara de la moneda de mi recién conquistada autonomía: la soledad. Eran las tres veinticinco. Calculé que el episodio no había durado más de cuarenta minutos. Revisé mis correos. Conté cuatro saludos de cumpleaños, incluyendo uno de Paula en que anunciaba que me había dejado un mensaje en la contestadora. ¿Qué tal el nuevo departamento?, quería saber. Cerré el computador. Me asaltó la tentación absurda de llamar a la agencia, a mi ex asistente, para preguntar en qué iban los asuntos urgentes del día anterior. Bajé a la calle. No di con la conserje. Me dediqué a caminar en zigzag por el barrio. Subí hasta Lastarria. Bajé por Merced al Bellas Artes y luego me dirigí por el parque hacia la Fuente Alemana. Una de las pocas zonas con alma de la ciudad, pensé, que en otras áreas –los suburbios acomodados– me hacía pensar en un mal simulacro de Canadá. Manuel me había dicho que ese era otro síntoma de la crisis de los cuarenta: el departamento de soltero en un barrio «bohemio», una fantasía, por lo demás, propia de los publicistas y en especial de los creativos. «¿Qué vas a hacer ahora?», había preguntado ya con unas cuantas copas de sake en el cuerpo la noche anterior, «¿escribir poesía?». Caminé durante largo rato para despejar mi mente y también con el propósito de cansarme. Mi atención se había sintonizado por obra de ese extraño sueño (o lo que fuera) y en largos tramos solo parecí toparme con indigentes. Me pregunté si la plaza que había visto no sería el parque Forestal. Intenté

reconocer en los senderos de gravilla el lugar correcto. Busqué entre esa gente sucia y desgreñada, que acumulaba montículos de bolsas de plástico y cada cierto tiempo me salía al encuentro para pedir unas monedas o pronunciar frases incoherentes, a una anciana que calzara pantuflas, pero no di con ella.

Salí a la Alameda y bajé hasta el centro. Contemplé la posibilidad de entrar a un cine para consumir un par de horas. Desistí. La inactividad me resultaba incómoda, pero me repetí que eso era lo correcto. Necesitaba ese cambio. Por más que hubiera sido desencadenado por Paula, por su decisión de dejarme y de divorciarse de mí, debía llevarlo hasta las últimas consecuencias, tal como había hecho dieciocho años antes, de pie en el borde del trampolín en casa de mis padres. Me detuve ante una agencia de viajes y contemplé los afiches deslavados de destinos caribeños. Me propuse marcharme en el plazo de un mes, una vez cumplida la audiencia en el Juzgado de Familia. De regreso a «mi» barrio entré a una fuente de soda. Pedí empanadas fritas y un schop. Volví al departamento antes de las ocho. En la contestadora se habían acumulado otros mensajes de felicitación. En los días anteriores había planeado vagamente salir esa noche a los bares cercanos, deambular en solitario para conocer gente, emborracharme un poco y exponerme a lo que me deparara el azar. Ahora, sin embargo, comenzaban a pesarme las expectativas cifradas en esa jornada, me inquietaba que los hechos más nimios pudieran proyectarse en incalculables consecuencias, lo que, en estricto rigor, era cierto de cada día. Decidí quedarme, resignado al insomnio que me iban a provocar las dos horas de siesta. Opté por no ver televisión ni abrir el computador ni escuchar música. Destapé una cerveza y me acomodé otra vez en el sillón gris del living y me quedé allí escuchando los sonidos del barrio, contemplando cómo la luz se iba extinguiendo e iba siendo reemplazada por el resplandor de los faroles, sin esperar ya más de ese día fundacional, el primero de la segunda mitad de mi vida.

2

A la mañana siguiente llamé a la consulta del neurólogo. La asistente me informó que se había abierto una hora para esa tarde y la tomé. La máscara de bonhomía del doctor Briones (un tipo calvo, pálido, de manos femeninas, que jamás se despojaba de un manto invisible de autoridad) se transmutó en preocupación apenas le informé del motivo de mi visita. Un nuevo episodio. De hecho, le dije, con este iban cuatro desde el último chequeo.

–¿Tienes idea de la causa, Tomás?

–No.

–¿Algún esfuerzo o *shock*?

–¿Cómo qué?

–Ejercicio físico intenso, inmersión en agua caliente o fría, actividad sexual, estrés en el trabajo...

–Inmersión en agua caliente y actividad sexual –dije–.

Me pasó en la tina.

–¿Cuánto tiempo antes habías tenido relaciones sexuales? –Dos horas... dos horas y media.

–Es más probable que haya sido el agua caliente –sentenció–, aunque lo otro puede haber ayudado. ¿Has tenido dolores de cabeza?

–No.

–¿Náuseas, vómitos, mareos, temblores, sudor copioso, sensación de pánico o ahogo, dolor en el pecho o el cuello, alteraciones de la visión, taquicardia?

–No.

–Como te he explicado antes, Tomás, las causas precisas se desconocen. Se cree que se produce un angostamiento de las venas que llevan la sangre del cerebro al corazón y casi siempre los episodios van acompañados de experiencias físicas o emocionales fuertes.

El doctor me revisó las pupilas, los reflejos, me hizo caminar de un lado a otro de la consulta a lo largo de una línea imaginaria y equilibrarme en un solo pie. Me conminó a intentar lo que asemejaba un juego infantil, con dos alambres retorcidos, para chequear el estado de mi coordinación psicomotora. Me preguntó mi nombre, la fecha, el lugar donde nos encontrábamos, los nombres de autoridades políticas y jugadores de fútbol. Me hizo memorizar una breve lista de palabras.

–Todo se ve normal, Tomás –concluyó, garabateando una orden–, pero te voy a pedir un electroencefalograma y una tomografía para estar seguros. Mi impresión es que sigue siendo amnesia global transitoria, que no estamos en presencia de nada más grave, como un tumor, un derrame o alguna lesión física. ¿Has tenido un golpe fuerte en la cabeza desde la última vez que nos vimos?

–No.

Me tendió la orden para los exámenes.

–Lo único extraño en tu caso –agregó– es la persistencia de los episodios. Esto es raro que ocurra y es aún más raro que se repita. Y tú llevas unos catorce o quince episodios en un año. ¿Has estado viendo a un psicoterapeuta?

–No.

–Perdona que insista, pero recuerda que uno de los efectos más graves de la AGT es la ansiedad y la desorientación que provoca. Y si a eso le sumas los problemas personales y el estrés en el trabajo...

–Doctor, durante el episodio de ayer tuve un sueño.

Me quedó mirando atónito.

–¿A qué te refieres?

–Tuve un sueño. Soñé que era una anciana y caminaba por una plaza.

–Tomás, eso es imposible.

Me encogí de hombros.

–Lo que aquí ocurre es que sigues funcionando con normalidad hasta que, por una pequeña oclusión vascular, se experimenta una laguna en la memoria reciente. Esto no tiene nada que ver con dormir o soñar.

–Tuve un sueño –insistí.

El doctor me sostuvo la vista un momento con expresión de cansancio. Anotó algo en su libreta, arrancó la página y la depositó sobre la orden para los exámenes.

–La doctora Rojas es una excelente psiquiatra. Tomás, realmente te aconsejo que vayas a verla. Yo que tú me preocuparía por el estrés, que puede tener consecuencias mucho más graves que la amnesia transitoria.

–Gracias –dije. Doblé ambos papeles y me levanté para estrechar la delicada mano del doctor.

El primer episodio había ocurrido un año antes, en medio de los preparativos de un viaje a Nueva York. Mi amigo Sebastián me escribió para anunciarme que su pequeño estudio en Flatbush estaba vacante por un tiempo –la estudiante que lo arrendaba había abandonado inesperadamente sus estudios– y ofrecer que me quedara allí una semana o dos para descansar y tomar distancia de la crisis con Paula, que ya parecía irremontable. Acababa de salir del metro en Providencia y me dirigía a comprar dólares y al correo para enviar una carta certificada. En el momento siguiente, sin la menor transición, igual que en una película dañada, me encontré en el correo, ante el

puesto de despacho, sosteniendo la carta en mi mano. No atiné a reaccionar.

–¿Señor, en qué puedo ayudarlo? –me decía la mujer detrás del mesón, con evidente impaciencia–. ¿Señor?

–Disculpe –balbuceé. Salí trastabillando a la calle. Me faltaba el aliento. El achurado de la vereda vibraba bajo mis pies. La luz del sol me encandilaba. Me apoyé contra el marco de la puerta. En un bolsillo trasero del pantalón encontré un atado de dólares y el recibo de la casa de cambio.

Un amigo médico me recomendó al doctor Briones. Su diagnóstico fue inmediato: amnesia global transitoria. Me autorizó para viajar, aunque no alcanzara a ver los exámenes antes de mi partida. En caso de algo preocupante, me avisaría por correo electrónico. Me dijo que no me preocupara, que, aparte de la angustia y la desorientación naturales, se trataba de un fenómeno relativamente inocuo y que lo más probable era que no se volviera a repetir.

Sebastián tenía razón. El cambio de aire y de idioma, alejarme un par de semanas de la presión del trabajo, surtieron un efecto benigno, sobre todo durante los primeros días, en los que adquirí –respecto al largo y tortuoso proceso con Paula– una claridad inusitada. Comprendí que aún la amaba y me propuse agotar todos los recursos para salvar el matrimonio. Lamentablemente, la separación surtió en ella el efecto contrario: le dio a probar una muestra de lo que sería librarse de mí.

No vi a Sebastián durante mis casi dos semanas en Brooklyn. La verdad es que su oferta no había sido del todo desinteresada. Necesitaba mostrar el departamento a posibles arrendatarios y se lo impedían un congreso en Hawai y una serie de compromisos ineludibles en la universidad donde enseñaba, en California. El Seba Gómez había hecho sus estudios de doctorado en Literatura en NYU. Compraron a medias ese estudio con una novia dominicana que trabajaba como bibliotecaria en un museo en Brooklyn. Ahora era profesor asociado en una universidad de rango medio en el Valle Central, una estrella académica en ascenso.

La primera persona en visitar el departamento –una chica coreana-americana muy guapa, enfundada en una parka de tamaño descomunal, que llegó demasiado temprano, antes de que tuviera tiempo de hacer la cama y ordenar– me preguntó si yo también era mapuche.

–En cierta medida –dije–, todos los chilenos lo somos.

Asintió no muy convencida.

–Pero estoy comprometido con la causa –agregué, pulsando una nota falsa, ansioso por quedar bien con ella sin saber muy bien por qué.

–Es un genocidio –dijo, sin asomo de humor, ojeando el estudio desde el umbral de la puerta, acaso sorprendida de mi capacidad para crear un desorden a partir de tan pocos elementos: un futón, una almohada, un saco de dormir y un bolso abierto.

Ya en su primer año en NYU, tras separarse de Elisa, Sebastián encontró su

nicho en la historia de la literatura mapuche. Se había ido involucrando progresivamente en el conflicto, recolectando fondos para asesorías legales, escribiendo artículos en publicaciones de la universidad y organizando simposios. Cada año aprovechaba las visitas a su ex mujer y a su hijo Martín en Temuco, y recorría las zonas en disputa, siendo incluso detenido una vez bajo sospecha de conspiración terrorista, lo que le valió a su regreso una bienvenida de héroe. Elisa era mapuche, profesora de castellano y poeta. Yo nunca había podido apreciar sus poemas, que tenían éxito, sobre todo en la academia norteamericana y por obra de Sebastián, incansable promotor de su ex mujer, editor de dos colecciones bilingües en editoriales universitarias (traducidas del castellano al mapudungún, según me confesó en una ocasión, y no al revés). La chica coreana me trajo a la mente una conversación con el Seba, a su paso por Santiago, un par de años antes. Acababa de asistir en Arizona a la charla de un documentalista nativo americano, curiosamente rubio y de ojos azules. Excepto por un chaleco multicolor y el pelo largo tomado en una cola de caballo, dijo, nada anunciaba su pertenencia a una nación indígena. El tipo estaba inmerso en una serie de documentales en reservas y comunidades nativas en los estados del noroeste. En algún momento de la charla había hecho alusión a su propio árbol genealógico y a su bisabuela Coeur d'Alene. Seba entonces calculó para sus adentros que él tenía un mayor porcentaje de herencia nativa que el presentador. Nunca había hecho el menor asomo de hacerse pasar por mapuche. No creo que se le hubiera cruzado por la cabeza. ¿O era la pregunta de esta chica indicio de algo que yo ignoraba? En el sur de Chile su condición de *winka* no admitía dudas. Pero en el norte, en el mundo endogámico y claustrofóbico de la academia, que operaba de acuerdo a criterios más burdos de autenticidad y a una suerte de código binario ético y emocional, que separaba lo aceptable de lo aberrante, la ortodoxia de la herejía, Sebastián ocupaba paradójicamente un lugar ambiguo, parecía estar transitando –no por voluntad propia, sino por la fuerza gravitacional de su pasión– hacia una nueva identidad: un subalterno por adopción.

Acudieron otros tres arrendatarios potenciales a ver el estudio, pero el tema no se resolvió durante mi permanencia. Dediqué mis días a recorrer museos y galerías, a ver películas, a comprar libros de publicidad y diseño, pero sobre todo a caminar por Manhattan y pensar en Paula. Recordaba mi primera incursión en Nueva York (cortesía de mi padre), a mediados de los ochenta, y me esforzaba por superponer a la actual la ciudad de mi recuerdo, permeada por una atmósfera de riesgo, de inminente desastre, por una aspereza ya desvanecida: los grafitis en el metro, la gente desquiciada balbuceando en las esquinas o las zonas enteras (Alphabet City o la calle Cuarenta y Dos Oeste) que parecían haber sido colonizadas por el Tercer Mundo. Esa Nueva York, a la que me conducía un trayecto espiral, cíclico, la certeza de que a partir de cierto punto empezaban a repetirse ciertas experiencias o secuencias de hechos, estaba asociada para mí a la exaltación de la juventud. En esa primera

visita (y en las dos o tres siguientes) me desplazaba por las calles intoxicado por mi propia euforia de estar ahí. Mis emociones se frotaban contra el entorno y me autopropulsaban cual juguete a fricción. Más tarde llegué a vincular ese entusiasmo con la época en que incurrí en la afectación de asumirme como «cinéfilo», con el fervor desmedido por ciertos directores (Wim Wenders, Jim Jarmusch, Abel Ferrara) que me gustaban, pero menos de lo que había decidido que me debían gustar. Con el tiempo llegué a desencantarme de Nueva York, a esgrimir una resistencia pedante y conservadora a la mutación radical de la mayoría de sus barrios (una nostalgia de los malos tiempos, absurdamente posesiva en un mero turista), pero sobre todo a sentirme desconectado de su ritmo implacable, un efecto, supongo, de la edad. Acabé por distanciar mis peregrinaciones a la meca de la publicidad y de casi todo lo demás, sobre todo a partir de la marcha del Seba. Esa estadía en el estudio de Flatbush significaba mi regreso después de seis años. La última vez había ido con Paula. Ahora, mientras deambulaba con el único propósito de reflexionar sobre nuestro matrimonio y la paternidad, volvía a sincronizarme con la longitud de onda de la ciudad, a sentirme en casa.

A lo largo de mis marchas interminables terminé deteniéndome, sin proponérmelo, en los niños, estudiándolos de una manera etnográfica. Pasé una mañana entera sentado en un banco en Central Park viéndolos patinar en el hielo y construir muñecos de nieve y trazar ángeles en el suelo, simulando un grado suficiente de indiferencia, exagerando e impostando una inocencia real con el fin de no despertar sospechas de pedofilia. Los niños siempre me habían resultado indiferentes –por más que consiguiera simular lo contrario entre mis amigos–, su mundo y el mío no se mezclaban. Por contraste, Paula se sentía atraída hacia ellos –y lo demostraba en restoranes, en plazas, en aviones– con un fervor que bordeaba la vergüenza ajena. Ahora yo los observaba a la luz de la posibilidad, contemplada por primera vez, de convivir con una niña ajena (Paula siempre insistió en que fuera una niña). En la mente me daba vueltas algo que me había dicho Sebastián en el mismo estudio, una tarde en que preparó pisco sours en un arranque de criollismo propiciado por la lejanía: que tener niños era incurrir en una paradoja temporal, resumida en un verso de un poeta inglés, «El niño es padre del hombre», que no se refería, dijo –él mismo en un arrebato de sentimentalismo nostálgico–, al lugar común sentimental de que en-los-niños- radicaba-el-futuro, sino a que éramos el pasado evolutivo de algo que se vislumbraba en ellos y que se desvanecía antes de la adolescencia, algo de lo que estábamos exiliados. La paternidad marcaba la entrada en un tiempo circular, agregó, en que uno volvía a ser sus padres, como una obra de teatro en que los actores de pronto debían intercambiarse los papeles. No supe muy bien a qué se refería. Recuerdo que contemplé usar ese concepto, el niño es padre del hombre, para una campaña en la que me encontraba atascado, pero terminé por desechar la idea por críptica.

Durante los primeros cinco o seis años de matrimonio, Paula tomó

anticonceptivos. Luego, de una manera más bien casual, dejó la píldora. No nos impacientaba la llegada de los hijos; nuestras carreras en publicidad y fotografía estaban bien encauzadas; no teníamos problemas económicos, y nuestra relación se mantenía, con los altibajos de rigor, sólida. Decidimos abandonarnos a lo que dispusiera el destino. Solo al cabo de un año, Paula mencionó –sin concederle mayor importancia, en un comentario al margen– que le extrañaba no haber quedado embarazada. En poco tiempo, la infertilidad iba a transformarse en el drama central de nuestras vidas e interpondría entre nosotros un abismo. Ya desde los primeros exámenes se reveló mi exclusiva responsabilidad, pero no se pudo establecer la causa. Recordaba la humillación, no de tener que masturbarme en un estrecho baño usado por el personal de la consulta, sino de la enfermera desviando la vista al entregarme un frasco de plástico y un par de *Penthouse* ajadas. Algo a lo que, por lo demás, iba a terminar por acostumbrarme. Además de los análisis de semen (que revelaron desde el principio la virtual ausencia de espermatozoides), debí sobrellevar una biopsia testicular, ultrasonidos, test hormonales, estudios genéticos y de anticuerpos, y una vasografía. Todos los exámenes vinieron a confirmar lo que la doctora había sugerido desde el principio: que no era factible determinar la causa –podía deberse a una infección durante la adolescencia o a algún factor ambiental, contacto con pesticidas o radiación, o incluso al estrés– y que no existía tratamiento posible. Nuestras opciones eran la reproducción asistida, usando un donante de semen, o la adopción.

Mi negativa a adoptar se me presentaba en retrospectiva como una verdadera máquina trituradora de la relación. O, más bien, el chivo expiatorio para todo lo que había parecido funcionar y no funcionaba, y el castigo visible para los aspectos más arduos de la vida en pareja: la domesticidad, la rutina, el desencantamiento, el tedio. No comprendía del todo las razones de mi propia obstinación. Para mí, la paternidad estaba indisolublemente imbricada a una suerte de rendición incondicional al lugar común, a la moda de valorar los rituales (los huevos de Pascua, los días de la madre y del padre, las obras de teatro colegiales, los decorados de Navidad), no en virtud de su contenido, sino por el mero hecho de ser rituales, lo que daba un cierto aire de distinción a la incapacidad de romper círculos viciosos: la gran mayoría de mis amigos agnósticos o ateos –sin ir más lejos, el Seba– habían bautizado a *sus* hijos para contentar a alguna abuela, hijos que a su vez iban a ser agnósticos o ateos y que iban a terminar bautizando a sus hijos para dar el gusto a una futura suegra o a esos mismos amigos progresivamente menos agnósticos a medida que se adentraran en la tercera edad. La fascinación de estos con sus niños no era otra cosa que egocentrismo, del mismo modo que mi padre me había considerado, para todos los efectos, una mera prolongación de su persona; se encerraban en la familia (en casas, en autos como cápsulas herméticas), abandonándose a una fuerza centrípeta, ignorando el destino de disfuncionalidad que los esperaba, el infierno-que-eran-los otros, incapaces de

entrever –en los bebés, en las niñas que daban sus primeros pasos, en las adorables criaturas que se deslizaban por la pista de hielo en Central Park– a los adolescentes y adultos y ancianos que iban a ocupar su sitio en un abrir y cerrar de ojos, embaucados por el más básico ardid evolutivo. No me oponía a la idea de los hijos, sino a la obligación de tenerlos, la convicción absurda, a la que Paula se aferraba con todas sus fuerzas, de que por su sola existencia iban a restablecer mágicamente una plenitud perdida, que por obra de ellos todo iba a estar bien. Uno de los pretextos que esgrimí para justificar mi reticencia era una abrumadora falta de tiempo, la carrera de obstáculos de la vida que no daba tregua y en la que no cabían los hijos. Paula, poseída por un frenesí irracional y desaforado, por la certidumbre de que se acababa *su* tiempo, prometió dejar su trabajo y ocuparse casi por entero de la niña, pero a esas alturas la disputa había tomado el cariz de una competencia en la que cada uno (o al menos yo) se esforzaba por anotar un mayor número de puntos. El desenlace de esa contienda fue menos sorpresivo que el hecho de que durara tanto.

El segundo episodio de amnesia tuvo lugar el día anterior a mi regreso. Sentado en el futón, en el estudio, me disponía a ponerme unos calcetines gruesos de lana. En el instante siguiente me encontraba en Central Park, en un sendero pavimentado que trazaba una curva entre hileras continuas de bancos. Se me vino encima una oleada de terror, la sensación de que el piso había desaparecido por una fracción de segundo bajo mis pies. Giré sobre mi eje en busca de orientación, sorprendiendo a una mujer que se me acercaba al trote, exhalando tenues nubes de vapor. Me senté en un banco cubierto de nieve y me esforcé por recuperar la calma. Me dolían los pies tras haber caminado, supuse, un largo trecho, y tenía ganas de ir al baño. Me dominaba también el impulso irracional de mirarme en un espejo, comprobar que no hubiera nada en mi apariencia que delatara lo que acababa de suceder. Estaba envuelto en mi parka y llevaba mi gorro de lana, bufanda y guantes. En un bolsillo de la parka encontré mi celular y comprobé que habían transcurrido unas cuatro horas. Me revisé entero en busca de recibos o cualquier indicio de lo que había hecho durante ese lapso. Pese a mi cansancio, lo más probable era que hubiera tomado el metro. No me creía capaz de llegar caminando desde Brooklyn hasta la altura, si mis cálculos no me engañaban, de la calle Setenta y tantos.

Continué por el sendero hasta la Quinta avenida, mientras la necesidad de aliviar mi vejiga se volvía acuciante. Atravesé la calle y estudié mi reflejo en la ventanilla de un auto estacionado. Me sorprendió mi mueca de ansiedad, pero no había nada extraño en mi aspecto. Me alejé del parque, buscando un lugar donde ir al baño. Llegué a duras penas a la esquina de la avenida Madison, avanzando a pasos cortos, un poco doblado por la puntada de dolor en mi bajo vientre. Divisé un restorán mexicano al otro lado de la calle, media cuadra más abajo. Mientras esperaba la luz verde, un tipo alto, pelirrojo, pecoso, vestido de terno oscuro, abrigo largo y bufanda elegantísimos, salió

de una funeraria que ocupaba la esquina y se paró junto a mí. Sacó una Blackberry de un bolsillo del abrigo e hizo una llamada.

–Martina, hola, soy Juan Pablo. Acabo de hablar con los holandeses. Quieren postergar la reunión para mañana a las cuatro. Todo está listo, ¿no?

Me llamó la atención no solo que el tipo hablara en perfecto castellano, sino que lo hiciera con acento chileno. Su tono era a un tiempo autoritario y amable.

–Trata de ubicar a Jack y pregúntale si puede en la mañana –agregó–. Todo lo demás cámbialo para el jueves o viernes. Gracias, querida. No sé qué haría sin ti.

Terminó la llamada. Se dio cuenta de que yo lo observaba y me dedicó una mirada rápida de advertencia. Conmigo no te metas. Estuve tentado de identificarme como compatriota, pero no lo hice. Nada resultaba de peor gusto que la forzada camaradería entre chilenos en el extranjero. La luz cambió. El tipo cruzó a grandes zancadas la calle y subió a la parte de atrás de una limusina. La distancia que me separaba del restorán mexicano me pareció infranqueable. Opté por probar suerte en la funeraria.

El lugar estaba vacío. Al fondo del salón en penumbra distinguí un ataúd iluminado por cuatro velas reales encajadas en altos candelabros. Exploré las puertas laterales y en una encontré la palabra anhelada: *restroom*. Una vez adentro, me pregunté si había comprado un té verde extra largo para llevar en el local en la esquina de la avenida Flatbush u optado por un jugo de naranja en algún café del Village. Me esforcé por imaginar ambos episodios en un intento por convocar su recuerdo, pero fue inútil. Me observé con cuidado en el espejo. Todo parecía normal. Al salir del baño me acerqué hasta el ataúd cubierto y ofrecí en silencio mis respetos. Camino hacia la salida me salió al paso un tipo calvo, de mejillas hundidas, vestido de negro, quien me conminó a firmar el libro de condolencias. No me quedó otra alternativa que acceder.

El funcionario me condujo hasta una mesita iluminada por una lámpara de bronce. Me entregó una pluma fuente de oro. El libro estaba en blanco.

–¿Y el otro señor no firmó?

–¿Qué otro señor?

–Iba saliendo cuando yo entré. Un tipo alto, pelirrojo...

El funcionario se encogió de hombros.

–Entré a la oficina por un minuto. No vi a nadie –señaló con contenida rudeza.

Bajo su atenta vigilancia estampé una frase lacónica, la fecha y mi firma.

–Por favor, incluya su nombre y dirección –me ordenó.

–¿Para qué?

–Para enviarle una tarjeta –explicó con convicción.

–Por supuesto –dije, obedeciendo. El tipo no notó la ironía o decidió no darse por enterado.

Esa noche, la víspera de mi vuelo, llamé por teléfono a Paula para relatarle el nuevo episodio. Contestó el teléfono con voz somnolienta y recordé que en Chile era dos horas más tarde.

–¿Te desperté?

–No importa.

–Me voy mañana, llego el lunes.

–Si sé, ¿quieres que te vaya a buscar al aeropuerto?

–Bueno, ¿has tenido tiempo de pensar?

–Sí, Tomás.

–¿Y?

Transcurrió una pausa, que no anunciaba nada bueno.

–Mejor hablémoslo a tu vuelta.

Otro silencio. Dudé si referirle o no el episodio.

–Tomás, estuve pensando llamarte –agregó con insospechado entusiasmo– para contarte una noticia asombrosa. No lo vas a creer.

No dije nada. Ella continuó:

–¡Tengo una hermana!

Una de las cosas que nos habían conectado en el comienzo, aparte de la química sexual y del trabajo (el director creativo y la fotógrafa, la fotógrafa y el director creativo), había sido el hecho de ser hijo e hija únicos. Esto venía a ser una íntima traición, que socavaba los cimientos de nuestra complicidad, me dije con un nudo en el estómago.

–Se llama Mariana –dijo con veneración–. En realidad somos medio hermanas, por el lado, obviamente, de mi viejo. La Mariana es hija de una mina que fue polola del Pedro después de que se separó de mi mamá y antes de que se casara con la Sonia. Las dos nacimos el mismo mes: en junio del 72. La Mariana es once días mayor que yo. Al parecer, mi mamá nunca se enteró, pero la madre de Mariana, Nadia, que salió al exilio a Francia después del golpe y ahora vive en Holanda, en Rotterdam, sí supo de mí. Mariana vive en Madrid. Es fotógrafa, igual que yo, aunque hace moda y diseño y casi nada de publicidad. Usa el apellido de su madre. Mariana –continuó con voz quebrada– ha sabido de mí todos estos años y yo no tenía idea, no tenía idea...

Me quedé escuchando, sentado en el futón en la oscuridad, rodeado del rumor nocturno de la avenida Flatbush, los suaves sollozos de Paula.

–Perdona, Tomás, la verdad es que todavía no termino de asimilarlo... Estoy nerviosa, un poco desencajada.

–No te preocupes.

–Hoy hablé con el abogado y le pedí que posterguemos lo de la notaría hasta abril. ¿Te importa?

–No, para nada. Tenemos tiempo.

Paula se sonó despacio. Murmuró una nueva disculpa.

–¿Cómo te contactó, por Facebook?

–No, tenía mis datos hace harto tiempo, pero no se atrevía... –la voz de Paula volvió a ahogarse–. ¿Sabes? –continuó–, se parece mucho a mí, por lo que puedo ver en las fotos que me ha mandado, es una versión rubia y un poco más flaca de mí misma. Podríamos ser mellizas.

–Una rubia y una morena. Suena excitante.

–Ya, Tomás –dijo, riendo.

Dejó pasar otra pausa.

–¿Y ahora qué? –pregunté.

–Viene a Chile la próxima semana.

A mi regreso de Nueva York, los procesos que se habían venido gestando y acumulando gradualmente se desencadenaron a un ritmo alarmante. La revelación de la existencia de Mariana –a quien Paula no me permitió conocer para, según dijo, «no mezclar dos etapas de su vida»– actuó como un catalizador. Al menos en lo que respectaba a Paula, al desplazar el centro de su interés y permitirle enfocarse en el futuro, más que en el pasado, venía a limar los bordes afilados de la ruptura y volvía el divorcio –iniciado de manera oficial con la firma en la notaría después de la partida de Mariana de regreso a Madrid– un mero trámite.

Ya en el trayecto desde el aeropuerto le comuniqué a Paula con cierta pomposidad que había tomado la decisión de adoptar una niña. Hasta tenía un par de propuestas de nombre. (La idea no me entusiasmaba en lo más mínimo, pero estaba dispuesto a pagar ese precio por retenerla). Para mi sorpresa, me dijo que ese –el mortero donde se había ido despedazando y pulverizando meticulosamente nuestra vida en común– no era el punto. Con la vista fija en la autopista declaró con severidad que yo seguía sin entender nada, que el tema de la adopción era un síntoma, no el problema de fondo.

–Por favor, ilumíname. ¿Cuál es el problema de fondo?

–Tu egoísmo.

Agregó que incluso entonces, al mencionar la adopción –lo que a estas alturas venía a ser una broma cruel–, yo no parecía convencido, mi tono era el de alguien que había decidido finalmente ceder en una negociación.

A partir de entonces dejé de ofrecer resistencia. Paula prefirió postergar la separación para después de la visita de Mariana. Entendí que Paula había llegado a una decisión mucho tiempo antes y que yo era el único pujando en la dirección equivocada, asumiendo que ambos nos esforzábamos por rescatar lo que fuera salvable del naufragio. Comprendí hasta qué punto era arbitraria la tregua formada por la suma de las transacciones, los tira y afloja de la pareja, hasta qué punto –por más que llegara a resultarle a uno natural y necesario a lo largo de los años– era un equilibrio en el vacío, que una de las partes podía derribar de un solo golpe certero. Intuí también que al dejar de ir contra la corriente podía esquivarse buena parte del dolor y la sensación de fracaso. Qué tanto, me dije. Al fin y al cabo, la mitad de las parejas se divorciaban. Nada era para siempre. Todo lo sólido se desvanecía en el aire.

Nunca me consideré una persona sentimental y me extrañaba mi propia actitud de los últimos meses, me había dejado arrastrar por presupuestos que de pronto me resultaban ajenos, esperando, al igual que la mayoría de la gente, demasiado del matrimonio. Tal como señaló el abogado de Paula en la notaría durante la firma del acta de fin de la convivencia y del acuerdo de divorcio, la falta de hijos hacía las cosas más fáciles, el problema venía a ser su propia solución.

Paula y Mariana se hicieron, desde el primer momento, «mejores amigas». Se juntaron a almorzar. Paula no me dijo dónde. No pude reprimir un comentario sarcástico, motivado por los celos, ante su ostensible ansiedad, su esmero en acicalarse para ese primer encuentro. Salió antes de la una, un día lluvioso de finales de marzo, y no llegó hasta la medianoche. La conexión con su hermana había sido instantánea. En muchos sentidos, declaró sobreexcitada, caminando de un lado a otro por la cocina y el living, eran como mellizas, no por haber nacido con menos de dos semanas de diferencia ni por la semejanza física. Se trataba de un vínculo mucho más profundo, indescriptible, reflejado en la sensación de haberse conocido toda la vida. Aparte de la fotografía, compartían una infinidad de rasgos, peculiaridades, mañas, gestos, opiniones estéticas y políticas, gustos en comida (¡Mariana también detestaba los pepinos, era la primera persona que conocía que también odiara los pepinos!), y afinidad por los mismos libros, películas y programas de televisión. Ante todo, las conectaba una especie de nexo telepático; en varias ocasiones, a lo largo de la conversación, eran capaces de leerse el pensamiento, de adivinar lo que la otra tenía en la punta de la lengua. Mariana, además, se encontraba en proceso de dar fin a una larga relación de convivencia con un periodista valenciano, Antonio, que por su descripción sonaba increíblemente parecido –en su estructura psicológica– a mí.

En su tercer o cuarto encuentro, una cena en un restorán en Nueva Costanera, decidí espiarlas. Tuve la suerte de que se sentaran en una mesa cerca de una ventana que daba a la calle. Di la vuelta a la cuadra para acercarme a ellas enfrentando a Mariana. No pude distinguirla con claridad, mi visión era entorpecida por el reflejo de un farol; no me atreví a acercarme mucho por temor a que Paula adivinara mi presencia y se diera vuelta. Por lo que pude vislumbrar, sin embargo, la semejanza era asombrosa. En el rostro de Mariana, una versión levemente angular del de Paula, se dibujaba una sonrisa beatífica. Se miraban a los ojos, extasiadas. Me esforcé por percibir, a la luz de la vela que descansaba sobre la mesa, si se tomaban las manos. Cuando me había acercado a unos diez metros del ventanal, Mariana posó la vista en mí sin mayor interés. Desprovisto de un plan de acción, no se me ocurrió otra cosa que salir bruscamente de su campo visual, pegándome a la reja de la casa contigua. Tropecé con un alambre y caí de bruces en un manchón de enredaderas. Así era mejor, pensé, arrastrándome sobre codos y rodillas, hasta que una franja de pastelones me obligó a incorporarme. Me alejé por donde había venido, agachado, pisando las entradas de auto y los

rectángulos de pasto que colindaban con la vereda, cruzando por el medio de vallas de arbustos, activando las luces automáticas, hasta que estuve seguro de haber salido de su rango de visión.

Paula, a quien me había acostumbrado a considerar una criatura razonable y madura (mucho más que yo, sin duda), además de constante y estable, capaz de sortear las situaciones más arduas sin perder la compostura y aplomo, una inefable elegancia, se abandonaba con Mariana a una veta de fanatismo, una tendencia a anclar de manera obsesiva su vida a factores externos, revelada por primera vez en torno a la maternidad. Me preocupaba su fervor extático ante el hallazgo de Mariana, quien parecía haber sido depositada en este mundo con el único propósito de satisfacer todas las necesidades de su media hermana. Llegué a preguntarme si participaba en ello algún tipo de conjuro. Era inédito verla profesar por alguien tal grado de idolatría (que yo recordara, no ocurrió así conmigo, habíamos sucumbido a un mutuo encantamiento gradual), verla enamorada.

A lo largo de la visita de Mariana me fue dado atestiguar otro rasgo de mi mujer, proyectado en una dirección inusual. Paula solía, en toda situación, atraer a las personas. Al cabo de cualquier interacción nueva, un viaje o una mera sesión de fotos, la inundaba una avalancha de gente que quería su atención y su tiempo, sino derechamente entablar cierto grado de amistad, y Paula se veía obligada –a su manera encantadora pero firme– a trazar una línea, mantener su espacio íntimo al amparo de las hordas invasoras. Yo solía decirle, desde el comienzo, que si alguna vez nos separábamos, los pretendientes se iban a abalanzar sobre ella igual que una plaga. Al parecer, así había sido antes de entrar yo en escena. Ahora, cuando apenas la veía durante unas horas en la noche y seguía conviviendo conmigo en el departamento de Pedro de Valdivia Norte –solamente para dedicar a Mariana el tiempo y la energía que requeriría una mudanza–, venía a trazar esa línea divisoria ante mí. Durante esas semanas, en las que ya empezaban a cobrar forma los planes para irse a Madrid, no me acuciaban los celos, sino la sensación de estarla perdiendo incluso como amiga. Me dolía ante todo su distracción.

Después de la partida de Mariana dimos comienzo oficial al proceso de divorcio y nos separamos. La idea original era vender de inmediato el departamento, que casi habíamos terminado de pagar. El padrastro de Paula le iba a ayudar a comprar uno nuevo, de dimensiones más modestas, en el mismo sector. Pero ella decidió, en función de la idea de España, volver a vivir por unos meses en casa de su madre. Absorbido por el trabajo en la agencia, me fui quedando por inercia. Finalmente, cuando ya se aproximaba mi cumpleaños número cuarenta, lo puse en manos de una agente que lo vendió en menos de una semana. Durante esos meses de invierno salí con dos o tres mujeres, incluyendo (craso error) una ejecutiva de la agencia. Me invitó a comer para hablar sobre un problema con un cliente. Del restorán fuimos a un bar y, después de un par de horas y numerosas rondas de vodkas, a un

motel. Nunca llevé a nadie al departamento. Seguimos haciendo el amor con Paula una o dos veces al mes, hasta su partida a España a fines de noviembre. Libres del tedio de la convivencia, las presiones cotidianas y la angustia de la infertilidad, los encuentros furtivos a la hora de almuerzo en el departamento restablecían una plenitud sexual perdida hacía largos años. Era un acuerdo conveniente, sobre todo para ella: territorio conocido. Aprendí a esperar que me llamara a la agencia. En los intervalos no la veía mucho. La relación parecía haber completado un círculo de regreso a los cuerpos.

En ese tiempo, en medio de una fase de trabajo particularmente álgida, en que los incendios daban la impresión de estallar y multiplicarse por generación espontánea, volví a Nueva York por unos días. Recibí un sobre de Sebastián, que resultó ser una carta reenviada del estudio en Brooklyn a California, dirigida a mí. Era de un bufete de abogados en Nueva York. Me comunicaban escuetamente que una mujer llamada Phyllis Anna Carstensen había fallecido después de sobrevivir a toda su familia. Según lo dispuesto por la difunta en su testamento, por haber asistido al velorio y firmado el libro de condolencias el pasado febrero, me correspondía una parte de la herencia. Llamé al abogado firmante y, tras explicar la situación a una secretaria, se puso al teléfono. Corroboró en un tono serio, cortés y formal la disparatada información contenida en la misiva. No se trataba, pese a la apariencia de lo contrario, de una estafa o broma. Le pregunté quién había sido Phyllis Carstensen y contestó que no sabía gran cosa de ella, excepto que vivió los últimos quince años de su vida sola en un pequeño departamento que enfrentaba al puente Queensboro, lleno de gatos, en aparente pobreza, y que no pudieron dar con ningún miembro de su familia. Había realizado los trámites en la funeraria y firmado su testamento una década antes. Los vecinos estaban aliviados de librarse de ella y de sus animales casi salvajes. Le pregunté cuántas personas habían firmado el libro de condolencias y repuso que no podía darme esa información. La cantidad era considerable; correspondía, más o menos, a un año de mi sueldo. Me informó que tenía que firmar una serie de documentos, que podían enviármelos por correo. No me interesaba el dinero, dije. Eso implicaba firmar otra serie de papeles.

Decidí tomarme unos días y resolver la situación en persona. Me resultaba perturbador aceptar esa herencia, no saber por qué manos había circulado, cómo había sido amasada. Pero tampoco tenía razones de peso para rechazarla. En ese momento ya había comenzado a dar forma al proyecto de un año sabático a partir de mi inminente cumpleaños y me parecía una venturosa coincidencia que la cifra calzara con esa empresa, corroboraba que era una buena idea, aunque en estricto rigor –entre mis ahorros y la venta reciente de mi auto por la amnesia y la hipoteca del departamento– no la necesitaba. Esta vez me quedé en un hotel. Me reuní con otro abogado neoyorquino, especializado en impuestos. Volví a la funeraria en Madison para recabar información sobre Phyllis Carstensen. El encargado, distinto pero también calvo y vestido de riguroso negro, no sabía nada. En su edificio solo

saqué en claro que los vecinos la detestaban por su falta de higiene y por sus gatos. Un hombre que barría el oscuro pasillo de la entrada me informó, su voz apenas inteligible por encima del rumor del tráfico en el puente, que las autoridades sanitarias los habían librado de los gatos, pero que no habían podido atrapar a todos y que varios seguían rondando el edificio, que eran una plaga. Para reafirmar el punto terminó de empujar la puerta, salió a la vereda y señaló hacia una arista del edificio, seis pisos más arriba, un muro coronado con alambre de púas, supuse que para evitar que alguien se descolgara hasta allí desde una de las estructuras del puente. En el canto de la pared descansaba un enorme gato gris, de aspecto feral. Como si supiera que hablábamos de él, nos observaba con expresión adusta, intensa, desde su posición inexpugnable.

En los días que siguieron a mi cumpleaños me fui asentando en una rutina que comprendía el departamento y también mi nuevo barrio. El descanso tuvo un efecto restaurador. Me hice los exámenes requeridos por el doctor Briones y los pasé a dejar a la consulta. De acuerdo al procedimiento de rigor, me dijo la recepcionista, se pondrían en contacto conmigo en caso de cualquier cosa anormal. No me llamaron. Mi cerebro se encontraba, igual que un año antes, al inicio de los episodios, en perfectas condiciones. Me rondaba en mis paseos por Lastarria y Bellavista una sorda inquietud ante la inminencia de la próxima ausencia. Por momentos era consciente de que cada paso podía conducirme, por así decirlo, a otra dimensión. Me preguntaba dónde me iba a encontrar, después de haber hecho qué, aunque, hasta ese momento, no parecía haber realizado durante esos blancos nada anormal o violento.

Comencé a dar forma a mi viaje. Reservé un pasaje por un año a París. Mi plan era bajar por tierra a España y de ahí a Marruecos. Otras escalas posibles incluían Egipto, Jordania, Turquía e India. Lo único que sabía a ciencia cierta de esa aventura era que no iba a corresponder con mi plan inicial. La idea era improvisar, dejar que una cosa me llevara a la otra, acaso radicarme en algún lugar si así lo ameritaban las circunstancias o la inspiración. Consideré llamar a la dueña y ofrecerle pagar el arriendo del año en un solo depósito. Mi estado de ánimo era de abandono a una sutil y agradable disgregación. A medida que pasaban los días me iba reafirmando en la decisión de desmantelar mi vida y no me veía impelido a formar una nueva, a fundar un proyecto dotado de continuidad en el tiempo. Si eso era una crisis de mediana edad, según afirmaban mis amigos –con una dosis de envidia, como siempre que se criticaba cualquier cosa de cualquier persona–, no me importaba en absoluto. Tenía la impresión de que las mareas habían cambiado a mi favor.

Acudí al gimnasio, pero no di con Fernanda. El encargado se negó a facilitarme sus datos. Volví al día siguiente, una hora más temprano. La divisé corriendo en una de las máquinas. Al reconocerme, su expresión concentrada se tornó en alarma. Separó las piernas para apoyar sus zapatillas en los bordes inmóviles de la cinta transportadora.

–Hola, Tomás –dijo con frialdad. Su respiración era acezante.

–Pasaba por aquí y se me ocurrió venir a verte.

Me esforcé por sonreír. Ella permaneció seria. Bebió un trago de agua de una botella de plástico y volvió a encajarla en un agujero en una de las barras paralelas de la máquina. Llevaba un buzo apretado y una camiseta sin mangas. Noté que se le habían formado pequeñas manchas de sudor, en forma de medialuna, bajo los brazos.

–No tengo otra manera de ubicarte –dije.

–Lo sé.

Bajé la vista a la cinta que se renovaba ansiosamente a sí misma. Fernanda pulsó un botón y la máquina se detuvo.

–No quería interrumpirte. ¿Te parece si te espero y vamos a tomar un café?

–Tomás, el Nico me va a venir a buscar en media hora.

–Sigues con él, ¿ah?

–Sigo con él.

Divisé, en uno de los espejos que cubrían las paredes, a uno de los funcionarios –en cuya polera constaba el logo gris del gimnasio– que nos observaba, atento a cualquier señal de Fernanda de que algo andaba mal.

–Bueno, cuídate –dije y me alejé de ella. Pasé junto al operario. Vi fugazmente el reflejo de Fernanda, que me observaba sorprendida, todavía inmóvil sobre la máquina.

A medida que se aproximaba la fecha de la visita de Paula, mi vida se reducía a un compás de espera, no tanto de ella como de la audiencia del divorcio, donde se iba a fijar la fecha de la segunda audiencia (uno o dos meses más tarde), a partir de la cual podría viajar. Ni siquiera el leve contratiempo con Fernanda consiguió minar mi serenidad y mi sentido de propósito, cuyo vigor radicaba en su misma falta de objeto. La tabla rasa que había decidido establecer al cumplir los cuarenta (el número de años era, por supuesto, arbitrario) requería precisamente esa falta de planes que deseaba sostener todo lo que fuera posible. Ignoraba mis propias intenciones con Fernanda, pero fueran cuales fueran significarían una atadura, una mella en mi libertad, en la plasticidad del futuro que tenía por delante. La cual se veía corroborada, en alguna medida, por la súbita desaparición del pasado reciente, que se me presentaba segmentado en entidades discretas, cerradas como burbujas: la agencia, la vida con Paula, nuestro antiguo barrio.

La agencia, por ejemplo, que hasta pocas semanas había colmado por entero mi tiempo y mis preocupaciones, se iba hundiendo rápidamente en el recuerdo, volviéndose irreal. Todo allí parecía haberle ocurrido a otra persona. Echaba de menos la intensidad, la urgencia, el ejercicio constante de ciertas habilidades cuya atrofia se desencadenaría, a partir de entonces, sin remedio. Mi gran talento no era el de un profesional de la persuasión. Aunque me manejaba mejor que el promedio en el arte de derribar las barreras de cinismo erigidas por el público ante el bombardeo de los medios, el arte del endoctrinamiento indirecto, de la complicidad por ironía y de la simulación de grados de buen gusto, me había rodeado de subordinados más hábiles que yo.

Mi genio radicaba en reconocer a las personas invisibles en cada reunión y en darle a cada una lo suyo, en su exacta medida, en el momento preciso. Lo mismo al interior de la agencia que en la relación con los clientes, no me ocupaba –pese a la apariencia de lo contrario– del contenido de las ideas, sino del tipo y grado de apego a esas ideas entre las partes involucradas. El combustible que impulsaba a toda empresa, incluida la agencia, era el ego de la persona a cargo, que yo me había acostumbrado a disociar y tratar como a un doble, como si otro individuo se encontrara presente en la sala, tornando toda negociación o presentación en un juego a más bandas de las aparentes. Más que vender los productos, uno vendía su capacidad de venderlos. A medida que me aproximaba a la barrera simbólica de los cuarenta, empezaba a sentirme viejo para el negocio y me costaba más esfuerzo seguir sacando conejos del sombrero. Mi estilo comenzaba a resultarme predecible a mí mismo y anticipaba un momento, no muy distante –antes de que lo notaran mis socios y mi equipo–, en el que empezaría a sobrevenderme. La idea de un año sabático no era más que un eufemismo. Había salido en pleno dominio de mis destrezas. También existía un arte de escapar.

Me hallaba a gusto en medio de los resultados de mis decisiones. No esperaba gran cosa de la inminente visita de Paula, ni siquiera del viaje que comenzaba a cobrar forma o, más bien, impulso en mi interior. Me abandonaba a la certidumbre indolente de que todo lo que iniciara a partir de entonces también iba a ser transitorio, que incluso esa época, el comienzo de mi nueva vida, estaba condenada a ser absorbida y encapsulada en la memoria.

Entonces –a tres días de la llegada de Paula y cinco de la primera audiencia del divorcio– sucedió.

3

De pronto, sin un corte perceptible, vuelve a ocurrir. Un episodio, me digo. Tengo simultáneamente conciencia de mí mismo y de la alucinación que me rodea, del mismo modo que se sabe en sueños que se está soñando. Pero esa certeza suele ser efímera, es la antesala o forma parte ya del despertar; tal vez, a medida que van emergiendo en cadena a la vigilia, algunas zonas del cerebro alcanzan a advertir a otras que lo que están observando y sintiendo no es real. Pero no es el caso. Tanto la visión como la conciencia de estarla experimentando permanecen, se superponen. Un segundo atrás me dirigía de un punto a otro de mi cocina en Rosal, del refrigerador al microondas, sosteniendo un plato de lentejas cubierto de papel de aluminio. Ahora me encuentro en la calle. Soy de nuevo esta persona vieja, esta mujer. A un primer instante de alarma, de vértigo, sobreviene una curiosa calma. Camino penosamente bordeando un sitio eriazo. Cada cinco o seis pasos tengo que detenerme a recuperar el aliento, apoyándome contra una pandereta donde han rayado con grandes brochazos rojos: PÚDRETE, PERRO PERUANO. Al fondo veo el follaje de los árboles. Sostengo en mi mano un billete arrugado y unas monedas. El vuelto de un taxi, creo. Me dirijo instintivamente hacia la plaza.

Lo primero que noto es el cansancio. Quisiera erguirme y sacudírmelo de encima. El sol de finales del verano me da de lleno y, aun así, tengo frío. Llego a la siguiente esquina. Falta una cuadra para alcanzar la plaza. Una cuadra corta. Me llega el rumor de las micros en la calle paralela y el estruendo de un pesado bulto dejado caer de golpe desde un camión al pavimento. Distingo, contra la silueta de la iglesia, las grúas de una construcción. Cruzo la calle. Veo venir un ciclista desde muy lejos. Un tipo joven, con tatuajes en las piernas, me alcanza mucho antes de que logre llegar a la otra acera y traza una sutil maniobra para esquivarme. Mis movimientos, en contraste con los suyos, fluidos y naturales, ocurren como en cámara lenta. Subo a la vereda. Me aferro con las dos manos a un poste de concreto. Me laten las sienes tras el esfuerzo de cruzar la calle. Me quedo con la vista fija en un pedazo de muro cubierto por un *collage* de afiches. Alguien ha desgarrado tres carteles iguales de la capa superficial, dejando a la vista los estratos inferiores, más desteñidos. Necesito descansar. Me propongo sentarme en la cuneta, pero al primer intento de doblarme mi espalda parece recibir una

estocada, mis piernas me indican que, si me dejo caer ahí (porque tendría que derrumbarme desde cierta altura), ya no me voy a poder levantar sin ayuda. Debiera cruzar la calle hacia el poniente. Refugiarme del sol que cae a plomo. Pero la esquina opuesta está cubierta por una montaña de bolsas de basura, entre las que me sería difícil proseguir. La distancia que me separa de la plaza, de la sombra densa de los árboles, se me hace insalvable. ¿Por qué no me bajé del taxi ahí? ¿Para que no me vieran llegar? Me indigna la debilidad e ineficacia de esta carcasa malograda, reducida a un sistema de rigideces y dolores. Me resisto a aceptar el peso de mi cuerpo, la enormidad del desafío que significa caminar una cuadra.

Tengo que ir bordeando otro sitio eriazo, delimitado en todo su perímetro por una reja de alambre. Desde aquí distingo bien –la vista parece ser lo único que no le falla a esta mujer– las palmeras y araucarias que resaltan entre los otros árboles, y los sicomoros que velan la fachada de la iglesia sobre los puestos de libros usados. Un quiltro pardo, al que le falta una pata, me adelanta. Llega hasta la esquina de la plaza, olisquea el aire, dobla a la derecha y desaparece tras la garita de un estacionamiento. El perro me resulta familiar. Lo he visto antes en algún lugar. ¿Ese recuerdo es mío o de ella? También creo reconocer el sitio eriazo, el rectángulo de pasto seco cubierto de botellas de plástico y hojas de diario amarillentas que aletean en una brisa imperceptible, en medio del cual se mantiene en pie un refrigerador sin puerta lleno de latas oxidadas y envoltorios de papas fritas. Noto que voy arrastrando mi pie derecho, enfundado en una zapatilla rosada. Cada diez o doce pasos me paro a descansar, metiendo mis dedos torcidos por los rombos de alambre. Me duele la cabeza. El sol me quema la nuca y el dorso manchado de las manos. Me aclaro la garganta y digo en voz alta: ¡Ya basta, no más! Mi voz es rasposa, pero sorprendentemente firme. ¡Despiértate, huevón!, digo, pero no me despierto. Le doy un tirón a la reja, con la impresión insensata de que me encierra, que estoy al otro lado. Comprendo que no hay salida. Ya no soy Tomás, sino esta otra persona. ¿Cuál es su nombre? ¿Debiera recordarlo? Esto es lo que se ha venido gestando durante los últimos meses, pienso. Los otros episodios no han sido sino una versión embrionaria de este, el definitivo. Una parte de mí se niega a aceptarlo. Presiento que la plena conciencia de mi situación se me vendrá encima de un momento a otro como una embestida física, desencadenando un colapso. No puede ser, murmullo, no puede ser. Abro mucho los ojos y me convenzo de que estoy a punto de volver en mí, que la duración del sueño también es ilusoria. Dejo escapar un grito, aferrado a la reja, pero no pasa nada. Sigo aquí. Una mujer que transita por la calle paralela cargando una bolsa de compras me lanza una ojeada furtiva a través de las rejas. Una vieja loca, dice su actitud. Le sostengo la mirada y apura el tranco. Me digo que quizás he transpuesto un umbral. Que en vez de dirigirme hacia la plaza, debiera volver sobre mis pasos. Si regreso hasta la esquina donde me bajé del taxi (¿debiera caminar en ese último tramo de espaldas?), acaso me transporte de nuevo a mi cocina en Rosal y me halle sosteniendo el

plato de lentejas que me disponía a descubrir y meter en el microondas. Pero no dispongo de fuerzas suficientes. Tengo que descansar. Ya no me faltan más que veinte o veinticinco pasos hasta la plaza. Me suelto de la reja –mis manos habían empezado a agarrotarse– y sigo mi camino, cojeando más pronunciadamente, dispuesto a recorrer esa distancia en un solo envión.

Transpongo la línea de sombra. Pisando con cuidado sobre los adoquines irregulares, me dirijo hacia el banco más cercano, al que le faltan dos listones y parte del respaldo, y me dejo caer en él, jadeante. Quedo enfrentando la calle por la que acabo de llegar. Me doy vuelta y estudio la plaza. Distingo, tras una hilera de astas de bandera oxidadas, una estatua ecuestre que enfrenta una pileta vacía en forma de cruz. Veo juegos infantiles, parejas tendidas en el pasto, contenedores de plástico de distintos colores amarrados con cadenas y el tráfico que sube por el otro costado del parque. Estoy seguro de que en algún punto de esta plaza está mi lugar (es decir, el de ella), pero no soy capaz de reconocerlo. Intento ordenar mis pensamientos. Lo que más me sorprende es que la sensación de ser ella difiera tan poco, aparte de las penurias físicas, de la de haber sido Tomás Ugarte. Me pregunto si el saberse alguien –esta íntima certidumbre– es igual para todas las personas o si lo experimento así porque sigo siendo yo mismo, aunque atrapado en el cuerpo de esta vieja.

Me quedo dormido. Mi cabeza se inclina hacia delante y, en el último instante, me digo con infinito alivio que claro, que por supuesto: esta es la salida. Es obvio. Al volver en mí voy a estar otra vez en mi departamento, en mi vida. Abro los ojos. Me encuentro todavía en el banco. Una camioneta cargada de balones de gas transita ante mí. Un tipo sentado en la parte de atrás va golpeando las manijas de un balón con un destornillador. Creo haber escuchado ese redoble en sueños. Se me viene encima una ola de desesperación y me esfuerzo para no largarme a llorar. Compruebo, eso sí, que el breve descanso ha renovado algo mis energías. Veo acercarse a un hombre por un sendero de gravilla. Da un rodeo para no pisar el pasto y pasa ante mi banco. También me resulta vagamente conocido. Me llama la atención su forma de caminar, lenta y elástica, como si fuera pisando sobre una superficie esponjosa. Le calculo unos cincuenta años. Lleva zapatillas blancas, jeans sucios, una polera negra y el pelo entrecano, un poco largo, empapado y peinado hacia atrás. Sus ojos, dos ranuras inyectadas en sangre, dominan un rostro impasible, quemado por el sol. El hombre se detiene bruscamente ante mí. Me domina un pánico que intento disimular: en este cuerpo soy indefenso. El hombre sonríe y sus ojos se achican aún más. Le faltan tres o cuatro dientes. Inesita, dice con tono dulce, no la había reconocido con esa ropa. Me llamo Inés. Es verdad. Me sorprende no haberlo sabido hasta ahora. Inés. Inés Escobar. Me encojo de hombros. Me paso una mano por la tela púrpura del pantalón. Llevo un buzo deportivo de Paula que resulta incongruente con mi edad y circunstancias. ¿De dónde la sacó?, quiere saber el hombre. Me la regalaron, respondo. No me diga, comenta, observándome incrédulo. Se soba una mejilla. Con esa pinta no va a hacer

mucho negocio. Sonrío. Supongo que no. ¿Adónde se metió? La estábamos echando de menos. Pensamos que le había pasado algo malo, agrega; en su amabilidad hay un dejo de sorna. Estuve por ahí, señalo con un vago gesto de una mano, más allá de la iglesia, donde un pariente, un sobrino. Ah, nosotros creíamos que usted era sola. ¿Nosotros?, pienso. Ya ve, pues. ¿Y su sobrino la volvió a dejar botada? Me encojo de hombros. Bueno, por lo menos está limpiecita y con ropita nueva. Una pausa. ¿No le habrá soltado unas moneditas su sobrino? No, lo siento. El hombre retrocede un paso. Bueno, gusto de verla, pues. Pásese por allá cuando quiera nomás, cuando le entren ganas de pegarse un pencazo. El hombre se ríe, asomando una lengua oscura por el hueco entre sus dientes. Esboza un gesto de despedida. Lo miro alejarse con su andar flotante y de pronto recuerdo su apodo: el Flaco.

Recorro la plaza en busca de mi lugar. Lo impropio de mi atuendo atrae algunas miradas, seguidas de una absoluta distracción, la invisibilidad y anonimato consustanciales a una mujer mayor. Vago un rato a la deriva por la explanada central de la plaza, satisfecho de haber recuperado algo de vigor por medio del sueño, aunque aún me duele un poco la espalda y arrastro el canto de la zapatilla derecha. Giro sobre mí mismo. Desde este ángulo siento que la plaza está a punto de encajar con otra versión de sí misma, más verdadera, atesorada en la memoria de Inés. A medida que deambulo, tratando de ir de una mancha de sombra a otra, acuden a mi mente fragmentos de imágenes y sensaciones. Los recuerdos afloran a la superficie de mi conciencia como burbujas, sorprendentes pero innegables, provocados por detalles concretos: un basurero, una marca de grafiti en el plinto de la estatua ecuestre, las cagadas de paloma en los faroles, la sombra de una palmera. He estado aquí, con esta luz. Rememoro (¿y ya están, por lo tanto, deformadas por la evocación?) dos o tres ocasiones en que, al revisitar un sitio o reencontrar a una persona ya casi olvidados por el paso del tiempo, mi memoria parecía ampliarse y multiplicarse ante cada nuevo estímulo aleatorio, cada rincón o gesto, infundiéndome la inquietante sospecha de que iba ensamblando improvisadamente el pasado con materiales tomados del presente. Es lo que ocurre ahora en un sentido estricto: la plaza que tengo ante mí no es menos ilusoria que los recuerdos que convoca.

Me siento en un banco intacto a la sombra de un álamo. Dormito otro rato. Abro los ojos. Un hombre y una mujer, vestidos con viejos overoles y botas de goma, limpian los azulejos de la pileta vacía con escobillones y una manguera. Cerca de mí, un trío de artistas callejeros muy jóvenes ensayan una intrincada rutina centrada en un sombrero verde, que va circulando entre sus manos y cabezas en un solo oleaje continuo. Llevan chaquetas sin mangas de colores llamativos y pantalones cortados a la altura de las rodillas. Su actitud es jovial, despreocupada. Uno de ellos sostiene un pequeño acordeón colgado sobre el pecho. Cada cierto tiempo emite algunas notas sueltas, cuya relación con la rutina no alcanzo a entender. Repiten el movimiento del sombrero una y otra vez. Más allá, en una franja de pasto que va quedando al sol, frente a la

construcción, distingo al Flaco. Está sentado con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, conversando plácidamente con un hombre y dos mujeres. Junto a ellos, en posición alerta y abrumados por el calor, descansan tres perros muy sucios. Reconozco al quiltro pardo al que le falta una pata. En los alrededores, otros dos hombres y una mujer duermen en posturas abandonadas. La mujer tiene la cara enterrada en la hierba y una falda corta muy subida sobre los muslos. Sé que todos forman un grupo: los curados. Así los llaman los almaceneros del barrio, creo. Ahora emerge otro recuerdo, asociado no al Flaco, sino al miedo que me infundió hace un rato, al detenerse ante mí y durante todo nuestro breve intercambio. Una habitación fría y oscura, en la que estoy tendida desnuda (una versión más joven de esta mujer), se abre ante mí como un pozo. Aterrada, asida del banco con ambas manos, me esfuerzo por apartarla de mi mente. A la izquierda de los curados, sin aparente conexión con ellos, veo una hilera de bancos ocupada por viejas bolsas de plástico, sacos de dormir y prendas de ropa que, lo sé, pertenecen a ellos. Entre las bolsas, junto a un viejo colchón apoyado contra un grifo, veo algunas cajas de vino y jugo vacías. Recuerdo a los curados. Incluso puedo recuperar algunos nombres: la Ceci, el Roque. ¿Cómo se llama el perro pardo? Pero no estoy seguro de mi relación con ellos. Debo esforzarme por averiguarlo, no puedo darme el lujo de cometer errores. Podría dirigirme hasta allá y entablar una conversación casual. Pero algo me dice que no sería una buena idea.

Un tipo joven pasa ante mi banco. Me reconoce y me dedica una mueca de extrañeza, pero luego desvía la vista sin saludarme y acelera el paso. No debe tener más de treinta, pero parece enfermo, no solo por las vendas que le cubren ambas piernas y un brazo, sino por la complexión pálida y demacrada, el pelo sucio que se le pega a los pómulos, en los que se adivina la forma de la calavera, los dientes desintegrados. ¿Y tu mujer?, quiero preguntarle cuando pasa ante mí, pero me contengo. Me deja atrás con paso ágil. En la mochila guarda la bota de yeso para su pierna derecha y las muletas desensambladas que se golpean entre sí. Lleva todavía al cuello el pañuelo sucio que usa como cabestrillo para poner el brazo. Se llama Aníbal. Aníbal y su novia piden limosna en la entrada lateral de la iglesia, uno a cada lado. Ese es su territorio. Simulan ser discapacitados y los feligreses lo saben e igual les dan monedas, aunque sospechen en qué las gastan. La representación se circunscribe a los escalones de piedra que conducen a la escotilla dentro de la puerta mayor, pero todo el mundo los ve llegar y marcharse caminando. El problema son los gritos y las peleas en las que tienen que interceder los curas o los pacos. Aníbal, inevitablemente, trata de pegarle a la Gladis, incluso con una de sus muletas, pero a ella le quedan más fuerzas que a él. Se tratan de puta y chucha de tu madre, y se intercambian miradas de desprecio de un lado a otro de la escalinata, pero sin abandonar sus puestos, su territorio.

Lo que me hace pensar en *mi* territorio, *mi* lugar. Tengo que buscarlo, defenderlo de eventuales usurpadores. Que no me vayan a quitar lo poco que

tengo. Barro gran parte de la plaza, intentando hacer memoria. Vienen a mí otros recuerdos, más lejanos, y casi todos se relacionan –en tono más que en contenido– con esa pieza oscura, se ven atraídos hacia ella como a un agujero negro. Me dispongo a recorrer el resto de la plaza, que se alarga hacia el poniente. De pronto, se me ocurre que esta tarea es absurda. En vez de preocuparme de que alguien se apodere de mi lugar aquí y de mis pertenencias, que no serán mejores que las cosas de los curados, debiera ingeniármelas para apropiarme de las de Tomás. Me propongo dirigir mi memoria hacia esa otra zona y rememoro sin problemas y con detalle el departamento, Paula, la agencia, una foto de mi padre. Pero el período reciente –los últimos días y semanas– me resulta más incierto. Me invade la sensación vertiginosa de haber olvidado algo en este mismo instante. Lo tengo casi al alcance de la mano, pero es irrecuperable. ¿Y si, a medida que emergen los recuerdos de Inés, estos van ocupando el lugar de los de Tomás? No alcanzo a identificar una parte concreta de Tomás que se haya desvanecido. Puedo dirigirme a países que ha visitado, restoranes donde ha comido, películas que ha visto, pero siento que su presencia va perdiendo terreno en mi interior. Me digo que acaso revertir el proceso no dependa de mí. No cabe duda de que sus circunstancias son preferibles a las mías.

Me reviso los bolsillos del buzo. (Paula lo compró junto a otro, color blanco invierno. Por algún motivo, nunca, que yo recuerde, se decidió a ponerse este. Estuvo colgado en su clóset –puedo ver el lugar– durante un par de años con las etiquetas aún intactas. No sé, en cambio, cómo llegó aquí). Me reviso los bolsillos y no encuentro nada excepto el vuelto del taxi. No me alcanza para llegar a Rosal. Podría tomar una micro, pero no me sé los recorridos. No creo que con estas piernas pueda subir los escalones. O bajar al metro. Lo más prudente será acercarme lo más posible en taxi y caminar el resto. En total deben ser unas veinte cuadras. Conozco sus claves bancarias y creo que podría falsificar su firma. Necesito entrar a su departamento, apropiarme de sus tarjetas, su chequera. Hasta podría vivir ahí unos días, hacerme pasar por su abuela. Manejo información de sobra. Incluso puedo anotar los principales datos para prevenirme contra el olvido. Pero no tengo una llave. Puedo entrar al edificio sin problemas, pero ¿y al departamento? ¿Y si Tomás está muerto? Es posible que haya caído fulminado en su cocina, con un plato de lentejas en la mano. ¿Es esto la reencarnación? ¿No se supone que el alma debe volver a este mundo en forma de bebé (o feto) y no en un cuerpo ajado como este? Puede tratarse de un caso excepcional, un error cósmico. Acaso a algunas personas el destino o Dios les juegan malas pasadas, bromas siniestras. Si Tomás está muerto, puede que me vaya a meter en la boca del lobo. ¿No llevo puesto un buzo y zapatillas de su ex mujer? Pero nadie se va a dar cuenta. Pudo habérmelos regalado. Y no soy culpable de nada, creo. Habrá fallecido de muerte natural.

Decido tratar de avanzar lo más posible caminando y, cuando ya no me den más las piernas, tomar un taxi. Ojalá que el taxista se compadezca de mí y me

deje en la puerta. Me pongo en camino, atravesando la plaza en diagonal hacia la esquina de la iglesia. Los curados me ven pasar. El Flaco y la Ceci me hacen señas y yo les devuelvo el saludo y sigo caminando hasta salir de la plaza. A esta hora el tráfico está detenido. Más adelante se concentran bocinazos. Camino despacio, pegada a la fachada de los negocios, deteniéndome ante cada puerta para que los que entran y salen no me pasen a llevar. Aun así, un tipo gordo –que lleva anteojos oscuros para disimular un parche en un ojo– casi me atropella saliendo de un almacén. Tengo hambre. Resuelvo gastar un poquito de la plata del taxi. Entro al almacén. La mujer de la caja, que tiene el pelo teñido de un amarillo sucio, me sonríe. Doña Inés, ¿dónde se había metido? ¡Qué bueno verla por aquí! ¡Pero qué elegancia! Nos tenía preocupados. La mujer me ofrece, en un susurro, usar el baño y acepto. La sigo a un patio trasero enmarcado por ladrillos de adobe y cubierto en parte por un alero de planchas oxidadas de zinc. ¿Es este mi lugar? ¿Un refugio invernal? No recuerdo cuál es la puerta del baño y la mujer se extraña. La luz está mala y busco la taza a oscuras. Estoy otra vez en la pieza en tinieblas, de espaldas, desnuda. Empujo la puerta para abrir una ranura. Es preferible que me vean así. Tengo que apoyarme en el estanque para sentarme. De la cintura para abajo no siento más que diferentes matices y grados de rigidez, incomodidad y dolor, pero una vez posada en la taza compruebo que sí necesitaba el baño. Un niño pasa corriendo pero no se detiene a mirarme. Creo que me quedo dormida un ratito. Vuelvo a la tienda. Marta (así se llama, por supuesto) me ofrece un vaso de agua. También acepto. Compro media marraqueta y un yogurt de frambuesa. Le pido a Marta lápiz y papel. Anoto la dirección y la clave de cajero automático de Tomás; estampo una versión temblorosa de su firma. Le doy las gracias a Marta. Salgo a la calle.

Sigo caminando cerca de la fachada cubierta de rayados de los negocios. El tráfico de gente es intenso. Me digo que voy por otra dimensión del tiempo, más lenta, por lo que todo parece fluir a mi alrededor a un ritmo presuroso, como en cámara rápida, un poco ridículo. Me gustaría cruzar la calle y sentarme en un paradero a comerme el yogurt y el pan, pero ahí todavía pega el sol. Ya no tengo frío. El ejercicio me ha hecho entrar en calor. Llego a la entrada de un garaje. En el interior veo tambores de plástico apilados, rollos de alambre, una mesa de ping-pong, una escalera apoyada contra el muro y la carrocería de un auto de los años cuarenta semienterrada en un montículo de bultos. Recuerdo que en ese lugar, oculta a la derecha, hay una llave de agua. Más adelante, una mujer que está regando el rectángulo de la vereda frente a su negocio de timbres de goma me saluda con un gesto. Abro una esquina del yogurt y lo voy sorbiendo. Pasa ante mí un joven que camina con un casco de bicicleta en la cabeza, seguido de una mujer que lleva una peluca rubia y una pequeña camiseta sin mangas que resalta unas grandes tetas de silicona. Sé que son artificiales no solo por la forma y el tamaño, sino ante todo por su manera de desplegarlas, ostentosa, en lo que equivale a una amortización. Eso me hace tomar conciencia de mis propios pechos, colgantes y por suerte

pequeños, que mi andar encorvado disimula pese a que no llevo sostén. Termino el yogurt y deposito el envase en la tapa de un basurero metálico lleno a rebosar. Muerdo el pan con las muelas. Paso ante un puesto de mote con huesillos, un triciclo. Miro a la mujer a los ojos pero no parece reconocerme y tengo la impresión de haber transpuesto un límite. Me gustaría tomar un poco de jugo de huesillos. El pan me va a dar sed, pienso. Pero tengo que cuidar la platita para el último tramo. Me distraigo mirando unas toallas en un local, que tienen estampados los retratos de Marilyn Monroe, el Che Guevara y otros personajes que no reconozco. Mi zapatilla derecha, que voy arrastrando un poco, se engancha en una tapa de madera y estoy a punto de caer de bruces en la taza de un árbol. Un cuidador de autos, de uniforme amarillo, me sostiene. Tenga cuidado, señora, me dice con sorna, dedicando el comentario a un par de compañeros. Me siento a descansar en el reborde alto de una vitrina. Sobre mi cabeza cuelga un monociclo. Me dedico a roer la marraqueta. Al otro lado de la calle veo una puerta tapiada con ladrillos y, más arriba, todavía iluminada por el sol, una torre gruesa de cemento enmarcada por el nicho dejado entre las construcciones por una demolición, junto al entramado de vigas de un muro de adobe. Comprendo que esa torre es una caja de escala, lo único que queda por derribar de la casa. Me quedo dormida con el pan en la mano.

Mi cabeza cae hacia delante y despierto. Por la luz diría que no han transcurrido más de diez o quince minutos. Me pongo en camino. En la cuadra siguiente, sorprendiéndome a mí misma, extiendo mi mano libre ante una mujer para pedir limosna. No tendrá una moneda, murmuro. La mujer me esquiva y niega desviando la vista. Repito el gesto. Exagero un poco mi cojera e intento encorvarme más, pero me duele la espalda. Al quinto o sexto intento, un tipo para y se mete las manos a los bolsillos. Estamos frente a la puerta de un restorán chino. Me da una moneda de cincuenta pesos. Quiero darle las gracias pero ya se aleja. Noto que la mayoría de los transeúntes se molestan, se sienten invadidos. Debiera instalarme en un lugar, pienso, dejar que ellos acudan por iniciativa propia. Pero no es cosa de ocupar cualquier sitio. Mis rogativas, de hecho, han atraído la atención de los vendedores de los quioscos y los puestos de zapatos, libros y comida. Un chico joven, en mangas de camisa y corbata, que sostiene un frasco de perfume en cada mano para ofrecer una demostración, retrocede un paso y oculta sus tesoros detrás de su cuerpo. Estoy tentada de enfrentarlo y ofrecerle mis muñecas para que las rocíe, pero no hay tiempo que perder.

Noto que el borde del sol va subiendo por la fachada de los edificios de enfrente. Al llegar a la esquina cruzo la calle. Me quedo rezagada y la micro de la primera fila tiene que esperarme. El primer bocinazo me asusta tanto que se me cae el pan. Dudo un momento, pero sé que no puedo recogerlo. Otro bocinazo. La multitud que espera en el paradero me clava una sola mirada inexpresiva. El chofer arranca cuando aún no he ganado la vereda, esquivándome por milímetros. El pan casi intacto yace sobre una mancha de

aceite en el pavimento. Cuento las monedas que he juntado y decido comprar más. Dejo atrás un paradero de colectivos. El primero señaliza para meterse en el tráfico detenido. Si quiero tomar un taxi, me digo, debo esperar. Entro a una galería. La penumbra del túnel es mitigada apenas por los tragaluces y los tubos fluorescentes que cuelgan de cadenas. Este no sería un mal lugar para dormir, pienso, pero a unos pocos metros de la calle doy con una reja abierta que descansa sobre rueditas metálicas. La galería retumba con el ritmo entretejido de las máquinas de imprenta, que forman un contrapunto armonioso. Este lugar me resulta conocido. Estudio los rostros de los imprenteros que se afanan en los locales o recorren el pasillo –donde se apilan pliegos, resmas, libros de facturas y cajas de cartón–, pero nadie parece reconocerme. Ese vago recuerdo convoca otros más nítidos, que no sé a quién atribuir, y ese otro que persiste como un bajo continuo y que debo ahuyentar. Al mismo tiempo, tengo conciencia de ir perdiendo vastas zonas de Tomás. Puedo dirigir mi mente hacia su padre o su ex mujer, por ejemplo, pero ya no veo los rostros, no tengo más que el presentimiento de su cercanía, de sus voces. No me cabe duda de que antes fui Tomás, pero su presencia se va apagando en mi interior. La idea de usurpar su vida, ¿como él ha usurpado la mía?, se desdibuja, pierde consistencia, me resulta desquiciada. Por fin reconozco mi lugar en la plaza. Es una cavidad en el seto de ligustrinas que separa el sitio eriazo del estacionamiento. Los cuidadores me dejan ocultar ahí algunas pertenencias y descansar de noche. Nunca dormito más que unos minutos seguidos. Debiera volver, pienso. Reclamar lo que es mío. ¿Hace cuánto tiempo que no duermo ahí? No se habrán olvidado de mí.

Llego al final de la galería y constato que es un recodo. Doblo a la izquierda y luego a la derecha. En este tramo hay varios mesones vacíos obstruyendo el pasillo. Junto a uno de ellos hay una silla y me siento a reposar un minuto. Frente a mí, en el suelo, veo los restos oxidados de una cortina metálica. Extraigo de mi bolsillo el papelito con los datos de Tomás. Los dígitos de la clave, 2099, no me dicen nada. ¿Por qué los habrá elegido? Arrugo el papel y lo arrojo a un basurero. Fallo el tiro. El dueño de un local de fotocopias, al que sin duda pertenecen este mesón y esta silla y una hilera de maceteros con flores dispuestos en el piso de linóleo, levanta la vista de su trabajo y me escruta con desagrado. Se me ha dormido una pierna y me la masajeo para volverla a la vida. Me pongo de pie y continúo, sintiéndome de pronto muy cansada. La galería da, trazando una S, a la calle paralela. Me sorprende que ya esté oscureciendo.

Me rodea otra vez la penumbra de la pieza y ya no tengo fuerzas para disiparla. Tengo mucho frío. Mis nalgas y la parte trasera de mis muslos están empapados. Agradezco esta posición que es de descanso. Me duelen los oídos, las muñecas, las rodillas, las plantas de los pies, las uñas, una magulladura del cuello, y el sexo y el ano donde ayer me metieron una botella. El semen forma una película áspera en mis dientes y paladar. Cuando vienen me voy lejos, se ausenta todo lo que queda más allá de los límites exactos del dolor, pero en las

fases intermedias me propongo hacerle compañía a mi cuerpo, asombrada de que siga aquí. Permanezco atenta al latido pausado del corazón, el suave mecerse del estómago a cada aliento, aunque eso signifique también tomar conciencia de la pulsación de mis sienes contra la venda, demasiado apretada. Es así como quiero recordarlo, es a esos intervalos adonde vuelvo si no me queda otra alternativa que volver, pero también está la conciencia de la respiración de las otras y el paso sigiloso de las ratas por el piso de cemento y el roce de las cucarachas, la terrible angustia de la espera. Hay uno en particular, más largo que los demás, en que nos dejan abandonadas durante varios días, ni siquiera nos dan de comer o beber, yacemos en nuestros propios desechos y es un alivio.

Me quedo un rato en la boca de la galería. Me resisto a abandonar el arrullo de las máquinas. Me tiemblan un poco las piernas. No consigo recordar el propósito de esta incursión. ¿Para qué quería acercarme al departamento de Tomás? ¿Cómo pensaba entrar? Y si Tomás está en su casa, viendo la tele o leyendo un libro o ante el computador, ¿qué voy a hacer, tocar el timbre? ¿Y qué le voy a decir por el citófono? ¿Que me deje subir porque alguna vez fui él y ahora soy esta vieja? No, Inesita. Mejor volver a la plaza y a tu lugar antes de que se olviden de ti y se lo cedan a otro. ¿No te estarás confundiendo? ¿No te habrás topado con ese niño en alguna parte, en la calle, no habrás escuchado alguna historia sobre él y te bajó la idea insensata de que la conoces por experiencia propia? ¿No habrás soñado que eras él? De un tiempo a esta parte la cabeza te juega malas pasadas. Decido regresar. No me he alejado de la plaza más que cinco o seis cuadras, pero esa distancia se me hace ahora infranqueable. Mis piernas apenas me sostienen, mi estómago se contrae en un principio de náuseas. El cansancio me pesa como una losa. Con gusto me quedaría en la galería, he visto en el trayecto tres o cuatro sitios propicios en el pasillo, pero los locales van cerrando y en cualquier momento van a apagar los fluorescentes y atrancar la reja de este extremo. Emprendo la marcha en dirección al sur, a la plaza. Las cortinas de los negocios están echadas y puedo ver las luces de dos o tres semáforos cambiando al unísono en las esquinas siguientes. Paso frente a la reja metálica de un banco. En el cubo de vidrio del cajero automático distingo, detrás de la máquina, un pequeño espacio donde sería posible tenderse a descansar (y levantarse aferrándose a la reja). Espero.

Espero más de media hora, apoyada contra el capó de una camioneta estacionada. La fatiga me hace llorar un poco. Me reconforto pensando que el escaso tráfico del cajero implica que, una vez dentro, no me van a molestar mucho. La calle está casi desierta. En la pared que separa el banco de un local de juegos electrónicos han pegado un papel en el que se lee, en trazos borroneados por la lluvia, «Se necesitan...». El resto es ininteligible. En la casona que ocupa la esquina siguiente, que parece en ruinas, dominada por la foto de un candidato ya elegido, veo tenues luces en las ventanas tapiadas con bolsas de plástico. El cono de luz de un farol deja ver un mural en el que

combaten dos robots o astronautas con escafandras. Finalmente, un taxi se detiene en doble fila, con las luces intermitentes. El taxista entra a la cabina del cajero. Lo veo guardar su plata y me pongo en movimiento, calculando los segundos que me tomará empujar la puerta antes de que se cierre. Pero no llego a tiempo. Mis piernas no me responden en el momento ni a la velocidad que les ordeno. El taxista sostiene la puerta abierta sin mirarme de frente. La alcanzo. Estoy adentro. Espero a que se marche de pie ante el teclado. Trato de recordar la clave, pero ya la he perdido. No importa. Estudio el hueco, que está cubierto de polvo y envoltorios y recibos del cajero, pero nada asqueroso. Aferrándome con cuidado a la reja consigo sentarme y luego tenderme, encogiendo las piernas para que llamen la menor atención posible. Dormito. Entro y salgo de un sueño intranquilo. Una parte de mí se mantiene alerta, consciente de la luz cruda y parpadeante de los fluorescentes y de los escasos transeúntes que pasan por la vereda y que, por más que encoja mis piernas adoloridas, pueden ver mis zapatillas rosadas. En los sueños veo rostros desconocidos y recorro ciudades imaginarias, tal vez armadas a partir de experiencias de ese niño.

Alguien entra a la caseta. Un hombre gordo. Parece nervioso. Antes de abrir su billetera da un vistazo a la calle vacía. Puedo ver su reflejo en la pared de vidrio lateral, que da al banco. Un calambre comienza a apoderarse de una de mis piernas. Resisto, pero se hace más intenso y tengo que desplazarla levemente. El hombre nota ese movimiento y se sobresalta. Deja oír un gritito de sorpresa. Nuestras miradas se encuentran en el vidrio. El hombre sale. Después de unos minutos vuelve a entrar. Se asoma con decisión detrás del cajero para observarme. Me hago la dormida. Tengo miedo. El hombre se instala ante el teclado y saca plata. Sale. Estoy sola. Debiera dormir un poquito más, reunir fuerzas para la travesía hasta la plaza. Cierro los ojos, pero no puedo conciliar el sueño. Tengo ganas de ir al baño. Me aguanto un largo rato. Mi vientre se retuerce. Me doblo en posición fetal atravesada por el dolor, hasta que pasa de largo. No me queda otra alternativa. No quiero hacer una inmundicia. Ya me ha pasado antes. Por eso el deslinde del estacionamiento es mi lugar, porque puedo escaparme rápido al sitio eriazo y cubrir mis desechos como los gatos. Recojo algunos recibos del cajero y me levanto colgándome de la reja, temerosa de que al hacer fuerza se me vacíen las tripas. Primero me siento y me saco una zapatilla empujándola con la otra. Me pongo de pie. Trato de abrir la puerta que da al banco, pero está cerrada con llave. Abro la puerta de la vereda. Dejo caer la zapatilla, de modo que queda obstruyendo la puerta. La vereda está vacía. Me dirijo al árbol más cercano. Espero a que un auto termine de pasar. Me bajo los pantalones del buzo y los calzones. Unos calzones finos, de mujer joven, que deben ser también de la esposa de ese niño. ¿Cómo se llamaba? Agarrada del tronco ennegrecido del árbol y apoyada en el parachoques trasero de la camioneta, me agacho todo lo que dan mi espalda y mis piernas temblorosas. Por favor, por favor, que no pase nadie ahora. Me mancho un poco los pantalones. No

puedo evitarlo. Escucho voces. Un grupo de jóvenes. Me levanto un poco y los veo a través del parabrisas de la camioneta. Acaban de doblar en la esquina de los astronautas y se dirigen hacia mí, por el otro lado de la calle. Dos o tres de ellos llevan botellas de cerveza de litro en las manos. Vuelvo a agacharme y bajo la cabeza. Con un poco de suerte van a pasar de largo sin verme. Me limpio con los papeles lo mejor que puedo y espero. Los jóvenes pasan y comienzan a alejarse. Hablan a gritos. Me da la impresión de que exageran la borrachera. De pronto, uno de ellos, que tiene la cabeza rapada bajo una gorra de béisbol y el torso desnudo, aparece corriendo entre los autos y recoge mi zapatilla que mantenía la puerta entornada. Entra. Se detiene un momento ante el teclado. Con gestos hábiles de artes marciales empieza a darle patadas a la pantalla, pero no consigue romperla. El chico se queda mirando desafiante hacia la cámara de seguridad y la escupe. Al salir vuelve a depositar la zapatilla en su lugar. Entonces me ve. Sonríe burlón. Abuelita basura, me dice y se marcha corriendo a reencontrarse con sus amigos que ya se alejan en dirección a la Alameda.

Me incorporo. Me subo con dificultad los calzones y el pantalón del buzo. Por suerte no me he ensuciado mucho. La calle está vacía. En la cuadra siguiente, más allá de la casona del mural y de un edificio nuevo, distingo un grupo de jóvenes que pegan carteles en la pared de madera de una construcción. Estoy temblando de fatiga y de frío. Y eso que es verano todavía. Debiera emprender el regreso, pienso. Pero mejor no abandonar este refugio. Mañana le voy a pedir a la Marta que me convide un tecito. Le puedo comprar la bolsita y que ella me lo haga. Vamos a esperar un ratito más, a ver si logramos conciliar un buen sueño. Entro a la cabina. Me pongo la zapatilla sin agacharme. Me tiendo en mi lugar detrás del cajero. Agotada, me quedo dormida al tiro.

Despierto aterrorizada. Solo puedo mover los ojos y girar la cabeza. El resto de mi cuerpo parece haber sido enterrado en arena. ¡Me he quedado paralítica! No, Inesita, es que dormiste mucho. Dos o tres horas. Es lo más que has dormido de corrido en... ¿diez años? Y tu cuerpo no está acostumbrado. Ya te vas a sentir mejor. Tienes que mover un poquito los brazos. Eso. Ahora las piernas. Doblarlas y estirarlas. Desentumecer los trutros. Sin apuro. Así está bien. Ya, no seas exagerada. Necesitabas el descanso. Vuelvo a cerrar los ojos. Escucho voces, susurros. Me incorporo un poquito y veo a una pareja ante el cajero. Entran. La caseta se llena de olor a perfume. Se besan. Se dan cuenta de mi presencia y no les importa. El hombre saca plata. Salen. Se alejan caminando abrazados hacia el sur. Me quedo mirando la puerta que se cierra lentamente. En el último instante, cuando ya creo oír el clic de la cerradura, alguien aparece corriendo desde la dirección opuesta y la agarra y mete sus dedos en la ranura para mantenerla abierta.

Solo puedo ver su reflejo borroso en el vidrio y me da la espalda, pero reconozco el torso desnudo, la gorra de béisbol. ¡Ya pos, cuchetumadre!, grita. Silencio. Escucho el ruido de algo metálico (¿una cadena?) que se

desparrama por el pavimento. Risas. Puta, huevón, con esa puntería vamos a estar aquí hasta mañana, dice otro. Nuevo silencio. Luego hay algo como un crujido sordo y se hace la oscuridad. No solo aquí, sino en toda la cuadra. Una luz de seguridad azul, lejana, se enciende en el interior del banco. Ahora están dentro de la cabina. Cuatro o cinco. Cierro los ojos y me hago un ovillo. Me agarran de las piernas y me arrastran hasta el centro del piso. Trato de incorporarme, pero uno de ellos me pone una bota en el estómago. Desisto. Abuelita basura, me dice el de la gorra, te vamos a dar un baño. Todos se ríen. Noto que uno de ellos sostiene un bidón. ¡Ya, chiquillos, déjenme tranquila!, los conmino con voz calmada, sorprendiéndome a mí misma. ¡Yo no les he hecho nada! Algunos parecen vacilar. El de la gorra toma el bidón, lo destapa y me vierte el líquido por todas partes, desde las zapatillas a la cara y el pelo, hasta vaciarlo. Vas a quedar limpiecita. El líquido se me mete en la nariz y la boca. El olor y sabor son tan intensos que en un principio no logro reconocerlos, me ahogan. Esperaba algo pestilente. Es bencina. Escupo. Grito. Sé que estoy gritando, pero ya no me escucho. Estoy otra vez desnuda en el piso de cemento, vendada, escuchando mi propia respiración, atenta al latido oculto de mi corazón que se amplifica y reproduce en las zonas dañadas. Un fósforo ilumina los rostros de los cinco jóvenes. Comparten una expresión atónita, hipnotizada, como si se dispusieran a saltar juntos a un pozo. La pequeña cápsula luminosa flota entre nosotros. Luego me roza la cadera y la cabina se llena de un súbito resplandor cobrizo. Los veo retroceder fascinados, asqueados, incrédulos. Uno de ellos empuja la puerta. Me llega un olor de ropa y pelo chamuscados. Agito mis brazos, en un afán reflejo por desprenderme de la sustancia refulgente, delicada, que los cubre. El dolor me toma por sorpresa, me empieza por las orejas y las mejillas y, en unos segundos, lo envuelve todo, colma el nicho de la cabina y me ahoga. Estalla sobre mí como una ola y después ya no me importa. Me veo a mí misma desde cierta distancia, a la izquierda. Tardo un instante en reconocer mi reflejo en el vidrio. Imagino que le estuviera ocurriendo a otra, que ese no es mi propio cuerpo tendido, gritando, debatiéndose en una placenta de luz.

4

Quise gritar, pero no parecía tener pulmones ni boca. Concentré un enorme esfuerzo en proferir un aullido inarticulado, con la sensación de irme abriendo paso entre pliegues de oscuridad con ayuda de ese sonido. Abrí los ojos. Me encontraba de pie en la fila del supermercado. La mujer que tenía delante –paralizada en el gesto de descargar sus compras en la cinta–, las cajeras, clientes y empacadores me escrutaban con muecas de espanto. Comprendí que acababa de bramar con todas mis fuerzas. Un vistazo a mi propio carro me indicó que lo había ido llenando de cosas habituales, según lo planeado esa mañana (si me hallaba en el mismo día), mientras dudaba entre hacer las compras esa tarde o postergarlas para la siguiente. Mascullé una disculpa y me alejé del carro hacia lo profundo del supermercado, de tamaño modesto pero que se me antojaba insondable. El corazón me latía a plena potencia. Me faltaba el aire. Las piernas me respondían con un grado de retraso y de error, me dominaba el miedo de pasar a llevar las hileras de botellas, tarros, frascos o envases de plástico multicolores, con la angustiosa sospecha de que su precario equilibrio se relacionaba de alguna manera con el mío. La luz demasiado precisa me abrumaba. Tenía que salir de ahí, pero al mismo tiempo necesitaba alejarme de la barrera de miradas escrutadoras de las cajeras y empacadores. Me sudaban las manos y el cuello, gotas de transpiración rodaban por mis costillas bajo la camisa. Los pasillos y las estanterías llenas ondulaban levemente como si acabara de volver en mí en medio de un terremoto. Iba pisando con cautela, tratando de mantenerme en la mitad exacta de los pasillos, con los brazos extendidos para medir la distancia que me separaba de los productos alineados y mantenerlos a raya. Por encima de todo me obsesionaba un solo pensamiento ineludible: que eso era la pérdida definitiva de control, que iba a morir de un momento a otro o que el fin ya se había desencadenado. Un ataque de pánico, pensé, no es más que un ataque de pánico. Repetí las palabras ataque-de-pánico para mis adentros, procurando recobrar la calma. Me dije que era algo natural, considerando lo que acababa de experimentar: la transformación en otra persona y la muerte, nada menos. Pero eso no logró evitar que me inundara una nueva ola de temor. Temor al ataque de pánico, que no anunciaba otra cosa que el fin inminente, el derrumbe. Logré dar con el pasillo de entrada y me encaminé trastabillando hacia la puerta. Me salió al encuentro un guardia de uniforme y gorra grises.

–¿Se encuentra bien, señor? –inquirió en tono autoritario–. ¿Algún problema?

Por toda respuesta me doblé en dos y vomité. El guardia, un hombre corpulento de pelo entrecano, tuvo que dar un salto hacia atrás para evitar ser alcanzado en los zapatos impecablemente lustrados y en los pantalones planchados de su uniforme. Lentejas. Lo último que recordaba era disponerme a meter un plato de lentejas, que habían sobrado de la noche anterior, al microondas. Eso significaba que aún era jueves. No había postergado las compras para la tarde siguiente. Resbalando sobre mi propio vómito me dirigí hacia la puerta. El guardia no hizo nada por cerrarme el paso. Me sentía algo mejor. Me dolía la cabeza y continuaba sudando a mares, pero respiraba con un poco más de facilidad y mi corazón parecía apaciguar su ritmo. Opté por recorrer a pie las cinco cuadras hasta Rosal, pese al calor. Temía el encierro de un taxi. Mi paso era inestable y los transeúntes iban trazando arcos para evitarme igual que a un borracho. Al llegar al edificio, grandes manchas de sudor cubrían mi camisa. La conserje comentó que venía pálido como un papel. Murmuré algo y me encaminé, intentando enderezar mi tranco, hacia el ascensor.

Me lavé los dientes y la cara. Resolví esperar a encontrarme más repuesto antes de arriesgar una ducha. Me preparé un whisky con hielo y me dejé caer exhausto en el sofá del living. Me sentía, pese a todo, feliz de volver a ser yo mismo. Calculé que mi ausencia había durado, cuando mucho, un par de horas, aunque mi sueño o visión se prolongara por unas nueve o diez. No había sido un sueño. No se recordaban los sueños con ese lujo de pormenores. Pero, entonces, ¿qué acababa de experimentar? ¿Una alucinación? Quizás la amnesia abría en mi mente un espacio vacío, susceptible de ser llenado por algo. ¿Pero qué? ¿Los recuerdos de otra persona, captados al azar del aire como quien sintonizaba ondas de radio? ¿Había visto alguna vez a esa mujer pasar por la calle, acaso me pidió limosna, y ahora mi cerebro, en un momento de desajuste, elaboraba a partir de unos escasos segundos ya olvidados una puesta en escena centrada en ella? ¿Había leído en la crónica roja la noticia de una indigente asesinada en esas circunstancias? No lo recordaba. La verosimilitud de lo vivido era asombrosa. ¿Y si esa mujer existía en verdad? Volví a sentir por un instante el peso de su cuerpo, la íntima constatación de un núcleo que permanecía intacto mientras el organismo que lo cubría se disgregaba sin remedio. Reconocí la plaza Almagro, trechos de San Diego y de Arturo Prat. ¿Debía buscarla? ¿Indagar su historia? ¿O advertirle de lo que se le venía encima, si me había sido dado vislumbrar el futuro? ¿Qué me conectaba con ella?

Recordé haber encontrado, durante la mudanza, algunas pertenencias de Paula en la bodega de Pedro de Valdivia Norte. Ahora descansaban en mi clóset, a la espera de su llegada el sábado siguiente. Extraje las cajas y las deposité, una junto a la otra, en el parqué del dormitorio. En la primera encontré un par de zapatillas rosadas. Casi al fondo de la segunda di con el

buzo púrpura. Extendí ambas partes sobre el cubrecama, con las zapatillas en el extremo de las piernas. El conjunto trazaba una figura vagamente inquietante, un mapa de la ausencia de Paula. Arrastré las cajas de vuelta a su lugar, bajo mis chaquetas, camisas y abrigos, pero dejé sobre la cama las zapatillas y el buzo. No recordaba haberlo visto desde que Paula lo compró, junto con una versión en blanco. Hasta donde yo sabía, no se lo puso más que en el probador de la tienda. De hecho, yo lo había olvidado por completo hasta esa visión. Aun así, venía a corroborar la idea de un ensamblaje a partir de recuerdos misceláneos: el buzo de Paula, alguna noticia (pero aún no me venía a la memoria), una anciana encontrada casualmente en la calle.

Al salir de la ducha me puse a buscar el número de la psiquiatra en el desorden de papeles encima de mi escritorio en el living. Encontré el papel, pero no me animé a llamarla. ¿Qué le iba a decir? Hasta el momento, todas mis decisiones habían respondido a una necesidad real de cambio que, al cabo de un tiempo, vista en retrospectiva, acaso iba a dibujar un trazado coherente, una línea interna de crecimiento que desde fuera estaba puntuada por una seguidilla de hitos incongruentes, aparentes excentricidades o caprichos. Desconocía de momento hacia dónde me llevaban, pero no me cabía duda de que debía seguir adelante. Su lógica oculta se manifestaría a su debido tiempo y, cuando ocurriera, iba a ser menos relevante que mi ciega determinación actual de proseguir. Las críticas, la sorna, la preocupación de mis amigos se me revelaban cada vez más teñidas por un matiz de envidia. Pero esto era distinto. ¿Un tratamiento psiquiátrico por alucinaciones? ¿Dejarme internar en una clínica? No. Iba a tener que pasar a través de esto, fuera lo que fuera, por mis propios medios.

Trabajado por la curiosidad (¿cómo podía conservar un recuerdo tan detallado de un barrio que no visitaba hacía por lo menos quince años?), bajé a la calle para tomar un taxi. En menos de diez minutos pisaba la esquina donde se había iniciado mi recorrido. La coincidencia era pasmosa. Si la memoria no me engañaba, acomodándose en secreto a lo que tenía ante mí, la calle, los sitios eriazos y los árboles del fondo, reproducían exactamente los de la visión. Reparé en una sola diferencia: en la última esquina antes de la plaza, al otro lado de la calle, vi tres bolsas de basura rodeando un poste. Al pasar por ese sitio en la piel de Inés había notado un cerro de bolsas que se desmoronaba en parte a la calle y obstruía el paso por la vereda. La plaza parecía un lugar distinto por el cambio de la luz, pero todo calzaba con lo contemplado a través de los ojos de la anciana: el grafiti en el plinto de la estatua, el deterioro de los bancos y los juegos infantiles, el óxido en las astas de bandera, la posición y el tamaño de la pileta, las cagadas de pájaro en los faroles. Frente a la construcción, dos camiones de cemento se mantenían obstruyendo la calle con el motor en marcha y los grandes cilindros girando despacio sobre sí mismos. Un par de trabajadores se dedicaban a rellenar con arena unas barreras de plástico rojo. Me dije, con un principio de vértigo, que había estado allí sin lugar a dudas. Recorrí toda la plaza en busca de Inés. Me

dirigí al punto que ella recordara como su lugar, en el deslinde entre el estacionamiento y uno de los sitios eriazos. En los bancos que enfrentaban el monumento a Pedro Aguirre Cerda encontré el colchón y las bolsas y ropa de los curados. Pero tampoco vi el menor rastro de ellos.

Me interné por el paseo Bulnes y me senté a descansar en el reborde de cemento del pasto. Entonces la vi venir, a mitad de la cuadra siguiente. Una viejita diminuta, encorvada, que cojeaba arrastrando su pierna derecha. Iba trazando un zigzag entre las parejas o grupos sentados en los bancos o en el borde de la pared baja de concreto, extendiendo su mano para pedir monedas. Avanzaba tan despacio que algunos tenían tiempo, al verla acercarse, de ponerse de pie y salir de su rango de acción. Calzaba unas pantuflas ajadas. La derecha se había abierto en el canto en que la iba arrastrando. Llevaba un vestido manchado que alguna vez fue negro, un chaleco agujereado, sin forma, inmundo, demasiado grueso para esa época del año, y la cabeza cubierta por un gorro de lana chilote. Sus ojos negros, tenaces, contrastaban con la devastación de su rostro sucio, marcado por grietas profundas, los labios hundidos ante la falta de dientes. Me llamó la atención su actitud, un poco desafiante, incluso irónica, al pedir limosna. Daba cuenta de una distancia interna que, curiosamente, yo no había notado desde dentro, acaso porque al comenzar a extender la mano ya comenzaba a perderme en ella. Nadie le dio nada en ese trayecto. Antes de llegar hasta mí se sentó en el borde de una fuente. Se inclinó con dificultad. Mientras se apoyaba precariamente en una mano, hundió la otra en el agua turbia, en la que flotaban botellas y envoltorios de plástico, y se lavó la cara. Se enjuagó la boca y escupió. Se puso de pie con enorme dificultad. Sus ojos se posaron en mí y comenzó a acercarse. Le salí al encuentro.

–No doy monedas –dije–, pero si quiere le compro algo para comer.

Me escrutó con seriedad. Mi oferta parecía incomodarla. Había perdido su actitud entradora, su cerco de defensa, y se mostraba abrupta y tímida.

–Bueno –decidió–, por qué no.

Señaló hacia la siguiente esquina y se puso en marcha. La acompañé. Un paso. Pausa. Otro paso.

–¿Qué le pasó en la pierna?

–Una caída.

Me resigné al silencio hasta que llegamos, trazando una diagonal por el paseo, hasta la esquina. Inés concentraba toda su atención en el esfuerzo de caminar. Le ofrecí mi brazo para apoyarse, pero lo rechazó. Un tropel de pensamientos se agolpaba en mi mente. Inés existía. Ese mero hecho era increíble. A su lado, mientras me sincronizaba al ritmo de sus pasos irregulares, me fui convenciendo de eso: me había visto, de alguna forma inexplicable, transportado a ella. Había ocupado, por unas horas, su lugar, ese cuerpo averiado que conocía de manera más íntima que el de ninguna otra mujer. Lo único discordante en mi visión era la ropa: el buzo púrpura y las

zapatillas rosadas de Paula.

–¿Vive por aquí?

Me miró de soslayo.

–Sí, claro.

Entramos a un pequeño almacén en la calle lateral.

–Inesita, ¿cómo le va? –la saludó el tipo sentado tras la caja, un sujeto corpulento, de voz estentórea.

El olor acre de Inés llenó el espacio estrecho y oscuro, sin que al dueño pareciera importarle. Ella cojeó hasta la estantería del fondo, sin darse el trabajo de explicar la situación. Tomó una botella chica de agua sin gas y un yogurt.

–¿Tiene marraquetas?

El ayudante, un viejo enfundado en un delantal azul, le entregó media marraqueta envuelta en una bolsa de plástico verde por encima del mostrador de vidrio. Inés metió el yogurt y el agua en la bolsa y se encaminó hacia la salida. Mi generosidad le resultaba, a todas luces, ingrata, pero no tenía otra opción que aceptarla.

–¿No quiere nada más? –pregunté.

–No, gracias –contestó sin darse vuelta.

–Puede llevar lo que quiera.

–Gracias –dijo Inés, ya transponiendo el umbral.

Pagué y la alcancé en la vereda.

–Inés. ¿Le importa si le digo Inés?

Negó con la cabeza, su respiración entrecortada por el esfuerzo de caminar.

–¿En qué puedo ayudarla? Me gustaría ayudarla.

Inés se detuvo y levantó la vista hacia mí. Me estudió con detención, a corta distancia. El agua de la fuente había embadurnado la suciedad en sus mejillas y cuello. Sus facciones ajadas formaron una mueca de asombro.

–¿Osvaldo?

–No, me llamo Tomás. Tomás Ugarte. ¿Quién es Osvaldo?

–Mi sobrino. Vive en el sur –dijo imperiosa–. ¿Seguro que no eres Osvaldo?

–Seguro.

–Eres igualito a él. Pero igualito, igualito. No me había fijado...

Por algún motivo saqué mi billetera y le mostré mi carné de identidad. Lo sostuvo muy cerca de sus ojos, con una mano torcida, manchada y temblorosa que yo conocía bien. Me lo devolvió.

–Eres igualito a él –repitió y se puso en marcha hacia el paseo–, incluso en la foto.

–¿En qué podría ayudarla? –insistí.

–¿Por qué quieres ayudarme? ¿Te manda Osvaldo? Ya sería hora de que ese

ingrato se acuerde de su tía abuela.

–No sé –dije.

Llegamos a la esquina del paseo. Dobló en dirección a la plaza.

–¿Le gustaría cenar?

–No, gracias. Con esto tengo suficiente. Ahora necesito descansar un poquito.

–¿Almuerzo mañana? –pregunté.

Se detuvo. Me escrutó de nuevo a corta distancia.

–Bueno –dijo y giró para darme la espalda.

No la seguí.

Volví a mi casa caminando. Durante el trayecto y a lo largo de lo que quedaba de esa tarde y de la noche, que pasé a oscuras en lo que iba reconociendo como mi lugar de anclaje en el departamento –el sillón gris del living–, no pude librarme un solo instante de su recuerdo, cual si los papeles se hubieran invertido y ahora ella me habitara a mí. Me serví vaso tras vaso de whisky, pero el alcohol no limó mi inquietud. Me dije una y otra vez, contemplando el reflejo de la tenue luz de la ventana en las aristas de los cubos de hielo, que las cosas sucedían por alguna razón y que mi deber era dilucidarla. Lo del día de mi cumpleaños en la tina no había sido más que un aviso. Volvía a representarme lo ocurrido en términos de un trasvasije de líquidos: durante los episodios de amnesia, algo se vaciaba en mi interior, un espacio capaz de ser colmado por otra cosa. La repetición me invitaba a pensar en una serie, un proceso que se gestaba. Me reafirmé en mi decisión de no acudir a la psiquiatra. La simplicidad de la percepción extrasensorial (¿eso era?) resultaba desarmante: se la podía constatar, pero no explicar ni comunicar a nadie. Hasta entonces, mi experiencia se limitaba a coincidencias o simetrías menores. Iba por la calle y, sin razón alguna, alguien a quien no veía hace años me venía a la cabeza, para topármelo a la cuadra siguiente. Adquirí la costumbre de dormir siesta –otro aspecto en que me iba transformado en mi padre– y era habitual despertarme pocos segundos antes de que sonara el teléfono. Recordé, por primera vez en mucho tiempo, una escena: la hija de un primo de Paula, Colomba, que no debía tener dos años, en pijama y con el pelo mojado después del baño me pidió que le leyera un libro y pensé en el título de un libro infantil. La niña me miró extrañada y declaró con impaciencia que no tenían ese libro, repitiendo el título que yo no había llegado a pronunciar en voz alta. Rememoré también haberme preguntado quién de los dos ejerció la intuición telepática, si Colomba o yo. Decidí que ella. Esas cosas le ocurrían a todo el mundo, pensé.

Pero lo de Inés era distinto. El ataque de pánico resultaba, dadas las circunstancias, justificable. Había sido un efecto, no del episodio, sino de la abrupta transición, que me daba la medida de mi fragilidad. A cada paso podía caer a un pozo. Y aun sin moverme, incluso en el sillón, al relajarme y hundirme un poco más en su acogedora concavidad, podía estarme

sumergiendo en otra dimensión. Pero no me importaba. ¿Acaso no era así para todo el mundo? Cada aliento podía ser el último, siempre. No, no precisaba la ayuda de una psiquiatra. Necesitaba desentrañar el motivo. Me negaba a asumir que se tratara de puro azar. Tenían que existir nexos con Inés, vasos comunicantes. Reflexioné sobre las discrepancias entre la visión y la realidad, las bolsas de basura, la ropa de Paula. De pronto lo comprendí: mi experiencia era profética, me había sido dado vislumbrar, desde dentro, el futuro de Inés. Mi deber era evitarlo. Esa era la razón: tenía que salvarla, interponerme en el curso de los acontecimientos que llevaban a ese desenlace terrible. Acaso ya lo hubiera hecho, por el mero hecho de cruzarme en su camino. Quise servirme un último whisky, pero estaba demasiado cansado o borracho para levantarme. Me quedé dormido en el sillón.

Acudí a la plaza pasado el mediodía. Me tomó unos diez minutos encontrarla, caminando cabizbaja por San Diego. Fui a su encuentro.

–Doña Inés, buenas tardes.

No dio muestras de reconocerme.

–Hablamos ayer, quedamos de almorzar.

–¿Osvaldo?

–No, me llamo Tomás.

La anciana hizo ademán de seguir su camino de regreso a la plaza. En una calle lateral yo acababa de ver una fuente de soda, con mesas redondas de plástico dispuestas en la vereda estrecha y desigual.

–Venga –le dije, tomándola del brazo.

Parecía asustada, pero no se resistió. No tenía fuerzas para ello. Su cuerpo, a medias oculto por el chaleco abultado y la falda del vestido, era muy frágil. Yo lo sabía muy bien. Su brazo daba la impresión de no ser más que huesos articulados. Sus ropas, incluso al aire libre, exhalaban una fetidez insoportable.

Las cinco mesas estaban desocupadas. La instalé en la más lejana a la puerta. Un mozo se acercó hasta nosotros, pero se detuvo a medio camino. Volvió sobre sus pasos y desapareció en el interior del local. Después de un minuto se asomó a la puerta junto a otro hombre, quien debía ser el dueño. Conferenciaron un minuto. El mozo por fin se acercó a la mesa.

–Lo siento, caballero, pero no se pueden servir nada acá –dijo nervioso.

–¿Por qué no?

El mozo apuntó a Inés con un mínimo gesto.

–No pueden. Si quiere habla con el patrón.

–No, no se preocupe.

Ayudé a Inés a levantarse de su silla. Volvimos penosamente a San Diego. Iba a tener que comprar provisiones en un almacén y comer en la plaza, me dije. Sin detenerme a pensarlo hice parar a un taxi. Le ofrecí triplicar la cifra del taxímetro si me llevaba hasta Rosal. Aceptó. Me costó mucho trabajo conseguir sentar a Inés en el asiento trasero. Abrimos las cuatro ventanillas y,

aun así, el hedor era espantoso. El conductor, un hombre mayor, permaneció en silencio durante veinte interminables cuadras.

Nos dejó en la esquina. Inés se veía muy cansada. En el tramo hasta el edificio respiraba penosamente. Un paso. Pausa. Otro paso.

–¿Adónde vamos? –preguntó con aspecto desorientado durante uno de esos breves altos.

–A mi casa.

La conserje nos divisó desde lejos y no nos quitó los ojos de encima hasta que llegamos a la puerta del edificio. Su expresión de desconfianza y repugnancia se tornó en alarma cuando comprendió que me proponía entrar con Inés al edificio.

–Señor Ugarte, no se puede...

–Es mi tía, está muy enferma –atiné a decir, avanzando a nuestro paso lentísimo hacia el ascensor.

–¡Esto es un asco! –se quejó.

En el ascensor tuve que aguantar la respiración. El trayecto hasta la puerta del departamento también pareció prolongarse una eternidad. Por suerte no se asomó ninguno de los vecinos. Mi propósito había sido invitarla a almorzar, pero lo primero era lo primero. A medias la conduje y a medias la empujé al baño. Su cuerpo se tensó en un ademán de rechazo. Abrí la llave de la tina.

–Nos vamos a dar un baño –anuncié.

Inés no dijo nada. Se quedó quieta, con los ojos clavados en el piso de baldosas. Vertí gel de baño bajo el chorro para formar espuma. Fui a la cocina para buscar una bolsa de basura. Traté de sacarle el chaleco, pero se resistió. La senté en el borde de la tina y le saqué las pantuflas, que deposité en la bolsa. Me dejó hacer. Corté el agua. Comprendí que no iba a ser capaz de entrar o salir de la tina por sus propios medios.

–Doña Inés, necesita un baño.

Permaneció quieta, tensa, con la vista baja.

–Esto es lo que vamos a hacer –insistí con el tono que dirigiría a una niña pequeña–: se va a bañar vestida. Igual tenemos que lavar su ropa. ¿Bueno?

No dio señal de respuesta, pero me dejó quitarle el chaleco. La tomé por las axilas y la senté en el agua, sorprendido de lo poco que pesaba. Aún tenía puesto el gorro de lana. Saqué la botella de gel del nicho de la pared y la sostuve frente sus ojos, antes de colocarla en el borde de cerámica, al alcance de su mano. Salí del baño. Durante los minutos siguientes me dediqué a ventilar el departamento. Su hedor –en el que no solo se mezclaban el excremento y la mugre, sino que ya parecía imperar un principio de descomposición– se concentraba en sus ropas, en el vestido mojado. ¿Qué estaba haciendo? Acaso Manuel y los demás tuvieran razón y se me había soltado un tornillo, esto era un síntoma mucho más preocupante que mis ausencias, incluso que una minuciosa alucinación. Esperé en el dormitorio, sentado en el borde de la cama. Reparé en el buzo de Paula, que había

arrojado en una silla esa mañana tras despertar en el living en un estupor de resaca.

Golpeé la puerta del baño con suavidad. No hubo respuesta. Abrí una ranura. La anciana seguía sentada en la espuma, con el gorro puesto, inmóvil. El vestido flotaba en torno suyo como un alga. Algo tomó posesión de mí: un ímpetu ciego que combinaba indignación ante su inmundicia y la extraña sensación de imponerme un grado de rigor o disciplina a mí mismo. Le arranqué el gorro. Su pelo blanco y ralo, muy sucio, se pegaba al cráneo, dejando a la vista una tonsura de calvicie. Se opuso a que le quitara el vestido. Gritó. Me arañó la cara. Cerró los brazos de modo que, al tratar de sacárselo por encima de la cabeza, la levanté en vilo de la tina. Conseguí reducirla, a medias metido yo también en el agua, tomándola por los codos, hasta que logré librarla también de esa prenda. Enseguida la levanté con una mano, abrazándola por la espalda, y con la otra le bajé la ropa interior, unos calzoncillos de hombre que le quedaban grandes, manchados desde hacía mucho tiempo de mierda y orina. Me maravilló que su cuerpo diminuto, endeble, siguiera funcionando; la piel no parecía cubrir más que el esqueleto: una marioneta humana. Al terminar de desvestirla, yo estaba igual de empapado que ella. La volví a sentar en el fondo de la tina (no podía hacerlo por sí misma). Por sus mejillas rodaban lágrimas de ira. Puse todas sus ropas en la bolsa y la cerré con un nudo. Me quité las zapatillas y me arrodillé junto a ella, que se tapaba la cara con sus manos cubiertas de espuma y sollozaba.

–Lo siento, Inés –susurré–, pero tenemos que bañarnos.

Embebí mi esponja con gel y le froté los hombros, la espalda, las axilas, los pechos, los brazos, las piernas y los pies. El agua y la espuma se tiñeron de un color chocolate. Vacié la tina y volví a llenarla. Le lavé el pelo escaso. Desprendí la regadera de la ducha para enjuagarle la cabeza y volví a masajearla con champú. Se dejó lavar, pero en su pasividad permanecía inalterable una nota de implacable resistencia interior, de indignación, de odio. La puse de pie para lavarle la entrepierna, las nalgas. Tuve que frotarla con fuerza para desprender las costras de mierda. Me obstiné hasta sacarle un poco de sangre. Durante esa operación me miró todo el tiempo a los ojos. Al final la enjuagué con la ducha. Luego la cubrí con una toalla y le sequé el pelo. Busqué entre las ropas de Paula y encontré calzones y calcetines. Ayudé a Inés a ponerse los calzones y el buzo púrpura. Me agaché para abrocharle las zapatillas, que le quedaban apenas grandes.

–Ya terminamos. ¿Ve que no fue tan terrible? –dije, tratando de animarla, sorprendido de mi engolado tono paternal–. Ahora va a estar mucho más cómoda. ¿Tiene hambre? ¿Por qué no comemos algo?

Inés no contestó. Se veía un poco ridícula en la ropa de una mujer joven.

–Mi gorro.

–Le voy a comprar otro gorro... y vestidos y chalecos y lo que usted quiera –en mi voz resonaba un eco de ansiedad–. Su ropa está demasiado sucia

para...

–Quiero mi gorro, huevón.

–Lo siento, Inés. De verdad que lo siento.

La conduje a la cocina. La senté en una silla. Le serví un vaso de leche que bebió con fruición, sosteniéndolo con las dos manos. Preparé huevos revueltos, palta molida y puré instantáneo. Comida blanda. Mientras cocinaba, un gato saltó desde una cornisa y quedó equilibrado por un momento en el marco de la ventana que daba al patio de luz. El movimiento brusco me asustó y estuve a punto de dejar caer la sartén con los huevos. Para mi sorpresa, Inés dejó oír una carcajada seca a mis espaldas. Me di vuelta y sonreí, pero desvió la vista. Me detestaba. Nunca me iba a perdonar ese ultraje. Si tuviera fuerzas me clavaría uno de los cuchillos en los riñones. El gato gris arqueó la espalda y me miró por un momento a los ojos. Lo vi calcular su próxima maniobra y desaparecer de un salto.

Inés comió con placer, llenándose la boca, pero no pudo terminar el plato. Era mucho para ella, dijo, llevándose las manos al estómago. Le pregunté si quería descansar y asintió. La tendí en mi cama y se quedó dormida de inmediato. La tapé con una frazada. Me cambié de ropa y bajé a la calle a comprar un gorro de lana.

Derivé hasta el centro. En una galería encontré un gorro casi idéntico al suyo. Volví a paso rápido, corriendo en algunos tramos, reviviendo en la memoria el desenlace atroz de mi visión, que había sido, ya no me cabían dudas, premonitoria. Si la dejaba sola por mucho tiempo corría el peligro de que escapara para ir a terminar en ese cajero. Era factible que eso representara uno de varios futuros posibles, pensé, y que mi intervención ya lo hubiera anulado.

Inés aguardaba sentada, quieta, en la base de la cama. Sus intervalos de sueño eran cortos. Recibió el gorro sin reacción alguna. Su mirada inescrutable me hizo pensar en la del gato.

–¿Pudo descansar? –pregunté con una amplia sonrisa–. ¡Qué bueno!

El tono condescendiente de mi voz me asqueaba, pero no podía evitarlo. La trataba como a una viejita adorable en gran medida porque no lo era, para forzarla a representar ese papel.

–¿Le gustaría ver tele?

No contestó.

Amontoné las almohadas en la cabecera de la cama y la levanté en vilo para situarla allí.

–¿Así está cómoda? Perfecto.

Encendí el televisor y le entregué el control remoto, que sostuvo entre sus manos junto con el gorro. Se quedó con la vista fija en el aparato, hipnotizada. En el living abrí el computador y revisé mis correos. Nada de Paula, que llegaba a la mañana siguiente. Traté de navegar un rato, recabando, según ya era habitual, información sobre lugares que pensaba recorrer –Essaouira,

Petra, Varanasi–, pero no logré concentrarme. Cada cierto tiempo me asomaba al dormitorio para vigilar a Inés. Contemplaba el aparato con toda su atención, absorbida, cambiando lentamente los canales. Había subido mucho el volumen. A intervalos regulares se quedaba dormida.

Al atardecer, la dueña del departamento llamó por teléfono.

–Tomás, querido, ¿cómo va todo?

–Bien, gracias.

–Perdona que te moleste, pero la Elsa me contó que llevaste a una pordiosera al departamento.

–No es una pordiosera, es mi tía Inés –mentí–, que ha estado... enferma.

–Tomás, me vas a meter en problemas con la gente del edificio.

–No hay ningún problema. Voy a hablar mañana con la señora Elsa para que venga a conocerla.

–¿Se va a quedar mucho tiempo?

–Una semana. Dos máximo –improvisé.

Transcurrió una pausa.

–Bueno, Tomás, te voy a agradecer que hables con la Elsa. Está bastante alterada. Me llamó a mí y también al administrador.

–No se preocupe –dije–, yo me encargo.

Preparé la cena. Mientras cocinaba, el gato gris pasó caminando altanero por el marco de la ventana, detrás del cristal. No tenía collar. ¿Habitaba alguno de los departamentos aledaños? Había notado algunos gatos en el patio de luz y sobre el techo de metal corrugado del estacionamiento visible entre las dos alas del edificio, sin prestarles mayor atención. No me gustaban los gatos. Encendí la luz del dormitorio. Apagué el aparato. Conduje a Inés hasta la cocina y la acomodé ante la pequeña mesa. Después de varias horas de televisión, sus ojos se veían brillosos y desenfocados. Le serví una porción modesta que devoró con apetito. Se veía un poco más a sus anchas.

–¿Doña Inés?

Levantó su vista hacia mí, toda ella un nudo de recelo y desconfianza.

–Me dijo que tiene un sobrino en el sur, Osvaldo...

–Osvaldo y Aurelio, son nietos de mi difunta hermana.

–¿Dónde viven?

–En Temuco.

–¿Tiene alguna forma de contactarlos, un teléfono o dirección?

Negó con la cabeza. Después de un rato agregó:

–¿Te dije que eres igualito a Osvaldo?

–Sí.

–Él es más moreno, pero son como gemelos.

La idea me resultó un poco inquietante. Inés terminó su plato.

–¿Se le ofrece más?

–No.

Me aliviaban los mínimos signos de holgura ante mi presencia. O al menos de resignación. Resultaba innegable que no estaba allí por su propia voluntad, era una prisionera. Me decía que, después de toda una vida de penurias y vilezas, no solo se iba a acostumbrar a esas comodidades –la cama blanda, la comida caliente, el baño limpio, la televisión por cable–, sino que, en poco tiempo, no iba a poder vivir sin ellas. Quería preguntarle sobre su vida anterior, el trayecto que la había conducido hacia la plaza. Esperaba ganarme, poco a poco, su confianza.

–Me gustaría descansar un ratito –anunció.

La llevé hasta el dormitorio. Le saqué las zapatillas. La metí en la cama todavía vestida con el buzo de Paula. Se quedó dormida.

Me instalé con una almohada y una frazada en el sofá del living.

En medio de la noche algo me despertó. Abrí los ojos y encontré a Inés, sentada en el sillón a un metro de distancia, quieta, observándome con maníaca intensidad en la penumbra. Me incorporé asustado.

–Inés... ¿qué pasa?

–¿Por qué me estás ayudando, huevón?

Me froté la cara con las manos, todavía aturdido por la somnolencia.

–Ayer tuve una especie de sueño. Soñé que era usted en la plaza.

Inés no dijo nada. Proseguí:

–Y después la encontré. Y pensé que no había sido casualidad que soñara con usted.

–Me las arreglo sola.

–Eso no es verdad, doña Inés. ¿Cuántos años lleva viviendo en la plaza?

–Once.

–Ya es hora de que tenga más comodidades, atención médica...

Aun en la oscuridad podía notar la presión de sus ojos, su impotencia. Yo no tenía derecho a usurpar su vida, por muy miserable y sórdida que me pareciera. Era suya. Su única posesión. En virtud de su fragilidad, su indefensión física, se encontraba a merced del primero que decidiera intervenir, protegida por la tenue barrera de la indiferencia general hacia una anciana indigente. ¿Por qué alguien iba a decidir preocuparse por ella? Mi respuesta a esa interrogante (haberla visto en un sueño) no debía ayudar mucho. Lo único que marcaba una diferencia era mi innegable determinación, de la que no podía zafarse. Se encontraba en mis manos, sujeta a mi voluntad. Creo que en parte se veía forzada a aceptar que para ella ya no existía la alternativa de una vuelta atrás. Podía y seguramente iba a recobrar un grado de independencia, de soberanía sobre sus propias decisiones, pero ¿cabía regresar a los harapos, a su sitio eriazo, a hurgar en los tarros de basura? En poco tiempo, me dije, iba a considerar este cautiverio como un renacer, una última oportunidad, y su resentimiento por la violencia requerida tendría que menguar tarde o temprano.

La conduje de vuelta al dormitorio y la arropé igual que a una niña. Lloraba quedamente. Permanecí apoyado en el umbral hasta cerciorarme de que dormía. Para bien o para mal, pensé, había asumido una responsabilidad y ya no podía echar pie atrás. Más que de su vida, en realidad me estaba haciendo cargo de su muerte, que no debía corresponder al final de mi visión. Aunque a ratos imaginaba un observador silencioso, un ojo que registraba mis acciones desde un ángulo de cada cuarto y me daba su aprobación tácita, era consciente de que me apoyaba y refugiaba en ella al menos en una medida equivalente a su opuesto más ostensible. El deber de cuidarla, de hacerme cargo de ella me resultaba innegable, pero al mismo tiempo me proporcionaba un asidero, una línea a seguir, algo en que ocuparme, una distracción de mi propia vulnerabilidad. En cualquier momento, todo lo que tenía ante mí, incluida ella, podía desvanecerse en el aire lo mismo que un encantamiento. En la eventual desaparición de Inés se proyectaba, de alguna manera, la mía. Si uno casi siempre buscaba, por medio de actos compasivos, salvarse a sí mismo, si estos cumplían –al menos como subproducto, por el mero hecho de desviar la atención de los problemas propios a los ajenos– una función terapéutica, ¿no lo era tanto más en este caso de desdoblamiento literal, por haberme encarnado en ella?

Paula llamó temprano en la mañana para anunciar que se iba del aeropuerto directamente a la playa con su madre. Nos íbamos a ver el lunes en los Juzgados de Familia.

A eso de las diez saqué a caminar a Inés. Calculé la hora para estar seguro de encontrarme con Elsa, la conserje, que los sábados solo trabajaba en la mañana.

–Doña Elsa, le quiero presentar a mi tía Inés. Se va a quedar conmigo por unos días.

–Mucho gusto –dijo Elsa, rígida, descolocada, sin decidirse a tocar a Inés.

Nos tomó más de una hora dar una vuelta a la manzana. Inés, que iba tomada de mi brazo, debía detenerse cada diez o doce pasos a descansar. Me dijo que tenía frío, así que en la calle paralela, Luis de Valdivia, cruzamos al lado del sol. Intenté sonsacarle información sobre su vida, pero solo obtuve algunas frases deshilvanadas sobre la plaza, los basureros, los curados, las disputas y treguas territoriales, el sistema de almacenes del barrio, el tipo de gente que daba limosna: redes de relaciones invisibles para los transeúntes más ocupados, en las que su memoria parecía atrapada como en un laberinto. Al hablar perdía el aliento y tenía que detenerse más a menudo. A partir de un cierto punto tomé la palabra y le resumí los cambios recientes en mi vida: la renuncia al trabajo, el divorcio, la mudanza. Inés sonrió con dulzura, dejando a la vista sus encías, y declaró, con la mirada fija en la vereda, en un tono de voz inédito, el de un yo más joven, que recordaba muy bien el día en que cumplió cuarenta años, en 1966, que esos habían sido los buenos tiempos, cuando su hija aún estaba viva. Le pregunté por su hija, pero volvió en sí como si despertara de un trance, sus ojos se apagaron, esa otra interlocutora se

retiró y ocupó su lugar la anciana hosca y reticente que me era conocida. Recordé el cuarto oscuro, su cuerpo desnudo tendido en la oscuridad. Me esforcé por recuperar lo que había sabido entonces. ¿Era su hija el motivo de su detención? Contuve mi curiosidad. Volví a hablar de mí mismo, de mi familia, vigilándola, pero no volvió a ocurrir. Al tiempo que me resultaba un enigma, sentía con Inés un grado de intimidad y compenetración mayor que el que había tenido nunca con mis padres o incluso con Paula; sin llegar a leerle el pensamiento, era capaz de notar y calibrar en ella mínimos cambios de ánimo, tan sutiles como si ocurrieran en mí. El recuerdo de irme fundiendo y extraviando gradualmente en ella no me dejaba. Aunque equivalía a una pérdida de mí mismo, no lo revivía con angustia, sino con una medida de alivio, un abandono casi voluptuoso. El relato sobre mi familia no concitó reacción alguna en ella. Se veía extenuada. Al mencionar a mi padre me asaltó un pensamiento incómodo que me esforcé en barrer de mi mente: al hacerme cargo de Inés reproducía de alguna forma la compulsión sobreprotectora, el asistencialismo sofocante del viejo Tomás. Acaso lo llevaba en los genes, conjeturé, tal vez ese era el motivo por el que me había sido negada la paternidad: para romper un círculo vicioso.

Al volver al departamento, Inés declaró que le gustaría tenderse un rato. Se quedó dormida de inmediato. Pasé gran parte de la mañana ante el computador, recabando información sobre casas de reposo. Inés despertó y quiso ver televisión. A eso del mediodía, yo había decantado mi búsqueda a tres alternativas: establecimientos en los que no primaba el fervor religioso ni parecía imperar un clima penitenciario. Hubiera querido tenerla cerca (para la mayoría, era un medio para deshacerse de los viejos, de reducirlos de ingratas variables a constantes; para mí, todo lo contrario), pero las mejores eran casonas en Providencia, un barrio que se había ido llenando de ancianos, una suerte de Miami Beach en medio de la urbe. Eran caros, más que mi propio arriendo, pero incluían servicios de atención médica, kinesiología, enfermería, nutrición, laboratorio, farmacia y ambulancia. La mitigación de la culpa tenía su precio. Llamé a uno para preguntar si era posible internar a una persona no siendo familiar directo y me sugirieron que hablara con la secretaria el lunes. El lunes tenía la audiencia de divorcio; pedí una cita para visitar el lugar, con Inés, el martes. Decidí gastar la herencia de Phyllis Carstensen, que conservaba en una cuenta especial en Estados Unidos, en la casa de reposo. Aunque con menos margen de maniobra, aún dispondría de fondos para mi viaje. Me agradaba la idea de una simetría entre ambas ancianas, cuyas vidas habían culminado en circunstancias análogas, y que yo, que me había topado con ambas por obra del azar –o de una causalidad demasiado compleja para mi limitado entendimiento–, no sirviera más que de material conductor.

Durante el fin de semana se fijó una rutina de sueños, comidas, paseos y televisión, en la que yo procuraba verme como un Pigmalión, empeñado en moldear en Inés a la viejita adorable que no era y que nunca iba a ser, una rutina que era más bien el resultado de una transacción implícita, un término

medio entre posiciones irreconciliables. Inés aceptó sin entusiasmo visitar un par de casas de reposo el martes siguiente. El sábado en la tarde salí a hacer por fin la compra del supermercado. Al regresar me alivió encontrarla en su sitio de la cama absorta en la pantalla del televisor. (También hubiera sido un alivio, me dije con una puntada de remordimiento, si hubiera escapado). Se mantuvo inamovible en su mutismo respecto a su historia, su familia. Ni siquiera logré sonsacarle el apellido de sus sobrinos en Temuco. Extraje de entre la ropa de Paula algunas prendas que podían servirle, pero no se cambió el buzo púrpura. Propuse que durante la semana, después de nuestra ronda por las casas de reposo, fuéramos de compras. Necesitaba ropa nueva, insistí. Se mostró de acuerdo encogiéndose de hombros. El domingo la obligué a que se diera un nuevo baño. La senté vestida con una camiseta y calzones en la tina vacía. Vertí un chorro de gel en el fondo y luego di el agua y salí, para que se lavara sola. Luego la extraje del baño, la sequé y la ayudé a vestirse, procurando no mirarla. Se resignaba a mis cuidados y atenciones sin asomo de gratitud. No se resistía físicamente, pero en sus ojos yo reconocía una huida interior –con la sola excepción del comentario sobre sus cuarenta años y su hija ¿asesinada?–, un repliegue a un lugar remoto.

El lunes se declaró demasiado cansada para nuestra caminata matinal. Dormitó un rato y pasó gran parte de la mañana pegada al televisor. Después del almuerzo durmió una larga siesta. Me vestí con traje y corbata y la desperté al salir. Le comuniqué que iba a ausentarme por unas horas, pero que no iba lejos. Los Juzgados de Familia quedaban a escasas cinco cuadras. Anoté mi número de celular en un papel y lo dejé en el velador. Tanteó entre los pliegues del cubrecama en busca del control remoto. Se lo entregué. Lo tomó en su mano nudosa y encendió el aparato sin darme las gracias. Me embargó un sentimiento inédito ante ella: ¿qué te has creído, vieja desagradecida? Con todo lo que he hecho por ti podrías dignarte a darme las gracias una sola vez, una maldita vez.

Le repetí a la conserje mi número de celular. Lo buscó en un cuaderno ajado y comprobó que ya lo tenía. Le pedí que me avisara en caso de ver salir a mi tía Inés. Llegué al Juzgado de Familia, en la calle San Antonio, unos minutos temprano. En el edificio de oficinas, una multitud compacta se agolpaba en un laberinto de pasillos y salas de espera. Me encontré con el abogado de Paula, un sujeto robusto de unos sesenta y tantos que usaba el pelo blanco algo largo, en homenaje a las melenas de la época de su juventud, y que no miraba a los ojos.

–¿Y tu testigo?

–¿Qué testigo?

–¿No te dijo la Paulita?

–No –repuse alarmado.

–Por lo general, los testigos se presentan en la segunda audiencia, pero como el divorcio es de común acuerdo y ya están zanjados todos los temas

económicos, la jueza puede admitir los testigos y resolver inmediatamente el divorcio.

Llamé a Manuel. Estaba terminando un almuerzo. Aceptó acudir de inmediato.

Paula llegó acompañada de su madre. Nos abrazamos y el cretino del abogado comentó que eso era inusual en los juicios de divorcio. Alejandra me dedicó la más edulcorada de sus sonrisas, me preguntó por mi nuevo departamento y mi vida post publicidad. Nuestro odio mutuo no había hecho más que incrementarse a lo largo de los años. Hasta ese momento no lo había pensado, pero eso justificaba con creces el divorcio: librarme de ella. No era improbable que esa fuera la última ocasión en que tendría que tolerar su hipocresía, su vampirismo, su peculiar ingenio que amenazaba con volverse contra cada interlocutor apenas le diera la espalda. Con su hija reproducían una vieja rutina circular de dinámicas inescapables. Paula se veía, pese a todo, muy guapa, bronceada tras el fin de semana en las Rocas de Santo Domingo, alerta, llena de energía. Supe de inmediato que era consecuencia de su estadía en España, que ya empezaba a notarse en su acento. Eso era lo que tenía que hacer yo, me dije, en cuanto se resolviera el divorcio: cambiar de aire.

La audiencia transcurrió sin sorpresas. Manuel y mi abogado arribaron a último momento. La magistrada –una mujer de mediana edad y pelo mal teñido, que nos contemplaba desde lo profundo de un aburrimiento insondable– llevó a cabo el protocolo con una lentitud pasmosa, un truco para trabajar menos, seguramente aprendido y perfeccionado a lo largo de los años. Revisó el «Acuerdo completo y suficiente» y los antecedentes que acreditaban el fin de la convivencia. Nos preguntó si el divorcio era de común acuerdo y si alguno quería plantear un requerimiento que modificara lo consignado en el documento. Quiso saber la fecha, las razones y circunstancias de la separación.

Paula mintió respecto a la fecha y yo corroboré sus dichos. Interrogó a Manuel y Alejandra. ¿Usted conoce a Tomás Ugarte? ¿Dónde está? ¿Por qué lo conoce? ¿Cuál es su estado civil? ¿Quién es su cónyuge? Etcétera. Luego de este procedimiento, la jueza volvió a revisar todos los papeles. Tuve la impresión de que no leía, simplemente dejaba que pasara el tiempo. Al final resolvió que no era necesaria una segunda audiencia. Nos dieron cita dentro de un mes para oír la sentencia, pero los abogados afirmaron que el divorcio estaba aprobado. Podíamos viajar sin problemas. Paula y yo subimos caminando por Merced y entramos a un café en José Miguel de la Barra. Quería conocer mi departamento, pero me negué. Había decidido pintarlo de nuevo, mentí. Imperaba el caos. No iba a ver gran cosa con los muebles y el piso cubiertos de plástico. Y apestaba a pintura fresca. Dentro de una semana estaría encantado de recibirla.

–Mariana te manda saludos –dijo Paula, revolviendo su expreso.

–Pero si no me conoce.

–Te vio esa vez en el restorán, cuando nos estabas espiando.

–No tengo idea de qué hablas –dije.

–Te reconoció por las fotos. Dijo que te habías zambullido en unos arbustos. Yo no alcancé a verte –levantó la vista hacia mí–. Me dijo que le caíste bien por eso. Te la ganaste usando la comedia física.

Nos quedamos un momento en silencio.

–¿Cómo van las cosas con ella?

–Súper bien, su piso... su departamento es precioso.

–¿Qué vas a hacer de pega?

–Ya hay varias posibilidades. La Mariana, obviamente, tiene ene contactos. Lo más complicado es la residencia. Tengo que quedarme como ilegal, empadronarme y seguir un proceso largo y latoso. Comparado con eso, el divorcio es un juego de niños.

Nos quedamos en el café, que renovó varias veces su clientela y que me pareció modificado por eso y por la luz que afuera se inclinaba y cambiaba de color y finalmente iba menguando, como si el local viajara por la ciudad y no solo por el tiempo. Paula me relató con lujo de detalles sus aventuras de los últimos dos meses, su adaptación a Madrid, que le resultaba acogedora y fascinante y llena de vida, en contraste con la atmósfera envenenada de Santiago; sus viajes por España, Portugal y Marruecos. La convivencia con Mariana funcionaba muy bien, aunque preveía que, cuando entraran en juego parejas serias de una u otra, eso podía cambiar. No descartaba instalarse sola, aunque los «alquileres » estaban carísimos. Me dije, mientras la escuchaba, que esa conversación correspondía al ideal declarado de todas las parejas al llegar al final: seguir-siendo-amigos. Pensé también que nos aferrábamos delicadamente el uno al otro por renuencia a lo desconocido y que esa armonía y complicidad eran transitorias y, por lo tanto, irreales, que las iban a destruir la distancia y el ingreso en escena de otros actores. Me interrogó, a su vez, sobre mi nueva vida en ese barrio y después de la publicidad, además sobre mis planes de viaje. Quiso saber si había mujeres y le dije que una, el día de mi cumpleaños.

–¿La llevaste a tu departamento?

–Sí.

–Y a mí no me quieres invitar –comentó, exagerando su decepción.

–No puedo.

–Huevón, lo de la pintura no se lo traga nadie. Pero está bien así. Es tu nueva vida.

–¿Por qué no vamos a un motel?

Paula me miró a los ojos.

–Me encantaría, Tomás, pero... no.

–¿Por qué no?

–Tenemos que parar en algún momento, ¿no?

–En algún momento, pero no necesariamente ahora.

Sonrió. Traté de tomar su mano, que descansaba sobre la mesa, pero la retiró.

–Acabamos de tener nuestra audiencia de divorcio –dijo–. Y no tiramos hace dos meses. Es como dejar una adicción...

–Igual te vas a vivir a otro país.

–Es mejor que sea voluntario, ¿no crees?

Paula levantó su mano en un gesto casual para pedir la cuenta. Eran las nueve de la noche. Habíamos pasado del café al té de hierbas al vino, habíamos comido *cheesecake* y *quiche*. Pensé, por primera vez en varias horas, en Inés, quien me esperaba a un par de cuadras de distancia. Tenía que prepararle la cena. Pagué la cuenta. Ya empezaba a echar de menos a Paula.

–Tomás, se me olvidaba –dijo cuando nos disponíamos a levantarnos por fin–. Necesito pedirte un favor enorme.

–Dime.

–Entre todas las cosas pendientes... –suspiró– necesito que me ayudes a vender el auto. Tengo dos semanas, pero lo que pasa es que me salió una pega en el norte, en el desierto. Necesito ir en el Suzuki y a la vuelta no voy a tener tiempo y no lo quiero dejar en un concesionario. Sé que es una lata, lo siento.

–¿Qué pega?

–Me pidieron que haga fotos de registro para una película.

–¿De ficción?

Asintió.

–¿Quién dirige?

–No lo sé.

–¿Vas a hacer la foto fija?

–No, esto es previo... Necesitan fotos de arquitectura y paisajes para el diseño de producción.

–Ningún problema –dije.

–Obviamente no tienes que manejar. Lo voy a dejar en la casa de mi vieja. Me pidió que la disculparas, pero es negada para estas cosas.

–Si algo me sobra es tiempo –dije–. Solo pongo una pequeña condición.

–¿Cuál? –preguntó alarmada.

–Que vayamos ahora a un motel.

Paula dejó oír una carcajada.

–Lo digo en serio –insistí.

–Necesito firmarte un poder para la venta. ¿Te parece si nos juntamos mañana en la mañana en la notaría en Apoquindo?

–No puedo mañana.

–¿Qué tal en la tarde?

–Tampoco –declaré–. Quedemos el miércoles.

–¿A las diez y media?

–Ok.

Salimos a la calle. Paula paró un taxi. Me dio un beso en la mejilla.

–¿No me estás ocultando algo? –preguntó antes de subirse.

Me encogí de hombros.

–¿Como qué?

–No sé. Algo –dijo. Me dio un nuevo beso y subió al auto.

Al entrar al departamento me asomé al umbral del dormitorio y comprobé que Inés dormía. Me quité los zapatos. Estudié sin hambre el contenido del refrigerador. Había un par de cosas para recalentar en caso de que Inés despertara. El gato arribó desde alguna parte y su silueta se equilibró en el estrecho marco de la ventana cerrada. Maulló quedamente. Me serví un whisky y me instalé ante mi escritorio. Revisé mis correos y las noticias. Apagué el computador. Llamé a Manuel para agradecerle el favor de esa tarde. Quince años antes habíamos sido dupla en una agencia. Se estaban por cumplir dos años de su propio divorcio. Sonó la contestadora, dejé un mensaje. Me tendí de espaldas en el sofá y repasé en mi memoria toda la conversación con Paula. Tenía libertad para viajar. Decidí que esa misma semana iba a comprar los pasajes. Me quedé dormido.

Desperté sobresaltado. Al incorporarme pasé a llevar el vaso y una mancha de agua se derramó por el parqué. Abajo, en la calle, reverberaban voces y risas que me habían despertado. Fui tambaleando hasta la cocina a buscar un paño. Comprobé que eran las once y media. Sequé la mancha. Me asomé a la puerta del dormitorio. Inés permanecía perfectamente inmóvil, en la misma postura de un par de horas antes. Me acerqué con cautela y encendí la lámpara del velador. La cama estaba vacía. Comprendí de inmediato que Inés tampoco se había encontrado allí dos horas antes, a mi regreso del café. El gorro de lana, que descansaba sobre la almohada, y el desorden de las sábanas en el que podía leerse la forma de un cuerpo en la penumbra me habían engañado.

Encendí la luz del baño. La busqué por todo el departamento, incluso en el living, por si había estado vigilando mi sueño apertrechada en un rincón oscuro. En el primer piso me dirigí a la puerta de la conserje, pero, en el último instante antes de golpear con los nudillos, cambié de idea. Me hubiera avisado de verla salir, pensé. No serviría de nada importunarla. En la esquina de Merced tomé un taxi. Iba escuchando reggaeton a todo volumen. Bajó la música para escuchar mis instrucciones –plaza Almagro con Nataniel– y luego volvió a subirla. En el túnel y al enfilar por Carmen hasta Curicó me dominaba con intensidad creciente la certeza de que mis ojos no me habían engañado: al volver al departamento había visto a Inés (o una doble o fantasma) tendida de costado en mi cama. El taxi enfiló hacia el poniente por Tarapacá. Al cruzar Arturo Prat creí entrever a la derecha un resplandor fugaz. Le grité al conductor que se detuviera, pero no me escuchó. Le toqué el hombro. Me dejó en la esquina de San Diego. Le entregué un billete que

duplicaba la tarifa y, sin esperar el vuelto, me dirigí corriendo hasta la esquina de Arturo Prat. Doblé hacia el norte. Lo que había vislumbrado eran los destellos de una baliza que –a medida que me acercaba a toda la velocidad que daban mis piernas, sin importarme el extraño silbido que emitían mis pulmones desacostumbrados a ese grado de esfuerzo ni la puntada de dolor en mi costado– se iba multiplicando en varias, que pulsaban a destiempo. En medio de la confusión distinguí dos carros bombas, furgones y patrullas de carabineros, una ambulancia y una barrera policial ante la que se agolpaba una pequeña multitud de curiosos.

5

Anciana indigente muere quemada en cajero automático.

Cinco antisociales, que fueron detenidos, la rociaron con bencina y le prendieron fuego, causándole la muerte.

Una anciana indigente que dormía en la cabina de un cajero automático ubicado en la calle Arturo Prat, en el centro de Santiago, fue víctima de un alevoso ataque propinado por cinco sujetos que la rociaron con bencina y le prendieron fuego.

Según informó la Policía de Investigaciones, el hecho se produjo anoche cerca de las 23:30 horas.

Un efectivo de Carabineros de franco que pasaba por el lugar alertó del hecho, por lo que los antisociales fueron interceptados a pocas cuadras, cuando intentaban darse a la fuga. Uno de ellos pudo eludir el cerco policial. Tras un intenso operativo se logró su captura en el sector de plaza de Armas.

La mujer, que aún no ha sido identificada, fue trasladada de urgencia a la Posta Central, donde llegó sin vida.

Todos los delincuentes son menores de edad. Hasta el momento se desconocen las causas de la brutal agresión.

La causa era yo, me dije, cerrando de golpe el computador. De no ser por mi insensata, atolondrada intervención, Inés estaría viva o, si le había llegado su momento y debía perecer porque así lo dictaminaba Dios o el destino o su propio derrumbe biológico, hubiera tenido un fin más digno, libre del martirio inútil que me había sido dado vislumbrar sin otro propósito –lo supe desde el comienzo– que evitarlo. Hasta por medio del buzo de Paula, me decía, no hice otra cosa que contribuir a ese desenlace atroz. Si hubiera ocultado el buzo y las zapatillas era posible que las cosas hubieran tomado otro rumbo. Me daba cuenta ahora de que, al menos inconscientemente, fui moldeando mis actos a la visión, es decir, al futuro. En estricto rigor, bastaba con haber obrado de manera distinta en un punto cualquiera: pude no intervenir en absoluto o internarla de inmediato en una casa de reposo o volver tras la audiencia de divorcio o encerrarla de alguna forma en el departamento o encender la lámpara del dormitorio a mi regreso. Tal vez, el curso de los hechos se decidiera en instancias más sutiles: un gesto, una frase, una pausa incómoda

en una de nuestras caminatas, una toma en uno de los programas de televisión. Mi mente se negaba a aproximarse a las circunstancias de su muerte. Veía en cambio su cuerpo desnudo, no más grande que el de una niña, la espalda encorvada acentuando el bajorrelieve de las vértebras y costillas. Me imaginaba abrazándola, consolándola. Pero lo cierto es que la Inés real me había opuesto sin pausa una resistencia implacable. Mis cuidados –no solo al refregar las costras de suciedad sobre la piel frágil de sus nalgas, del interior de sus muslos, que se llagaba tiñendo la esponja de sangre– habían sido para ella una sostenida violencia. Me las arreglo sola, había dicho desde una distancia insalvable, desde una suma de experiencias irreductibles a las mías.

La prisionera había planeado su fuga, pensé, en parte simulando que ya no lo era. Me dijo en la mañana que se sentía muy cansada para caminar; lo que se proponía era conservar energías para huir. Si me hubiera dado cuenta a tiempo, si al cabo de media hora me veía llegar a la plaza (en la visión no lo temía porque no era ella, sino yo atrapado en su cuerpo), ¿hubiera gritado, pedido ayuda a los vagabundos y borrachos? Me extrañaba asimismo la continuidad de mi experiencia de la tarde anterior: la audiencia, la caminata con Paula, la conversación en el café. En mi visión me hallé de pronto en el cuerpo de Inés, el trayecto había sido, en un principio, el impulso de volver a casa. A medida que ella se iba imponiendo comenzó a desorientarse, a flaquear en su determinación, hasta que sus pasos la llevaron al cajero. ¿Dónde estaba yo entonces? ¿No debiera haber sufrido una de mis ausencias, por lo menos hasta nuestra llegada al café? Pero la temporalidad que imperaba en esas visiones no tenía correlato con la vida que interrumpían. Durante el primer cruce con Inés, el día de mi cumpleaños, en la tina, lo que había durado escasos segundos requirió un lapsus de memoria de más de media hora. Por lo demás, ¿no me vi transportado en la visión más larga a otro tiempo, al futuro? Aparte de ese lugar oscuro, su cuerpo desnudo contra la mesa fría y dura, afloraban otros recuerdos difusos –un patio entre establos con suelo de tierra apisonada, la sombra de un sauce junto a una acequia, una lagartija tornasolada en el canto de una pandereta, una playa de arena oscura en un día nublado y ventoso– que podían ser suyos. Eso era todo lo que quedaba de ella. Además de la impresión dejada en sus familiares, en sus compañeros de penurias en la plaza y en mí, desde fuera. Sus familiares, tenía que dar con ellos de alguna forma. Era probable que ante la noticia de su muerte –cuando el cuerpo fuera identificado–, alguno saliera a la luz pública. Sus sobrinos en Temuco, por ejemplo. Debía existir un vínculo secreto, algo en su historia que explicara ese intercambio de lugares. No podía tratarse de una mera coincidencia, pensé. Era posible, claro, que el haber sido protagonista de mi visión fuera precisamente el punto de contacto, el nexo que luego yo me había encargado de intensificar y prolongar.

Acudí a la notaría. Paula se veía exhausta, abrumada por los trámites requeridos para desmontar su vida. Ese era uno más, aunque implicara aliviarse de un peso situándolo sobre mis hombros. Había decidido postergar

su viaje al norte para dentro de una semana, dijo. Ofrecí acompañarla. Se negó. La firma del poder equivalía a un *tick* en una lista en que los ítems parecían multiplicarse por generación espontánea. Lo más agotador era la ronda de visitas a familiares y amigos. En esa estadía en Santiago se había propuesto mantener viva una amplia red de contactos, lo que de hecho implicaba tres o cuatro encuentros diarios, una agenda completa. Se repetía una escena: se juntaba a almorzar o a tomar un café con una compañera de la universidad y, a la hora de pedir la cuenta, esta quería saber, con tono ansioso, si iban a tener tiempo de verse antes de la partida de Paula. ¿No era eso lo que acababan de hacer? Paula se veía obligada, una vez más, a trazar una línea divisoria, erigir una barrera contra las hordas invasoras. Su madre había decidido organizar una fiesta de despedida la noche anterior a su partida (a la cual yo no estaba invitado), pero la idea de solo verse allí hubiera ofendido a la mayoría de sus conocidos. Finalizado el trámite en la notaría, refrené el impulso de invitarla a tomar un café. De todas maneras, había quedado de hacer lo propio con un primo y después tenía un almuerzo.

Compré el pasaje a París y fijé la reserva para dentro de un mes. Mi abogado sugirió que esperara hasta la sentencia del divorcio. Resolví dejar el departamento, ya indisolublemente ligado a Inés. No valía la pena pagar arriendo por un año. Mi vago plan original había sido construir en ese espacio una nueva vida, para luego salir a la aventura. Pero lo que fui conformando era en realidad una anti vida, una rutina que se definía por la negación de lo anterior y que no constituía más que un prolegómeno del viaje, un estadio de mi despedida. Iba a tener que vender algunos muebles, prestar otros, guardar mis libros y películas y parte de mi ropa en una bodega. Emulando a Paula elaboré una lista de pendientes: la renovación del pasaporte, trámites bancarios, visas y vacunaciones, liquidación del arriendo, mudanza, almacenaje, venta de su auto. En mi fantasía me veía instalándome en algún lugar exótico y barato (Marrakech, Goa, Hué) durante un período largo, un año o más. No imaginaba mejor escenario para una crisis de mediana edad.

No ataqué la lista de inmediato. Me lo tomé con calma. Me extrañaba mi propia capacidad de ocio, me resultaba nueva, insospechada. Durante los últimos dieciocho años, desde el corte con mi familia, no había cejado nunca en mi ambición ni en mi disciplina de trabajo. La verdad es que echaba de menos el trabajo, no la agencia en particular, ni siquiera la publicidad (que desde esa mínima distancia me parecía ahora un mundo simulado en el que todos se habían puesto de acuerdo para dar importancia a ciertas cosas, para acatar, por ejemplo, la urgencia de los plazos), sino mi propia eficacia. El ejercicio de músculos que ya se iban atrofiando. Hubiera debido sumergirme en mi lista para distraerme de Inés. Pero era precisamente a eso a lo que consagré esos días posteriores al asesinato: a pensar en ella, a revivir los aspectos de nuestra convivencia y de la visión en busca de una clave. Me sentía acompañado por su recuerdo en todo momento, aun en las calles. Seguí durmiendo en el sofá, sin decidirme a reconquistar la cama. Me sentía en

deuda con ella. En mi sensación de culpa, duelo y fracaso –más acuciantes y nítidas que ante el divorcio, que al fin y al cabo constituía un derrumbamiento público y era en parte su propio castigo– se entremezclaba una dosis de alivio ante los hechos consumados.

Una tarde, mientras me preparaba el almuerzo, el gato volvió a cruzar por la angosta repisa del marco y a dirigirme un maullido perentorio. Abrí la ventana. El animal dudó un instante. Luego saltó al interior y se restregó contra mis pantalones. Tuve que resistir el impulso de retroceder o de patearlo. El contacto de su cuerpo elástico, tibio, me disparó una oleada de repulsión. La gata (empecé a sospechar que era gata) procedió a explorar el resto del departamento, cuarto por cuarto. Su piel color acero parecía cambiar sutilmente de tono contra distintos fondos; sus patas despedían brillos metálicos como si de ellas emanara una luz propia. Cada cierto tiempo levantaba la vista hacia mí para estudiar mis reacciones y comprobar que tenía derecho a pasearse por mi hogar. Subió a la cama principal y se tendió, formando un ovillo sobre el cubrecama. No, dije con voz autoritaria, igual como hablaría a un perro. No me hizo caso. Permaneció en su lugar, ronroneando, con sus ojos verdes y serenos fijos en mí. Di un paso hacia la cama y saltó al suelo. Continuó su incursión de reconocimiento: el baño, el living –donde repitió el experimento de acomodarse en el sillón y en el sofá– y finalmente de regreso a la cocina. Señalé hacia la ventana, sin respuesta. La tomé, otra vez reprimiendo una reacción de asco. La idea de arrojarla al vacío me cruzó un instante por la cabeza y ella pareció leer mis pensamientos y tensó su cuerpo. La deposité en el marco y cerré la ventana. Se quedó en el mismo sitio, maullando. Sabía que había cometido un error. No podía hacerme cargo de un animal justo antes de un viaje, pero me decía también que eso no dependía de mi voluntad, no era mi decisión. Ella me había elegido. Abrí la ventana. Vertí leche en un plato. La bebió a lengüetazos, ronroneando con fuerza. Cuando terminó la volví a sacar. Dejé el almuerzo a medio cocinar y bajé a comer algo en la calle.

Empecé por lo más fácil: la renovación del carné de identidad y del pasaporte. Decidí tachar un ítem de mi lista cada día. Pero esta, al igual que la de Paula, también se iba engrosando en al menos una tarea diaria. Compré un pasaje de ida y vuelta Londres-Bombay. Mi idea era viajar por tierra desde París hasta Marruecos, pasando por España, para luego dirigirme a Egipto, y cruzar a Sicilia y volver a Londres, todo en dos meses. Pensaba invertir al menos medio año recorriendo la India. También me proponía cruzar a Nepal y al Tíbet, volando a Lhasa desde Katmandú. Mi plan consistía en una ausencia casi absoluta de plan, mi método sería el capricho intuitivo y la improvisación, dejando siempre abierta la posibilidad de quedarme a vivir en cualquier punto del trayecto, incluso en Europa.

No lejos de mi casa di con una tienda de comida para animales y clínica veterinaria que, hasta entonces, me había resultado invisible. Llegué al extremo de preguntar si acababan de instalarse, pese a que el local acusaba un

avanzado deterioro y estaba impregnado del olor de incontables pacientes. Quince años, declaró, tras el mesón de la tienda, un chico de delantal blanco que no parecía tener mucha más edad que el negocio. Compré comida para gatos y dos platos metálicos. Le conté al chico sobre la gata que me había adoptado y que me visitaba dos veces al día para beber un plato de leche.

–No le dé leche.

–¿Por qué no?

–Le hace mal a los gatos. Lo que quieren es hidratarse y lo mejor es el agua.

–Ok, gracias.

–Me la debiera traer –agregó cuando yo me dirigía hacia la puerta–. Los gatos sufren enfermedades que son inocuas para los humanos, pero también tienen parásitos que nos pueden causar un daño terrible.

La mirada límpida del chico me hizo dudar. Yo mejor que nadie sabía que era preciso sospechar de los consejos de partes interesadas.

–Se recomienda desparasitarlos cada tres meses –insistió.

–¿Y cómo se hace eso?

–Se les da una pastilla o se les pone un líquido en el lomo.

–¿La tengo que traer?

–Puede comprar el producto y se lo aplica usted mismo. Igual sería bueno revisarla para ver su estado de salud general.

–¿Y cómo la traigo?

–En una jaula es lo mejor –señaló un montón de jaulas de plástico nuevas de distintos tamaños–, o puede ser en una caja. ¿Vive muy lejos?

–Tres cuadras, a la entrada de Rosal.

–La puede traer en brazos, aunque a veces se asustan con el tráfico.

–Me cambio de casa en un mes –repliqué– y me voy de viaje. No me puedo hacer cargo de un gato.

El chico se encogió de hombros. Compré el líquido antiparásitos.

A la mañana siguiente, la gata, a la que había bautizado como Lola, bajó al piso de la cocina y se encontró con un plato de comida y otro de agua. Se acercó a mí y se restregó contra mis piernas. Luego devoró la comida en un solo envión y lamió hasta la última gota de agua. Al terminar, en vez de emprender la retirada, se dirigió al living y se instaló en el sillón que enfrentaba la ventana, vigilándome a la espera de una reacción. Me senté en el sofá, del que ya no me daba el trabajo de retirar la almohada ni las sábanas.

–Te advierto que no va a durar mucho, Lola –dije–. No sé si los próximos arrendatarios te vayan a aceptar. O tú a ellos.

Lola escuchó mis palabras en actitud alerta. Al cabo de un minuto de silencio relajó su cuerpo, apoyó la cabeza sobre sus patas delanteras y cerró los ojos. Hablarle a una gata en voz alta me hacía sentir como un viejo solterón. ¿Qué diría Manuel? ¿O la Paula? ¿Estaba permitido tener mascotas en el edificio? Revisé el contrato de arriendo, pero no estipulaba nada al

respecto. Reparé en una cláusula a la que no había dado importancia: me comprometía a arrendar el departamento al menos durante un año; en caso de dejarlo antes, me obligaba a pagar los meses restantes. Llamé a la dueña. Me preguntó por mi tía y le informé que ya no se alojaba conmigo, que la situación se había resuelto.

–Me alegro –dijo.

–Doña Elvira, la llamo por otra cosa.

–Dime, Tomás.

–Me surgió una oportunidad profesional extraordinaria –improvisé–, una oferta que no puedo rehusar...

–¿Y...?

–Es en España. En... Barcelona.

–¿Cuándo te vas?

–A fines del mes próximo.

Se produjo un silencio.

–Me vas a deber nueve meses de arriendo.

–Por eso la llamaba. ¿Sería posible arreglarlo de alguna manera?

Dejó transcurrir otra pausa.

–Déjame pensarlo, ¿ya? Ahora estoy ocupada. Te llamo de vuelta.

Colgó.

Ataqué la lista con determinación. Obtuve la visa en la Embajada de la India, contraté la mudanza, compré ropa y equipamiento para el viaje: mochila, zapatos de caña alta, cantimplora, gorro, repelente de insectos, pastillas purificadoras de agua. La dueña me llamó para ofrecerme un trato: iba a poner el departamento en el mercado. Yo tendría que pagar hasta que se arrendara y estar dispuesto a mostrarlo mientras siguiera en Santiago. Acepté. Lola estableció su territorio en el living y en la cocina. No se alojaba conmigo, pero acudía todas las mañanas a beber y comer. Al principio devoraba el plato de comida de golpe. Pero al cabo de unos días empezó a racionar. Comía un poco, triturando ruidosamente los fragmentos, se dirigía al sillón cubierto de pelos grises que ahora le pertenecía, descansaba un rato, volvía a la cocina, comía otro poco. Así durante buena parte del día. Sus idas y venidas obedecían a patrones regulares. Le gustaba salir al patio de luz, al mundo cerrado, oscuro y silencioso conformado por la parte trasera de los edificios y el estacionamiento. Apenas transponía la ventana, se perdía de vista, como si se adentrara en otra dimensión. Se impacientaba y maullaba con insistencia si encontraba la ventana cerrada, por lo que yo me veía obligado a acudir a intervalos regulares a recibirla o despedirla. Aparte de esos momentos y del ritual de la comida al amanecer, que agradecía restregándose contra mis tobillos antes de atacar los platos, no me prestaba mayor atención. Se desplazaba de un lado a otro altanera, orgullosa de su propia elegancia, consciente –pensaba yo– de la sutileza y fluidez de su cuerpo. Cada una de sus poses exudaba nobleza. Una reina. O, más bien, ya que todavía era joven, una

princesa. Un contacto más intenso me hubiera incomodado, pero mantenía su distancia y su independencia, diría que toleraba en mi compañía un mal necesario. Me acostumbré al contacto de su cuerpo tibio contra mis piernas, a los viajes constantes a la cocina para abrir la ventana y a su aparente ubicuidad: en ocasiones abandonaba su presencia en el living para dirigirme al dormitorio y al llegar la encontraba ahí. Un par de meses antes, la idea de convivir con una gata me hubiera resultado descabellada, pero ahora me iba adaptando a ella con curiosa naturalidad. A veces, cuando yo estaba sentado frente al computador, Lola cruzaba el parqué ante mí y se instalaba en su lugar en el sillón sin dedicarme una sola mirada, ignorándome de manera ostensible y deliberada, pero entre ambos se daba una sutil compenetración, una curiosa armonía. Creo que ella presentía la admiración y fascinación que me suscitaban el brillo metálico de sus orejas y patas, su inteligencia y autonomía. Yo le repetía que se trataba de un acuerdo transitorio, que no se acostumbrara. A ratos, una voz interna –curiosamente encarnada en Manuel– me recriminaba lo burdo del mecanismo psicológico puesto en marcha mediante la adopción de Lola: la estás usando para exorcizar el recuerdo de Inés, necesitas cuidar a alguien (o algo) como una manera proyectiva de cuidarte a ti mismo o de interponer un velo ante tu propia condición. Lo cierto es que ella me había elegido, aunque era innegable que su presencia iba contrarrestando de alguna forma la de la anciana. Ese iba a ser en mi memoria, una vez cerrado ese capítulo, el departamento de Inés y de Lola.

Continué revisando la prensa. Al cabo de unos días ya no hubo alusión a la indigente cruelmente asesinada por drogadictos en pleno centro de la ciudad. En las noticias de seguimiento en los diarios sensacionalistas, nunca se mencionó su nombre ni si los restos habían sido reclamados por familiares. Luego se hizo el silencio. El cuerpo maltrecho de Inés fue sepultado bajo otros sucesos dignos de atención pública. Seguí buscando durante más de una semana, secretamente deseando que no hubiera nada y poder dar así por cerrado el asunto. Podía acudir a la plaza, pensé, interrogar a algunos de los protagonistas de la visión, pero eso significaría, si no inculparme, al menos anunciar un vínculo con ella que me sería difícil justificar sin merecer sospechas. Mi curiosidad fue cediendo ante la evidencia de que ya no quedaba nada por hacer al respecto.

A medida que se acercaba la fecha del viaje, mi vida en el departamento iba recobrando la liviandad de los primeros días, me liberaba del lastre de la rutina. Sus espacios se transformaban otra vez en lugares de paso. Acudí al centro de vacunación internacional en el Hospital Salvador. Al regresar caminando por el parque Balmaceda decidí vacunar también a la gata, aunque nuestra separación fuera inminente. Llamé a Paula. Empezaba a urgirme la venta del auto, para la que quedaban solo tres semanas.

–Hola, Tomás.

–¿Cómo te fue en el norte?

–Recién parto mañana –dijo Paula–. Me he quedado entrampada en mil

cuestiones, pero ya está todo listo. Lo único que queda es esta pega.

–¿Vale la pena hacerla?

–De todas maneras... Además, ya me pagaron.

–¿Tienes tiempo? Te vas en menos de una semana.

–Si todo sale bien, creo que sí. Calculo un día y medio de viaje, un día allá y otro día y medio de vuelta.

–Vas a andar justo.

–Perdona la lata del auto.

–No te preocupes. ¿Alcanzamos a vernos a tu vuelta?

–Por supuesto. Un beso.

Encontré a Lola dormitando en su sillón. La tomé en brazos y la llevé a la cocina. Dejó que la depositara en una caja de cartón, pero se resistió a que la cerrara. Luchamos y gané la partida. Al levantar la caja del suelo, sin embargo, embistió contra una de las esquinas con toda su fuerza, destrozando la caja. Subió de un salto al lavaplatos y, al comprobar que la ventana estaba cerrada, huyó para buscar refugio bajo la cama matrimonial.

Me dirigí a la clínica veterinaria. Compré una jaula de plástico. Lola había vuelto a su sitio y, para mi sorpresa, se dejó meter con docilidad en la jaula. A lo largo de las tres cuadras hasta la clínica no dejó de emitir maullidos de terror. El chico de delantal blanco tomó la jaula y nos condujo a un cuarto contiguo, dejando abierta la puerta que daba a la tienda. Sacó a Lola sujetándola de la piel de la nuca y la depositó sobre un mesón metálico. Efectivamente, era una gata, dijo. Había sido operada. Le auscultó el cuello y el abdomen, le revisó la boca y los ojos. Dijo que era joven. Por los dientes, le calculaba entre dos y tres años. Se veía en perfectas condiciones de salud. Le inyectó la vacuna triple felina. Mencionó la enfermedades de las que la protegía, que no fui capaz de retener. Realizó un test y declaró que también era necesario vacunarla contra la leucemia, además de la rabia y un recordatorio de la triple felina, pero que no era recomendable realizar todas las inoculaciones al mismo tiempo. Le expliqué que me marchaba y que la gata probablemente se iba a quedar sin dueño dentro de tres semanas. Se encogió de hombros.

–Tráigala la próxima semana y la vacunamos de leucemia, y a la otra de la rabia.

El chico abrió la puerta de la jaula y Lola entró en esta por su propia voluntad.

–¿Es normal que un gato llegué así, de la nada?

El chico asintió, empujando la jaula para dejarla a mi alcance.

–Se ve que ha sido bien cuidada y que está acostumbrada a convivir con personas. Puede que su dueña o dueño haya fallecido y se haya quedado sin casa.

–¿Habrá sido alguien del barrio?

–Es lo más probable, pero yo nunca la había visto.

Lola maulló con menos intensidad en el camino de vuelta a casa. En mi mente se imponía la imagen de un departamento oscuro, con pesadas cortinas y abigarrado de muebles viejos. La silueta difusa de una anciana. La tercera en una serie que incluía a Phyllis e Inés. Liberé a la gata en la cocina, con la ventana abierta. Me dirigió una mirada de paciencia desdeñosa. Optó por el sillón gris en el living.

Esa noche regresé por fin a la cama. A las cinco de la mañana sonó el teléfono.

–Tomás, perdona que te llame a esta hora –dijo la voz de Paula.

–¿Todo bien?

–No. La verdad es que no...

Durante un par de minutos la escuché sollozar al otro lado de la línea.

–Perdona... –balbuceó– necesitaba contarle a alguien.

Dejó oír una especie de grito, que se transformó en un nuevo acceso de llanto. Me senté en la cama, mi propia angustia amortiguada aún por el sueño.

–La Mari –consiguió articular Paula al fin–. Está muerta.

–¿Qué pasó?

–Perdona, Tomás. Perdona...

Volvió a llorar, con abandono, desde el núcleo de un desconsuelo absoluto. Esperé a que se desahogara sin decir una palabra.

–¿Sigues ahí?

–Claro –dije.

Paula respiró hondo y exhaló el aire contra el aparato.

–La chocaron por detrás en la M-30 –dijo en un tono neutro–. Hubo un accidente más adelante, varios autos tuvieron que frenar bruscamente y el tipo detrás de ella no se dio cuenta a tiempo o iba demasiado rápido. La Mari... –su voz se quebró–. La Mari llevaba puesto el cinturón de seguridad, pero el golpe la...

Prorrumpió en un nuevo acceso de llanto.

–¿Estás en tu casa?

–Sí.

–¿Y la Ale?

–Durmiendo.

–Despiértala.

–No creo que pueda con la pastilla para dormir.

–Voy para allá –dije.

–No es necesario, mi amor. Estoy bien. Necesitaba a alguien con quien hablar. Necesitaba llorar. No había podido llorar.

–Puedo estar allá en veinte minutos.

–En serio, mejor que no. Voy a tratar de dormir.

–Despierta a tu vieja, no quiero que estés sola.

–Me hace bien escuchar tu voz –dijo.

Nos quedamos un rato en silencio.

–¿Cómo te enteraste? –pregunté.

–Me llamó su mamá.

–¿Cuándo pasó?

–Anoche.

Paula sonaba un poco mejor, más entera.

–¿Vas a estar bien?

–No sé si pueda dormir. Tengo que esperar hasta las nueve para llamar a la aerolínea.

–¿Te vas mañana?

–Si es que logro conseguir plaza.

–Me dijiste «mi amor».

Paula se rió quedamente.

–Lo sé. Un lapsus.

–¿Segura que no quieres que vaya?

–Segura.

Esperé hasta las diez de la mañana y la llamé al celular, que se encontraba apagado. Alejandra contestó el teléfono de la casa y me informó que la Paulita partía esa misma noche y que estaba durmiendo.

No pude comunicarme a su celular durante toda la mañana. Pasado el mediodía me dirigí a la casona de Alejandra en Ñuñoa. Antes de tocar el timbre noté la ausencia del Suzuki en el espacio frente al garaje. Marcia, la empleada, acudió hasta la calle para comunicarme que la Paulita había salido a la aerolínea y a comprar euros. Doña Alejandra estaba descansando. Durante una hora me dediqué a dar vueltas por el barrio, pero finalmente desistí. ¿A qué se debía mi afán poco menos que desesperado por ver a Paula? Era posible que, más que consolarla, cerciorarme de que estuviera bien y de que iba a salir adelante de esa catástrofe, más incluso que los celos (que me seguirían perturbando, lo sabía, tras la muerte de Mariana), me moviera la misma necesidad ciega que a sus amigas y familiares: agenciarme un fragmento de su atención, de su tiempo.

Volví al departamento y me instalé a leer en el living, a la espera de su llamada, con el celular y el fijo al alcance de la mano. No pude concentrarme en la lectura y abrí el computador. Revisé mecánicamente los diarios en busca de algún indicio de Inés. Nada. Me tendí un rato en el sofá. Traté de dormir. Los teléfonos permanecieron en silencio hasta las seis y media de la tarde, cuando sonó el celular. Era Manuel. Me informó que estaba de nuevo soltero y tapado de trabajo en la agencia. Esa noche iba a salir con una chica, una modelo, y se había acordado de mí. No costaría nada invitar a una amiga. Le dije que Paula viajaba a España y la iba a ir a despedir al aeropuerto. No

mencioné a Mariana. Quedamos de almorzar la semana siguiente. Al colgar escuché a Lola maullando desde la cocina. Me disponía a levantarme para abrir la ventana cuando la vi cruzar el parqué con algo colgando de la boca. Un ratón. Lo soltó. El roedor, que se veía aturdido, en *shock*, permaneció inmóvil un instante. Trató de huir hacia una esquina y la gata lo atrapó con facilidad, inmovilizándolo con una garra. Lo levantó mordiéndolo con cuidado del cuello y este comenzó a chillar, hasta que pareció resignarse a su situación. Lola lo trajo de vuelta hasta mí, lo soltó otra vez y maulló jactanciosa. El ratón esperó unos segundos antes de intentar una huida desesperada en la dirección opuesta, dejando un rastro de sangre en la madera. Lola lo alcanzó y le pisó la cola. Cuando lo tuvo entre sus colmillos la agarré de la piel de la nuca, según había visto hacer al veterinario, la llevé hasta la ventana de la cocina y la cerré tras ella. Me miró con extrañeza. ¿No me impresionaba su habilidad de cazadora? El ratón intentó arrastrarse por el borde aprovechando la momentánea distracción de su torturadora y esta, con un gesto casual, lo arrojó de un zarpazo al vacío. Me dedicó un último maullido recriminatorio y salió de mi vista.

Esperé hasta la hora en que debían salir al aeropuerto, pero Paula no dio señales de vida. El deseo irracional y supersticioso de verla una vez más antes de su partida volvía a dominarme por completo. Demasiado tarde, bajé en busca de un taxi. En la calle me recibió una bocanada de aire tibio. Las nubes parecían haber succionado el esmog y el aire se veía inusitadamente transparente. Aun a la luz de los faroles, las fachadas de los edificios e incluso el flanco del cerro daban la impresión de haber generado nuevos detalles, haber refinado sus contornos. Cuando no llevaba recorridos diez pasos desde la puerta del edificio, se largó a llover. Unas cuantas gotas que se redoblaron de inmediato en un aguacero. Tuve suerte y encontré un taxi más o menos rápido. Se detuvo ante mí para dejar salir a una mujer. Lo rodeé y me instalé en el asiento de atrás mientras aún pagaba. Estaba mojado de pies a cabeza. Era la primera lluvia fuerte del año y el agua turbia inundó de inmediato las calles. Al taxi le tomó más de veinte minutos transponer las escasas cuadras que nos separaban de la entrada al túnel de la autopista.

Entré al aeropuerto corriendo y empapado, como en una mala película, pensando no en Paula, sino en que en Hollywood se solía usar la lluvia para resaltar el patetismo de los personajes en los momentos en que todo parecía volverse en su contra. En los *counters* de la aerolínea solo quedaban algunos viajeros rezagados pesando sus maletas. No había rastro de Paula ni de Alejandra ante Policía Internacional. Intenté llamarla por enésima vez. Me dirigí de vuelta a los *counters* para preguntar por la hora del embarque. Entonces la vi, en el ala paralela del edificio, arrastrando un bolso de mano. Su actitud seria, pensativa, me tranquilizó. Por lo que alcanzaba a distinguir desde esa distancia, su aspecto externo no acusaba el golpe que acababa de recibir, sino que transmitía un grado de entereza. Gesticulé con mis brazos. Luego me quedé quieto, aguardando que la intuición femenina le advirtiera de

mi presencia, que algo la forzara a girar la cabeza hacia mí. Pero no lo hizo. Siguió caminando hasta perderse de vista tras una tienda de artesanías.

En el camino de vuelta, antes del túnel, llamé a Manuel.

–Compadre. Voy a mi casa del aeropuerto. ¿Sigue en pie la oferta?

Manuel dijo algo, pero no pude escucharlo. El taxista avanzaba a toda la velocidad que daba su máquina en medio del vendaval.

–Perdona, no te escucho nada.

–La mina no puede, le surgió un imprevisto –gritó Manuel–, pero voy a salir con la amiga.

–Ah, ok.

–Si querís le pregunto si tiene otra amiga.

–No, está bien, nos vemos el miércoles.

Una vez atrapados en el tráfico del túnel, pensé que en esa temporada en mi departamento de soltero me había refugiado involuntariamente en un curioso aislamiento, un repliegue sobre mí mismo –en parte generado por Inés– que solo ahora me resultaba extraño. Paula y yo habíamos sido desde el comienzo una pareja y un matrimonio social. Las comidas, fiestas, asados, excursiones e idas al cine con amigos eran algo que se daba por sentado y a lo que había contribuido, sin duda, la falta de hijos, por lo que habíamos comenzado a departir, sin proponérnoslo, con parejas cada vez más jóvenes. ¿Había sido Paula-la-irresistible el motor secreto de esa nutrida vida social? ¿Estaba también asociada al trabajo en la agencia, al establecimiento y lubricación de redes en que se mezclaba lo laboral? ¿Existía en mí una insospechada veta de misantropía que se revelaba con la separación, o ese recogimiento formaba parte de la crisis de los cuarenta, y no era más que la necesidad de estar conmigo mismo por un tiempo, en la bifurcación de los caminos? Si la actual situación no fuera transitoria, hubiera debido hacer un esfuerzo deliberado por salir de mi aislamiento, pensé. Pero el viaje en solitario me iba a deparar abundante contacto con gente nueva.

Me di una larga ducha para entrar en calor. Me acosté en la cama y encendí el televisor. La lluvia y el viento arreciaban. Se produjo un apagón. Busqué a tientas una linterna en la cocina. Entorné la ventana para permitir el regreso de Lola. Abrí una cerveza y me acomodé en el sofá del living.

Me despertó el timbre. Seguía lloviendo con fuerza. La pequeña luz verde de la conexión del cable del computador me informó que había electricidad. Encendí la lámpara del pasillo y fui tambaleando hasta el citófono.

–Aló.

Me contestó una voz estridente de mujer.

–Tomás, ¿eres tú? Me temo que desperté a uno de tus vecinos.

O a dos.

–¿Quién es?

–Fernanda. Perdona la hora. Necesito... –se interrumpió unos segundos–

hablar contigo.

Pulsé el botón. Le tomó una eternidad llegar hasta la puerta, que abrí cuando se disponía a golpear con los nudillos. Estaba tan empapada como si se hubiera arrojado con ropa a una piscina, el agua dentro de sus zapatillas producía un sonido de ventosas. Su andar era inestable. Me hizo pensar en una actriz principiante simulando una borrachera. Me besó apasionadamente. Su lengua áspera sabía a una mezcla de licores, que incluía vino y ron. Metió su mano por detrás del cinturón y me aferró y acarició el sexo con habilidad.

–¿Me has echado de menos?

–Mucho –dije con voz gutural.

Se separó de mí y entró con decisión al departamento. Sus piernas se cruzaron. Trastabilló. Tuve que sujetarla para que no perdiera el equilibrio.

–Guau, esto se mueve como un barco... en alta mar.

La conduje a la cocina.

–No prendas la luz.

–¿Quieres café?

–No me vendría mal.

Aun en la semipenumbra noté que tenía un corte en la comisura del labio y que todo ese lado de la cara había comenzado a hincharse. Tiritaba de frío.

–¿Qué te pasó?

–Fue el Nico.

–¿Te pegó?

Asintió con la cabeza avergonzada.

–Me puso el gorro otra vez –dijo con un hilo de voz–. Se lo recriminé y el chucha de su madre me mandó a la cresta y me dejó esto de recuerdo.

Se acarició la herida con la punta de los dedos.

–¿Terminaron?

–Los hombres son todos unos mierdas. Excepto tú, por supuesto.

–Por supuesto.

–Fuimos a un bar por aquí cerca –dijo, arrastrando las consonantes, sus facciones distendidas por el alcohol–. Me quedé sola tomando unos tragos y me acordé que vivías en el barrio. La Nicole, mi mejor amiga, está fuera de Santiago por el fin de semana. Y tengo toda la sospecha de que el huevón también se la ha tirado.

Le serví un tazón de café. Parecía a punto de largarse a llorar.

–Gracias, Tomás, eres... eres un amor.

–¿Quieres azúcar, leche?

–Nada, gracias.

Recogió el tazón con dos manos temblorosas. Bebió un sorbo. La lluvia seguía golpeando los cristales en un bombardeo constante.

–¿Quieres ducharte?

–Quiero que hagamos el amor –dijo con una sonrisa traviesa–, que me hagas sufrir como la otra vez.

–Primero tienes que darte una ducha.

La ayudé a levantarse y la conduje al baño, tratando infructuosamente de no pensar en Inés. La ayudé a desvestirse. Primero el torso, luego los pantalones, que parecían haberse compenetrado con su piel. Tuve que sentarla en la tapa del inodoro y arrancárselos a tirones. El tatuaje, por algún motivo, me daba la impresión de haber cambiado de lugar. Quedó solo en calzones, una tanga amarilla, diminuta, también empapada, que apenas le cubría el vello púbico.

–Me temo que... –dijo.

Alcanzó a caer de rodillas en las baldosas y abrir la tapa antes de vomitar. La mayor parte cayó dentro de la taza. Salí del baño y cerré la puerta. Incluso desde la cocina y pese a la lluvia pude escuchar sus violentas arcadas. Me serví un café. Me llegó el ruido de la ducha. Terminé de lavar los platos y me asomé al dormitorio. Fernanda se había deslizado en la cama con el pelo envuelto en una toalla. Yacía de costado, en posición fetal. Roncaba silenciosamente. De la comisura de sus labios entreabiertos caía un hilo de saliva, que ya había formado una pequeña mancha en la sábana. Apagué la lámpara. Me tendí a su lado, encima del cubrecama. Me incliné para besar su hombro desnudo y aspirar su aroma. Volví a la cocina. Vertí lo que quedaba de café en el lavaplatos. Luego transpuse el umbral del living.

6

Descendemos trabajosamente por el costado protegido del lomo, embestidos sin tregua por el viento. El vendaval sacude nuestras ropas como si en vez de avanzar con cautela, probando la consistencia de la nieve más dura y las franjas de hielo bajo el polvo que se arremolina en torno a nuestras piernas, fuéramos en caída libre. Ramiro me grita algo que no logro entender. Señala hacia lo alto del lomo, unos cinco metros por encima de nuestras cabezas, y seguimos bajando. En la luz plana y exigua, solo las crestas de roca afilada marcan esa arista. Las púas de piedra desnuda cortan la ventisca igual que una rama rasga la superficie de un torrente de agua: la nieve forma sábanas y tentáculos horizontales que se proyectan sobre nosotros y nos dan una idea, contra los nubarrones oscuros que sobrevuelan más arriba, de la forma del viento. Excepto por eso, no puedo distinguir más que la silueta de Ramiro progresando unos metros más abajo y me esfuerzo por pisar donde él lo ha hecho. Solo en relación a él puedo saber hacia dónde se inclina la pendiente.

Ramiro se detiene. Parece buscar orientación en medio de la uniformidad cegadora. El aire cambia de dirección y una ráfaga de viento blanco nos azota con vehemencia desde el fondo del cajón. Ramiro se acuclilla, agazapándose contra la estocada del frío. Lo imito, dándole la espalda. La ráfaga pasa de largo, seguida por una relativa tregua. Permanecemos así unos minutos, recuperando el aliento. La nieve se acumula a nuestro alrededor. Levanto la vista hacia el tramo que acabamos de descender y veo que, más allá de unos cuatro o cinco metros, la tormenta ha borrado nuestras huellas. Me dispongo a hablar, pero Ramiro da la impresión de haberme leído el pensamiento y asiente. ¡Vamos a dejar una bandera abajo, grita, en una parte más angosta! Ok, grito. Ramiro cierra los ojos y se queda así durante un largo minuto. Por fin se levanta y nos ponemos en marcha por el desnivel que se hace más abrupto. Yo hubiera preferido no descansar. Me siento débil y un poco mareado, tengo sed, me pulsan las sienes. Mis pies entumecidos me envían señales de dolor que parecen provenir de más allá de mis piernas, como si al enterrar los crampones en el declive fuera tocando puntos sensibles en la nieve.

Vamos cortando la ladera en diagonal, lo que nos fuerza a avanzar en algunos trechos directamente contra el viento, que nos sostiene en vilo. El

silbido incesante no me deja escuchar el golpe cóncavo de los crampones al clavarse ni el tintineo de las piezas metálicas ni mi propio aliento. Aunque vamos hundidos hasta la altura de los muslos, veo a Ramiro insistir con cada paso, formando peldaños en las capas más profundas, de los que yo me valgo para calcar su trayectoria. La nieve adherida a nuestra ropa se congela formando una armadura que a cada tranco se resquebraja en las articulaciones. El rollo de cuerda que llevo cruzado sobre un hombro es ahora una argolla sólida. Nos asomamos a lo que asemeja el borde de un precipicio. El canto comienza a desmoronarse bajo nuestro peso, pero Ramiro no reacciona. Nota que me he detenido unos pasos más arriba y me hace un gesto con el pulgar. No te preocupes. Vamos por buen camino. Luego extiende los brazos y se deja ir cuesta abajo.

Llegamos a un sitio en que la cresta ondulante del lomo se repliega en una suerte de anfiteatro, en cuya base el terreno se aplana formando una angosta repisa antes de desplomarse en un acantilado. Este es el lugar que Ramiro ha estado buscando. Una oleada de energía parece invadirlo. Me indica que lo espere en la base y lo veo escalar hábilmente hasta la cima del anfiteatro, enterrando los frontales de los crampones en delgadas láminas de hielo sucio adherido a la roca, aferrándose a fisuras y salientes que desde abajo me resultan invisibles. Llega hasta una franja de nieve y clava el mango de su piolet justo por debajo de la arista. La nieve es dura y le cuesta trabajo lograrlo. Un jirón de niebla o polvo de nieve más denso se interpone entre nosotros y, de un momento a otro, lo pierdo de vista. Me domina el pánico. Me dispongo a gritar, pero el velo se descorre y lo tengo de nuevo ante mí, a menos de treinta metros en línea recta. Por primera vez en mucho rato pienso en Osvaldo y me invade una oleada de vergüenza y remordimiento. Osvaldo está solo más arriba, quién sabe en qué condiciones, buscándonos ciegamente en la tormenta, si es que todavía le quedan fuerzas para caminar. Ramiro ha conseguido enterrar el piolet. Ahora saca algo de su mochila. Una prenda de ropa oscura. Un polar o una camiseta de manga larga. Lo amarra al piolet para formar una bandera que aletea enloquecida. Me dedica otro gesto con el pulgar y empieza a descender rodeando el desplome cóncavo por arriba. La fuerza del viento inclina el piolet y la camiseta se rasga. Solo una pequeña parte queda adherida al mango. Ramiro sigue bajando sin darse cuenta hasta haber recorrido la mitad del descenso. Por indicación mía se gira para mirar hacia lo alto y da media vuelta. Llega hasta el piolet, nuestra señal para Osvaldo, que no podrá pasar por aquí, ni siquiera en medio de la noche, sin toparse con esa pequeña cruz serrada o con nuestra carpa en la base del anfiteatro. Ramiro vuelve a clavar el piolet, un metro más allá, en la nieve dura, y lo deja así, con el pedazo de tela ondeando furiosamente en la ventolera. Desciende hasta mí. Llega exhausto. Le pregunto si quiere descansar y niega con la cabeza.

En el lugar más amparado de la repisa excavamos una plataforma horizontal. Ramiro arma la carpa mientras yo la sujeto con manos y pies.

Martillamos los anclajes y luego Ramiro pasa una cuerda por encima, en zigzag, para terminar de asegurarla contra el viento. Reptamos adentro. Saco la lámpara de mi mochila. Me quito los mitones para encenderla. No lo consigo. Me tiemblan las manos y el resto del cuerpo. Mi cabeza palpita como un segundo corazón. Ramiro me dice que me saque la parka y los pantalones y me meta con toda mi ropa en el saco de dormir. Lo hago a tientas. Ramiro prende la lámpara. Lo veo hurgar en su mochila. Luego abre el cierre de la carpa y saca un brazo al exterior para llenar de nieve el contenedor del anafre. Lo enciende. ¿Quieres café o sopa? Café, contesto. Me tiende un pedazo de chocolate. No, gracias. Come igual, huevón, me dice. En las grietas de sus labios pálidos y resquebrajados se acumulan gotitas de sangre. Obedezco. Tengo que morder el chocolate congelado con las muelas. Le pregunto a Ramiro si no debemos mantenernos despiertos por turnos para esperar la llegada de mi hermano y me dice que no vale la pena. Tenemos que tratar de recuperar fuerzas para mañana. Lo más probable es que Osvaldo haya decidido bajar. Si es así, lo vamos a ver aparecer en un par de horas. A lo más, tres. También es posible que haya encontrado un refugio en el muro y haya decidido pasar la noche arriba. Es de esperar que la tormenta amaine mañana, huevón, para que podamos subir a buscarlo. Me encojo de hombros. Me recuesto. Cierro los ojos y en unos segundos me quedo dormido.

Despierto poco antes del amanecer. Me incorporo sobre un codo y sé de inmediato que Osvaldo no está en la carpa. Distingo el bulto formado por el saco de Ramiro y el ritmo acompasado de su respiración. La tormenta sigue arreciando. El viento aúlla, sacudiendo la carpa como si surcáramos en ella un violento oleaje. La débil luz se filtra a través de la bóveda de nailon en una claridad fosforescente. La nieve embiste la pared exterior en un tamborileo incesante que me hace pensar en un ataque de seres vivos, insectos, y se acumula en el extremo de nuestras cabezas hasta casi la mitad de la altura de la carpa. Me demoro un largo rato, estudiando los surcos de condensación en la tela, en salir del trance profundo del sueño. Envuelto en el doble capullo formado por mi saco y por la carpa vuelvo a pensar en Osvaldo, veo su aspecto sonriente durante uno de los tramos del ascenso de la mañana anterior y por primera vez tengo conciencia de que puede estar agonizando o muerto.

Tengo ganas de ir al baño. Espero tendido unos veinte minutos para no molestar a Ramiro. Ante mi primer esbozo de movimiento se despierta sobresaltado. Me mira un instante y vuelve a recostarse, dándome la espalda. Voy a mear, digo. No contesta. Me pongo los pantalones, las botas, el casco y la parka. Dudo de si abrocharme o no los crampones y resuelvo no hacerlo. Salgo. Tengo que inclinarme, bajando el centro de gravedad como un rugbista resistiendo un choque, para evitar que el viento me derribe. La nieve vertical se me clava en los escasos centímetros expuestos de la cara igual que agujas. Me acomodo el pasamontañas, las antiparras y los mitones. La visibilidad es casi nula. La carpa parece descansar, semienterrada, en un universo blanco sin características ni dimensiones. No hay separación entre la nieve y el cielo. No

veo el borde afilado de la montaña ni el pequeño anfiteatro de roca que hemos elegido de punto de referencia ni el piolet de Ramiro ni el abismo que se hunde unos cuantos metros a mi espalda. Temo que al alejarme unos pasos de la carpa, esta se desvanezca también en la blancura y ya no sea capaz de encontrarla. Me cuesta mucho trabajo avanzar en el terreno horizontal sin los crampones. Me alejo lo justo y necesario, sin quitar la vista de la carpa, que se reduce a una vaga mancha naranja tras una cortina de polvo blanco, en lo que creo es un trayecto paralelo al borde del farallón. Me arrodillo en la nieve, de espaldas al viento, para orinar. Regreso sobre mis pasos. El color de la carpa recobra su intensidad. Poco antes de llegar resbalo en una costra de hielo oculta bajo el polvo blanco. Instintivamente me yergo extendiendo los brazos para restablecer mi equilibrio y el viento me da de lleno en la espalda y me empuja hacia el acantilado, levantándome del suelo como si acabara de saltar desde un trampolín. Cierro los ojos. Para mi sorpresa caigo sobre algo sustancial –no sigo flotando en el vacío– y quedo enterrado en un metro de nieve. Me levanto con cautela. Limpio las antiparras y me propongo distinguir el borde del acantilado. Me digo que podría tocarlo con solo extender las manos. Pero no estoy seguro de mi orientación. No veo la carpa. Un poco de nieve se ha colado por el cuello de la parka y me ha empapado la camiseta en el cuello y la espalda. Avanzo directamente contra el viento, casi arrastrándome, tanteando el terreno con los mitones. La carpa se materializa ante mí. Me dejo caer jadeando en el interior, sin sacudirme la nieve que me cubre de pies a cabeza.

Esperamos a Osvaldo. Le pregunto a Ramiro si no debemos hacer un intento de buscarlo y me dice que sería imposible. Solo conseguiríamos empeorar las cosas. Su única esperanza es dar con la carpa en medio del temporal. Y pronto. Ambos sabemos –y no es necesario que Ramiro lo diga en voz alta– que con cada minuto que pasa sus posibilidades de sobrevivir se hacen más exiguas. Y no podemos hacer otra cosa que esperarlo. La tormenta no da indicios de amainar. Podemos oír claramente, entre el ulular constante del viento y el martilleo de la nieve contra la zona que va quedando expuesta de la carpa, el estruendo sordo de los aludes en lo alto del cajón. Las avalanchas no son un problema en esta zona ni en la base del muro donde debe encontrarse Osvaldo, aunque pueda haber desprendimientos de hielo y sin duda la nieve desmoronada nos va a dificultar el descenso desde este lugar. Ordenamos la carpa. Tratamos de secar las pozas de agua formadas por la nieve de mi caída. Enrollamos los sacos. Ramiro me comenta, sin emoción aparente, que tenemos combustible y comida (café con azúcar, sopa, cereales, pasas y chocolate) para tres o cuatro días, más si no damos con Osvaldo. Ramiro organiza y contabiliza metódicamente el material de escalada: los tornillos, pitones, empotradores, mosquetones, gendarmes, ganchos para rapelar, cascos, arneses, martillos, palas y cuerdas. Lo hace con una prolijidad maníaca. Al dar por terminada esa labor, su rostro se distorsiona de pronto en un sollozo. Se lleva las manos a la cara y se controla para no largarse a llorar.

Sin mirarme recoge el contenedor del anafre y abre el cierre para recoger nieve. La derrite en el hornillo. Tomamos café. Esperamos.

A intervalos regulares, Ramiro enciende su celular para ver la hora y vuelve a apagarlo para conservar la carga de la pila. Aquí arriba no hay señal. Transcurren largos espacios de silencio. Ramiro me va informando de la hora. No mencionamos a Osvaldo. En un momento le recuerdo que, durante la primera jornada del ascenso, nos cruzamos con una tropilla de arrieros, que seguramente habrán dado aviso. Lo más probable, digo, es que en cuanto mejore el tiempo se movilice de inmediato un operativo de rescate. Ramiro asiente y volvemos a quedarnos en silencio. Permanece inmóvil, con los antebrazos apoyados en las rodillas, la cabeza inclinada hacia delante para no tocar el techo y la vista fija en un punto de la pared del fondo, en cuyo exterior la nieve se ha acumulado formando una cavidad protectora. Con toda su actitud me exige respetar ese silencio ominoso, lo que agudiza en mí la tentación de hablar sin parar, de aminorar mi ansiedad por medio de un torrente de palabras. Me doy cuenta de que nos separa la máxima distancia posible que permiten las dimensiones de la tienda. Entre nosotros se transmiten, sin pausa, ondas de animadversión. Me digo que se trata de un efecto del encierro y de las circunstancias, y me esfuerzo por no tomarlo de manera personal. Pero lo cierto es que, tal como debe sucederle a él, su compañía se me va haciendo, a medida que transcurren las horas, insoportable. Bastaría la menor provocación para que me abalanzara sobre él armado de mi piolet o mi cortaplumas. Me molesta en particular su tácita condescendencia ante mi impericia como escalador.

Que los acompañara en esta excursión de entrenamiento fue idea de Osvaldo y fue obvio desde el comienzo que a Ramiro mi presencia le resultaba ingrata, una carga más que arrastrar cerro arriba. Pero también es cierto que esta escalada no reviste –hasta los muros verticales acorazados de hielo que se alzan en lo alto de este tramo, de los que yo no iba a trepar ni un centímetro– la menor dificultad técnica. Además, mi inhabilidad es relativa y se reduce a un rol en la relación con mi hermano. Si bien es un hecho irrefutable que todo lo que sé de andinismo lo he absorbido de manera indirecta de Osvaldo, no es menos cierto que he pasado más horas en la montaña que muchos supuestos aficionados a este deporte. El andinismo ha sido durante más de diez años la gran obsesión de Osvaldo, el motor central de su vida, dedicando a los estudios y al trabajo, e incluso a su matrimonio, el mínimo de tiempo y esfuerzo necesarios, para arrancarse a las alturas siempre que las circunstancias lo hicieran posible. Por oposición, yo he mantenido una distancia prudente. Me he dejado atraer por su fuerza de gravedad pero manteniendo, me digo a mí mismo, un grado de control. Osvaldo me confesó que tuvo un día, en medio de un largo particularmente arduo, una revelación. Comprendió que escalar montañas era una forma de adiestramiento, que desarrollaba y refinaba facultades con un objetivo distinto, para otra cosa, aunque no supiera muy bien qué. Ramiro y Osvaldo se conocieron en primer

año de Biología, en Concepción, y desde entonces los ha unido la pasión compulsiva por la montaña. En la universidad eran inseparables. Ahora ya casi no se ven, excepto durante los ascensos, para los que suele haber cada vez menos tiempo, sobre todo desde el nacimiento de Jonás, mi sobrino. En alguna ocasión, Osvaldo me dijo que Ramiro se lo había recriminado en esos términos: que ya no se juntaban igual que en los viejos tiempos, que solo se veían para escalar. Osvaldo me confesó que, al cabo de semanas enteras en la montaña en compañía de Ramiro –al que quería como a un segundo hermano–, lo último que se le hubiera pasado por la cabeza sería pasar *más* tiempo con él. Y eso sin contar las recriminaciones de la Gabi. En el fondo, me dijo, ya no tenían, aparte del andinismo, mucho en común. Osvaldo ha optado más y más por hacer rutas en solitario.

Aun así, no me sorprendió la noticia de que Osvaldo decidiera realizar con Ramiro –al fin y al cabo, un escalador más avezado y resistente que él– su ascenso más ambicioso hasta la fecha: el cerro Torre, una de las majestuosas catedrales de granito de la Patagonia, una de las montañas más difíciles de escalar del mundo. La idea, me comunicó Osvaldo, era seguir la ruta más bella y clásica, establecida por Jim Bridwell en 1975, que coincidía en la mitad superior con la recorrida en 1970 por Cesare Maestri en la primera ascensión, realizada con un compresor para introducir los clavos en la roca y así incrementar la velocidad de perforación. Pensaban acampar en el glaciar –prácticamente en la base de la gigantesca aguja de piedra– durante cinco semanas, desde mediados de diciembre hasta fines de enero, y esperar una ventana de buen tiempo para intentar la escalada. Pretendían llegar hasta la cumbre, coronada por un casquete de hielo, y volver a descender en una semana, más del doble de la marca establecida por Bridwell y Steve Brewer. Esta excursión, a principios de abril, al norte de Chillán, iba a ser la primera de una serie de ascensiones de entrenamiento. El plan había sido subir en un día hasta la base de los farallones de arriba, unos trescientos metros por encima del lugar donde esperamos ahora, y montar el campamento para que Ramiro y Osvaldo realizaran desde ahí escaladas en roca, con y sin hielo. Hielo que, según Ramiro, más o menos reproducía las condiciones de la parte baja del Torre, donde Bridwell había extraviado la ruta escalando por una fisura de hielo y donde el austriaco Toni Egger se precipitó al vacío en el primer intento de ascensión, en 1959, sumergiéndose en la nieve que cubría el glaciar, para ser hallado dieciséis años después.

El viernes llegamos ya de noche a ese emplazamiento en la base del farallón, desde el cual caía una nutrida lluvia de peñascos y fragmentos de hielo. No pudimos dar con un lugar amparado del viento. Ramiro se refirió a este sitio, un anfiteatro relativamente protegido en el que debíamos armar la carpa en caso de que el tiempo empeorara. El informe meteorológico predecía tiempo inestable: viento y algo de nieve. Osvaldo y Ramiro acordaron que eso correspondía a las condiciones que esperaban encontrar en el Torre en los días más benignos (ráfagas de ciento cincuenta kilómetros por hora en la cumbre)

y decidieron asumir ese «riesgo calculado». Yo me iba a quedar en todo momento en el campamento base –la escalada en roca excedía mis posibilidades– y mi presencia allí contribuía a la seguridad. Nos apertrechamos de material para bajar en la nieve. Ramiro dijo tener estudiada una ruta de descenso alternativa en caso de mal tiempo. Pero nada nos preparaba para la tormenta que se dejó caer, de un momento a otro y con inusitada saña, sobre nosotros.

Ayer al amanecer lo primero que hicimos, a instancias de Ramiro, fue desarmar el campamento. Osvaldo propuso realizar algunas escaladas cortas y bajar a media tarde hasta aquí para montar un segundo campamento más amparado. El viento soplaba con fuerza, pero el cielo se veía despejado, excepto por unas nubes altas y deshilvanadas. Tomamos desayuno. El primero en subir fue Osvaldo. Ramiro y yo nos sentamos sobre una roca plana y lo vimos ascender con agilidad por la pared vertical del farallón, siguiendo una ruta establecida que, según Ramiro, no revestía mayor dificultad técnica. A unos treinta metros se detuvo a descansar ante una protuberancia de la roca que formaba un desplome. Lo vimos engancharse y dar suaves tirones a la cuerda para probar la resistencia y luego atacar el desplome aferrándose a mínimas salientes. Al transponer el borde astillado lo perdimos de vista. Solo lo vimos reaparecer tras unos quince minutos, mucho más arriba, desplazándose hacia la derecha para eludir un contrafuerte. Avanzaba con cautela. Llegó hasta una veta de color más oscuro, se dio vuelta hacia nosotros y saludó con la mano. Indicó con un gesto que Ramiro lo siguiera. Ramiro se negó. Osvaldo acometió el último tramo trepando en diagonal a lo largo de esa franja más oscura. En pocos minutos llegó a su destino: una delgada cornisa en el muro casi vertical. Después de engancharse se sentó con los pies colgando en el vacío. Volvió a indicarle a Ramiro que subiera. Ramiro, a su vez, insistió en que Osvaldo bajara primero. Con ademán malhumorado se puso de pie, me dio una palmada en la espalda a modo de despedida y atacó el muro. En unos veinte minutos estuvo sentado junto a Osvaldo en la cornisa. Se quedaron allí un largo rato, contemplando el panorama que se desplegaba ante ellos.

Se pusieron en marcha, para mi sorpresa, hacia lo alto. Osvaldo me saludó con la mano y yo devolví el gesto. Los vi encaramarse a un pequeño obelisco de roca parda y continuar escalando desde su cima, cortando el muro del farallón hacia el sur. Ramiro iba a la cabeza. El muro debía ser sinuoso, ya que en algunos tramos los perdía de vista. Desde abajo daba la impresión de que se fueran compenetrando con la roca, para luego volver a asumir, momentáneamente, un aspecto humano. Hasta que ya no volvieron a asomarse.

El viento comenzó a soplar con más fuerza. Hice algunos descensos y ascensiones cortas por una garganta que se abría hacia el norte, para entrar en calor. Pero la mayor parte del tiempo me dediqué a vigilar la montaña. A medida que transcurrían las horas y no daban señales de vida, comenzó a

invadirme la ansiedad. El frío se hacía más intenso, pero ya no quise abandonar mi puesto de observación. Grandes nubes se asomaron desde la cima de las montañas y en unos cuantos minutos cubrieron todo el cielo. La superficie del farellón perdió detalles de relieve y se transformó en una sola masa gris y monolítica. Un nuevo estrato de nubes, oscuras y convulsas, se estrelló contra el muro de roca, cubriéndolo casi por completo. Empezó a nevar. Una densa cortina de copos horizontales se interpuso entre mi lugar de observación y la piedra. No se me ocurrió nada mejor que hacer que quedarme en mi sitio, con la vista fija en el último punto de la ruta que me resultaba visible, en los ganchos y mosquetones que tintineaban al golpearse con la roca.

Finalmente, pasadas las cuatro de la tarde, vi aparecer lo que había estado esperando por horas: el extremo de una cuerda que caía desde la masa compacta de la niebla. En unos minutos, la silueta flotante de Ramiro fue expelida por la nube. Aterrizó con un golpe seco en la nieve y se quedó durante un momento inmóvil, dándome la espalda. Se desenganchó de la cuerda de rapelar. Esperé que le diera un tirón a la cuerda o se apartara, pero no hizo nada. Comprendí que venía solo. Se dio vuelta a mirarme. Tenía el rostro desencajado. Dijo algunas frases inconexas. Lo tomé por los hombros para interrogarlo. Al parecer, a partir de cierto punto, Osvaldo había sugerido hacer subidas cortas en solitario. Ramiro le pidió que bajaran, ya que el viento soplaba demasiado fuerte, pero Osvaldo se empeñó en hacer un tramo más, el último. Osvaldo subió una pared sin ruta preestablecida. Llevaban separados unos quince minutos cuando cambió el tiempo. Los rodeó un banco de niebla y empezó a granizar. Ramiro esperaba que Osvaldo regresara de un momento a otro para iniciar el descenso –en esas condiciones, mucho más peligroso que la subida–, pero no volvió. Lo esperó unos diez minutos más y después escaló la pared. El ascenso era muy difícil, la roca se había vuelto resbalosa, la visibilidad era nula, a cada momento uno presentía, dijo, que el viento iba a arrancarlo de cuajo del muro. En un determinado punto cesaban los anclajes. Ramiro tenía la impresión, por lo que había podido divisar desde abajo, de que hacia la derecha, transponiendo una zona cóncava que hubiera resultado ardua, incluso en condiciones normales, debido a su arquitectura y a la mala calidad de la roca, había una serie de grietas y fisuras donde alguien podría buscar refugio. Era posible que Osvaldo se hubiera dirigido hacia allá para esperar a que pasara la granizada. O que siguiera escalando sin anclajes. O por una ruta impredecible. Me dio a entender –o por lo menos yo quise interpretar– que, en caso de haberse desprendido, Osvaldo hubiera caído muy cerca de donde él se había instalado a esperarlo. Ramiro me dijo que permaneció allí, aferrado a la roca, embestido de lleno por la tempestad, durante mucho rato, tal vez media hora, sin saber qué hacer, sin decidirse a abandonar a Osvaldo, hasta que comenzaron a temblarle los brazos por la fatiga y el frío.

Al momento de llegar Ramiro a la base del farallón, yo estaba aterido.

Ramiro se dejó caer de rodillas, exhausto, decidido a esperar ahí el regreso de Osvaldo. El extremo de la cuerda de rapelar se retorcía en el viento como una serpiente. Durante largos minutos, esas sacudidas me hicieron creer que Osvaldo se había enganchado a la cuerda y que lo veríamos emerger de un momento a otro de las nubes, igual que a un ojo inexperto el arrastre de la corriente de un río contra una línea de pesca podían parecerle los tirones agónicos de un pez. Le dije a Ramiro que me estaba congelando y le pedí que descendiéramos al lugar que había determinado para montar el campamento, pero se negó. Vamos a esperar aquí, dictaminó. Cerró los ojos y se quedó inmóvil, de rodillas en la nieve, durante más de una hora. Yo me puse a dar saltos en esa plataforma expuesta al viento y la nieve, cuidando de no acercarme a la zona en que una fina lluvia constante de piedras se precipitaba desde el acantilado formando una especie de cerco protector, cual un anillo de asteroides. Me abroché los crampones y subí y bajé varias veces por la garganta, abriendo y cerrando las manos dentro de los mitones. El frío que me calaba hasta los huesos no me dejaba pensar con claridad en Osvaldo, me impedía otra preocupación que no fuera la necesidad inmediata de entrar en calor, beber un tazón de café. La nieve comenzó a acumularse en la espalda, los hombros y sobre el casco de Ramiro, quien permanecía quieto como un ídolo. Se había quedado dormido. Me acerqué a él. Levanté una mano para tocarlo en un hombro. Justo antes de establecer ese contacto abrió los ojos y me miró sin sorpresa. Tenemos que esperar, dijo, puede bajar en cualquier momento. Esperamos hasta que la claridad empezó a declinar y el blanco sin forma ni profundidad comenzó a teñirse de un gris igualmente uniforme. Ramiro se puso de pie, se calzó los crampones y se dirigió hasta la cuerda. Le dio un par de tirones para comprobar la solidez del empotramiento. Se quedó ahí un minuto, con la vista fija en el punto en que la delgada línea violeta era devorada por las nubes y me pareció que luchaba contra la tentación de volver a encaramarse a la roca. Al final soltó la cuerda e iniciamos el descenso.

Ramiro enciende su celular. Constata la hora sin el menor signo de emoción. Lo apaga. Las cuatro, me dice sin levantar la vista. Me doy cuenta con toda claridad de algo que, sumido en mi propia ansiedad, no he sabido hasta ahora: que Ramiro se encuentra en estado de *shock*, paralizado, inerme. Me tiendo de costado en el saco y encojo las piernas, procurando imponer la mayor distancia posible con su espacio personal. Me digo, con una nota de angustia que me esfuerzo en mantener a coto, que Osvaldo lleva desaparecido más de veinticuatro horas.

Me incorporo. Abro el cierre de la puerta para rellenar el cuenco del anafre. La nieve se ha acumulado en este costado hasta más arriba de la mitad del cierre. Tengo que usar mi pala para asomarme al exterior. La visibilidad no ha mejorado en absoluto. La carpa parece flotar en medio de una vorágine, un caos primordial, un desorden de moléculas en frenética ebullición. Vuelvo a instalarme en mi sitio en el interior y tomo conciencia, por primera vez, del hedor que despiden los sacos y nuestras ropas. En unos cuantos minutos

vuelvo a habituarme a él. Ya no lo siento. Vuelve a fundirse con la tibieza de la que forma parte. El encierro me hace pensar en un juego infantil. Recuerdo que Osvaldo y yo nos encaramábamos a una cama o un sillón, que definíamos como una nave espacial o un barco, en oposición a todo lo que quedaba fuera de ese límite, lo desconocido. Vivíamos incontables aventuras, incursiones –en las que siempre le correspondía, en su calidad de hermano mayor, el papel de héroe– para combatir caníbales o rescatar princesas o desenterrar tesoros, pero siempre la mayor satisfacción la proporcionaba el encierro de la nave, lo constante y conocido en medio de lo ignoto, ese nicho de pertenencia.

Comemos frutos secos, chocolate y barras de cereal. Preparo café con azúcar. Comento que el café no es lo más recomendable para la hidratación y Ramiro no contesta. Me domina un acceso de aversión y tengo que controlarme para no insultarlo. Reacciona, huevón, que tenemos que ayudar a Osvaldo y salir vivos de esta, quiero gritarle. En cambio, le recomiendo que se acueste un rato y trate de dormir. Para mi sorpresa, me hace caso. Cierra los ojos y se hunde en un sueño profundo. Aun en la extraña penumbra naranja que impera en esta cápsula de nailon, su rostro se ve muy pálido. Su indefensión me hace sentir doblemente a merced de las circunstancias, como si estrechara el cerco erigido en torno nuestro por el temporal. Me llega, por encima del aullido del viento, el rumor lejano de una avalancha. Tengo la impresión de que el suelo bajo la nieve, toda la montaña, se remece un poco. Derrito más agua y dejo que se enfríe. Me dedico a empujar con cuidado la nieve que se acumula en el exterior, combando la tela y amenazando con rajarla. La tormenta no da el menor indicio de ceder.

Ramiro duerme durante más de una hora. Al despertar se ve algo repuesto. Sale al baño y regresa después de unos minutos. Me dice, mientras se desabrocha los crampones, que la visibilidad sigue siendo pésima. Le propongo que escalemos encordados hasta la base del farallón y me dice que, en estas condiciones, no sería viable. Bebemos el agua y Ramiro derrite más nieve. Comenta abstraído que vamos a tener que racionar el combustible. Al terminar se tiende de espaldas en su saco. Se pone a trazar surcos con un dedo en la película de condensación que cubre la tela. Me preparo para ir al baño, calzándome los crampones. Me pongo la parka y el casco. Salgo. La tormenta no ha perdido intensidad. Me aferro a la cuerda que refuerza la carpa para no perder el equilibrio. La cuerda se ha vuelto rígida como un cable de acero. En su agitación convulsa, la carpa semienterrada me hace pensar en un órgano vivo, un corazón latiendo en medio de un tejido blanco. No tengo ganas de ir al baño, pero necesitaba salir por unos instantes del encierro. De una manera casi física, la ventolera me limpia la cabeza, arrastrando la ansiedad y el miedo e incluso mi antipatía hacia Ramiro, dejándola momentáneamente vacía. En el centro de mi conciencia se aloja una pequeña certeza. Una señal tenue pero nítida e irrefutable. Osvaldo está vivo. Incluso tengo la impresión de verlo por un segundo: alojado en una grieta, malherido, concentrando toda su voluntad en el esfuerzo de no quedarse dormido. Ese estado de claridad

pasa de largo. Los pensamientos vuelven a agolparse en mi mente, encadenándose sin orden ni concierto, pugnando por imponerse. Pero esa certidumbre permanece. Me dispongo a entrar a la carpa, de la que no me he separado ni un paso, para comunicárselo a Ramiro. Me detengo. ¿Qué voy a decirle? ¿Que acabo de tener una visión, una corazonada?

Mientras una parte de mí mismo –¿allí donde reside esa certeza?– me observa con desapego o desaprobación, me separo de la carpa y me dirijo, remontando la corriente del viento, hacia la base del anfiteatro. Al cabo de unos cuantos pasos tambaleantes miro hacia atrás y ya no distingo la carpa, y me siento como alguien que se ha soltado de una embarcación en medio del océano. No estoy seguro de mi decisión y me esfuerzo por reafirmarme en ella. ¿Para qué me ha sido dado ese conocimiento sino para hacer algo al respecto? Tengo que encontrar a Osvaldo. Voy a ciegas, impulsado por un sentido del deber que se va disociando de su propio contenido. Calculo que he recorrido unos diez o quince metros y aún no doy con la base del anfiteatro. Debiera anunciarlo un cambio en la fuerza o el sonido del viento, me digo. Es posible que haya interpretado mal la orientación de la carpa y que ahora me dirija en paralelo al borde del precipicio que se abre en algún lugar a mi izquierda. Me recorre una oleada de vértigo. Corrijo el rumbo. A cada paso, mis piernas se entierran en la nieve hasta la mitad del muslo, pero no pierdo pie. Me debato, no contra los obstáculos físicos, sino contra lo inestable de mi convicción. Una parte de mí sabe que esto no es una buena idea. Lo dijo Ramiro: subir hasta el farallón –¿es eso lo que me propongo, o ir simplemente a ciegas en busca de mi hermano?– no es viable. No me importa que esta salida no tenga sentido, sino ajustarla o alinearla a mi visión y, sobre todo, a la certeza que me acometió hace un rato y que permanece en mi interior como un hilo conductor.

Llego hasta la base del anfiteatro, en el extremo más alto, de modo que se alza ante mí una empinada pendiente. Todavía puedo regresar, me digo. Este es el límite más allá del cual será improbable volver a encontrar la carpa. Pienso que hubiera debido apertrecharme para un rescate. No llevo cuerdas ni alimento, ni siquiera mi piolet, pero igual puedo ayudarlo a bajar. También fue un error no haber informado a Ramiro de mis propósitos –Ramiro debe estar empezando a extrañar mi regreso–, pero de haberlo hecho no me hubiera dejado partir. Me quedo aquí un minuto, recuperando el aliento después de una ardua travesía horizontal de no más de cuarenta metros. El viento y la nieve me embisten con furia, en ráfagas hirientes. No puedo abandonar a Osvaldo, decido. Al segundo paso, mi crampón da contra algo duro enterrado en la nieve y estoy a punto de caer. Busco a tientas. Es el piolet de Ramiro. Debe haber sido desprendido por el viento de su lugar en la cima del anfiteatro y ha venido a dar hasta aquí. ¿Es posible que Osvaldo haya descendido bordeando el lomo sin ver la carpa? Me digo que no. En mi visión (o imaginación) creí verlo alojado en una grieta. Si hubiera llegado hasta la base del farallón, sin duda nos hubiera encontrado. Me pongo en marcha.

En esa primera pendiente casi voy arrastrándome ladera arriba, abriendo un surco con mi cabeza y mis hombros en más de un metro de nieve polvo. Los crampones resbalan sobre la roca del anfiteatro y, cada dos o tres pasos, me deslizo ladera abajo desandando mi huella. Esa tarea exasperante me toma por lo menos media hora. Al llegar al final, el viento me golpea con redoblada violencia. La nieve que arrastra es tan densa que apenas se ven intersticios, de un gris claro, entre lo que se asemeja a un gran torrente de espuma blanca. Prosigo reclinado en el viento como un borracho contra un compañero, intentando apoyar la mayor parte de mi peso en la pierna izquierda, la más extendida. Aunque no puedo verlo, estoy seguro de avanzar por el costado protegido, justo debajo del lomo, remontando el camino que descendimos ayer con Ramiro. El haber encontrado orientación en la ceguera de la tormenta me comunica una curiosa exaltación o euforia. Aquí la nieve es más sustancial y progreso, aunque lentamente, a un ritmo regular y seguro. A cada tranco se contrae en medio metro la distancia que me separa de Osvaldo. La claridad de propósito que no lograba convocar hace unos minutos se traduce ahora en una tenacidad física, en el esfuerzo concreto de subir la montaña. En este paso, esta inhalación.

La luz comienza a declinar y puedo hacerme una vaga idea, en medio de las andanadas de nieve, de la forma general del terreno. En un momento, a través de una fugaz ventana de visibilidad, distingo una aleta serrada de roca que marca el borde del lomo, algo más arriba de lo que había calculado. La pierdo de vista. Corrijo el rumbo. A medida que confluyo hacia el vértice, penetro en una zona de turbulencia, en la que el viento parece soplar en todas direcciones a la vez, pero que resulta menos intenso. La ventolera deja escuchar una sola nota agudísima al transponer el canto. Durante unos minutos, a medida que la claridad disminuye, la escasa luz me da la impresión de emanar de la misma nieve. Luego, de un instante a otro, se hace la oscuridad. Todo alrededor se tiñe de un gris opaco y uniforme. Sigo subiendo. De pronto, al rodear por debajo una piedra que sobresale de la ladera, mi bota izquierda no encuentra apoyo y caigo. Me deslizo por el fondo de una hondonada. Mi espalda da con algo duro, un promontorio, que detiene mi deslizamiento. Me doy cuenta de que ya no sostengo el piolet de Ramiro. Me sacudo lo más que puedo la nieve que se ha filtrado por mi cintura y en la capucha de la parka. Escalo siguiendo el surco abierto por mi cuerpo para no perder la orientación. Encuentro el piolet. Asciendo hasta que vuelvo a entrever la roca. Escalo hacia la izquierda y prosigo bordeando la arista.

Llego a una ladera surcada por bandas discontinuas de hielo. En esos tramos el hielo es durísimo y apenas se deja mellar por los crampones. En las secciones intermedias me hundo en la nieve hasta la cintura. En dos o tres ocasiones creo haber transpuesto esa ladera y, al siguiente paso, resbalo en el hielo. Cuando por fin la dejo atrás me desplomo de rodillas, exánime. A cada respiración puedo sentir toda la estructura interna de mis pulmones, como si fuera llenando cada ramificación de un líquido ardiente. Me digo que debo

ponerme de pie y continuar, pero mis piernas no me responden. Estoy demasiado cansado. En los escasos minutos que llevo en cuclillas aquí –¿dos, tres a lo sumo?– ya me ha calado el frío. Lo siento avanzar desde mis pies y manos, que se han vuelto insensibles. Me cubre un sudario de nieve. Tengo que hacer acopio de toda mi voluntad para levantarme. Me apoyo con ambas manos en el piolet y me incorporo. Me tiemblan las piernas y por un momento creo que no me van a sostener. Pero lo hacen. Y empiezan a caminar. Me doy cuenta de que el terreno casi se ha nivelado. Acaso he llegado ya a la base del farallón. Avanzo, temblando violentamente por el frío, tratando de sacudírmelo de encima, hacia donde debe encontrarse la pared de piedra y la cuerda de rapelar por donde puede descender Osvaldo. Pero no doy con el muro. La pendiente, de hecho, se inclina un poco hacia la izquierda, empieza a descender. Corto hacia la derecha, pero por ahí también se hunde. No me queda otra alternativa que avanzar, al igual que hice abajo, cerca de la carpa, directamente contra la presión del viento. Al cabo de unos diez o doce pasos resbalo sobre uno de los parches de hielo y caigo de bruces. El piolet me golpea la frente bajo el casco, sin llegar a arañarla a través del pasamontañas. Descanso un minuto tendido sobre el hielo rugoso. Me levanto con suma dificultad. Desvío otra vez el rumbo. Al cabo de unos veinte pasos, la pendiente vuelve a inclinarse hacia lo alto. Comprendo que he llegado de vuelta al lomo, que debo seguir ascendiendo. Me detengo a recuperar el aliento. Sigo de pie, con los mitones apoyados en las rodillas. Se me escapa lo que reconozco como un sollozo, no de desesperación o miedo, sino de fatiga. Mi cuerpo no da más. Y el frío no me deja. Lo siento ganar terreno centímetro a centímetro por mis piernas y por mis brazos, colgarse a mi espalda. Aprieto con fuerza los dientes y reanudo el ascenso.

Cada zancada es una minuciosa agonía. No puedo más. En cualquier momento voy a llegar al límite de mis fuerzas, pienso sin alarma, una de mis piernas acalambradas se va a negar a dar el siguiente paso. Pero continúo montaña arriba. Me acucia la tentación irresistible del sueño. Podría cavar un pequeño nicho en la nieve y tenderme un rato. Bastaría con unos cuantos minutos para renovar energías, me digo, y ante la mera anticipación del descanso me recorren ondas de placer. Pero sé que no volvería a despertar. Durante un trecho cierro los ojos (la visibilidad es tan escasa que no hace mayor diferencia) y veo a Osvaldo. Osvaldo en traje de baño, de pie sobre una piedra al borde de una piscina. Tiene unos diez años. Apoya las manos en la cintura. Yo lo observo desde el agua. Sonríe, encandilado por el sol. Luego se zambulle. Abro los ojos. Voy a reunirme con él, me digo. Vuelvo a percibir su presencia más arriba en la montaña como una señal y compruebo, conmovido, que la certeza que me ha traído hasta aquí aún no me abandona. No está muerto, pienso, no está muerto. Mi boca agarrotada se propone articularlo en voz alta. No está muerto. Pero no queda mucho tiempo. Tengo que llegar hasta Osvaldo y guiarlo de vuelta a la carpa. Antes de que sea demasiado tarde, antes de que la tormenta se cierre en torno a él como la realidad hace

con todos los muertos. De pronto me sorprendo ascendiendo con menor esfuerzo. No con renovada energía, sino con una sensación de liviandad, cual si mi cuerpo hubiera encontrado una manera de eludir su propia penuria –los calambres, las puntadas de dolor en mis pulmones, la ausencia de mis pies y manos, el lastre del frío que se aferra a mis hombros, el mareo, el sueño– y marchara, en parte, por otra dimensión. Se suceden ante mi vista imágenes de Osvaldo. También la foto de un bebé recién nacido. Nuestro hermano mayor, Simón, que murió a las dos semanas de vida de una infección respiratoria. Lo internaron en el mismo hospital donde había nacido y ya no volvió a salir. Recuerdo también la manera en que nuestra madre evitaba hablar de él o se limitaba a zanjar el tema declarando que, de no haber sido por su muerte, yo nunca hubiera venido al mundo. Recuerdo haber leído en alguna parte que muchas personas son (o somos) concebidas como mellizos y que, en la mayoría de los casos, solo uno de los fetos termina por ser viable y el otro resulta reabsorbido, transformándose en una suerte de mellizo interior. No sé si será cierto. Simón sería mi mellizo interior, muerto para que yo pudiera vivir. Me esfuerzo por rememorar la cara joven de mi madre, pero lo que toma forma ante mí es la imagen de la Gabi, en Valdivia, el día de su matrimonio con Osvaldo. Y luego el fin de semana en que los visité por sorpresa y en que discutieron a gritos, igual que siempre, a propósito de una salida a escalar. Y más tarde la silueta de la Gabi inclinándose en la oscuridad sobre el sofá donde yo dormía y cómo me tomó unos segundos, aún somnoliento, darme cuenta de que estaba desnuda, levantar mi mano y sostener uno de sus pechos llenos de leche.

Persevero. La pendiente se hace más empinada, pero ya no tiene mucho que ver conmigo. En las imágenes que flotan ante mí empiezo a notar leves incongruencias y comprendo que, a medida que asciendo, durante breves instantes, me voy quedando dormido. Entro y salgo del sueño como un nadador que se mantiene a flote por medio de su propio impulso hacia delante. Y esas breves inmersiones me proporcionan la fuerza para seguir un poco más. Uno de esos sueños fragmentarios, fugaces y deshilvanados me proporciona la ilusión de ser o haber sido otro. Estoy sentado en un sillón en la oscuridad en un cuarto desconocido, enfrentando una ventana en la que se estrella la lluvia. Sostengo una botella de cerveza. Un gato se desliza perezosamente por el parqué. Despierto. Vuelvo a pensar en Osvaldo y su presencia más arriba se funde con el recuerdo de Simón. Tengo la impresión de que camina en algún lugar a mi derecha, muy cerca, al otro lado de un muro que lo vuelve invisible y que ese muro se va erosionando, perdiendo consistencia hasta verse reducido a una delgadísima membrana, que a su vez se disgrega en las sábanas de nieve impulsadas por el viento.

7

Me encontré descalzo sobre el parqué, en el living a oscuras, contemplando los hilos de lluvia que caían por los cristales contra la luz de los faroles, cuya refracción trepaba y se propagaba por las paredes y el cielo raso. Noté que no enfrentaba directamente la ventana, sino que observaba la perspectiva de la calle hacia Lastarria en un ángulo oblicuo. Me asaltó una idea disparatada: ¿acababa de salir el muro que tenía a mis espaldas? Retrocedí un par de pasos y apoyé las palmas de mis manos en la pared, junto al sofá. La superficie era sólida. No había rastro de las zapatillas que llevaba al entrar al living. Una botella de cerveza vacía descansaba junto al sillón. ¿La misma que entreviera Aurelio? El cansancio abrumador y el frío mortal que se cerraban en torno mío un momento antes se habían desvanecido de golpe, pero aún perduraba su recuerdo en forma de un hormigueo, una crispación involuntaria de los músculos. Regresé a la ventana. La lluvia era menos cerrada que hacía un rato. Descubrí, hacia el norte, una grieta entre las nubes y, en ella, un residuo de la luz del atardecer. ¿Había retrocedido en el tiempo? Encontré el dormitorio vacío, la cama hecha, el baño inmaculado. En la superficie lisa del cubrecama se distinguía la huella de un cuerpo tendido, sin duda el mío, y un libro abierto: un relato de viajes por la India. Comprendí que había transcurrido un día de ausencia, que ya era domingo al atardecer. Encendí la luz del baño y escarbé en el basurero metálico en busca de un preservativo usado. En cambio, di con un papel arrugado, una nota de Fernanda:

Querido Tomás:
¡Qué vergüenza! Me porté como una idiota. ¡Te pasaste! De verdad. Te anoto mi celular. Llámame si no me odias.
Un beso, F.

Alisé el papel y lo dejé sobre el velador. ¿Por qué me había dirigido con tanta seguridad al basurero? ¿Iba en busca de un condón o me proponía instintivamente recuperar la nota, que yo mismo arrojara ahí y de la que no recordaba nada? ¿O era esa perspicacia una forma subterránea de memoria, un subterfugio de mi conciencia para maniobrar entre esas lagunas?

En contraste con el regreso anterior, la toma de posesión de mí mismo resultaba menos traumática y angustiante. La procesaba con mi cuerpo,

atónito y agradecido de la horizontalidad del piso, la dureza consistente de la madera, la temperatura hospitalaria, la cápsula de protección y domesticidad proporcionada por el departamento. Al mismo tiempo me embargaba una tristeza abrumadora. Estaba seguro de que Aurelio acababa de morir o moría en esos instantes y que Osvaldo había ya fallecido por congelamiento. Lo sabía como se sabían las cosas en sueños. Esa era una diferencia con la visión anterior. También el haberme transmutado en Aurelio de manera instantánea y total, sin que perdurara, hasta cerca del final, la menor noción de mí mismo. Además, gran parte de ese desdoblamiento había ocurrido en tiempo real.

En el pasillo me encontré con Lola, que se estiraba arqueando el lomo y levantando la cola en un signo de interrogación. La saludé conmovido, pero se dirigió a la cocina, ignorándome ostentosamente, molesta de que mis idas y venidas por el pasillo la hubieran despertado. En el computador comprobé que habían transcurrido casi veinte horas. ¿Y Fernanda? ¿Se había despertado temprano, limpiado el baño, vestido con su ropa todavía húmeda (incluyendo la diminuta tanga amarilla) y salido sigilosamente? ¿Yo la había llamado durante el día? Revisé el celular, pero no constaba ninguna llamada. Podía haber usado el fijo. Entre la nutrida e histérica cobertura del violento temporal que había colapsado al país ese fin de semana, provocando ya dos muertes y centenares de damnificados, destacaba la noticia de tres jóvenes andinistas extraviados en la cordillera, al norte de Chillán. Sus familias habían dado la voz de alarma. Se habían cruzado el viernes en la tarde con una tropilla de arrieros, así que se tenía una idea aproximada de su localización, pero era preciso esperar a que mejoraran las condiciones del tiempo para dar inicio al operativo de búsqueda. Se esperaba que la tormenta amainara dentro de las próximas doce horas. Busqué sus nombres: los hermanos Osvaldo y Aurelio Silva. Y Ramiro Inostroza. Al leerlos, por algún motivo, me largué a llorar. Los sollozos se me vinieron encima incontenibles. Tras el episodio de Inés me amparé en la certeza obsesiva de que esa experiencia me había sido dada por una razón: intervenir para salvarla. Pero ahora no quedaba nada por hacer. La suerte de sus sobrinos estaba echada.

El acceso de llanto y el haber palpado la pared del living en busca de un sitio en que pudiera atravesarla de vuelta a la montaña y a la tormenta, fueron los primeros indicios de que esa transición –pese a la ausencia venturosa de un ataque de pánico, de las arcadas– no fue menos traumática que la anterior. El departamento, que en un comienzo se había cerrado en torno mío en un cálido abrazo protector, de pronto me estrechaba con demasiada fuerza. A cada cuarto y pasillo le faltaban unos centímetros de holgura. Y la compañía de Lola me resultaba discordante. De no ser por la lluvia, la hubiera sacado al patio interior. Me limité a encerrarla en la cocina, pero sus maullidos de indignación me obligaron a abrir la puerta. Me enfundé en un cortaviento y salí a caminar. El tráfico era lento en José Miguel de la Barra y Merced, las veredas estaban vacías. La lluvia y el aire fresco me reanimaron. Algo de la sensación de ser Aurelio permanecía y otra vez me sorprendía que, al igual

que el haberme sabido Inés, no se alejara demasiado de la cotidiana y prosaica conciencia de mi yo. Esa íntima compenetración se daba de manera más nítida en los primeros momentos tras el corte, al verme liberado de mis propias circunstancias y aún no cercado por las ajenas. Por algún motivo lo asociaba a las distintas modalidades de mí mismo, a los diversos roles que me veía forzado, como todo el mundo, a ejecutar: Tomás el buen alumno, conciliatorio, ansioso ante el fracaso o el éxito; Tomás el presentador de campañas, jactancioso, irónico, secretamente improvisador; el jefe eficiente, paternalista, trabajólico, controlador, seductor; el obsesivo compulsivo, codicioso de comida, de sexo, de *gadgets*; el amigo; el marido; el amante; el quejumbroso; el tacaño; el fantasioso; el observador; el dueño de Lola. El yo actual, que reflexionaba caminando por la lluvia (acaso un residuo de las afectaciones de la adolescencia), no se diferenciaba más de Aurelio que del Tomás en el acto de asistir a un concierto de rock o de pagar una cuenta. Las junturas entre esos cambios de marcha, a medida que los reconstituía en mi memoria e imaginación, se me hacían dolorosas, chirriantes. Pero al rememorarlas iba también recuperando una medida de posesión sobre mí mismo. Y, en vez de erosionarme, daban una mayor densidad a la experiencia de Aurelio. Por muy tenue que fuera la diferencia con la sensación de ser otro, también era una forma de liberación, pensé, un regalo.

Me dominaba de nuevo la certeza de que esos episodios me habían sido dados (o infligidos) con un propósito. La repetición era una insistencia. Debía ser capaz de descifrar los signos más allá de la evidente conexión entre Inés y sus sobrinos nietos, aprender una lección que luego debía traducirse, no me cabía duda, en actos decisivos. Era posible que esa transposición de identidades actuara como una especie de disfraz que me permitía constatar ciertos eventos desde perspectivas inaccesibles a mi persona habitual, o que se tratara de una prueba o de la preparación para algo, que debiera cumplir una tarea que solo podía llevarse a cabo desde ángulos insospechados. Fuera lo que fuera, debía encontrar una lógica, un patrón. Las diferencias entre ambos episodios (uno gradual y el otro fulminante, uno situado en el futuro y el otro en el presente) así lo sugerían. Era factible que con el tiempo llegara a dirigir ese fenómeno igual que se moldeaba el curso de los sueños. Quizás, así como yo había habitado la piel de Inés y de Aurelio, otros u otras hubieran sido mis «huéspedes», o lo estuvieran siendo en ese mismo instante, pensé, sin que yo lo supiera, acaso modificando sutilmente mis decisiones. Imaginé una red, un sistema de intercambios o superposiciones de conciencia –que en mi fantasía tomaba la forma de las raíces de un árbol, con un eje central que se bifurcaba en incontables ramificaciones–, un laberinto subterráneo que me había sido dado vislumbrar quizás por accidente, a través de una trampa lateral. Quizás fuera posible trazar o descubrir un mapa, un diseño. Mi modesta porción de ese mapa la delineaban, estaba seguro, los vasos comunicantes con Inés, Osvaldo y Aurelio, nudos causales que aún no me habían sido revelados, pero a través de los cuales podría dilucidar las reglas de ese juego.

Al volver al departamento, poco antes de la medianoche, me embargaba el deseo insensato de hablar con alguien, de confesarme. Llamé a Manuel. Me contestó a gritos desde un club de jazz en Bellavista.

–¡Compadre, véngase para acá! –aulló.

Debía estar al lado del escenario, porque la música lo invadía todo. Creí reconocer una melodía de Thelonious Monk, acometida con entusiasmo. Los instrumentos parecían hacer un esfuerzo por ajustarse unos al ritmo de los otros, tal como ocurría, de manera voluntaria, en algunos temas de Led Zeppelin.

–¿Con quién estás?

–Con la Trini.

–¿Quién es la Trini? –pregunté. Debía ser la chica de la noche anterior, la amiga de la modelo.

–¿Cómo que quién es la Trini? –lo escuché gritar por encima de la línea gutural de un saxo–. Es mi amigo Tomás.

Me pregunta quién es la Trini.

–Hola –gritó una voz femenina–, yo soy la Trini.

Sonaba tanto o más ebria que Manuel.

–Mucho gusto.

–¿Cómo te llamas?

–Tomás.

–Tomás. Te esperamos.

–¿Están solos?

–Sí, pero vente igual.

–Ok. Chao.

Colgué. Fui al dormitorio a buscar la nota de Fernanda.

Marqué el número. Contestó una voz masculina.

–¿Aló?

–Perdón –dije–, número equivocado.

–¿Con quién quieres hablar?

–No, equivocado.

–¿Tomás Ugarte? –dijo el tipo.

–Sí.

–Conchetumadre. Si vuelves a llamar a este número te mato.

Me quedé paralizado. Traté de pensar en algo que decir, pero el otro cortó la comunicación. Volví a mi escritorio y, en el cuaderno de notas, el mismo del que Fernanda había arrancado una hoja para escribir su mensaje, anoté la fecha, la hora y una descripción somera de la llamada a Manuel (y Trini) y de mi diálogo con ¿Nicolás? De ahora en adelante iba a llevar un diario; más bien una bitácora hecha de entradas telegráficas. Nada me garantizaba que iba a recordar en el futuro esos eventos o el mismo hecho de anotarlos en el

cuaderno. Era preciso conservar, por medio de ese registro, una mínima continuidad temporal.

Esa noche no pude dormir. Lola exigió que abriera la ventana de la cocina y, pese a la lluvia, desapareció en medio de la noche, incapaz de tolerar mi estado de agitación. Me propuse escribir un relato prolijo de ambos episodios. Primero el de Aurelio, que tenía más fresco en la memoria, y luego el de Inés. Redacté un par de frases. Las borré. Descubrí que me molestaba el brillo de la pantalla, la pulsación del cursor. Mi mente no lograba sincronizarse al ritmo de la escritura. El contenido me resultaba banal: la mera consignación de lo imposible. Me di un baño de tina, desafiando a mi suerte. Me preparé huevos revueltos pensando en Inés. Solo quedaban dos cervezas en el refrigerador. Bajé a comprar más a la botillería. Ya habían cerrado, así que tuve que ir más lejos. Al volver garabateé la palabra «botillerías » en mi bitácora. A las tres de la mañana me acosté en la cama. Boca abajo, me dejé caer en el sueño como desde el borde de una cornisa, pero volví en mí tras una fracción de segundo, con un escalofrío de vértigo. Estaba despierto, implacablemente lúcido. Fui a la cocina, destapé una nueva cerveza y me quedé en el umbral del living. Quise rememorar el instante previo al ataque, pero no conseguí distinguir nada inusual. Literalmente, en un abrir y cerrar de ojos, era Aurelio. Al deambular por el parqué, lo mismo que durante toda mi caminata por la lluvia, me asaltaba cada cierto tiempo una sensación de inminencia –una leve modificación de la carga eléctrica del aire en torno a mi cuerpo, un tenue crujido inaudible– y me encogía como quien se aprestaba a recibir un embate físico. Pero nada ocurría. Asimismo, temía estar sufriendo, por debajo del nivel de la conciencia, lagunas infinitesimales de memoria. Sospechaba que el flujo constante de mis percepciones e ideas no era más que una ilusión. Tuve que resistir el impulso maníaco de ponerme a escribirlo todo, dejar constancia de cada minuto. Anoté la palabra «insomnio » y cerré el cuaderno.

Logré conciliar el sueño al amanecer, cuando ya había parado la lluvia y se abrían grandes boquetes en la masa de nubes. Dormí una media hora. Me despertó la presencia silenciosa de Lola, que había llegado a exigir su desayuno y esperaba inmóvil, estatuaria, al costado de la cama. A mitad de la mañana llamó Fernanda.

–Tomás, perdona por lo de anoche. Y por lo del sábado. ¡Qué plancha!

–No te preocupes.

–Gracias por cuidarme. Te pasaste, de verdad.

Su voz me llegaba contra un fondo de música tecno.

–¿Dónde estás?

–En el gimnasio –dijo–. Es que el Nico me controla el celular.

–Me gustaría verte.

–No puedo, Tomás.

Fernanda suspiró. Me abstuve de preguntarle detalles sobre la noche que había dormido en mi departamento. Era la testigo privilegiada de lo que

habría sido, sin duda, una escena banal, que no arrojaría clave alguna sobre el misterio de los desdoblamientos. Seguramente me había encontrado roncando en el sofá, antes de emprender una discreta retirada. Eso era todo.

–Volvimos con el Nico –anunció, a un tiempo orgullosa e indecisa.

–No me digas.

–Me prometió que no lo va a hacer nunca más.

–¿Qué cosa, pegarte o ponerte el gorro?

–Las dos cosas –respondió, simulando no notar mi sarcasmo.

–Bien por ti.

–¿Me odias?

–No, para nada. ¿Estás contenta?

–Mucho. Creo que ahora la cosa va en serio.

Recordé la amenaza del Nico la noche anterior. Alguien debía rescatar a Fernanda de ese imbécil, pero yo no era la persona indicada y tampoco había llegado el momento. Quien iba a cumplir esa tarea era el propio Nico y el paso del tiempo. Fernanda se aprestaba a una larga y ardua travesía. Volví a verla sentada en la cocina, los ojos desenfocados por el alcohol, diciendo «quiero que me hagas sufrir».

–Bien por ti –repetí desde un lugar remoto.

–Tomás, tengo que colgar –dijo ella nerviosa–. Gracias de nuevo.

–De nada.

Lola no volvió durante todo ese día. Ni al siguiente. Temí que le hubiera pasado algo. O que me hubiera abandonado. Esa idea me comunicó un alivio culpable similar al que me inspirara la huida de Inés o, más bien, la idea de una posible huida antes de que esta se desencadenara. Pero no, me dije, Lola no me había dejado. No todavía. Se limitaba a darme una señal de su independencia. Soy joven, soy hermosa, soy rápida, puedo cazar, puedo adoptar otra casa y otro dueño, puedo valerme por mí misma. Constaté su ausencia en mis fugaces visitas. Dejé la ventana abierta, obstaculizándola con un macetero. Lola no tocó la comida ni el agua. El departamento se me hacía progresivamente insoportable, los muros se me venían encima, expulsándome como las contracciones de una cavidad orgánica. En parte se debía, pensaba, a que todos los episodios habían comenzado allí. Acaso el mapa cuya forma había intuido bajo la lluvia era una retícula de puntos sensibles, umbrales de acceso, uno de los cuales estaba situado, en ese tiempo, en el departamento de Rosal. Lo cierto es que me sentía más sereno y lúcido al aire libre, merodeando por el barrio, recostado en los bancos del parque observando a la gente o de pie cerca de los paraderos simulando que esperaba locomoción. Solo volvía al amanecer, para dormitar unas horas sobre la cama, escribir algunas frases telegráficas en mi diario y aguardar, ya sin esperanzas, el regreso de Lola. Su desaparición me afectaba más de lo que estaba dispuesto a confesarme y me permitía constatar hasta qué punto esa responsabilidad, por muy nimia que resultara, era un andamiaje que me mantenía entero y

operativo. Eso había sido el trabajo y lo hubiera sido una hija, de haber cedido a la presión incesante de Paula. Sin el mínimo anclaje de mis rituales matutinos para la gata, yo empezaba a flotar a la deriva.

Una madrugada, al cruzar una pequeña aglomeración delante del bar Catedral, un tipo se tropezó conmigo. Alcancé a notar, con el rabillo del ojo, a otro que hacía ademán de tomar mi billetera y se arrepentía al comprobar que yo estaba menos borracho de lo que habían creído. A partir de entonces comencé a dejar en el velador el celular y la billetera, no llevando en mis vagabundeos más que dinero en efectivo, la llave del departamento y el carné de identidad. A lo largo de esas caminatas en zigzag me sentía succionado débilmente por una fuerza gravitacional imperceptible para los demás, en el margen más lejano y lento de un agujero negro que terminaría tarde o temprano por engullirme, en uno de los círculos exteriores del infierno. Adivinaba que los episodios iban ganando terreno en mi interior, integrándose cual gotas de mercurio. Los intervalos de memoria se me antojaban como fallas o desgarros en el continuo de las cosas, leves fisuras que siempre se encontraban ahí sin que uno las percibiera, hasta que comenzaban a extenderse. Tenía conciencia de avanzar sobre una grilla –que en general no correspondía al trazado de la ciudad– de senderos que se angostaban, dejando entre sí espacios muertos que se iban ensanchando inevitablemente. Iba a terminar equilibrado, si tenía suerte, sobre una telaraña de líneas delgadísimas, cuerdas flojas, que a su vez se iban a disgregar, propiciando la caída definitiva, el desmoronamiento. Ese era el destino de todos, pero solo yo lo sabía en todo momento, de manera minuciosa, intolerable. En contraste con eso, nada a mi alrededor parecía dotado de densidad. Me sentía un intruso. Me decía a cada instante que bien podía no estar allí, que cada paso me podía arrojar al vacío y que cuando cayera, la ciudad se iba a cerrar en torno mío sin huellas ni cicatrices. En ocasiones presentía que el tiempo real era ese futuro de invisibilidad, de ausencia, y que el presente no era más que su recuerdo, una tenue sombra.

Una noche derivé hacia el centro, crucé la Alameda y seguí hacia el sur por San Diego y Arturo Prat. Pasé frente al cajero automático, que habían remozado y se veía reluciente, aséptico, una caja de luz inmaculada, libre de los signos de deterioro que carcomían al resto del banco. Decidí no regresar al departamento. Eso me infundió una sensación de inusitada libertad, consciente de que dejaba ir uno de mis últimos asideros, que en adelante me iba a ser cada vez más difícil volver. Entré a una fuente de soda y pedí un completo y un schop. Solo pude comer la mitad del completo. Me dirigí al baño. Oriné. Me mojé el pelo, estudiando mi imagen en el espejo turbio. Había perdido peso, me dije. De pronto, por unos segundos, dudé de quién observaba a quién. Levanté una mano para tocar uno de mis pómulos y no supe si era la izquierda o la derecha. Me dio la impresión de que el espejo vibraba un poco, que la superficie que delimitaba el reflejo avanzaba y retrocedía como una lente haciendo foco, que el cuarto giraba sobre sí mismo

en un ritmo irregular, un número indeterminado de veces, de modo que perdí la orientación. ¿Hacia dónde se encontraba la calle? ¿Por dónde había entrado? Cerré los ojos. Me incliné sobre el lavatorio sucio y me lavé la cara, sintiendo el agua que se derramaba por mi pecho y manchaba mi camisa. Busqué a tientas la puerta. Escruté de soslayo el espejo, una última vez, presintiendo la mirada del otro, recelando de una sonrisa que no era la mía. Salí del local. El aire frío me reanimó, aunque el corazón aún me latía alarmado. Me senté a descansar en un paradero. Unos veinte minutos caminando me separaban del departamento, pero no había vuelta atrás. Era tarde. Pasó ante mí una patrulla policial con los focos apagados. Más adelante, al otro lado, las luces de un *topless* se perseguían enmarcando la silueta intermitente de una *pin-up* de neón. Me puse en camino. El portero del local me llamó desde la vereda opuesta, pero no le hice caso. Llegué hasta la plaza Almagro y doblé hacia el oeste, por el costado de la construcción. La sombra de los árboles creaba vastas zonas oscuras en las que se adivinaban las siluetas de parejas o de pequeños grupos. Llegué hasta el conjunto de bancos de los curados. Cinco o seis cuerpos yacían tendidos sobre colchones o en el pasto, amparados por frazadas y abrigos y plumones raídos contra el frío del otoño. El estacionamiento estaba casi vacío y la garita, desierta. Siguiendo un vago recuerdo me introduje en el espacio entre el seto de ligustrinas y la reja que demarcaba el sitio eriazo. Di con el pequeño nicho natural en los arbustos, donde la anciana había almacenado bolsas de plástico con ropa y una vieja colchoneta incrustada de canto entre las ramas. La deposité en el suelo y me tendí en ella. Olía igual que Inés. Un hedor abyecto, peor que animal, en el que predominaban la mierda y dos o tres matices de orina rancia. Al cabo de unos minutos me habitué o resigné a él. Yaciendo de costado, en posición fetal, cerré los ojos. Más que un homenaje a Inés o una penitencia por el daño ocasionado, sentía que por medio de eso saldaba una deuda con ella, esa cavidad venía a ser un punto de fuga, una aproximación imperfecta al lugar al que ella quiso regresar y al que tal vez había regresado.

Mucho antes del amanecer me despertó el frío. Dejé todo tal cual lo había encontrado y salí a la plaza, que estaba desierta. Temblaba. Aun caminando a paso rápido, me tomó un largo rato entrar en calor. Mis pasos me llevaron instintivamente hacia el departamento, calcando el trayecto que había seguido Inés. Llegué hasta la galería de los imprenteros, pero encontré la reja cerrada. La empujé, probando la resistencia del candado. En el recodo de la galería vi surgir a un cuidador. Lo saludé con la mano y me alejé. Di la vuelta a la manzana y regresé al cajero. Eso no era el adiós definitivo, le prometí a Inés. Al día siguiente le llevaría flores. Y dormiría en su lugar. ¿Por qué no? Volví a mi barrio, pero resistí la tentación de regresar a casa. Me parecía demasiado fácil. Las comodidades eran una trampa. ¿Hasta cuándo? ¿Qué me proponía probar mediante eso? ¿A quién? Al abrir el comercio compré una pequeña libretita y un lápiz y consigné los eventos de las últimas veinticuatro horas. Ese día crucé a Bellavista y, bordeando el río, caminé sin prisa hasta Pedro de

Valdivia Norte, a nuestro antiguo edificio. Me avergonzó no haber pensado en Paula durante todo ese tiempo. Llamé a Alejandra desde un teléfono público. Dejé un mensaje en la contestadora, presintiendo que mi ex suegra me escuchaba, sorprendido de que mi voz no sonara distinta.

Esa noche me propuse volver al lugar de Inés, pero al llegar al parque Forestal me encontraba exhausto. Me senté en el pasto, con la espalda apoyada contra un árbol, buscando amparo del viento helado que arrastraba las primeras hojas secas de los árboles. Eran las seis de la tarde y la temperatura había bajado con brusquedad. Yo solo llevaba una polera y una camisa, y empezaba a dolerme la garganta por el enfriamiento de la noche anterior. Iba a tener que volver. Me propuse entablar conversación con los indigentes que habitaban el parque. Quizás alguno pudiera aportarme una clave. Imaginé una cofradía de menesterosos telépatas, amos secretos del mundo que condescendían a la apariencia de lo contrario. No saqué nada en limpio. Pese a mi aspecto desgarbado, no me mimetizaba con ellos. No aún. Reconocían en mí a un impostor, un intruso. Me parecían las bajas de una guerra innombrada o de un vasto proceso que ni ellos ni yo alcanzábamos a vislumbrar del todo. Entablé conversación con un anciano de largas crenchas grises y barba blanca. Lo acompañé hasta un almacén en Merced y, por su andar, comprendí que era más joven de lo que yo había creído. Insistió en que le comprara vino y, al negarme, me insultó a gritos. Me encontraba a pocos pasos de mi edificio, pero me encaminé otra vez al parque. Me dolían las piernas. Me tendí en el pasto y me quedé dormido. Me despertó una mano que hurgaba en mis pantalones. Me rodeaban cinco adolescentes. Uno de ellos había extraído un delgado fajo de billetes. Me senté de un salto.

–Hey, compadre, tranquilo –dijo uno.

Mi movimiento brusco los había alarmado.

–Tenís buenos reflejos pa' estar curado.

–No está curado, huevón.

–Quédate tranquilo, te dije –intercaló el primero que había hablado–. ¿Sabís lo que es esto?

Sostenía un objeto en su mano, rodeado por un trapo como una venda. No dije nada.

–Una tuna. Así que nada de huevás raras.

El que me había robado se alejó para contar los billetes a la luz de un farol.

–Oye, este flaco está forrado –gritó.

–¿Cuánto hay? –quiso saber el del arma.

–Más de cien lucas.

–¿De dónde sacaste la plata, huevón?

–Es mía –dije.

Hice ademán de incorporarme, pero el tipo me apuntó sosteniendo el arma con las dos manos, muy cerca de mi cara. Volví a sentarme en el pasto y levanté los brazos.

–¿Algo más? –preguntó el que parecía el líder.

El otro se me acercó corriendo y revisó los bolsillos de mis pantalones. Lo dejé hacer. No dio con la llave.

–El carné –anunció, inclinándolo hacia la luz para leer con dificultad–. Tomás Ignacio Ugarte Jensen. Este huevón es cuico.

–¿Qué estái haciendo aquí? –preguntó el líder. Noté que la persona a su lado, la única que no había abierto la boca, era una chica.

–Descansando.

–¿No sabís que hay ladrones por aquí?

Los demás estallaron en una carcajada. Todos se mostraban ansiosos por impresionarlo, pero cuidándose de no ser más audaces que él. Ninguno daba la impresión de tener más de quince años.

–Y violadores –insistió el jefe.

–Sí, huevón –agregó otro–, si te pillan volando bajo te pueden dar por el chico.

–Ardilla, tenme esto –dijo el jefe. Le entregó el arma a uno de sus compañeros, quien la levantó con manos temblorosas–. Si el huevón se mueve dispárale a la cara nomás.

Cerré los ojos. Me sorprendió un líquido tibio que me mojó los muslos, el estómago y un hombro. El jefe me estaba meando.

–No te movái, huevón –advirtió.

Noté que el otro, el que sostenía la pistola, ya no me apuntaba al rostro y parecía más relajado. Me dije que era menos probable que se le escapara un tiro. Ni siquiera era seguro que fuera un arma.

–¿Alguien más quiere ir al baño? –preguntó el líder.

Nadie abrió la boca. El tipo le arrancó el arma a su compañero y arregló la venda. Comenzó a alejarse y los demás lo imitaron.

–La sacaste barata... Tomás Ignacio –dijo, dándome ya la espalda.

El ladrón me arrojó el carné, que aterrizó en el pasto a mis pies.

En el tramo de regreso por José Miguel de la Barra vi venir en la dirección opuesta a Bobadilla, uno de los redactores de la agencia. En el instante en que me reconocía di media vuelta y me alejé en dirección a Catedral.

–¡Hey, jefe! –gritó Bobadilla a mis espaldas, pero me hice el desentendido. Al doblar la esquina eché a correr a todo lo que daban mis piernas adoloridas.

En el parqué, tras la puerta, me esperaban dos notas: una de Manuel, otra de la señora de la limpieza. Lola me recibió con un maullido y se restregó contra mis tobillos. Conmovido hasta las lágrimas, me quité los zapatos y me metí con ropa a la ducha.

Al salir del baño me sentía un poco afiebrado. Le serví comida y agua a la gata. Boté a la basura el contenido del refrigerador. Me preparé tallarines con salsa de tomate. La contestadora acumulaba siete mensajes. Los cinco primeros eran de Manuel: dos desde el restorán en que habíamos quedado de

juntarnos, tres a lo largo de los días siguientes desde su oficina o la calle. Trazaban un arco continuo desde la impaciencia, pasando por la preocupación, hasta la alarma. Había acudido al edificio un par de días antes, hablado con la conserje y dejado una lacónica nota bajo la puerta. *¿Dónde andas, viejo? Llámame, Manuel*. El sexto mensaje era de mi abogado, para recordarme que la sentencia estaba programada para el jueves de la semana siguiente. Mi vuelo era el viernes. Me quedaban nueve días para el viaje, tres para la mudanza. Después del último pitido me sorprendió la voz de Alejandra:

–Tomás. ¿Estás ahí? Soy la Ale. Recibí tu recado. Llámame si sabes algo de la Paulita. Estoy re preocupada. Gracias. Adiós.

Pulsé los números. Solo al escuchar su voz aguardentosa por el sueño caí en cuenta de que era la una de la mañana.

–¿Aló, Paulita?

–Alejandra, disculpa que te llame a esta hora.

–No te preocupes –dijo con dificultad–. ¿Has sabido algo?

–¿Qué pasó?

Mi ex suegra se quedó un momento en silencio.

–Tomás, es la una de la mañana –declaró, más despierta e indignada.

–Lo siento, no pensé que fuera tan tarde.

Suspiró.

–La Paulita llegó el lunes a primera hora de España. Se quedó en su pieza descansando y durmiendo. Se veía pésimo, para qué te voy a decir una cosa por otra. Ayer en la tarde se fue en el auto. Dijo que iba a salir con la Bárbara. Y no he vuelto a saber nada de ella –dijo con voz alarmada–. Tiene apagado el celular. La Barbarita no la vio ayer, no tenía idea que había vuelto. Ya que llamaste, creí que podía estar contigo.

–No, no la he visto.

–¿Tienes idea de dónde puede andar?

Me vino a la mente el viaje al norte, el trabajo.

–No –dije–. Pero yo que tú no me preocuparía.

–¿Ah, no?

–Yo creo que la Paula necesita estar sola para procesar el asunto de Mariana.

–¿Tú creís?

–La muerte de tu única hermana, a la que recién vienes conociendo, no es un tema menor.

Alejandra pareció asimilar la idea. Eso obedecía a una dinámica asentada hacía largo tiempo: yo en el trance de erigir un dique protector entre ella y su hija, salvaguardando la intimidad de Paula, dándole espacio para respirar.

–¿Cómo fue el funeral? –pregunté.

–No me dijo mucho –repuso Alejandra, distraída–. Solo que estaban la

madre y algunos amigos.

Transcurrió otro silencio.

–Avísame si sabes algo de ella, ¿ya?

–Tú también –dije.

–Ok.

–No te preocupes por la Paula. Es una mujer grande y sabe cuidarse sola.

«Me las arreglo sola», había dicho Inés.

–¿Pero cómo se le ocurre mandarse cambiar así, sin avisar?

–Eso te da una medida de lo fuerte del golpe.

–Buenas noches, Tomás. Gracias por llamar.

Colgué.

Al día siguiente, la fiebre me había subido y me dolía la garganta. Debí haber vuelto antes a buscar una chaqueta, me dije. El chico de la noche anterior tenía razón: la había sacado barata. No estaba hecho para la vida en las calles. Uno se acostumbraba a todo (probablemente esos episodios llegarían a parecerme normales, los aceptaría como un estado definitivo y tolerable, un mal menor respecto a otras formas más radicales de desintegración mental o física, y no como lo que realmente eran: lugares de paso hacia algo desconocido), pero tardaría un tiempo asimilarme a los vagabundos del parque. Y no era un objetivo por el que valiera la pena esforzarse, existían otras variantes menos laboriosas o rebuscadas de la autodestrucción. Mi destino no era seguir los pasos de Inés. En el departamento, a pesar del riesgo latente de una nueva ausencia, me sentía a salvo. Recordé a los andinistas. Revisé los diarios de las últimas dos semanas y reconstruí el curso de la búsqueda a cargo de Carabineros y del Cuerpo de Socorro Andino; la distribución de fotografías en los poblados de la zona; el hallazgo de Ramiro inconsciente en la carpa enterrada bajo dos metros de nieve, a quien habían logrado salvar la vida pese a una aguda hipotermia y deshidratación; el fracaso en los intentos de dar con (a partir de un cierto momento empezaban a referirse a «los cuerpos de») Aurelio y Osvaldo, que probablemente fueran a aflorar con los deshielos de primavera. Estudié las fotos con detención, extrañado y aliviado de la ausencia de cualquier parecido con Osvaldo.

Llamé a la agencia de Manuel. La recepcionista me puso en espera y la voz de mi amigo irrumpió en un grito de alegría. Le dije que había estado enfermo, que aún lo estaba, pero quedamos de almorzar en el restorán japonés. Pasé el resto de la mañana transcribiendo las anotaciones temblorosas de la libreta al cuaderno de notas, desenrollando la madeja de mi continuidad temporal. Lola coronó nuestro reencuentro con la ofrenda de un pájaro decapitado.

Camino al restorán entré en una peluquería y me corté el pelo. Mis ojos febriles en el espejo me recordaron el episodio de la antevíspera, en San Diego. Ahora no me cabía duda de cuál era el peluquero real y cuál su reflejo,

pero yo me sentía flotar en la fiebre, que iba meciendo la silla en un suave oleaje. Manuel llegó, inusualmente, a la hora. Se esforzó por ocultar la preocupación o lástima que yo le inspiraba. El sarcasmo de hacía unos meses ante mi crisis de mediana edad se había esfumado. Este era un asunto serio, expresaba su jovialidad un tanto afectada. Nos acomodamos en un tatami. Manuel ordenó un verdadero banquete. También una Asahi y el mejor sake de la casa.

–El sushi es la nueva comida chatarra –dictaminó con una amplia sonrisa, una vez que el mozo se hubo retirado.

Le pedí disculpas por mi desaparición de la semana anterior, pero no di muchos detalles.

–¿Cómo está la Trini?

Le tomó una fracción de segundo reconocer el nombre.

–Ah, la Trini –dijo sin entusiasmo–. No pasó a mayores.

El mozo depositó en la mesa la Asahi de Manuel y mi agua mineral. Manuel bebió casi toda su cerveza en un solo impulso.

–Te ves más flaco, compadre –proclamó ansioso–. Te ha hecho bien el descanso. ¿Cuándo piensas volver? Sé de al menos dos agencias a las que les interesaría hablar contigo hoy mismo.

–Me voy de viaje, el otro viernes.

–Lo mencionaste el día del divorcio –concedió Manuel.

Llegó el sake. Sirvió dos vasos.

–Salud.

Se bebió el suyo al seco. Se sirvió más.

–Voy a volar a París –dije–. De ahí la idea es bajar en tren a España: Barcelona, Madrid, Granada.

–¿Vas a ver a la Paulita en Madrid?

–No. De España voy a cruzar a Marruecos. De ahí lo más probable es que vuele a El Cairo, aunque me gustaría hacer parte del trayecto por tierra. Luego pretendo cruzar de Túnez a Sicilia, subir por Italia y volver a París. Tengo una reserva para volar de Londres a Bombay en dos meses.

–¡Bombay!

–En la India no sé cuánto tiempo voy a estar. No creo que más de un año. También quiero cruzar a Nepal y al Tíbet, si puedo.

–Parece que lo tienes todo súper bien planeado.

–Hasta donde se pueden planear estas cosas.

Llegó el sushi. Una cantidad desproporcionada. Me esforcé por tragar algunos pedazos, sin entusiasmo. Manuel pidió más sake y se abalanzó sobre la bandeja con gusto, concentrando toda su atención en la comida. Ese encuentro (hasta el momento, más bien un desencuentro) hacía las veces de punto de referencia, me daba una medida del largo trayecto que había recorrido en los casi dos meses a partir de nuestra última visita a ese lugar, la

víspera de mi cumpleaños. No sabía aún en qué dirección había derivado, pero no cabía duda de que se trataba de un alejamiento, entre otras cosas, de Manuel. Me pregunté qué ingredientes contribuían a que mi amistad con Sebastián tolerara la distancia y los intervalos de incomunicación, sin duda inexistentes en mi nexo con Manuel. Me daba cuenta ahora de hasta qué punto nuestro vínculo había estado asociado a un estilo de vida y, sobre todo, a una velocidad de las cosas de la que yo me había desenganchado. Íbamos a seguir siendo amigos solo si, al cabo de mi viaje, yo regresaba a la publicidad. Resultaba irónico que ese vínculo fuera indisoluble de nuestro insistente odio declarativo a la publicidad, encarnado en los clientes, cifra de la mediocridad e imbecilidad de todo el sistema; un desprecio que, por lo demás, no tenía nada de original y que compartían, sobre todo, los creativos. Pocos en esa subcultura (en la que se usaba y abusaba ansiosamente de las palabras creativo, creación, creatividad) eran publicistas por vocación; el contingente se dividía en segmentos etáreos entre los cineastas, escritores y artistas frustrados, y los que se encontraban de paso hacia carreras de cineastas, escritores y artistas. Ese resentimiento –que, de hecho, alimentaba el flujo de las energías «creativas»– era un efecto secundario de la culpa que lo permeaba todo y que mantenía la maquinaria aceitada y funcionando: culpa de ser publicista, culpa de no ser o tener lo que los publicistas te conminaban a ser o tener.

–Veo que no has sabido nada de la Paula –comenté, en parte para distraer la conversación de mi persona.

–¿Cuándo se iba?

–Ya se fue y volvió.

Manuel me miró extrañado, sosteniendo ante sí un rollo de erizo.

–Su hermana murió –agregué– en un accidente de tránsito en Madrid.

–No me huevís.

Engulló el erizo y se sirvió más sake.

–¿Sabís qué? –dijo–. Desde que me contaste lo de la Paula me he enterado de otros dos casos de gente de nuestra edad a la que le han aparecido hermanos o hermanas. El otro día, sin ir más lejos, me encontré en la consulta del dentista con el hermano de una ex polola, y me contó que su viejo les salió con la noticia de que tenían un hermano veinte años menor. Los invitó a él y a mi ex a almorzar y se dieron cuenta de que había algo raro, porque el viejo se puso a tomar pisco sours como malo de la cabeza para darse ánimo. La madre del chico fue una estudiante en práctica en la oficina donde trabajaba en los ochenta; tuvo que exigir un examen de ADN para acreditar la paternidad. Qué raro, ¿no?

–Una epidemia –dije.

–Extraña coincidencia.

No resultaba, después de todo, tan extraño, pensé decir. Todo era posible. Que yo me encontrara en ese momento muy cerca del infierno, que el tatami y

la mesa y las hileras de pescado reluciente no fueran para mí más que una delgadísima membrana que amenazaba con desfondarse en cualquier momento, que todo a mi alrededor se anulara de golpe y solo fuera a existir en los recuerdos de mi interlocutor.

–Puede ser –dije en cambio– como la percepción selectiva de las marcas. Cuando te compras un auto o un par de zapatillas te da la impresión de que todo el mundo en la calle anduviera con la misma marca. Te sintonizas en esa frecuencia.

–¿Quieres más sake? –ofreció Manuel.

Negué con la cabeza. Terminó la botella y la levantó hacia el mozo para ordenar una tercera.

–Tal vez –agregó pensativo–, pero yo creo que ha pasado mucho más de lo que se podría creer. En realidad es un fenómeno demográfico: los hijos ocultos de la generación *hippie*, del amor libre.

–No creo que eso haga sentir mejor a la Paula.

–¿Te acuerdas de la casa de mis viejos en Los Dominicos? –preguntó Manuel, súbitamente ebrio–. Cuando mi viejo la construyó, a fines de los sesenta, le pareció la huevá más original y jugada que había hecho en su vida. Una parcela de cinco mil metros con árboles frutales y vista al cerro Manquehue. No importaba que la casa fuera una modesta DFL2. A mi abuelo casi se le cae el pelo. ¿Pero cómo se le ocurre irse tan lejos del centro? Ese fue el gran gesto fundacional de mi viejo, la apuesta que le salió bien. Por eso, cuando tuvo que vender la casa después de treinta años, no pudo soportarlo. Y yo me creí el cuento hasta que me cayó la teja de que, yéndose de Providencia a los contrafuertes cordilleranos, simplemente reproducía lo que había pasado en Estados Unidos diez o quince años antes: la migración a los suburbios. Una vez se lo dije en esos términos, cuando ya estaba bien enfermo. Me llevé una mandada a la chucha memorable, por decir lo menos.

Llegó la nueva botella de sake. Bebió un vaso.

–Ahora que lo pienso –agregó–, otro de los casos que he escuchado es súper parecido al de la Paula. El primo de un amigo se enteró de la existencia de una media hermana después de la muerte de su viejo. La mina vivía en Canadá. Restablecieron el contacto con ene carga emocional. Ella vino a Chile y ellos la visitaron en Vancouver. Y al poco tiempo, a la hermana le diagnosticaron un cáncer y se despachó en un par de meses.

Las palabras de Manuel me llegaban deformadas por un suave eco, a través de la niebla de la fiebre, que de alguna manera reflejaba o compensaba su borrachera.

–Pasó lo mismo con el viejo de la Paula, ¿no? –porfió.

–El Pedro –dije–, sí, él se encargó de mantener separadas las aguas.

–¿Te acordái que fumaba hierba en la sobremesa, cara de raja?

–Sí, claro.

Después de eso nos quedamos un rato en silencio. Manuel terminó el sake y

pidió la cuenta. Insistió en invitarme. Nos abrazamos a la salida. Quedamos de vernos, de todas maneras, antes de mi viaje.

Tomé un taxi. Le pedí que me dejara en una farmacia en Merced. Esperé mi turno, procurando mantener a raya el leve temblor de mis piernas.

–Buenas tardes, señor –me sonrió la encargada.

–Buenas. Deme un...

8

Pago mi media hora de Internet. Salgo a la calle. Siento las manos pegajosas por el contacto del *mouse* y el teclado. Ningún mensaje de Cristián Almagro. Tuve que refrenar el impulso de insistir. No puedo escribirle todos los días. Ayer lo llamé al celular, pero no estaba disponible. Al huevón se lo tragó la puta tierra. Hace ya una semana que le mandé la última versión de la escaleta. Una mera formalidad. Tengo amplio margen de maniobra siempre que la historia se desarrolle en la estación. Pero el imbécil podría dignarse a dar señales de vida.

Es temprano, pero doblo en la avenida Francia y me dirijo al local de completos. Pido un italiano y una mineral. Lo devoro de pie ante el mostrador. Las servilletas de papel arrastran la palta y la mayonesa sin absorberlas. La dueña del local me sonríe. Su hija me da la espalda. Al cabo de diez días me tratan como si me conocieran de toda la vida. Anoche me excedí con la cerveza. Una mala idea, no solo por la jornada de trabajo de hoy, sino porque en el *topless* la atmósfera era un poco amenazante. Supongo que no tenía nada que ver conmigo. No hay que entrar solo a ese tipo de tugurios, pero ya me encontraba demasiado intoxicado para que me importara. Supongo que tuve suerte. Debiera llamar a la Cata. Decido postergarlo para después del trabajo. Compro una barrita de chocolate de postre y más agua para diluir el alcohol que todavía me corre por las venas. Me dirijo de vuelta a la pensión.

Mi sorpresa no se debe a hallarme de pronto en la piel de Matías, en Valparaíso, sino a la cualidad distinta de este episodio, que he reconocido de inmediato. En la primera transposición (no sé cómo llamarlas exactamente: ¿desplazamientos?, ¿encarnaciones?) me encontré de golpe en el cuerpo de Inés, pero en plena posesión de mi conciencia y memoria, que luego se fueron apagando en forma gradual a medida que ella ganaba terreno. En el caso de Aurelio, el intercambio fue inmediato y definitivo; no tuve más noción de haber sido otro hasta los últimos instantes, cuando ya lo vencía el sueño, y me volví a sentir yo mismo en el living de Rosal. Ahora, en cambio, puedo ver lo que ve Matías, escuchar sus pensamientos, experimentar las sensaciones que lo tocan –el calor del sol y la resaca y el regusto del italiano que ha engullido con deleite–, pero no soy más que un testigo. No me fundo en él ni él en mí. Las aguas no se tocan. (Vuelve a sorprenderme, asimismo, que la íntima comunión con alguien no discrepe del diálogo que suelen mantener los

distintos componentes o variantes de mí mismo, que la certidumbre de ser otro no difiera significativamente de la de ser o haber sido yo. Persiste la duda de que haya podido enterarme de los actos y circunstancias de Matías –e Inés y Aurelio– en un plano subliminal o que se trate de recuerdos clausurados por episodios de amnesia para luego integrarlos de manera alucinatoria. ¿O todos nos sentimos «yo» de la misma manera, incluso los animales, mi gata Lola, el ganado en el matadero?). No conozco muy bien Valparaíso, pero creo recordar que, justo a espaldas de Matías, en el cerro, se levanta un ascensor en ruinas. Lo conmino a que se dé vuelta, se lo susurro al oído, por así decirlo, pero no me hace caso. Intento gestos más humildes. Matías, ráscate la mejilla izquierda, toca con tus dedos el celular que llevas en el bolsillo trasero de los jeans. No, no hay caso. Si se me concediera algún grado de control sobre sus actos, debiera prevenirlo del peligro. ¿No han acabado mis dos experiencias previas en muertes violentas? Temo que en cualquier momento se desprenda uno de los vetustos balcones de las casonas de la avenida sobre su cabeza o que aparezca un camión con los frenos cortados cuando él va mirando en la dirección opuesta o que lo fulmine un infarto. No puedo hacer nada para ponerlo sobre aviso. Y mis motivos no son plenamente desinteresados. Acaso debí sacar alguna conclusión de las experiencias anteriores y debo pagar por mi ineptitud y no voy a salir vivo de la muerte de Matías. También es posible, como ocurrió con Inés, que el episodio se desplace, evolucione, que pueda comunicarle algo en sueños o me vaya fundiendo de a poco en él. No cabe otra cosa que esperar.

La casa huele a ajo frito. Doña Lucrecia se asoma al pasillo oscuro. Comprueba que soy yo. Asiente. ¿Y quién más iba a ser? Hasta donde tengo conocimiento, soy el único huésped. No puedo ver su expresión a contraluz, pero le sonrío sin ganas. ¿Durmió bien? Muy bien, gracias. ¿Cómo va el trabajo? Me temo que a eso vamos. ¿Se le ofrece algo de comer? No, gracias. Paso junto a ella. Por la puerta entreabierta alcanzo a entrever el cubrecama de terciopelo raído, una reproducción enmarcada de una Virgen de rostro infantil y el televisor donde ya concluye el matinal. Llego a la escalera. Siempre soy yo quien da por terminados nuestros breves diálogos, con la sensación de estar desgarrando un tejido de culpa y ansiedad. Ayer en la tarde, rompiendo la rutina establecida desde el primer día, golpeó la puerta simplemente para preguntar cómo me encontraba, si necesitaba algo. Hizo amago de entrar a mi pieza, pero me interpuse en el umbral y casi le cerré la puerta en las narices. Subo los dos tramos de peldaños irregulares demasiado rápido. Al llegar al segundo piso me laten las sienes y un asomo de náusea me atenaza el estómago. Debí haberle pedido una aspirina a la vieja, pero me da lata volver a bajar. Entro a mi pieza. Me lavo las manos y los dientes en el baño. Me instalo sin más rodeos ante la mesa. Me sirvo café del termo y prendo un cigarrillo. Estudio las fotos dispuestas sobre el marco de la ventana: el teatro, la estación con un vagón cisterna delante, unas barracas que parecen irse hundiendo en el desierto. Abro el computador. Releo el comienzo de la escena

de ayer. No está mal. ¿Por qué no me habrá escrito el huevón de Almagro? Con esta, que no me llevará más de media hora terminar, llevo cuatro escenas, todas del segundo acto. Lo que quiero es atacar el nudo de la historia, empezar por el principio. Pero para eso necesito su visto bueno. Supongo que podría largarme igual, aunque después haya que introducir rectificaciones. ¿Y si no les gusta la historia? Mejor esperar. A lo menos un par de días más. Igual este trabajo me sirve para ir calentando los motores.

No había visto a Almagro en diez años, desde que abandoné la Escuela de Economía para cambiarme a Periodismo. Me escribió para decirme que tenía una propuesta de negocios. Nos juntamos a tomar un café. Llegué un poco tarde y no lo reconocí. Pasé por el lado de ese sujeto calvo, robusto, de cara redonda, como si nada, ya empezando a enojarme porque me hubiera dejado plantado. Durante toda nuestra conversación tuve que hacer un esfuerzo para asociarlo al Cristián de la universidad, con el que este gordo solo tenía en común –de manera inquietante– la voz. Deslizó su tarjeta por la mesa. Encima de su nombre y cargo (Director de Proyectos) se leía: Castor Philanthropies. Me dijo que representaba a una fundación sin fines de lucro establecida por un tipo que deseaba permanecer en el más estricto anonimato. De él solo podía decir que era chileno, más o menos de nuestra edad, radicado en Nueva York y una luminaria en el mundo de los *hedge funds*. Por razones personales, había decidido especializar su fundación en tres áreas: investigación sobre ciertas enfermedades infantiles hereditarias, conservación ecológica en dos zonas del norte de Chile y promoción de las artes, sobre todo de proyectos audiovisuales. Esta iba a ser la primera película financiada por él. Un largometraje de ficción. Para ello se había puesto en contacto con un productor. Cristián mencionó su nombre, que yo desconocía. Aún no se decidían por un director. Querían que yo escribiera el guión. Le pregunté por qué pensaron en mí. Me dijo que fue idea suya, de Cristián. Solía leer mis críticas de cine y había visto mi nombre entre los guionistas subalternos de un par de series. Se acordaba del tiempo de la universidad y sabía que se podía confiar en mí, dijo. Tenía absoluta libertad para proponer una historia, con una sola condición: la trama debía transcurrir en el desierto del norte de Chile e incluir, aunque no necesariamente, como locación principal una estación de trenes en ruinas ubicada al noroeste de Taltal, donde aún se conservaba un teatro construido por un magnate ferrocarrilero galés, socio minoritario de John T. North, quien falleció antes de verlo completado. Las razones que justificaban ese requisito extravagante eran, una vez más, personales y privadas. Cristián había oído decir, agregó en tono confidencial, que el joven millonario chileno recorrió el norte hacía unos años en compañía de su novia de entonces y que ese viaje había cambiado el curso de su vida. No sabía más. Cristián procedió a ofrecerme una cifra exorbitante. Le comenté, con una mezcla de sospecha y codicia, que esa cantidad superaba con creces el rango del mercado local. El ahora gordo Almagro sonrió y me dijo que solía ser el caso con las fundaciones: por no estar sujetas a las reglas de la competencia, o

pagaban en exceso o muy poco. Acepté. Almagro abrió una chequera y me pagó un adelanto por la mitad de lo pactado. Me pidió que firmara una breve carta en inglés, a manera de recibo, en la que, al igual que en su tarjeta y el cheque, constaba el logo de Castor Philanthropies. Lo hice con mano temblorosa. No tanto porque la cifra multiplicara varias veces todo lo ganado en mis treinta años de vida, sino porque me acababan de encargar el guión de un largometraje. ¡Mi primera película!

A la Cata le pareció el colmo de la cursilería que quisiera instalarme a escribir en una pensión en Valparaíso. Has visto demasiadas películas, me dijo. Volví a explicarle que, por lo menos en mi caso, la labor de escribir «carga» los lugares. La frustración se va acumulando de una manera casi física. Por eso, en nuestra casa, me voy desplazando cada ciertos días de mi mesa de trabajo al dormitorio y de ahí al comedor, al living y, cuando el tiempo lo permite, al jardín. Aunque concentro gran parte del trabajo –que por lo demás no es tanto como yo quisiera– en el pequeño cuarto contiguo al nuestro, que oficia de escritorio y del que me van a sacar los hijos cuando lleguen, esas mínimas mudanzas son siempre benéficas. Permiten que circule el aire. Me ofrecen una perspectiva distinta. Esto es el equivalente pero en una escala mayor, correspondiente a la importancia del encargo. Acordamos que la visitaría los fines de semana. O fin de semana por medio, dependiendo del trabajo. La Cata se resignó a esta rareza, orgullosa (y aliviada) por mi triunfo, en el que, sin duda, interviene la suerte. Tendría que estar loco para creer que se debe enteramente a mis méritos de guionista. En todo caso, no me cabe duda de que mi decisión fue correcta. El trabajo ha avanzado bien. Con la sola excepción de la actitud un tanto entradora de doña Lucrecia –que sospecho se disiparía si nos acompañaran otros huéspedes y que si va en aumento no me dejará otra alternativa que mudarme de pensión–, la falta de distracciones, el entorno sencillo de esta pieza e incluso mis caminatas e incursiones nocturnas por Valparaíso, contribuyen a la concentración en la escritura. En un par de días terminé lo que creo una versión final de la escaleta. Solo me falta el visto bueno de Almagro para largarme con todo. Si el gordo no se retrasa mucho, creo que voy a poder terminar una primera versión en el tiempo estipulado. Es decir, el plazo que me fijé para mí mismo. Ellos no me pusieron fecha. Vuelvo a leer el comienzo de la escena. Aquí vamos.

Otra sorpresa, aparte de mi rol de testigo de Matías: a ratos me distraigo de él. El proceso de la escritura, por ejemplo. Durante un tiempo me resultó fascinante, tanto lo que pude colegir de la historia que va armando como su propio transcurso, la mezcla de planificación e improvisación, la manera en que integra diálogos oídos en las calles y fragmentos de conversaciones con Catalina, con Almagro (¿debo leer algo en la coincidencia entre su apellido y la plaza de Inés?, ¿no significa «el magrebí»?), hasta con la señora Lucrecia. Pero, al cabo de una media hora, empecé a aburrirme. Nunca he considerado

el oficio de escritor. Al menos en comparación con Matías, a quien domina un entusiasmo eufórico ante lo que considera la-oportunidad-de-su-vida, padezco de un serio déficit atencional. Ok, compadre, buen trabajo; pero, ¿qué tal si prendemos la tele o damos otra vuelta? ¿Y si te escribió Almagro? Podríamos ver si es posible colgarse ilegalmente del sistema inalámbrico de algún vecino para prescindir del cibercafé. Al cabo de un rato, esa resistencia surtió efecto. ¿O se trata de una oscilación natural, vaivenes dentro de mi propia alucinación? Me separé de él. O, más bien, me ausenté, como si me hubiera quedado dormido. Al volver (¿desde dónde?), Matías estaba tendido en la cama, fumando con la vista fija en los ornamentos descascarados del cielo raso, repasando mentalmente la sucesión de eventos y diálogos del primer acto. Recuperé de inmediato sus recuerdos de las últimas dos horas y el sentido del tiempo transcurrido. Me propuse irme a negro otra vez; acaso ese fuera el procedimiento para volver a ser Tomás. Pero no lo conseguí. No sé qué grado de control tuve sobre esa primera retirada. No sé si volverá a ocurrir. Regresé a Matías con resignación, agradecido del alivio transitorio proporcionado por esa interrupción. No es que ser él resulte particularmente arduo. Podría ser peor y lo sé muy bien.

No puedo evitar volver al cibercafé. Afuera está oscureciendo. Las pantallas parecen emitir una sola vibración estroboscópica en la penumbra del local, como las ventanas de un tren que avanzara a toda velocidad por un túnel. Ocupo el mismo lugar de esta mañana. Solo he recibido un correo de la Cata, acusando recibo de mi visita a Santiago. Nada de Almagro. Trata de quedarte piola, no demostrar ansiedad, pienso. Espera por lo menos una semana más antes de escribirle. Todavía puedes armar dos o tres escenas más sin contar con su aprobación. Redacto un largo correo recriminatorio. Lo reduzco a una línea, en que me limito a solicitar, de una vez por todas, su visto bueno. Lo envío. Recibo una respuesta automática, en inglés. Informa que está alejado de su correo (no indica hasta cuándo) y que se pondrá en contacto a la brevedad.

Salgo del café. Dirijo mis pasos a un local de pollo con papas fritas. El dueño, que ostenta en su delantal las mismas manchas de grasa de anteayer, me ve llegar y me saluda levantando un cuchillo descomunal. Lo saludo desde la vereda pero no entro. Paso de largo. Llevo apenas diez días en Valparaíso y ya me siento prisionero del hábito. Me he integrado a una pequeña red de calles, locales y personas. Mi nueva rutina ha sido funcional al trabajo, pero en las horas muertas que lo rodean empieza a agobiarme. Tal vez no sea mala idea mudarme de pensión. A uno de los cerros, quizás. ¿Pero y si en mi nueva ubicación, por algún motivo, la escritura no funcionara? Esa es la razón por la que estás aquí, huevón, separado de tu mujer y de tus amigos y de las comodidades de tu casa: hacer foco en el guión. Atravieso la plaza Victoria, uno de los límites de mi rango de acción. Sigo caminando hacia el puerto. El calor de una tarde sin viento todavía emana de los adoquines. Me doy cuenta de que he salido sin cigarrillos. Compro un paquete en un almacén. Me desvío

a una calle paralela para alejarme del tráfico. En los callejones laterales distingo escalinatas que suben tortuosamente por el cerro, formando angostos cañones entre muros de madera y planchas de metal corrugado, bajo galerías colgantes, aleros, pórticos y nudos de cables eléctricos. Me gustaría subir y andar a la deriva por ese caos arquitectónico (¿cómo se llamaba este cerro?) hasta extraviarme. Pero no es posible. Valparaíso es un laberinto inclinado hacia el mar en el que, curiosamente, uno no puede perderse. El trazado de las calles me obliga a volver a la avenida. Entro a una fuente de soda y pido un schop y un lomito. No me doy cuenta de la sed que tenía hasta que el barman me sirve la cerveza. Me la tomo al seco. Pido otra antes de que llegue el sándwich. Y una tercera. Al salir ya es de noche. Estoy cansado. En vez de seguir en dirección a la plaza Aníbal Pinto, vuelvo sobre mis pasos, hacia la pensión. Contemplo la idea de dirigirme al rodoviario y tomar un bus a Santiago esta noche. No esperar hasta mañana. Pero ya es tarde. Saco las llaves de la pensión. Las sopeso en mi mano. Entro a un bar.

Tendido de espaldas en mi cama, con los ojos cerrados, trato de concentrarme en el guión y en un punto específico de giro en el segundo acto. Pero es inútil. La marea de señales eléctricas que confluyen en la mitad de mi cuerpo no da pie a dudas. Ya, digo con voz estrangulada. La Cata se lo saca de la boca y me masturba. Se queda contemplando mi sexo con el ceño fruncido, igual que una investigadora estudiaría un tubo de ensayo, mientras sobreviene la descarga como de pozo petrolero. Se levanta y va al baño para lavarse las manos. Reaparece enfundada en una toalla. Se apoya en el umbral. Me voy a dar una ducha, anuncia distraída, quedé de juntarme con la Angélica. Agrega que puedo esperarla o cenar solo si me da demasiada hambre. Bienvenido a casa, dice. Sonríe. Cierra la puerta del baño.

Lunes en la mañana. La Cata me deja en Apoquindo. Antes de irme a Valparaíso decido darme una vuelta por la oficina de Almagro. Me dirijo a la dirección que consta en su tarjeta, bajo la de Nueva York. Sé que Almagro pasa la mayor parte del tiempo en Estados Unidos, que esto no es más que un lugar de aterrizaje en sus visitas (¿y las de su jefe?) a Santiago. Un edificio nuevo. Piso diecinueve. En la puerta encuentro el mismo logo: Castor Philanthropies. Nadie contesta el timbre. Bajo al mesón de entrada. Los guardias de seguridad no tienen información de los empleados de esa oficina en particular. Su actitud indica que, de tenerla, no necesariamente la compartirían conmigo. Que ellos sepan, no hay una secretaria. Salgo a la calle. Me dirijo al metro rumbo al terminal de buses.

Al emerger a la calle, Matías enciende un cigarrillo. Durante un rato va cabizbajo, sumido en sus pensamientos, que rondan en torno a Almagro y su inexplicable alejamiento. Hace unas semanas este proyecto revestía suma urgencia, piensa, y ahora Cristián parece haberse distraído por completo de él. Así sucede con todos los trabajos, me gustaría decirle, nadie te da pelota

durante semanas y meses y, de un momento a otro, las cosas son para ayer. Agradece tu libertad y no seas quejumbroso. Matías gira la cabeza para ver pasar a una chica muy guapa. Tiene *dreadlocks* rubios y anillos en todos los dedos como manoplas y un sol tatuado alrededor del ombligo. Matías contempla por un momento su propio reflejo en la fachada de cristal de un edificio. Al volver la vista hacia la boca del metro, barriendo la acera, se encuentra de frente conmigo, Tomás Ugarte. Nos cruzamos con absoluta indiferencia. Lo conmino a que se dé vuelta, que observe a ese tipo de terno y camisa oscura con detenimiento, pero no lo hace. Me he visto desaparecer en el rabillo de su ojo, con ese curioso reconocimiento parcial que nos otorga vernos en video, desde un ángulo distinto a la imagen bidimensional de los espejos. Si nos acabamos de cruzar y yo estoy acompañando a Matías –su huésped o prisionero–, ¿quién es el otro? ¿En qué va pensando? ¿Adónde van a parar sus recuerdos? Acaso he tenido el privilegio de verme durante uno de mis blancos, en que todo funciona de manera normal excepto porque mi memoria va a borrar en algún momento una secuencia completa de recuerdos recientes, dándome la impresión de haber saltado en el tiempo y en el espacio. ¿O es que durante estos sueños o visiones, en efecto me transporto a otro cuerpo y el mío sigue funcionando cual un autómata, ciegamente atado a sus rutinas? Ahora que lo pienso, creo haberme puesto ese traje y esa camisa gris el mes pasado. Sí, el ejecutivo de cuentas del banco me llamó para conversar sobre lo que resultó ser una nimiedad y, al salir, a último minuto, opté por el terno. Matías baja por la escalera del metro. Trato de concentrarme en ese tramo, esa cuadra, pero nada ha perdurado en mi memoria, ni siquiera la rubia de los *dreadlocks* que iba caminando unos cuantos pasos por delante de mí. Me esfuerzo por visualizar el rostro de Matías, pero solo consigo verlo en el espejo del baño de la pensión, afeitándose. Esto quiere decir que los episodios también pueden llevarme al pasado. Es posible que haya una secuencia: el viaje de Inés fue premonitorio, mientras que lo de Aurelio parece haber transcurrido, hasta donde yo sé, en línea. Voy retrocediendo. ¿Para qué? ¿Qué hilos debo conectar? ¿Cuál es mi nexo con esta gente? Acaso no hay una admonición (¿o si la hay, mi propio impulso de buscarla la ahuyenta?), no hay un patrón. Las cosas suceden porque suceden. Matías entra a un vagón no muy lleno. Nos dirigimos a abordar un bus que viajó hace un mes a Valparaíso y que espero no se haya accidentado.

Escribo. Ayer, al regresar de Santiago, me sentí un poco cansado y decidí tomarme la tarde libre. Asumí el papel de turista. Visité la plaza Sotomayor, el puerto, el ascensor Artillería, la Matriz, el ascensor El Peral, el paseo Yugoslavo y buena parte del cerro Alegre. Un amigo del colegio estudió Arquitectura aquí y vivía en una gran casona con otros siete u ocho compañeros. Yo solía venir los fines de semana y pasar la noche en saco de dormir en el entretecho, cuya única ventana dominaba toda la curva de la

bahía. En esa casa se realizaban cada año nuevo unas fiestas apoteósicas que empezaban con todos sentados en el techo como buitres para ver los fuegos artificiales, más o menos conscientes de que una caída desde el alero nos precipitaría unos quince metros hasta los adoquines de la calle. Recordé una fiesta en particular en la que, antes de las doce, nos bebimos una botella entera de mezcal, gusano incluido, con uno de los habitantes de la casa, Gabriel. Gabriel se tendió a descansar un momento sobre su cama –un colchón arrojado en el piso de tablas– y se quedó dormido. Luego tuve un escarceo en la oscuridad del baile con una chica que resultó ser su novia. El único punto negro en mi recuerdo de la casa –que de hecho no pude encontrar– era la cocina. Un lugar estrecho y mal ventilado, donde los platos sucios se acumulaban en capas geológicas y el hedor de la comida descompuesta había sido absorbido por las paredes. Deambulé un rato por el cerro Alegre, un poco venido a menos diez años antes y ahora tachonado de tiendas de diseño, *boutiques*, casas de té y *bed & breakfasts* con las paredes de metal corrugado pintadas de colores vivos. Un decorado para turistas. Entre los que me tenía que contar, por supuesto, a mí mismo.

Por una casualidad extraordinaria me encontré en el cerro Concepción con Gabriel. Mi atolondrada declaración de que justamente venía pensando en él sonó falsa. Nos tomamos un café. Gabriel no ha cambiado nada: el pelo liso y negro tomado en una cola de caballo, la barba de chivo, la expresión melancólica que alguna vez fue una pose y que parece haberse compenetrado con su persona. Es profesor en la Escuela de Arquitectura. Le hablé de mi guión y se mostró entusiasmado. No sé muy bien por qué, pero se me soltó la lengua. Le relaté la historia con lujo de detalles, algo que –por superstición– ni siquiera he compartido con la Cata. Es una *road movie*, dije. Cuatro personajes viajan –por separado y obedeciendo a razones distintas– al desierto y se van encontrando en diferentes puntos, confluyendo hacia una antigua estación de trenes. Una mujer de treinta y cinco años, profesora de Música, separada, cuyo hijo acaba de morir de una extraña enfermedad. Una chica de veintiocho, publicista (inspirada en la Cata, cosa que no le menciono), en medio de una crisis laboral, sentimental y existencial. Un tipo de veintitrés, penquista, egresado de Arquitectura, quien acaba de dejar una banda de rock liderada por su hermano debido a un *affaire* con su cuñada. Un sujeto mayor, de unos setenta, al que impulsan razones misteriosas. La película, dije, va armando estas historias paralelas que se intersectan en el norte. Hasta bien avanzado el segundo acto, el espectador no sospecha que en realidad se trata de la extraña influencia ejercida por una casa abandonada, un viejo teatro, sobre los protagonistas. La casa tiene algunas características inquietantes: solo es posible ver la parte de atrás a corta distancia; si uno se aleja un trecho, la casa –por efecto de la refracción y porque sus cuatro costados son casi idénticos– da la impresión de girar para enfrentarlo; aunque desgastada por el sol y el viento, se mantiene curiosamente intacta, hasta el último ventanal; de un día a otro, los cuartos vacíos parecen sufrir leves variaciones de tamaño,

ganar o perder terreno; está situada en el centro exacto de un círculo deshabitado de ciento treinta y tres kilómetros; los lugareños –en su mayoría pirquineros– que residen a lo largo de ese perímetro, ignoran la existencia de la casa... En ese punto me interrumpí. Gabriel aparentaba haber perdido interés. Suena a una película de terror, dijo. Pero no lo es, declaré, para nada. Es una *road movie* clásica, con un cariz gótico. El influjo de la casa puede ser benéfico, dependiendo de la persona y de la alineación de circunstancias. Actúa como un catalizador, dije. Gran parte de los pormenores los había ido improvisando sobre la marcha, mientras monologaba. Me dejaba llevar por una súbita inspiración conectada de algún modo con mis recuerdos de la casona del cerro Alegre. ¿Y qué pasa entonces, cómo termina?, quiso saber. No lo sé todavía, dije. Dejé el final abierto en la escaleta, el resumen de la historia que les mandé a los productores. Solo sé que uno de los personajes (el joven) va a asumir el proyecto vital del otro (el viejo). Me faltan por afinar algunos aspectos del último giro. Aparte de eso, dije, solo me queda sentarme a escribir.

Con el recuerdo de la fiesta –y de la ex novia de Gabriel– en la cabeza, de regreso a la pensión compré tequila. No tenían mezcal. La botella descansa ahora en la mesa, junto al computador, al alcance de mi mano. Escribo. En vez de usar el vaso depositado boca abajo ante el espejo del baño, cada cierto rato bebo directamente de la botella. No mucho para que no afecte la escritura, pero suficiente para colocarme en una suerte de ángulo respecto a esta pieza, la ventana que da al patio trasero del edificio contiguo, las fotos, la mesa y el computador. Esta mañana me levanté temprano, sin haber tocado el tequila durante la noche. Cumplí el ritual de revisar mis correos en el cibercafé. Nada de Almagro. De esa manera se cumplió un ultimátum secreto. Me largué a escribir. El primer acto. La primera escena. La muerte del niño.

Llueve torrencialmente y hay marejada. Abril lluvias mil, dictaminó hoy doña Lucrecia. Escribo y escribo. Llevo más de dos semanas trabajando a toda máquina. He establecido una nueva rutina, que mi anfitriona ha respetado sin chistar. Tuvo, además, un nuevo pensionista al que dedicar su atención. Un hombre delgado, de bigotes, al que me topé una tarde en la escalera. Se quedó tres o cuatro días por negocios. Me levanto temprano. Bajo a tomar desayuno a la fuente de soda de la esquina, donde compro también un sándwich para el almuerzo. Espero a que abra el cibercafé. Reviso mis correos. (He resistido la tentación de escribir a Almagro). Vuelvo a la pensión. Preparo café en la cocina. Lleno el termo. Me encierro en mi pieza. Trabajo toda la mañana y buena parte de la tarde. A eso de las seis salgo a caminar para despejarme (excepto hoy, por el aguacero). Ceno algo. Estoy de vuelta, a más tardar, a las diez. Avanzo una media hora preparando lo que voy a escribir al día siguiente. Y vuelta a empezar. No paro de escribir. Ni siquiera he interrumpido la rutina para visitar a la Cata. Anoche hablamos largo rato por teléfono. Las cosas

están complicadas en la agencia. La Cata no puede aguantar a su jefa, la directora creativa. Una inteligencia descollante en la publicidad, pero atrofiada en todo lo asociado a las relaciones interpersonales. Una niña malcriada e insegura, proclive a las pataletas. Le informé que si el trabajo sigue progresando al ritmo actual, debiera terminar en una semana. Eso le subió el ánimo. Te echo de menos, dijo. Gabriel me llamó para invitarme a comer, pero lo he evadido. Temo supersticiosamente que cualquier cambio en la rutina pueda afectar el trabajo.

Escribo y escribo y escribo. La historia se va modificando, pero sigue a grandes líneas lo esbozado durante mi encuentro fortuito con Gabriel. Hay tramos en que avanza a un ritmo tan trepidante que me cuesta seguirle el paso. Parece obedecer a un impulso e inercia independientes de mi persona. Me sumerjo tan profundamente en ella que todo lo demás –la Cata, Almagro, doña Lucrecia, Valparaíso, la lluvia, la pensión, este cuarto, la mesa, incluso la noción del encargo– se desvanece, se anula. Tengo por momentos la impresión de que ese mundo en el que me adentro es más real que el que me rodea al salir del trance del trabajo.

Ayer terminé el guión. Digité la palabra «CRÉDITOS» pasadas las dos de la tarde. Llamé a la Cata para informarle que volvía hoy en la tarde a Santiago. Sigue muy afectada por la muerte de un ex novio suyo, Osvaldo, quien se extravió en la cordillera, en el sur, durante el temporal de la semana pasada. Le envié un correo a Almagro. Volví a obtener una respuesta automática. Ya van seis semanas sin noticias suyas. La señora Lucrecia me invitó a almorzar a manera de despedida. Está cocinando una cazuela. Le pagué esta mañana por medio de una transferencia bancaria de la Cata. Me va a prestar efectivo para el bus.

Anoche decidí celebrar tomándome unas cervezas en un bar cercano. Terminé volviendo al *topless* del barrio. El local estaba vacío. Me acerqué a la barra y pedí un schop a un barman que no parecía tener más de dieciocho años y que no recordaba de mi visita anterior. En verdad, no recordaba mucho de mi visita anterior. Incluso podía haber sido otro *topless*. Me senté en una butaca en primera fila. Una chica morena subió a la tarima y empezó a bailar. Otra, muy corpulenta, de minifalda, hizo ademán de sentarse en mis rodillas. La rechacé con firme cortesía. Me susurró al oído que fuéramos a un privado en la parte de atrás, al tiempo que me bajaba el cierre e introducía su mano en mis pantalones con habilidad de carterista. O si querís te la chupo mientras ves a la Pame, agregó, aquí estamos en confianza. No, gracias, dije. ¿Y si vamos los tres al privado? La Pame ya se había despojado de casi toda su ropa y se contorsionaba despacio en el borde de la tarima, a menos de un metro de distancia. Dudé unos instantes y decliné la oferta. Me arreglé el pantalón. Terminé la cerveza de un trago y me dirigí a la puerta. El barman se interpuso en mi camino. Me informó que, ya que había estado tomando con la señorita,

tenía que pagar también el consumo de ella. La cifra era exorbitante, destinada a todas luces a compensar una mala noche. Traté de abrirme paso empujándolo, pero me sujetaron entre tres. Amenacé con llamar a Carabineros. Entonces me di cuenta de que uno de ellos era carabinero. No me quedó otra alternativa que pagar. Me dejaron salir entre amenazas e insultos. Entré a un bar contiguo. Bajo la luz cruda de los fluorescentes me tomé dos cervezas al hilo para aplacar la frustración. Salí a la calle. Alguien me abrazó los hombros y me palmeó cariñosamente la espalda. Qué tal, compadre, buena onda. Qué tal, dije. Anduvimos abrazados unos metros. Luego se separó de mí. Vi que era el barman del *topless*. Sostenía mi billetera entre sus manos. Sacó los billetes con gesto de decepción. Dejó caer la billetera al suelo. Oye..., empecé a decir, pero otro sujeto me empujó con fuerza hacia un callejón. Me dio un puñetazo en el estómago. El tipo se puso a gritar que le había vomitado las zapatillas y que me iban a matar. De pronto, los cuatro (creo que eran cuatro) desaparecieron corriendo por el callejón. Me asomé tambaleando hacia la calle principal. Vi una furgoneta detenida ante el *topless* con la baliza pulsando. Me acerqué a los pacos. Traté de explicar que me acababan de asaltar. Reconocí al que me había reducido antes en el *topless.* No pude encontrar la billetera. Me subieron a la parte de atrás y me llevaron a la comisaría para hacer la denuncia.

Termino de cerrar las maletas, incluido el bolso que contiene el computador y el guión. Doña Lucrecia toca la puerta. Está listo el almuerzo.

Durante largos tramos, por días e incluso semanas enteras, me desentiendo por completo de Matías. Me sumerjo en una oscuridad de la que temo ya no volver a emerger. Cuando ocurre no conservo una noción del tiempo transcurrido, pero la voz interior de Matías, profusa, incesante –pese a que se trata de un tipo más bien callado–, me mantiene al tanto de lo sucedido en esos segmentos vacíos. En ocasiones, al regresar de esa zona negra, tengo la fugaz e inefable sensación de haberme acercado de alguna forma a Tomás. Es posible que él presienta, en sueños, una versión incorpórea de sí mismo que lo acompaña en la oscuridad, que en su inconsciencia la confunda o amalgame con la presencia sigilosa de la gata. ¿En qué está Tomás? ¿En qué estoy? ¿Sigo obstinado en sostener el derrumbamiento de Paula? Este ha sido, lejos, el episodio más largo. Ya ha pasado un mes. ¿En esto también, además de en el tránsito del futuro (Inés) al pasado, debo reconocer una progresión? ¿La extensión de este episodio es un anuncio de otros aún más largos, hasta desembocar en el definitivo? Por supuesto, la duración no corresponde con los cortes en la vida de Tomás. Esto podría durar un año, para, una vez de regreso –si hay un regreso–, constatar que en mi otra vida, mi vida real, no han transcurrido más que un par de días u horas o minutos. A medida que avanza este tiempo, aunque sin compenetrarme en ningún punto con Matías, sin llegar a confundir sus recuerdos con los míos, voy afinando el oído para

escucharlo. Aparte de la voz protagónica, torrencial, clara, hasta diría que bien timbrada, creo entrever –en los intersticios– otras. Me pregunto si podré eventualmente llegar a comunicarme con ellas, moldear su conducta. Esas voces se mantienen la mayor parte del tiempo en silencio, pero sé que están ahí, a la espera, modulando la línea principal, intercediendo, manifestándose por medio de mínimas pausas e inflexiones (por momentos también en la escritura), en asomos de ironía que resultan incongruentes con Matías. A este, por ejemplo, lo ha inquietado desde el principio, aunque soterradamente, la sospecha de algo anómalo en Almagro, que empaña la limpidez de su propuesta. Eso no se encarna en un temor concreto, sino más bien en un bajo continuo de ansiedad, en el que interviene un grado de culpa por lo excesivo del adelanto. Matías sabe que, en cierta clase de trabajos, el pago suele ocurrir a destiempo, no es (¿no debe ser?) contemporáneo con aquello que recompensa. En ciertos ámbitos, por lo tanto, las figuras relevantes –que se dedican a cosechar los frutos de lo que ya no podrían sembrar– solo lo son en apariencia. El recibir, a su edad, en la fase actual de su carrera, una cifra tan exagerada, constituye, a su vez, una suerte de destiempo inverso, que seguramente va a acarrear consecuencias. Algo le dice (y no soy yo) que el único pago que debió aceptar en su fuero interno es la satisfacción por el encargo y que incluso eso pudo ser consumido con moderación, debió haber sido, al menos en cierta medida, postergado. Me pregunto si en su desasosiego se ha podido filtrar una gota de mi resentimiento, interpretada como una parte de sí mismo que duda, a la que le faltan apoyos, convicción. Me digo que mi rencor hacia él se debe a esta privación de libertad, a ser su prisionero, pero lo cierto es que está compuesto en parte de envidia: a ratos veo en él una versión más joven de mí mismo, al que le quedan más opciones y a quien se ha ofrecido, sin merecerla, una oportunidad que yo nunca tuve.

Otro rasgo peculiar de este largo episodio, acaso un subproducto de su carácter discontinuo, de sus intermitencias: lo experimento con variaciones de intensidad. Hay ocasiones en que al reanudar mi rol de testigo de Matías, su voz y las sensaciones que lo recorren me llegan como a través de un velo, atenuadas. Ha ocurrido que, en la oscuridad que me rodea durante mis alejamientos, presienta su cercanía en una determinada dirección –digamos arriba–, y al tender hacia allí descubra que lo he extraviado y lo siga buscando a ciegas, hasta volver a disolverme en la negrura que está hecha también en parte del olvido de Matías (y de Tomás). O que solo pueda acercarme a él hasta un cierto punto: la conciencia de sí mismo, su estado de ánimo y sus sensaciones físicas forman una especie de mancha de colores y olores y temperaturas que percibo con toda nitidez, hasta en sus más mínimos detalles, pero a distancia, como miniaturas en una esfera de cristal. Me esfuerzo por acercarme, pero su tamaño se mantiene, incluso disminuye levemente, mi anhelo parece ahuyentarlo, como un nadador cuyos braceos formaran ondas que van empujando un objeto flotante. Lo más habitual, sin embargo, es la sensación de que todas las facetas de Matías me llegan amortiguadas, en

particular su voz interior, en la que reconozco una reverberación metálica, un eco. No estoy seguro en absoluto, pero empiezo a temer que estas oscilaciones obedezcan a una tendencia descendente, un debilitamiento progresivo. Ignoro si al irse apagando mi contacto con Matías lo haré también yo y ya no voy a emerger del otro lado. Si este es el comienzo del fin.

Desde mi regreso a Santiago le he enviado cinco correos a Almagro. Algunos de una sola línea, otros en los que me extiendo en interminables párrafos, más o menos inconexos, donde conviven y se entremezclan la diatriba, el reproche, la súplica, la manipulación, la amenaza, el insulto y las más disparatadas conjeturas sobre los motivos de su desaparición. A todos me ha respondido, en pocos segundos, un mensaje automático en inglés. El mismo que vengo recibiendo hace ya casi un mes. Almagro está fuera de la oficina, pero se pondrá en contacto en cuanto sea posible. En cuanto sea posible. ¿Qué significa eso después de tres semanas? ¿Que sufrió un accidente? ¿Que lo raptaron y el mecenas de Castor Philanthropies aún no se decide a pagar el rescate? Lo único que sé con certeza es que, sea cual sea la razón para el colapso de nuestra correspondencia, mi porfía y mis bruscos cambios de tono no van a marcar la menor diferencia. De lo único que me he abstenido es de remitirle el guión. Es la última herramienta de negociación que me queda, creo.

Traté de recordar el nombre del productor que mencionó Almagro. Empezaba con S. ¿Santibáñez, Sandoval, Santoro? Entre las listas de productoras de cine y televisión, en la web di con un Santoro. Llamé a la productora en la que constaba como socio. Una secretaria hostil me informó que el señor Santoro se encontraba de viaje. No sabía hasta cuándo. Durante dos días intenté ponerme en contacto con el otro socio (son dos), llamado Rodrigo Velasco, pero sin resultado. Ayer me apersoné en la productora y me instalé en la recepción a esperarlo toda la tarde si era necesario. En el rostro de la secretaria, todavía joven, empezaban a marcarse líneas de amargura. Si en un principio había sido hostil, irradiaba ahora una aversión sin atenuantes. Al cabo de tres horas de espera, Velasco se asomó a la recepción para hablar conmigo. No me hizo pasar a la oficina. Era un tipo calvo, nervioso, que se metía y sacaba las manos de los bolsillos. Le expliqué la situación. Lo del norte le sonaba conocido, pero no manejaba mayor información al respecto. En la empresa, Santoro era el productor y él el director. Hasta donde sabía, no se había mencionado la posibilidad de que él, Velasco, dirigiera la película. En todo caso, en una fase tan temprana (de acuerdo a lo que yo le informaba), el proyecto se encontraba en manos de Santoro, quien realizaba un viaje largo por Asia. Le pedí la dirección electrónica de Santoro. Dudó un momento. Intercambiaron miradas con la secretaria. Esta me deslizó una tarjeta con un gesto de repudio.

Al alejarme de allí sucedió algo curioso. De pronto, sin el menor asomo de duda, me supe observado. Me di vuelta. La calle estaba vacía. La certeza de que alguien me vigilaba, sin embargo, no disminuyó. Escruté con disimulo los

autos estacionados, las ventanas de las casas. Me palpé la ropa en busca de un micrófono. ¿Y si se trataba de una broma perversa, un montaje? No faltaban indicios sospechosos, empezando por la desaparición de Almagro. El encargo era demasiado bueno para ser cierto. Una oportunidad soñada que revertía por completo mis fracasos acumulados, que calzaba con precisión milimétrica con mis fantasías de redención. ¿Cómo no lo sospeché antes? Imaginé que todas mis andanzas de las últimas semanas habían sido registradas de alguna forma. Quizás el millonario anónimo era un coleccionista de pequeñas humillaciones privadas. Acaso obtenía una rebuscada satisfacción al manipular a ciertas personas cual marionetas, de conducirlas a callejones sin salida. ¿Pero por qué me eligieron? No tenía sentido. A menos que yo fuera la única víctima, que su anonimato ocultara un vínculo conmigo. ¿Quién querría vengarse de mí? ¿Por qué? El tal millonario bien podía no existir. Lo mismo que Castor Philanthropies. Tal vez todo fuera una maquinación de Almagro. ¿Le hice algo en la escuela? ¿Lo humillé en público? ¿Lo excluí de algún carrete? ¿Le robé una chica? No lo recuerdo. Me parece improbable ¿Y si la Cata estuviera involucrada? Imposible. Pensé en la Cata y en la reserva de entusiasmo ante mi futuro esplendor como guionista que se ha ido extinguiendo poco a poco, a medida que mis cheques a fecha van quedando impagos, a medida que me adentro en la treintena sin dejar de ser una joven promesa. Me puse en camino. Me dirigí hacia el metro describiendo un trazado sinuoso, errático, esforzándome por dejar atrás, más que a mis invisibles perseguidores, a esa certidumbre de que alguien vigilaba mis pasos.

Al regresar a casa, dispuesto a escribir a Santoro, la Cata me informó que me acababa de llamar Velasco, dejando un número de celular. Lo llamé. Me informó que se había comunicado con su socio. Efectivamente, don Cristián Almagro se había puesto en contacto con la productora en representación de una entidad filantrópica con la propuesta de realizar un largometraje de ficción ambientado en el desierto de Atacama. Como si hiciera falta uno más, opinó Velasco con una risita. Pero lo cierto es que no se trataba, hasta el momento, de algo concreto. No se habían firmado acuerdos y, según calculaba Santoro, no había oído nada de Almagro en, por lo menos, un mes y medio. Le constaba que Almagro sostuvo reuniones con un guionista y una fotógrafa, para que esta llevara a cabo un registro de la arquitectura de la zona donde pensaban filmar. También había viajado al norte para ver la locación, una estación de trenes llamada Santa Ignacia. Que él supiera, no se designaba todavía un director, aunque Santoro, obviamente, lo había propuesto a él, Velasco. Le pregunté si sabía quién era la fotógrafa. Lo ignoraba. Agregó que a él y a su socio les interesaba mucho leer el guión. Le recordé que mi trato era con Almagro. Me recomendó –con un matiz de condescendencia– que me despreocupara, que tuviera en mente que en este negocio, de cada diez proyectos, solo uno terminaba por ver la luz.

Eso es lo que la Cata me ha venido repitiendo, con creciente impaciencia, desde mi regreso de Valparaíso: olvídate del asunto hasta que Almagro vuelva

a aparecer. No tienes idea de las razones para su conducta. Sin duda, hay asuntos más urgentes que este proyecto que reclaman su atención, otras prioridades de las que no sospechas nada. No tienes que tomártelo de manera tan personal. Sea como sea, no puedes hacer nada al respecto. ¿Y el resto de la plata acordada?, le pregunté esta mañana al desayuno, con voz destemplada. Quédate contento con lo que ya te pagaron, me sugirió con la sensatez reservada para los asuntos ajenos. No sigas invirtiendo tu tiempo en un proyecto que, hasta donde sabemos, lo más probable es que nunca se concrete.

Está en lo cierto. No queda otra alternativa que esperar. Así se lo hice saber. Tienes toda la razón, dije, se acabó el tema, no se hable más del asunto. La Cata me informó que el próximo viernes hay una vigilia en Temuco en honor a su ex y al hermano menor de este, desaparecidos en la cordillera hace un par de semanas, a los que se presume muertos. La invitaron los padres de Osvaldo. Se va mañana, en avión. Ya avisó en la agencia que se iba a tomar un par de días libres. En ese momento se me ocurrió la idea de viajar también, pero en la dirección opuesta. Visitar la locación. No sé por qué no lo hice antes de escribir el guión. Creo que lo mencioné en mi encuentro con Almagro y él lo descartó por innecesario. Es posible que los lugareños hayan tenido noticias o manejen más información que yo sobre el proyecto. Mañana a primera hora, en cuanto obtenga la licencia de conducir, me voy al norte.

Durante estos días, aparte de hostigar a Almagro y a los tipos de la productora, me han consumido los trámites para recuperar mi identidad: la constancia en Dicom –además de la de Carabineros en Valparaíso–, el bloqueo y renovación de mis tarjetas de débito, crédito y multitiendas, y el carné. También, a sugerencia de un amigo abogado, inscribí el guión en el Registro de Propiedad Intelectual. En el recibo que firmé a Almagro no se menciona ese aspecto, solo que acuso recibo de una cantidad de dinero por concepto de adelanto para escribir un guión. Hoy me levanté temprano. Ojalá te sirva para cerrar este asunto, dijo la Cata, sonriendo, con los ojos aún cerrados por el sueño. Lo mismo digo. Te voy a echar de menos, declaró. Me besó. Terminamos haciendo el amor. Llegué al Registro Civil a retirar el carné antes de que abrieran. Me dirigí a la municipalidad para renovar la licencia de conducir. Antes de las doce me encontraba en la carretera.

Acabo de pasar frente a una patrulla policial, medio oculta en la sombra de un sauce. Alcancé a divisar a uno de los pacos apuntando hacia el sur con una pistola de radar. Cresta. Creo que iba un poco por encima del límite. Imagino que me van a perdonar cuatro o cinco kilómetros por hora. El sexo antes de un viaje largo no es lo más recomendable. Ya a la altura de Til-Til se dejó caer sobre mí una pesada somnolencia. Aun a través de los lentes de sol, la resolana me encandila. Se entremezcla con mi sopor y el humo de los cigarrillos para formar una sola sustancia viscosa. Voy por una recta, vigilando la aguja trémula de la velocidad. Se mantiene perfectamente

vertical, en el límite permitido. Imagino que voy calibrando con leves ajustes del volante también lo que acontece fuera del auto. El trazado de la autopista. El equilibrio del mundo. A mi derecha serpentean los brazos del río Aconcagua. Tengo que parar en la próxima estación de servicio para comprar una bebida energética. O dos.

Todo esto me llega desde una distancia de un par de metros. O así lo parece. La visión, cuyo aspecto alargado corresponde más o menos al parabrisas –hacia el cual fluye el pavimento como una cascada–, se me presenta circunscrita en negro y deformada por leves ondulaciones acuáticas. Equivale a estar sumergido en una bañera cuyo fondo ocupara un vasto espacio oscuro (que podría ser también un pozo, aunque a mí me da la sensación de holgura, de que podría desviarme hacia los costados y extraviarla), cuya única fuente de luz fuera la superficie ovalada de la boca. Permanezco suspendido con la vista clavada en lo alto, en la escena que transcurre simultáneamente –y sin que ello implique una contradicción– en el plano horizontal del avance. Anticipo, sin asomo de temor o ansiedad, un accidente.

9

Desperté sobresaltado. Por un instante no tuve la menor idea de dónde me encontraba. El cuarto fue cambiando de forma y mi cuerpo modificó su orientación en la penumbra durante los segundos que tardé en reconocer mi dormitorio en Rosal. El sudor que me empapaba las sienes y el pecho había abatido a la fiebre. Los dígitos del despertador indicaban las tres de la mañana. Me invadió una oleada de alivio que casi se tradujo en un sollozo de júbilo; todo había sido un sueño: Matías, Aurelio, Inés, los episodios de amnesia. Un sueño múltiple y laberíntico cuyos pormenores, sin embargo, no se iban desvaneciendo y reduciendo a un mero presentimiento, a meros escorzos narrativos o vagos acordes emocionales; permanecían demasiado íntegros. En cambio, no recordaba nada de lo ocurrido desde esa tarde en la farmacia, desde el momento en que me disponía a comprar, si no me engañaba la memoria, una caja de ibuprofeno. En el sueño de Matías, en los intervalos de oscuridad o de atenuación de sus sentidos, había tenido la impresión de acercarme a ese cuarto, a esa cama, de oscilar en una suerte de limbo. Ahora, tendido de espaldas en el amasijo de sábanas deshechas, a diferencia de los otros «regresos», no experimentaba un corte radical entre ambos estados o personalidades: entre ser Matías y ser yo. En el trayecto que nos separaba (¿una distancia que se medía de acuerdo a qué parámetros?) creía presentir un continuo; aunque me situaba en el extremo de un espectro, la disparidad con Matías –y con mis otros avatares o encarnaciones– se me presentaba como una mera divergencia de grado, de intensidad.

Comencé a hundirme otra vez en el sueño. ¿Y si esto no era más que una breve visita, si ya no lograba regresar? Me conminé a abrir los ojos. Me senté en el borde de la cama. Encendí la lámpara. Mi cuaderno de notas descansaba junto al reloj, encima del libro sobre la India. Lo abrí. Comprobé que mi blanco había durado desde la tarde del día anterior, a menos que, por algún motivo, hubiera dejado de llevar mi diario y pasado más tiempo. Me dirigí a mi escritorio en el living. Lola dormitaba en el sillón. En el computador comprobé que eran las tres y cuarto del sábado. Habían transcurrido unas treinta y seis horas en blanco. El episodio más largo, aunque insignificante en comparación con el mes vivido, con intermitencias, en la piel de Matías. Busqué en mi agenda el día de mi reunión con el ejecutivo en Apoquindo. Me había cruzado con Matías en la calle tres días antes del segundo episodio de

Inés. La escueta anotación en la agenda no me trajo nada nuevo a la memoria sobre esa mañana, excepto la reunión con el ejecutivo, una idea aproximada de la cantidad de gente en el *hall* del banco, la luz en los abedules tras la ventana de su cubículo.

Abrí el cuaderno y volví a revisar las tres primeras líneas correspondientes a la mañana del día anterior, que recordaba perfectamente haber consignado de pie, inclinado sobre el escritorio, antes de salir a la peluquería y a mi almuerzo con Manuel:

Jueves 13:
Desayuno Lola
Teléfono Manuel – quedamos de almorzar
Lola – pájaro

A continuación, en la misma letra pequeña y prolija, en su versión descuidada, solo para ser descifrada por mí, la lista increíblemente proseguía. Una serie de ítems banales, razonables pero fantásticos, porque no recordaba haberlos anotado y, a partir de la farmacia, no conservaba la menor noción de los hechos a los que hacían referencia. Acrecentaba esa sensación de irrealidad, de leve vértigo, el que, a partir de mi regreso de la farmacia, utilizara un bolígrafo de distinto color –negro en vez de azul– al de la sección anterior. La letra era la misma (quizás un poco más escrupulosa; sin duda había tenido más calma que en la mañana, camino a la puerta) y eso la volvía más perturbadora, intensificaba la sospecha de que era obra de un álter ego, un doble:

Peluquería
Japonés Manuel – sake – hablamos de Paula, otros hermanos Farmacia – ibuprofeno
Cama, siesta – leve mejoría
Fono a mudanza, dos intentos – posible cambiar para el martes
Cama – con Lola
Cena: sopa de pollo
Llamada de Alejandra – nada sobre Paula

La lista conformaba una cadena de hechos más o menos plausibles, una serie de puntos conectados de manera económica por una línea imaginaria. Al regresar de la farmacia me había acostado para dormir una siesta, después de la cual me sentí mejor. Creía entender que había logrado postergar la mudanza para el martes (de lo contrario se hubiera iniciado dentro de pocas horas y me faltaba mucho trabajo preparatorio, incluyendo comprar cajas de cartón y embalar mis libros, películas y ropa); no me costaría nada llamar en la mañana para confirmar algún detalle, la hora, por ejemplo, y sonsacarles disimuladamente la información que me faltaba.

La lista correspondiente a ese día no deparaba más que algunas sorpresas o enigmas menores:

Viernes 14:
Sueño Valparaíso
Desayuno Lola
Fiebre 38,1 – cama
Fono doña Elvira – retraso mudanza
Fono Luciano
Siesta
Baja fiebre
Manuel
Nueva lista de pendientes: mudanza, garantía, bodega, viaje, etc.
Cena: sopa
Zapping
Llamada de Alejandra – no contesté

¿Qué significaba «sueño Valparaíso»? ¿Al despertarme esa mañana había tenido la impresión de soñar con Valparaíso? ¿Quería decir que una parte de mí interpretaba como un sueño lo que otra vivía como una transposición? ¿Correspondía eso a una de las fases de receso durante la visión, a uno de los espacios vacíos en que me separaba de Matías? ¿Era el sueño una especie de territorio limítrofe o material conductor entre ambos estados? Al parecer, había hablado con la dueña para informarla del retraso de la mudanza para el martes siguiente; eso reafirmaba que efectivamente los de la empresa habían aceptado el cambio. En adelante, me dije, iba a tener que incluir más detalles en ese diario, que en realidad cumplía las funciones de un ayuda memoria; es decir, presuponía el recuerdo de los datos que consignaba. La entrada «peluquería» hacía perfecto sentido; no así «sueño Valparaíso» o «fono Luciano». Yo debía haber llamado al abogado en respuesta a su mensaje de dos días antes sobre la sentencia. ¿De qué habíamos hablado? Seguramente de nada crucial o me hubiera asegurado de incluirlo en el diario. Con él debía funcionar el mismo truco que con la empresa de la mudanza: llamarlo por un asunto nimio, generar lagunas en el diálogo de modo de obtener la mayor información posible sin delatar mi amnesia. ¿Manuel había llamado o visitado?

Me propuse mantenerme despierto. Me puse a surfear la web al azar. Me sorprendí cabeceando sobre el teclado. Volví al dormitorio llevando el cuaderno. Antes de tenderme anoté:

Sábado 15:
3 a.m. - despierto – sueño Valparaíso

10

Abro los ojos. Son las nueve de la mañana. Salgo de mi pieza de motel sin ponerme las zapatillas. Me dirijo, pisando la arena ya candente, hasta el borde del mar. Dejo que la marea tibia me moje los pies. Trato de recordar un sueño y no puedo. Lo siento atravesar mi memoria como un cedazo. Creo que la voz de un niño me susurraba algo. Un mensaje insistente, una advertencia. Me duele un poco la espalda a causa del viaje y de la cama demasiado blanda. Camino un rato por la playa. Ayer en la tarde, en un punto determinado de la carretera al norte de La Serena, transpuse un umbral y empecé a flotar en el cansancio lo mismo que en una ligera intoxicación. Hubiera podido seguir hasta el final, llegar a destino pasada la medianoche. Tuve que forzarme a parar en este motel. Dormí más de diez horas de un tirón. Y sin haber consumido una gota de alcohol. Vuelvo a mi pieza. Me ducho y afeito. Reúno mis cosas en el bolso. En el mesón de recepción, una mujer gorda que tiene el pelo negro mojado y peinado hacia atrás me recibe con una sonrisa. Pago. Me pongo en camino. Me detengo en una estación de servicio para llenar el estanque del Golf y limpiar el parabrisas. Bebo dos expresos. Emprendo la marcha hacia el norte.

Poco antes del mediodía, unos ochenta kilómetros al norte del desvío a Taltal, distingo un camino de tierra que se adentra por el desierto. Aunque no hay letreros ni otro punto de referencia, dejo la autopista y enfilo por esa huella. En unos cuantos minutos supero una loma y he perdido de vista la carretera. El camino se bifurca en dos que se me hacen iguales. Tomo el de la izquierda. Al cabo de unos diez minutos voy a dar otra vez a la Panamericana. Doblo por una huella menor que vuelve a adentrarse en el desierto. Los desvíos se multiplican. No tardo en extraviarme. A esta hora, la luz vertical borra los detalles de relieve. El paisaje se reduce a un mero esbozo, como si lo cubriera una fina capa de nieve. Tengo que esforzarme por discernir si hay peñascos o baches en la huella angosta y profunda. A la derecha veo una hilera de postes de madera. La línea del tren. Tomo por un sendero que confluye hacia esta y luego por otro que avanza en paralelo. Dos hombres se aproximan caminando sobre los durmientes. Uno de ellos lleva una pala al hombro. Les pregunto por Santa Ignacia. El de la pala dice que tengo que desviarme de la línea unos tres o cuatro kilómetros más al norte y continuar entre dos cerros, de los que solo diviso una cima achatada flotando cual una

isla por encima de un mar de espejismo. ¿No sigo los rieles?, pregunto. Niegan con la cabeza. Por allá levantaron el tendido hace unos... Treinta años, interviene el otro. Les doy las gracias. Me pongo en marcha. Cruzo los rieles. Voy con la vista fija en los cerros. Dan la impresión de irse asentando sobre sus bases a medida que me acerco. Encuentro la huella que serpentea por la garganta que divide los cerros, entre las ruinas enfrentadas de dos oficinas salitreras.

Llego a la estación. Parece abandonada. La huella va a dar a una explanada de tierra ante una construcción alargada de un piso que asemeja un galpón, en cuya fachada se extiende un pórtico de madera techado con planchas de calamina que en otro tiempo debió haber cumplido la función de andén. En lo alto del alero, del que se han derrumbado algunas secciones, se mantiene en pie un letrero blanqueado por el sol en el que apenas se lee SANTA IGNACIA. Enfrentando al edificio principal se alinean cinco o seis cabañas de madera medio derruidas. Estaciono el auto a la sombra de un algarrobo raquítico. Llamo en voz alta. No hay respuesta. Un perro flaco y polvoriento se asoma desde un costado del galpón. Se acerca agitando su cola. Extiendo mi mano para que la huela, pero se retira asustado, con la cola entre las patas. Me dirijo a la parte de atrás, donde la construcción proyecta una delgada franja de sombra. El suelo está sembrado de botellas quebradas, envases de plástico, pedazos sobrantes de tuberías, tarros oxidados, neumáticos, resortes y los restos de una cama elástica. También hay un perro muerto. Me acerco al cadáver, mientras el otro perro me sigue, manteniendo su distancia. Está reducido a los huesos, con restos de piel curtida por el sol en la cabeza y las patas. Junto a él veo una tapa cuadrada de cemento asegurada con un candado, en cuyo borde asoman brotes de maleza. El brocal de un pozo. A la distancia, en la ladera de un cerro, distingo las formas vagamente arquitectónicas de una de las oficinas. La puerta corredera del galpón está abierta. Adentro veo maquinaria que parece nueva. Rodeo la construcción y subo al pórtico, que cruje con cada paso y en el que hay varios tablones quebrados. Por los agujeros del zinc se ve el entramado de vigas del alero y el cielo pálido, deslumbrante. Bajo a la explanada y, a plena luz del sol, me dirijo a las cabañas. Vuelvo a llamar pero nadie responde. Se ven deshabitadas. A la mayoría le faltan ventanas o puertas o parte de las techumbres. En los interiores han escrito crudos mensajes con pedazos de carbón. En la tercera casa doy con un par de jaulas construidas con restos de madera y malla de gallinero. En la más grande dormita un puma. Permanece inmóvil, excepto por el tenue ritmo de la respiración en sus costillas. En la jaula contigua se apiña una familia de conejos. Los más grandes (¿los progenitores?) se afanan en roer unos pedazos lánguidos de lechuga con los ojos clavados en su vecino de cautiverio.

Veo que ya conoció a Aarón. Un anciano se asoma a la puerta de la cabaña.

Disculpe, pero llegó durante la siesta. Nos estrechamos la mano. Néstor González. Matías, digo. No es que duerma mucho, ni siquiera de noche, pero a esta hora es mejor quedarse guardado, agrega el anciano. Le calculo unos setenta y cinco años. Lleva una polera desteñida y pantalones demasiado gruesos para este calor –que tiene que sujetarse constantemente con al menos una mano–, botas polvorientas y un sombrero de paja de ala ancha. Sus rasgos son aindiados. Unos profundos surcos le marcan la piel muy oscura. Está contento de verme por aquí. Supongo que todas las visitas a este sitio tienen algo de inexplicable y son una especie de bendición. ¿El puma es suyo? No, cómo se le ocurre, dice el viejo con una sonrisa amarillenta y agujereada, lo trajo un sobrino del sur, es para una película. No me diga. Tal como lo oye. El pobre lo pasa mal acá con el calor. Le manguereo la jaula día por medio para limpiarla y para refrescarlo un poco. Imagínese cómo se sentiría con ese abrigo de piel. ¿Usted vive solo aquí? El viejo sonríe otra vez. Soy el último que va quedando. El puma levanta la cabeza para observarnos y luego vuelve a cerrar los ojos. Ese gesto sutil parece irradiarse a los conejos que, sin dejar de masticar ni de vigilarlo, tensan sus músculos y achatan las orejas. A eso vengo yo también, anuncio después de una pausa, por la película. El viejo se muestra sorprendido. ¿En serio? Soy el guionista, declaro, sin poder evitar una nota de orgullo en mi voz. ¿Qué es eso?, quiere saber Néstor. Soy el que escribe la película. El viejo no sale de su confusión. El que decide lo que va a pasar, agrego, en la historia... de la película. Ah, dice Néstor.

Salimos de la casa y nos dirigimos a la estación cruzando la explanada. El calor lo comprime todo a la manera de un rodillo. El perro, que ha mantenido su distancia con el puma, se une al viejo. Este es Alacrán, anuncia. Subimos al andén. Entramos a la oficina de Néstor. El viejo deja sus botas en la puerta. Dudo un instante, pero me indica con un gesto que entre nomás. El cuarto es amplio y oscuro.

En una esquina, en el suelo, hay un colchón manchado y un desorden de sábanas, donde estaba tendido a mi llegada. Me pregunto cómo consigue, a su edad, acostarse y levantarse. Un vetusto televisor Sony descansa sobre una caja de plástico invertida. En las paredes hay antiguos mapas de ferrocarriles de la zona, fotos desvaídas de *playmates* y formaciones de Colo-Colo. El viejo deposita su sombrero en la mesa. Lleva el pelo blanco y abundante peinado hacia atrás. Abre un pequeño refrigerador. Extrae una botella grande de Fanta y sirve dos vasos. Se sienta detrás de su escritorio –un tablero de madera basta sostenido con caballetes– y me indica que me acomode frente a él, en un banco manchado de pintura seca. Salud, dice el viejo, por la película. Entrechocamos los vasos y tomamos Fanta.

Dos meses atrás hizo su aparición un tipo pálido, entrado en carnes, de camisa y sombrero de béisbol, en un todoterreno enorme. El viejo no se acuerda del nombre, pero lo reconozco por su descripción. ¿Cristián Almagro? El viejo le da una palmada a la mesa entusiasmado. ¡Eso es, claro que sí, Cristián Almagro! Almagro anunció que representaba a otra persona

(Néstor no entendió muy bien a quién ni le importaba mucho), que se iba a filmar una película aquí y venía a observar la locación. Le interesaba sobre todo el teatro, dice el viejo, señalando hacia el norte con el pulgar. Ah, sí, el teatro, digo. Solo se quedó un día, continúa el viejo, pero en ese lapso se dio el tiempo para contratar a varios lugareños, empezando por el asunto del puma. Nos explicó que no iba a aparecer mucho rato en la película, pero que se trataba de un «elemento fundamental». Yo fui el que se comprometió a conseguirlo y me pagó por adelantado. Dijo que era la mitad del precio. El que lo consiguió fue mi sobrino Eleuterio, que trabaja en el salar, en El Litio. Se lo compró a unos cazadores amigos suyos en el sur, de Ovalle para la cordillera, y se lo trajo en la jaula, drogado, en una camioneta cerrada, por caminos interiores. Porque usted sabrá que una cosa así es ilegal. Claro, digo. Me pregunto por qué Almagro nunca mencionó a un puma. No me hubiera costado nada hacerle un lugar en la trama. El viejo también me informa que Almagro contrató a varios trabajadores de los alrededores para las labores de reparación de la casa, a costureras para ayudar con el vestuario, a un par de guías y a unos veinticinco extras. Tomó cientos de fotos con una pequeña cámara digital. Pagó cuantiosas sumas de dinero a cambio de la firma de recibos. El viejo se levanta de su silla. Hurga en unas cajas de cartón. Saca un papel y me lo tiende. Reconozco el logo. Está en inglés. Le pregunto si entiende lo que dice. Me contesta que su sobrino se aseguró de que no le estaban vendiendo el alma al diablo y se larga a reír. Almagro hizo todo eso a una velocidad asombrosa y se marchó sin más y no han vuelto a saber de él. ¿No han tenido más noticias de la película?, pregunto. El viejo niega con la cabeza y bebe un sorbo de Fanta. Hasta ayer, dice.

Me explica que ayer recibió la visita de una fotógrafa llamada Paula. Llegó en un auto blanco, chico, más o menos a la misma hora que yo. Dijo que venía a sacar fotos de las locaciones y de los alrededores. No habló mucho. El viejo trató de interrogarla sobre las próximas etapas en la producción, pero no parecía estar al tanto de muchos detalles. Y el viejo tampoco, pienso. He venido hasta aquí para recabar información, pero él se muestra tanto o más obstinado en obtenerla de mí. Con una cámara grande y moderna, la chica sacó fotos de esta oficina, del interior del galpón y del puma. Dijo que tenía que esperar unas horas a que bajara la luz antes de poder fotografiar los exteriores. Preguntó por el teatro. Néstor se ofreció a acompañarla, pero ella le hizo saber que prefería ir sola. Necesitaba concentrarse en el trabajo, explicó. El viejo la vio partir por la huella. Anoche lo llamó su sobrino desde El Litio para preguntarle quién estaba acampando cerca de la casa. Un Suzuki blanco. Se lo había comentado el capataz de las extracciones de sulfato de sodio que pasó en su camioneta hacia el camino a La Escondida. ¿La conoce usted, a la señorita Paula? No, no la conozco personalmente, pero sabía que la iba a encontrar por acá, miento. Néstor asimila esta información. Es harto seria, comenta, pero simpática. Agrega que es de suponer que va a volver hoy, cuando haya buena luz para las fotos. El viejo quiere saber más de la película,

planes de acción, plazos. Me muestro evasivo. Me confiesa que había empezado a preocuparse por la tardanza, por la falta de noticias. Es obvio que interpreta nuestro arribo casi simultáneo como la primera avanzada de una multitudinaria invasión.

Paula. Por supuesto. Debí haberlo adivinado. Me invade una oleada de ternura, la dulce expectación de encontrarme con una vieja amiga en medio de este estado improbable, este encierro. ¿Cómo será verla, literalmente, con otros ojos, sin ser reconocido? Al final de las otras visiones solo me preocupaba una cosa: establecer la relación de mis huéspedes (Inés y Aurelio) conmigo, trazar el mapa de los hilos que me llevaban –o me habían llevado– hasta ellos, en el supuesto de que tenía que haber un motivo para esas transposiciones y que debía dilucidarlo como una suerte de mensaje en clave. En el caso de Inés, claro, mi propio afán por resolver el enigma creó o acentuó ese vínculo, contribuyendo, lo sé, al desenlace. ¿Hay, entonces, una progresión no solo en el tiempo sino en el espacio, un trayecto que desemboca en Paula, un regreso? ¿O es su presencia aquí una anomalía, una mera coincidencia? Acaso el nudo de estos episodios radica en su arbitrariedad (es lo que no comprendí en el caso de Inés, hasta que fue demasiado tarde), en su desconexión conmigo, en la obligación de ser otros; la solución del enigma es que no existe un enigma.

Néstor me informa que hay otro colchón al fondo de la bodega de las maquinarias, por si me gustaría tenderme un rato hasta que pase el calor. Preferiría ver el teatro, digo. Si quiere lo acompaño, ofrece con una sonrisa. Subimos al Golf. Pese a la sombra del algarrobo, el volante me quema las manos. Néstor deposita el sombrero en su falda. Apunta con un vago gesto hacia el norte. Cruzamos la explanada y tomamos por una huella arenosa. En la primera curva los neumáticos derrapan. El costado del parachoques trasero se golpea contra el borde del camino. El viejo no dice nada. Alacrán nos sigue durante un trecho, por fuera del trazado para evitar lo más denso de la polvareda. Al cabo de un rato se da por vencido y lo pierdo de vista. La casa se levanta en medio del descampado a unos tres o cuatro kilómetros de la estación. No hay rastros de la fotógrafa. A medida que no acercamos, ya voy pensando en los cambios que voy a tener que hacer en el guión para acomodar lo que la realidad anula de las fotografías que me entregó Almagro. Me detengo frente a la fachada cubierta de andamios, de los que cuelgan pedazos desgarrados de malla de kiwi, que ondean en la brisa. La casa es más grande de lo que había imaginado. Parece a medio construir. La fachada –con sus columnas falsas, el balcón del segundo piso, la ventanilla de la boletería– se ve, aunque en pésimo estado y ominosamente inclinada hacia delante de modo que el andamiaje de la base queda a un par de metros de la entrada y han tenido que apuntalarla con barras metálicas, más o menos intacta. Lo demás se reduce a un esqueleto de vigas nuevas que transparenta la llanura. En el interior distingo un minúsculo anfiteatro de butacas de madera, el espacio de la orquesta y el lugar donde debió estar el escenario. Una escalera, que

reconozco por las barandas, sube desde el recibidor a los cuartos del segundo piso. Allí debieron alojarse los artistas. Detrás de la casa hay dos grandes pilas de tablones cubiertas de lona, sacos de cemento, una casucha ensamblada con planchas de metal corrugado, caballetes, una vieja maleta y un par de tambores de plástico.

Néstor me explica que la casa se encontraba muy a maltraer cuando llegó Almagro, que el deterioro era ya irrecuperable. El viejo lo puso en contacto con un minero, ex carpintero, llamado Jacinto. Almagro lo designó jefe de construcción. Pagó una cifra impresionante a cambio de reparar el exterior. Dijo que en la película debía verse «vieja pero bien conservada». De hecho, unos tres o cuatro días después de la partida de Almagro, cuando Jacinto –que por este trabajo dejó de lado sus obligaciones de pirquinero y en el sulfato, y con la plata arregló su propia casa y cambió su camioneta– todavía estaba reuniendo a la gente para el trabajo, una viga maestra cedió y se vino abajo buena parte de la antigua techumbre. O sea, ¿que la van a construir de nuevo?, pregunto. Esa era la idea. Se dedicaron casi todo un mes a desarmar la casa, reduciéndola a su estructura básica de vigas, que se mantenía sólida, separando lo que se podía reutilizar de lo inservible. Los obreros se iban repartiendo y llevando la madera más estropeada, de modo que lo que iban despojando a la casa no se acumulaba en ninguna parte. Parecía, dijo el viejo, que un ejército de termitas la fuera devorando. Mientras tanto, Jacinto intentaba comunicarse con Almagro para informarle que se iba a requerir una labor de reconstrucción mucho más profunda de lo que ambos habían estimado. Pero no pudo establecer contacto. Al cabo de unas tres semanas de trabajo intenso (Néstor me cuenta que le gustaba venir hasta aquí e instalarse en una silla a la sombra de un toldo a observar las faenas), de un día para otro, Jacinto decidió cesar la obra. Dijo que así era el negocio de la construcción. A veces la gente que pagaba se arrepentía o dejaba las cosas tiradas, vaya a saber uno por qué. Había que saber poner el freno antes de entrar a perder plata. Le pagó a su gente y se dispersaron por los alrededores, a la espera de una nueva visita o mensaje de Almagro. La dejaron así tal como la ve, dice Néstor.

Es decir, que la fachada y las vigas son originales, comento. El viejo asiente. Todo es original. Esta casa es impresionante, agrega, lo ha resistido todo: terremotos, robos, incendios. ¿Incendios? Sí, dos. El último fue en 1966. Me acuerdo porque se jugaba el Mundial de Inglaterra. En esa época, la estación todavía estaba operativa. El teatro se incendió de noche y el fuego iluminaba todo el cielo. Cuando llegamos, las llamas la envolvían por todos lados. El dueño de esa época vivía en Iquique y vino a ver la casa a los pocos días. Lo único que quedaba eran unas vigas negras como muñones y las butacas que se desintegraban al tacto. O sea que la casa se quemó entera, digo. Enterita. Entonces no es la original. Es la misma casa, responde Néstor. El dueño trajo los planos y la reconstruyeron encima de la mancha de ceniza, idéntica hasta el último detalle. Incluso se veía un poco ajada por el uso. Pero

no es la misma, insisto. Claro que sí, repone él, mirándome con extrañeza. No es la misma madera, pero es la misma casa. Hace unos cuatro o cinco años vinieron a verla unos funcionarios de un ministerio, agrega, dijeron que era parte de los trámites para convertirla en monumento nacional, pero después de eso nunca pasó nada. ¿Y quién es el dueño ahora?, pregunto. Un joven, igual que usted, dice Néstor. Creo que vive en Estados Unidos, en Nueva York. No me diga. De hecho, fue el señor Almagro el que me mostró los títulos. Estaban a nombre de la misma empresa del recibo. ¿Castor Philanthropies?, inquiero asombrado. Algo así. ¿Y cómo sabe que el dueño es joven? Porque me acuerdo clarito de él. Es chileno, pero con nombre y pinta de gringo. ¿Cómo se llama? No me acuerdo bien, estuvo por acá hace unos años. Robert o algo por el estilo. Es bien alto y colorín. Andaba con su polola, una chica muy bonita, rubia. Los dos se veían felices. Andaban recorriendo el desierto, las salitreras, venían de San Pedro, creo. Me pidieron permiso para alojarse en la casa. Les dije que yo no tenía autorización para eso, pero que no se hicieran problemas, que nadie los iba a molestar. En la mitad de la noche, la chica, que al parecer era sonámbula, se levantó y salió a la pampa. Se fue caminando por la ruta hacia el norte y después se desvió hacia el oriente, según se supo más tarde. El tipo llegó a la estación a eso de las siete de la mañana en su *jeep*, muy alterado, gritando que no podía encontrar a su amiga. Llamamos a Carabineros. Le avisamos a otra gente de la zona y anduvimos recorriendo la pampa por las huellas, en círculos, calculando que no podía haber recorrido más de veinte kilómetros durante la noche. Pero no la encontramos por ninguna parte. A esas alturas, los carabineros del retén empezaban a sospechar que la podían haber raptado o que se había ido con alguien. Pero el joven insistió en lo del sonambulismo. No vimos sus huellas en el camino y puede que con todo el tráfico las hayamos borrado. Avanzada la tarde se nos ocurrió volver a la casa y buscar su rastro con más cuidado. Ya bajaba el sol cuando alguien vio las marcas del lugar en que se había salido del camino. Eso no ayudaba mucho, ya que de ahí se podía haber ido para cualquier lado, pero era algo. Fue como a esa hora que llegó el helicóptero. Los pacos aterrizaron por ahí, dice, indicando un lugar indeterminado del desierto, y les dijimos lo de las huellas y se fueron directo a las montañas, pero no la pillaron porque ya no quedaba suficiente luz. La encontraron recién a la mañana siguiente, acurrucada entre unas piedras. Había andado más de cincuenta kilómetros durante la noche y todo el día. ¿Estaba muerta?, pregunto. No, pero falleció en el vuelo a Antofagasta.

¿Y Paula? No hay señales de ella. Desencontrarnos por tan poco sería una burla del destino. Otra más. Veo las huellas del Suzuki. ¿Dónde habrá montado la carpa? El capataz dijo que alguien estaba acampando cerca de la casa, ¿no? Matías no se muestra particularmente ansioso por encontrarse con ella. ¿Por qué iba a estarlo? Ahora recorre el perímetro de la casa mientras el viejo habla por su celular, observándola con atención desde todos los ángulos, sintiendo que algunos pasajes del guión ya no se sostienen y se derrumban

bajo su propio peso, igual que las partes dañadas del teatro. Le pregunta a Néstor si puede pasar la noche en la estación, y este responde que por supuesto. Quiere saber cuánto tiempo se piensa quedar. Matías dice que no lo sabe, unos días quizás. En su fuero interno decide marcharse a la mañana siguiente. Ya no tiene mucho que hacer aquí. Sus pesquisas debieran centrarse en Robert (o comoquiera que se llame), en Nueva York. Pero ya no va a seguir insistiendo. Se lo debe a Catalina. La actitud del tal Jacinto –saber retirarse a tiempo– es un ejemplo a seguir, piensa. No le interesa seguir ahondando en la tragedia de Robert. Aunque si Almagro le hubiera comunicado esos detalles, los habría incluido en el guión. Es una historia viable, pero demasiado cercana. Robert, al parecer, necesita contarla, pero de una manera indirecta, parcial, por medio de otros y proyectada a esta casa. ¿Será el mismo sujeto que me topé el año pasado en Nueva York saliendo de la funeraria? A estas alturas ya no creo que se trate de una coincidencia. La visión se oscurece por unos segundos y los veo en el auto, presumiblemente volviendo a Santa Ignacia; luego, en la estación. Néstor abre la tapa de la jaula de los conejos y agarra por las orejas a uno negro, joven, que no opone resistencia. Lo deja caer en la jaula del puma por una trampilla. El conejo huye de un salto y se estrella contra la malla de alambre. Queda un poco aturdido. Permanece inmóvil en la esquina más distante. El puma no mueve un músculo, no le presta la menor atención. El viejo sale de la cabaña, seguido por Matías. Las intermitencias y fluctuaciones de este episodio (¿o se trata de varios encadenados?) van en aumento. Hay períodos en que la visión gana y pierde intensidad de una manera rítmica, creando una pulsación que me hace pensar en una película vieja. Sospecho que puede tratarse de más de un episodio, ya que a veces, en la oscuridad, tengo la sensación de hallarme de nuevo en una zona intermedia entre Matías y Tomás, es decir, de mi cuerpo, al que presiento tendido en la oscuridad, retorciéndose en un sueño intranquilo. Me pregunto si, mediante un esfuerzo de la voluntad, podría volver a él y en ocasiones creo acercarme un poco más. Pero es posible que ese grado de control sea ilusorio. Excepto por esa única ocasión, a las tres de la madrugada del sábado, no llego al extremo de recuperarme.

Sentimos llegar un vehículo. Néstor se asoma a la puerta de la oficina y saluda con la mano. Sale. Lo sigo. Es Eleuterio, mi sobrino, anuncia el viejo. Eleuterio apaga el motor de su camioneta. Sube al entablado del andén. Me estrecha la mano y me pregunta de inmediato, con tono de jovial ansiedad, qué me parece el puma. Le explico que soy el guionista, no un productor, que no tengo que ver con eso. Me mira sin comprender del todo. Su sonrisa, en la que relumbra una tapadura de oro, se congela. Es un hombre bajo y fibroso, de piel oscura. Lleva una gorra naranja desvaída, una polera de Cobreloa, pantalones cortados con tijera a la altura de las rodillas y unas sandalias polvorientas. Ha venido hasta aquí para hablar del animal y se muestra desconcertado. Transcurre una pausa incómoda. Una mujer sentada en el asiento del copiloto de la camioneta y dos hombres que van en la caja no me

quitan los ojos de encima. Comento que el puma, en todo caso, es estupendo y que se va a ver muy bien en la película. La sonrisa de Eleuterio se distiende. Nos dirigimos juntos a la cabaña. El conejo negro sigue en el mismo sitio, en actitud alerta, con su cuerpo aplastado contra la reja. El puma dormita indiferente. Eleuterio explica que le gusta cazar de noche. Me relata con prolijidad la odisea que significó conseguirlo y traerlo hasta aquí. Repite cada episodio dos o tres veces, para cerciorarse de que no se me ha escapado pormenor alguno. Trato de mostrarme interesado. Los hombres de la camioneta se asoman al umbral. Eleuterio me los presenta. Se llaman Carlos y José. Van a ser extras. Uno de ellos, no sé si Carlos o José, saca del bolsillo de su camisa un papel arrugado y me lo tiende. Es un recibo de Castor Philanthropies. Sonrío y, sin saber por qué, levanto mi pulgar. Llega otro vehículo. Salimos en procesión de la cabaña para comprobar que es Paula, la fotógrafa. Debe tener unos treinta y ocho años. Lleva una camiseta verde sin mangas y pantalones largos de material liviano. Sostiene una cámara. Formamos un semicírculo en torno a ella. Néstor nos presenta y ella nos va mirando a los ojos uno a uno, durante una fracción de segundo, sin mayor interés. Nos apunta con la lente desde la altura de su estómago. Pulsa el disparador sin que los otros parezcan notarlo. Anuncia a Néstor que va a sacar unas fotos. Nos da la espalda y se pone manos a la obra, sin esperar una respuesta del viejo.

Qué maravilla encontrarla aquí, ocupada en algo –las fotos– que desborda o al menos se aleja del núcleo de su duelo. El daño es visible, por supuesto. Daría cualquier cosa por comandar por unos minutos a Matías como a un autómata y acercarme a ella y decirle quién soy y abrazarla. Se ve bronceada, saludable, pero el desconsuelo en sus ojos –que me hacen pensar en brasas a punto de extinguirse– no tiene fondo. Es bueno que haya decidido hacer este trabajo. Los indicios poco auspiciosos sobre el proyecto no importan. Aunque la película no se haga, aunque todo esto no sea más que el desvarío de un megalómano traumatizado, el hecho de que Paula esté aquí con su cámara lo justifica, me inspira gratitud. Conozco tan bien su método y su ojo que puedo visualizar las fotos que está tomando en su futuro despliegue en la pantalla del computador. Matías se distrae de ella. Eleuterio quiere saber cuándo va a llegar el resto de la producción. Matías confiesa que ignora el calendario. Trata de explicar a los cuatro hombres en qué consiste el trabajo de guionista. Agrega que, según tiene entendido, la fotógrafa va a realizar un trabajo de registro previo, aunque durante el rodaje también se hace foto fija. Hay que preguntarle a ella. No tiene idea, interrumpe Néstor. Todos observan a Paula, que se ha alejado hasta el final del andén y dispara hacia el alero del galpón. Ella le explicó, agrega el viejo, que debía haber venido tres semanas antes, pero que se retrasó por motivos de fuerza mayor: tuvo que viajar al extranjero. Carlos quiere saber sobre la construcción, ¿qué se proponen hacer con la casa? Supongo que seguir con las reparaciones, comenta Matías, incómodo. Lo que hay que hacer, agrega, es ponerse en contacto con ellos. Ese es el

problema, afirma Eleuterio, no hay manera de ubicarlos. Lo sé. El pequeño círculo se queda un momento en silencio. Matías examina de reojo a Paula, que ahora, por algún motivo, fotografía la hilera formada por el Suzuki, la camioneta de Eleuterio y el Golf color acero. Le mira disimuladamente los pechos. Nota cómo, cada vez que levanta la cámara, se asoma una franja de carne pálida por el costado de uno de los tirantes de su camiseta. También se ha fijado en las arrugas en torno a los ojos y la boca, los músculos un poco sueltos de los brazos. Le resulta atractiva. Si tuviera diez años menos, piensa, y si no existiera la Cata... Sí, huevón, en tu puta vida. Además de intrigarlo, Paula le ha caído mal. Sabe que su actitud parca, un tanto arrogante, es una defensa instintiva contra el corrillo de cinco hombres en este lugar remoto, pero le da rabia su indiferencia, que lo sitúe en el mismo plano que a los demás. Eso no es cierto, pero él no lo sabe. Piensa que corresponde al mismo tipo de mujer que la Cata (con lo que tampoco estoy de acuerdo, según lo poco que he visto de su esposa), que a pesar de la falta de parecido físico y de los años de diferencia, tienen un aire en común. No sería de extrañar que la producción empiece a moverse pronto y rápido, declara a los hombres, y hay que estar preparados, porque así es este negocio: la cosa va a ritmo de tortuga por ene tiempo y, de repente, todo se vuelve urgentísimo. Los hombres no se muestran muy convencidos. Eleuterio le anuncia a Néstor que van a volver al día siguiente. Suben a la camioneta y se marchan levantando una nube de polvo. Paula se reúne con Matías y Néstor. Le comenta al viejo que la noche anterior escuchó a unos tipos que pasaban cantando por el camino. Sonaban borrachos. Néstor asiente pero no dice nada. ¿Le importa si armo la carpa por aquí?, pregunta ella. Para nada, dice Néstor.

Al atardecer, sentado en el borde del andén, fumo. Néstor nos invitó a comer. Yo acepté; Paula, no. El aroma de cebolla frita que emana de la puerta abierta de la oficina se mezcla con el olor acre del puma traído por el viento. Paula estacionó el Suzuki en el extremo norte de las cabañas. Ya armó su carpa. La veo calentar agua en un anafre y comer fruta de un tarro. Sosteniendo un tazón de sopa y con su cámara colgada al cuello atraviesa la explanada polvorienta y se sienta a mi lado en la plataforma. No sé qué será más peligroso: los borrachos o el puma, declara con una media sonrisa. Le ofrezco un cigarrillo. Niega con la cabeza. Prendo otro. Paula deja el tazón sobre una tabla. Apunta con su cámara, sin disparar, barriendo el paisaje desolado. Le digo que me resulta familiar, que me recuerda a alguien y no sé a quién. Me dedica una mueca burlona, que alude a ese lugar común, pero insisto. La interrogo sobre sus conocidos y amigos para desentrañar los grados de separación y, en efecto, son pocos. Uno de mis mejores amigos trabajó durante un tiempo en la agencia de publicidad de la que su ex marido era director creativo. La hermana menor de una amiga de Paula conoce a una prima de la Cata. Es probable que haya otros nexos, pero no vale la pena

explorarlos. Me suelen decir que soy igual a otras personas, declara Paula sin entusiasmo, creo que es mi nariz, un modelo estándar. Saca una foto apuntando hacia un lugar aparentemente arbitrario de la llanura. Le debe pasar a todo el mundo, agrega, supongo que hay un número limitado de tipos de personas. Nos quedamos un rato en silencio. Le digo que esta visita ha sido útil para mí. Voy a tener que hacer varios cambios en el guión. Me pregunta por la historia. La resumo a grandes rasgos. ¿Y la mujer?, pregunta. ¿Qué mujer? La novia de Roberts. Pensé que la película se trataba de ella. Confieso que, hasta hoy, no la había oído mencionar. Almagro solo dijo que ¿Roberts? Sí, intercala ella, Juan Pablo Roberts... que Roberts visitó este lugar con ella y que quería incluir el teatro en la historia, pero de manera tangencial. Paula se encoge de hombros. Qué raro, comenta pensativa.

El sol se oculta detrás de las colinas. En el cielo límpido diviso la estela lejana y muda de un avión. Paula bebe un sorbo de sopa. Le pregunto por sus planes, cuánto tiempo piensa quedarse por estos lados. Me dice que no sabe. Para ella, la parte laboral es más simple: le pagaron por sacar fotos de registro. Una vez que las envíe no va a tener más relación con el proyecto. ¿Y la foto fija?, pregunto. Niega con la cabeza. El puma deja oír un gruñido alarmante. Recuerdo al conejo negro. Se vuelve a hacer el silencio. Solo escuchamos a Néstor removiendo ollas o sartenes en la cocina. ¿Qué van a hacer con el puma después de la película?, pregunta Paula. No sé, digo. ¿Qué pensará de todo esto?, insiste ella. Levanto los hombros. Daría cualquier cosa por poder explicarle lo que es una película y que va a ser parte de una historia y que lo van a ver muy lejos de aquí, dice Paula. Si te pones a pensarlo te marea un poco, te da vértigo. Espera que yo diga algo, pero sigo en silencio. No sé muy bien a qué se refiere. No puedo dejar de preguntarme por qué Almagro no lo mencionó (ni tampoco la historia de la sonámbula). Aún no se me ocurre la manera de insertarlo en el guión para que no quede forzado o, lo que es peor, simbólico. Es como si él viera el mundo en dos dimensiones y nosotros en tres, dice ella. A veces pasan... cosas que te hacen sentir así, que hay más niveles de los que puedes... Su voz se quiebra. Parece a punto de largarse a llorar, pero sigue: uno se pregunta si no hay otra realidad respecto a la cual la nuestra es igual de accesoria que una película, si uno no es una especie de pieza o figura en... Se interrumpe. Me mira con los ojos llenos de lágrimas, esperando una señal de comprensión. No se me ocurre otra cosa que tocarla. Levanto mi mano para apoyarla en su hombro, pero ella me esquiva con un súbito salto. Se deja caer a la explanada. Se pasa el dorso de una mano por los ojos. Olvídalo, dice con rabia, desviando la vista. Agarra el tazón y se aleja hacia su campamento. Me quedo en mi lugar. Prendo otro cigarrillo, pero tengo que apagarlo después de dos o tres caladas porque el viejo me llama a comer.

Duermo mal. El colchón, depositado sobre el suelo de cemento del galpón,

es blando y apelmazado. Me doy vueltas de modo que termino enredado en el saco de dormir como en una camisa de fuerza. La almohada hecha con mis jeans enrollados me raspa la cara quemada por el sol. A través de las ranuras en el techo se filtra la claridad de las estrellas. Escucho los quejidos de la madera al contraerse y el paso sigiloso de las ratas por las vigas. En sueños hago el amor con Paula. Lo sé, aunque no veo detalles precisos. Estamos en el motel en Caldera. Al terminar voy al baño y me miro en el espejo. Curiosamente no soy yo, sino su ex marido, Tomás Ugarte, el publicista. Cuando ya despunta el alba me vence por fin el cansancio. Me quedo dormido.

Despierto pasadas las diez. De no ser por el ruido de voces y martillazos podría seguir durmiendo el resto de la mañana. El exterior hierve de actividad. Me asomo descalzo al andén. Néstor, que ha sacado la silla de su escritorio a la plataforma, me ofrece café. Acepto. Ocupo su lugar en la silla, todavía somnoliento. Noto que el Suzuki de Paula no está, pero la pequeña carpa amarilla permanece en su sitio. Hay dos camionetas estacionadas frente a las cabañas. Reconozco la de Eleuterio. A través de una ventana sin vidrio ni postigo veo a una mujer que barre. Dos hombres reparan la puerta de otra de las construcciones. Néstor me entrega una taza de café. Insiste en que siga sentado. ¿Qué le parece?, inquiere con orgullo. No sé qué contestar. Llega una tercera camioneta desde el norte, a toda velocidad. Se estaciona paralela al andén. El conductor es un hombre de unos cuarenta y cinco años, que lleva un overol gastado y una gorra de los Cardinals de St. Louis. Trepa de un salto a la plataforma de tablas. Néstor lo presenta: es Jacinto, el jefe de la construcción. Quiere saber de inmediato cuál es el estado del proyecto, si se va a reactivar la obra, qué plazo tiene para concluir el trabajo. Es el viejo quien le explica que soy el guionista y que no tengo relación estrecha con la producción. Jacinto absorbe esta información con seriedad. Le ofrezco un cigarrillo. Fumamos. Le explico que mi tarea es preliminar, que necesito familiarizarme con el lugar para pulir algunos aspectos de la historia. ¿Y la niña?, pregunta, indicando hacia el norte. Tampoco está involucrada directamente en la producción; es fotógrafa. Jacinto asiente despacio. Me interroga sobre mi grado de contacto con los productores. Señalo que es esporádico e impredecible. ¿Sería tan amable de preguntarles por la obra? Más que una petición, es una orden. Transcurre una pausa. Y, por favor, dígales que necesitamos más plata. Ok, digo. Jacinto baja a la explanada. Voy a mirar un rato la casa y después me vuelvo a Toconao, le dice a Néstor, usted sabe dónde encontrarme. Sube a la camioneta. Se marcha.

Un grupo de tres hombres y cinco mujeres, que nos observaban desde una distancia prudente, se acercan a la plataforma. Néstor los presenta uno a uno. Mucho gusto, digo. Les sonrío, deseando haberme puesto las zapatillas. El viejo me explica que dos de las mujeres son costureras. Las otras tres llegaron esta mañana de una extracción de sulfato de sodio. Ah, digo, aunque eso no significa nada para mí. Junto a los hombres, ambos pirquineros, van a

participar en calidad de extras. Una de las costureras y uno de los tipos me entregan tímidamente pedazos de papel, para reafirmar lo declarado por Néstor. Me agacho y despliego los documentos, sabiendo de antemano que son recibos de Castor Philanthropies. Las cifras son generosas. Les devuelvo los papeles. Me equivoco y deben intercambiarlos. Se hace el silencio. Tengo que decir algo, pero no se me ocurre nada. ¡Bienvenidos!, declamo sin convicción y sonrío. Por segunda vez desde que estoy aquí hago una señal con el pulgar. Todos permanecen inmutables, mirándome desde abajo como a un actor o un político en el borde de un escenario. Me acomete el temor irracional de que van a agarrarme por los tobillos. Venzo el impulso de dar un paso atrás. Sigo sonriendo. Ya, dejen tranquilo al caballero, dice de pronto Néstor, y con un gesto enfático de las manos los dispersa igual que a niños o pájaros. Se alejan decepcionados por la explanada.

Prendo otro cigarrillo. Eleuterio se asoma por un costado de la cabaña del puma. Me saluda con la mano. Le devuelvo el gesto. Néstor saca el banco salpicado de pintura de la oficina. Los dos nos sentamos. Tomamos más café. Hace su aparición desde el sur un pequeño camión destartalado. En la parte de atrás viene apiñada una veintena de personas, en su mayoría de aspecto indígena. Néstor se dirige hasta el extremo del andén. Baja con cuidado a la explanada, apoyándose en una viga. A medida que van descendiendo del camión, el viejo va abrazando a los hombres, besando a las mujeres, desordenando el pelo de los niños. Algunos me saludan desde lejos. Yo hago lo propio. El viejo sube al andén y se sienta a mi lado. ¿Todos vienen por la película?, pregunto. Claro. ¿Y qué van a hacer? La mayoría son o les gustaría ser extras, dice el viejo, van a hacer de sí mismos. Pero si aquí normalmente no hay nadie, digo. No importa. Después de una pausa agrega, sonriendo: así era antes, en los buenos tiempos.

A lo largo del día sigue llegando gente. No hay indicios de Paula. A Matías le cuesta creer que toda esta agitación se deba a la mera coincidencia con ella. Lo domina un solo deseo: marcharse. Pero no se atreve. Se siente vagamente culpable de que su presencia aquí parezca reafirmar las promesas de Almagro. Les debe algo que no alcanza a identificar. A medida que siguen llegando lugareños se va asentando un ritual. Cada grupo nuevo envía un solo representante a saludarlo. Matías se mantiene sentado en la plataforma elevada del andén, cual monarca indolente y desdeñoso (está agotado por la falta de sueño). Recibe a esos embajadores con actitud cada vez más estereotipada, como si ya estuvieran actuando. Y es posible que así sea. A ratos teme que hayan sido engañados en un plano distinto a él, que estén representando, sin saberlo, una elaborada broma urdida en su contra. Todos se ven ocupados en algo –forman una fila para ver al puma, reparan las casas, trasladan agua del pozo, revisan los niveles de los vehículos, se apiñan en las delgadas franjas de sombra proyectadas por los aleros con botellas de bebida

llenas de jugo–, y esa actividad a Matías se le antoja impostada, autoconsciente, como si esperaran que de un momento a otro él salte de su silla y exclame: ¡eso es, exacto, ahora tienen que repetirlo para la cámara! El poblado parece haber vuelto a la vida. Pero es un renacimiento artificial, anómalo, piensa Matías. Puede sentir en todo momento, incluso cuando simulan distraerse de él, la presión de su necesidad. Teme que de un momento a otro cambie el estado de ánimo general y la multitud se abalance sobre él para exigir sus derechos, el cumplimiento de lo acordado. Lo hacen pensar en una película de zombis.

A media tarde resuelve marcharse. Es la hora de mayor calor y la actividad se ha reducido al mínimo. Trata de llevar subrepticiamente algunas de sus pertenencias al Golf. Deja el saco de dormir en su lugar, desordenado sobre el colchón, para no despertar sospechas. Al encender el motor recuerda de manera fugaz a Paula. Su desapego, por lo demás natural, me hace tomar conciencia de mi propia obsesión con ella. Acaso yo también debiera dejarla en paz. Mi afán de ampararla de todo mal debiera resultarme sospechoso. Matías se pone en marcha y ve salir a Néstor de la oficina. Lo espera. Néstor le pregunta adónde va y dice que a dar una vuelta por los alrededores. Ha estudiado en un mapa el camino pavimentado que lleva a La Escondida. Su plan es dirigirse hacia el norte y confluir, si es posible, con la línea de tren. Una vez alcanzado el camino, solo tiene que dirigirse hacia el oeste hasta intersectar la Panamericana. Sabe que está demasiado cansado para un viaje largo, que podría quedarse dormido al volante, pero necesita alejarse de este sitio. Ya tiene todo lo que necesita. Si quiere lo acompaño, dice el viejo. No, gracias, don Néstor, prefiero ir solo, tengo que pensar en algunos puntos del guión. Pero el anciano ya ha abierto la puerta y empieza a sentarse trabajosamente. Si arrancara ahora lo dejaría tirado en el suelo y los zombis se lanzarían en su persecución. Por qué no recorremos las salitreras, dice Néstor. Por qué no.

Medianoche. De nuevo no puedo dormir. Hace un par de horas, durante la sobremesa con el viejo, se me cerraban los ojos. Pero en cuanto me tendí en este maldito colchón, la cabeza me empezó a trabajar a toda marcha. ¿Y si el viejo me está drogando? No. No lo creo. Aunque tiene claro que me quiero largar. Ya está decidido. Mañana temprano, con la primera luz. Para eso tengo que dormir un poco. Pero estoy tan exhausto que no logro conciliar el sueño. Escucho ruidos afuera, voces en sordina. ¿Y si se están robando un cable de la batería del Golf o desinflando un par de neumáticos para mantenerme prisionero? Podría levantarme e ir a ver. Pero no vale la pena. Trata de dormirte, huevón. Mañana vas a estar en camino.

En la puerta corredera del galpón se abre una ranura. Alguien entra y vuelve a cerrarla. Me vienen a matar, claro. O a saldar cuentas con una golpiza. ¿Quién anda?, pregunto alarmado. ¡Shhhh!, me conmina Paula. Soy yo,

agrega en un susurro. Viene hasta mí, tentando las formas de las máquinas en la oscuridad. Se detiene junto al colchón. Se saca una prenda, que deja caer al suelo. ¿Dónde estás?, pregunta y se arrodilla en el colchón. Levanto una mano y sostengo uno de sus pechos. Está desnuda. Nos besamos. Paula, no puedo, digo. Ella no contesta. Durante un momento luchamos, yo por mantenerme sentado y ella por obligarme a yacer de espaldas. Una de sus manos hurga en mi entrepierna y encuentra mi sexo y lo aferra. Caigo atravesado sobre el colchón y me golpeo la nuca contra el sobrepolvo. Ella se sienta a horcajadas sobre mis muslos. ¿Estás bien?, pregunta. Acomodo mi posición. Paula se inclina para besarme en la boca, esta vez sin urgencia. Recorre con su lengua el interior de mis labios, el canto de los dientes. No deja en ningún momento de masturbarme con lentitud exasperante. No puedo, no puedo, me repito. Pero no digo nada. Recorro con una mano la curva de su cadera, sus nalgas. Así va a ser el cuerpo de la Cata en diez años más, pienso, un poco más rotundo y más blando, diría que más femenino, y me gusta. Paula se yergue un poco y vuelve a sentarse, ensartándose hasta la base. Se mueve muy despacio. La dejo hacer durante largo rato. Levanto la cabeza para besar y lamer sus pezones. Deja oír un leve chillido de placer, que me hace pensar en las ratas arriba en las vigas. El que todo ocurra en cámara lenta debiera darme tiempo para reaccionar para sacármela de encima, pienso. Pero la dejo hacer. De pronto cambia el ritmo y se frota con fuerza. Quiero cambiar de posición, pero apoya sus manos en mis hombros. No, ordena. Ya, digo. ¿Ya qué? Voy a terminar, explico con voz estrangulada, sorprendido de haber recurrido al sistema de eufemismos que comparto con la Cata. Eso equivale a una doble traición. Ok, dice Paula y se inclina para dejar que uno de sus pechos oscile al alcance de mi boca. ¿No te importa? No, me da lo mismo. Paula acelera el ritmo de sus embestidas. Eyaculo en su interior. Nos quedamos un largo rato en la misma posición, abrazados.

Nos llega un rugido del puma y una conmoción amortiguada. Aarón ha elegido este momento para atacar al conejo de hoy. Vuelve a hacerse el silencio. ¿Cómo podís dormir en esta mierda de colchón?, susurra Paula. No puedo, digo. Yacemos hombro contra hombro en la oscuridad. El sudor en mi pecho y en mis muslos empieza a enfriarse. Aún tengo puesta mi polera. Oye..., empiezo a decir, pero ella me interrumpe: shhhh. Me pone un dedo en los labios. En serio..., insisto. Shhhh, repite. Me voy a ir mañana, consigo decir, a primera hora. Paula no dice nada. Su mano se apoya en mi estómago. Baja hasta mi sexo y lo acaricia despacio. Sus dedos rozan delicadamente mis testículos. Se apoya en un codo para besarme. Espera hasta que mi erección es completa y vuelve a tenderse de espaldas. Ahora tírame tú, susurra.

Paula duerme en posición fetal, de cara a la pared, roncando despacio. No puedo dormir. No he pegado un ojo en toda la noche. La primera luz del alba se filtra por las rendijas del galpón. Si me quedo dormido voy a tener que quedarme otro día más. La tibieza del cuerpo de Paula me tienta a

abandonarme al sueño, pero es un motivo más para largarme y ella lo sabe. Una vez se puede perdonar (o me lo puedo perdonar a mí mismo, la Cata no lo va a saber), pero quedarme aquí con ella sería una cosa muy distinta. Le doy un beso en un hombro. Me visto. Salgo al andén. El poblado está dormido. Daría cualquier cosa por una taza de café. Me dirijo hasta el final del andén tratando de que las viejas tablas crujan lo menos posible bajo mi peso. Subo al auto. Cierro la puerta con un clic. Es el momento de la verdad. Doy el contacto. El motor enciende. Me pongo en marcha. Al llegar al final de la explanada y enfilar por la huella veo al viejo Néstor que sale al andén con el torso desnudo. Gesticula con ambos brazos en mi dirección. Acelero levantando una nube de chusca que lo borra de mi vista.

Llego a la casa. Todo sigue igual, excepto por un cobertizo de zinc bajo el que duermen tres o cuatro hombres. Paso de largo en dirección al norte. Las huellas se bifurcan. Trato de tomar las principales. En caso de duda enfilo hacia la izquierda para ir a dar a la línea del tren. Voy a mayor velocidad de lo prudente en estos parajes, dejando que la parte de atrás derrape en las curvas y acelerando en los tramos de calamina. Imagino un destacamento de camionetas llenos de extras desdeñados y enfurecidos lanzados desaforadamente en mi persecución. Se me cierran los ojos, pero sigo adelante fustigado por el miedo. Me digo que con Paula tenemos poco en común. Estoy seguro de que no me hubiera elegido como amante de haber tenido otras alternativas. Pero me encontraba en el lugar adecuado en el momento correcto. Se ha resignado a mí. A menos que eso también fuera planeado, que formara parte del guión urdido por Almagro. Si lo grabaron (¿eso eran los ruidos?) estoy a su merced. Puedo dar mi matrimonio por perdido. ¿Es entonces el chantaje –y no la humillación– su propósito? Al cabo de una hora veo venir a un tipo solitario que camina por el borde del camino sosteniendo un combo. Me detengo para preguntarle por el camino a La Escondida. ¿Usted es el guionista?, me pregunta. Así es, contesto alarmado. ¿Y va a la mina? Voy a la mina, miento. Me indica con la cabeza del martillo una huella que parece secundaria. Continúo por ella. El terreno se hace más sólido bajo los neumáticos. Me toma otra hora llegar al camino pavimentado. Casi no lo reconozco, ya que la arena lo cubre en gran parte, reduciéndolo a una angosta franja serpenteante. Me detengo un momento, inundado de alivio y júbilo. Necesito rellenar el estanque. Debiera dormir un rato, pero tengo que interponer mucha más distancia con Santa Ignacia. Solo así me voy a sentir a salvo.

11

Desperté a las ocho de la mañana del sábado, en el momento exacto en que Matías doblaba por el camino de La Escondida hacia el oeste, hacia la Panamericana y Santiago. Lola se había encaramado al velador y arqueaba perezosamente la espalda, exigiendo, a su manera oblicua, sus derechos. Le serví comida y agua. Mi desayuno consistió en un whisky triple con hielo. La sensación de Matías tocando a Paula perduraba en mi memoria con la inmediatez y minuciosidad de un dolor físico. Solo al segundo whisky pude adquirir algo de distancia. Se trataba de una experiencia pornográfica, me dije, permitida no por el registro fílmico, sino por mi capacidad (o patología) extrasensorial, pero dotada de la misma irrefutabilidad, la evidencia incontestable de lo que había tenido lugar en el mundo real. Recordé haber leído en alguna parte que en la pornografía operaba, entre otras cosas, una escenificación de los celos, una sublimación de la ansiedad atávica ante la infidelidad femenina y la posibilidad, cifrada en nuestra herencia biológica, de que los hijos que uno criaba como propios no lo fueran. Las estrellas del porno, el objeto del deseo, eran siempre las chicas; uno se identificaba con los anónimos actores y con sus exageradas dotes y capacidades, despersonalizándolos, situándose en su lugar para gozar del sexo por persona interpuesta con las mujeres. Eso sí, el porno era casi exclusivamente visual, apoyado por bandas sonoras no menos falsas y estereotipadas que las situaciones y secuencias de posturas, mientras que lo que yo había sufrido –en el extremo más vívido de mi inestable fusión con Matías– era sobre todo táctil y olfativo. En estricto rigor, Paula era mi ex mujer y tenía libertad de hacer lo que le diera la gana. Pero, por supuesto, en esa idea participaba un componente significativo de distracción, no que ocurriera literalmente delante de mis narices, de manera más nítida que si me hubiera propuesto espiarla por medio de cámaras o micrófonos o lentes. Debí reconocer que no había sido una experiencia del todo desagradable. El sexo rara vez lo era para mí. Pero podría haber sido cualquier otra mujer. ¿O no? Traté de concentrarme en la sensación de la boca de Catalina, su esposa, durante la visita de Matías desde Valparaíso, antes de que él pronunciara el escueto santo y seña que anunciaba el principio del fin, «ya», pero solo acudió la imagen visual de sus labios formando un anillo elástico en torno a su pene. No el mío. En cierto sentido, estábamos a mano, pensé. Pero solo en cierto sentido. Me decepcionaba, claro

está, la insignificancia del sujeto en cuestión, que él mismo, por lo demás, había intuido. Paula hubiera optado por algo mejor de no encontrarse en medio de la nada, en lo que equivalía a una isla desierta. Me llamó la atención, cuando me servía el tercer whisky, el paralelo con un recuerdo de Aurelio: el fin de semana que se quedó en casa de Osvaldo, cuando su cuñada entró a la pieza en la noche y se acercó al sofá, Aurelio no se percató de su desnudez hasta que ella se inclinó y él levantó una mano y sostuvo uno de sus pechos. Pensé también que esas visiones tenían algo de maldiciones: desembocaban en la muerte de sus protagonistas. Así como en el caso de Inés me había correspondido hacer todo a mi alcance para evitarlo, ahora me impulsaba una obligación simétricamente opuesta. Tomé la decisión indeclinable de asesinar a Matías.

Dirigí mis pasos tambaleantes hacia una armería cercana. En alguna ocasión me había detenido ante la estrecha vitrina abigarrada de escopetas de caza, cañas de pescar, anzuelos, cuchillos, anafres, lámparas de *camping*, carpas, sacos de dormir, armas de fogueo... y, de verdad, sin interés en ningún objeto en particular, pero con la sensación de asomarme a un mundo inexplorado, exótico. Entré y me dirigí a un mostrador de vidrio en el que descansaban en hileras una docena de pistolas y revólveres.

–¿Anda buscando algo en particular? –quiso saber el dueño, un sujeto corpulento, de unos sesenta años, con grandes entradas que bordeaban la calvicie y tatuajes borrosos en los antebrazos.

–Un revólver.

–¿Para qué lo quiere?

–Para matar a alguien.

El tipo me miró en silencio. Sonreí, indicando que se trataba de una broma, pero él no me correspondió. Seguí un rato con la vista fija en las armas, que me inspiraban una mezcla en partes iguales de repulsión y fascinación, dotadas de una voluntad propia que permanecía en estado latente bajo su fingida hibernación.

–¿Puedo llevarme uno hoy mismo?

–Lo siento, señor –dijo el dueño–. Me tendría que dejar un depósito y luego traerme, cuando los obtenga, el certificado de antecedentes para fines especiales, el certificado de acreditación de domicilio que entrega Carabineros, la evaluación psiquiátrica y el cuestionario que se responde en la Comandancia de Guarnición sobre la Ley 17.798, de manejo y mantención de armas.

–¿Evaluación psiquiátrica?

–Sí, señor.

–Olvídelo –dije.

Giré sobre mí mismo con un gesto enfático para salir de la tienda. Calculé mal y mi hombro derecho se estrelló contra el marco. Perdí el equilibrio y caí de bruces en la acera.

–Disculpe, oiga.

Me levanté apoyándome en un auto. Emprendí el camino de regreso. Mi exaltada determinación de unos minutos antes empezaba a extinguirse, reemplazada por una angustiante pesadez. Tenía la impresión de avanzar por un pantano, de que mis zapatillas se hundían en el cemento de las veredas y las calles. Me preocupaba Paula. Algo andaba mal. No solo que se hubiera largado al norte sin avisar a Alejandra ni a ninguna de sus amigas más cercanas, sino en su aspecto, su actitud. No la había visto desde el día de la audiencia, antes de la noticia de la muerte de Mariana; me impactaba hasta qué punto los estragos de ese golpe habían dejado en ella una huella visible. Sobre todo en sus ojos. Pensar en sus ojos me asustaba. Hasta entonces no me había pasado por la mente, en medio de la resistencia a mi propia desintegración anunciada, la posibilidad de un colapso de Paula. Ella era, sin duda, la más fuerte de los dos. La había tenido por una constante en medio de una multiplicidad proliferante de variables. Lo que debía hacer era llamar a mi ex suegra, anunciar que tenía buenas razones para sospechar que Paula se encontraba en el norte, en la estación Santa Ignacia, realizando un trabajo, e ir juntos en su busca. Pero la idea de un viaje largo en compañía de Alejandra me era intolerable, excedía mis capacidades. Iba a tener que ir solo, en bus.

De vuelta en el departamento me serví lo que quedaba del whisky. Me recriminé por no haber comprado más. Me recosté en el sofá. Cerré los ojos un instante. Desperté a las cuatro de la tarde, con la sensación de que me estuvieran trepanando el cráneo desde el centro de la frente con un objeto sin filo suficiente. En el baño no di con el ibuprofeno que debía haber comprado en la farmacia dos días antes. Revisé en Internet los itinerarios de los buses. Tenía dos opciones: dirigirme a Taltal y, desde ahí, contratar un taxi que me llevara hasta Santa Ignacia, lo que tardaría, calculaba, una hora y media o dos; o tomar un bus a Antofagasta, lograr que me dejara en la carretera más o menos a la altura de la estación, e improvisar desde ese punto. Opté por la segunda. Me duché. Empaqué una pequeña mochila. Contaba con dos días. El lunes al atardecer tendría que volver de alguna forma a Taltal o Antofagasta para tomar un bus y estar de vuelta en Santiago para la mudanza. Aunque lo más probable era que me viera obligado a postergarla de nuevo. Acababa de consumir, durmiendo la resaca, un día valiosísimo de preparativos para la mudanza y el viaje, y me disponía a desperdiciar otros dos, como mínimo. Pero no me cabía lugar a dudas de que eso era lo correcto. Tenía que ir en busca de Paula.

En el terminal San Borja compré aspirinas y devoré un churrasco y un schop. No había comido en todo el día. La cerveza tuvo un efecto más benéfico que la droga, sesgando levemente el plano de la resaca, de modo que todo me resultara más navegable. Me acomodé en mi asiento en medio del bus, recliné mi cabeza hacia el cristal y me quedé dormido antes de que partiera, arrullado por el ralentí del motor. Desperté varias veces durante la noche. La última en una larga subida al sur de Copiapó, en la que el bus se

detuvo unos minutos y luego se puso en marcha muy despacio, esquivando un par de vehículos policiales con las balizas pulsando y un camión cuyo tráiler, a juzgar por los arañazos en el pavimento, se había atravesado sobre la calzada y la berma, amenazando con despeñarse por una abrupta quebrada. Ante mi ventanilla desfiló la cabina abollada del camión y el auto pequeño que lo había chocado de frente, reducido a un amasijo de metales retorcidos. Casi no me sorprendió reconocer, en los fragmentos intactos de la carrocería, el color gris acero del Golf.

Volví a dormitar. Cuando desperté, después de un tramo largo de sueño, el bus descendía hacia las luces de Chañaral contra la primera claridad del amanecer. Abrí el cuaderno de notas y anoté lacónicamente los principales acontecimientos ocurridos desde la tarde anterior, incluyendo el accidente de Matías. Pensé en Lola. La imaginé regresando al departamento y encontrando un número alarmante de platos llenos de comida y agua cubriendo todo el suelo de la cocina. Rogué para mis adentros que tuviera paciencia, que me esperara al menos por unos días, que no fuera a dar mi ausencia por definitiva. Me sorprendió que la certidumbre de la decisión de ir tras Paula, tomada la tarde anterior aún bajo el efecto del whisky, no me abandonara. Temía encontrarme de pronto en medio del desierto sin la menor noción de qué me había conducido hasta allí. Pero no. Persistía la convicción de que ese era mi deber. Los motivos no eran consistentes, no resistirían una evaluación objetiva, ni siquiera de Alejandra (que no podía creer que la muerte de Mariana, alguien, a fin de cuentas, desconocido hasta hacía poco más de un año, pudiera ocasionar tal daño en su hija, lo que en parte hería su orgullo). Yo reconocía, sin embargo, un delgado hilo conductor interno que atravesaba no solo los últimos dos meses, sino buena parte de los años recientes, una tenue línea de continuidad que no era capaz de expresar en palabras ni de identificar con un estado de ánimo específico, pero que sin embargo estaba ahí y que ahora me acompañaba, alineada con el avance del bus por la carretera. Una vez más recobraba mi propia estabilidad al hacerme cargo –o al menos proponérmelo– de otra persona, por medio de un altruismo engañoso. Recordé algo que me dijo Sebastián la tarde en que citó el verso del poeta inglés, que todo padre sabía que las fases malas de los niños (por lo menos a él le daban ganas, en ciertos períodos, de arrojar a Martín por la ventana) anunciaban el traspaso de un umbral de desarrollo: el crecimiento era un proceso discontinuo y traumático. Me consoló la esperanza de que el caos de los últimos meses fuera a desembocar en un nivel distinto de integración, en una fase nueva de la existencia que probablemente se me iba a revelar ya durante mi viaje a Europa, el norte de África e India. India parecía el lugar apropiado para ese tipo de descubrimientos epifánicos. La lógica de los episodios, sin embargo, me seguía resultando opaca. Vislumbraba un patrón que iba del futuro al pasado y me llevaba de Inés a Paula, pero nada más. Acaso se podía decir de mí lo que Catalina le había recriminado a Matías: haber visto demasiadas películas en las que lo sobrenatural, aunque enigmático en un

principio, siempre terminaba por responder a un código secreto, que el héroe o heroína, después de superar numerosos obstáculos, terminaba por dilucidar para su provecho y el de quienes los rodeaban. Solo tenía seguridad de mi deber hacia Paula, por más que también me aferrara a él.

Pasado el desvío a Taltal aproveché que el auxiliar se encontraba ocupado en el fondo del bus para dirigirme al frente. Apoyando una mano en el cartel que prohibía hablar con el conductor, le informé a este que necesitaba bajarme a la altura de la estación Santa Ignacia, que se trataba de una emergencia. El chofer, un tipo joven, obeso, de tez muy oscura, cuyos anteojos de espejo creaban la ilusión de que la autopista se fuera bifurcando en dos, abriéndose a nuestro paso como las aguas del mar Rojo, negó con la cabeza.

–No se puede –dijo con una jovialidad que me indicó que sí se iba a poder, a la larga–. Es antirreglamentario y queda registrado en el GPS.

–De verdad que es una emergencia.

–¿Y se piensa ir caminando?

–Me van a ir a buscar –mentí.

El tipo siguió conduciendo en silencio.

–¿Supo algo del accidente –pregunté– allá en Copiapó?

Asintió. Me instalé en el asiento del asistente.

–El tipo siguió de largo en la curva. No frenó en ningún momento, así que debe haberse quedado dormido.

–¿A qué hora pasó?

–Como a las cinco de la tarde –dijo el conductor–. Un colega lo había visto más al norte. Iba zigzagueando –imitó el movimiento con una mano–. Tuvo que taparlo a bocinazos para que no le pegara en el costado cuando lo iba adelantando.

Esperó un momento antes de agregar:

–El del camión lo vio venir de lejos. Trató de hacerle el quite, pero no tenía mucho margen de maniobra. El compadre quedó mal. Lo llevaron a Copiapó. Su acompañante salió ilesa.

–¿Y el del auto?

–Murió en el acto. Por suerte iba solo.

–¿Qué auto era?

–Un Golf, creo.

El asistente, en mangas de camisa y gorra, se interpuso entre nosotros, dedicándome una expresión reprobatoria.

–Permiso, señor.

–Disculpe.

–Está prohibido hablar con el conductor.

Asentí. Regresé a mi asiento. Al cabo de una media hora, el bus frenó de pronto y se detuvo ante un paradero derruido en medio del desierto. Reuní mis cosas y bajé, dándole efusivas gracias al conductor. Cuando el bus se puso en

marcha y desapareció detrás de una curva, dejándome solo en medio del descampado, mi euforia me abandonó de golpe.

La tarde anterior, en el terminal San Borja, había tenido la buena ocurrencia de comprar una botella de agua. Extraje una gorra de la mochila y me la puse, junto con un par de anteojos de sol. El paradero era un cobertizo metálico que protegía tres muros de ladrillo con el revoque cubierto de una densa trama de rayados hechos con objetos metálicos. A esa hora proyectaba una larga sombra diagonal, como un monolito a través de la carretera vacía. Sonó mi celular. Alejandra. No contesté. Llamé a Paula. El suyo seguía desconectado o fuera del área de cobertura. A unos veinte metros del paradero, una huella se internaba en el desierto hacia el este, trepando por una colina. ¿A qué distancia se encontraba la estación? No lo sabía con certeza. Unos veinte o treinta kilómetros, calculé, demasiados para intentar salvarlos a pie por el desierto. Tenía hambre. No había comido nada desde el sándwich en el terminal. Esperé casi una hora, hasta que un bus local, que se dirigía a Antofagasta, se detuvo en el paradero. Le expliqué la situación a la conductora, inquiriendo si conocía el número de un servicio de taxis o de informaciones de Taltal. Se encogió de hombros, murmuró algo ininteligible y puso la máquina trabajosamente en marcha.

Bebí un sorbo de agua y me puse en camino andando por la huella. Al llegar a la cima de la colina, a menos de un kilómetro de la autopista, jadeaba y tenía la camisa empapada de sudor. Proseguí la marcha cuesta abajo. Un minuto después, una camioneta destartalada coronó ese vértice y se detuvo frente mí antes de que tuviera tiempo de atinar a subir el pulgar. En el asiento del copiloto iba un anciano ciego de rasgos indígenas, quien llevaba unos viejos anteojos de marco de carey con la parte de los lentes cubierta de pedazos de cinta eléctrica negra, y me dedicó una sonrisa desdentada. El conductor, aunque también ya mayor, debía ser su hijo.

–¿Adónde va? –quiso saber.

–A Santa Ignacia.

–¿Es de la película?

La pregunta del anciano me tomó por sorpresa. Dudé un instante.

–Sí, soy... director creativo.

–Si no le importa –dijo el que manejaba–, súbase a la parte de atrás.

–Muchas gracias.

Trepé a la caja, en la que se amontonaban varios bultos en desorden (sacos de arpillera, palas, rollos de alambre y una caja de herramientas), además de dos perros negros acezantes que me miraron subir y acomodarme sobre un saco con indiferencia. Cuando la camioneta se puso en marcha se situaron cada uno a un costado de la cabina, asomando las cabezas para recibir el viento cálido generado por el avance.

Contra el sol aún rasante de la mañana creí reconocer las formas generales del terreno, la peculiaridad de esa zona del desierto, aunque estaba seguro de

que Matías había seguido una ruta distinta, menos directa. A medida que nos acercábamos a Santa Ignacia me dominaba la curiosa inquietud de que no calzara del todo con mi visión. ¿Qué pasaría si algunos detalles de lo percibido a través de los ojos de Matías, el malogrado Matías que comenzaba a inspirarme una dosis de lástima, no correspondía con la realidad de lo que iba a encontrar allí? Esa divergencia, de producirse, ¿indicaría una superposición de planos de realidad levemente desencajados, una correspondencia inexacta? ¿Era posible que mi propia presencia fuera alterando las cosas, por así decirlo, en línea, abriendo una estela de posibilidades nuevas, tal como ocurriera con mi nefasta intervención en el destino de Inés?

Esa aprehensión irracional fue arrancada de cuajo en cuanto hicimos nuestro ingreso traqueteante en la estación. Todo correspondía con una exactitud pasmosa, fotográfica, que no admitía siquiera las distorsiones generadas por la memoria de una sola persona. El edificio de la estación con el cobertizo del andén a medio desplomar, la explanada, las cabañas: todo estaba donde tenía que estar. Lo cual –el haber visitado ese sitio por medio de otro– no resultaba menos alarmante que su opuesto y ratificaba lo de Paula con el muerto. Eso sí, noté menos vehículos y gente que en los días anteriores. ¿La deserción de Matías había infundido un desanimo general, la sospecha de lo que este y Paula habían descubierto al venir a este lugar? También eché en falta el Suzuki. Salté a tierra al mismo tiempo que Néstor salía de su oficina y bajaba laboriosamente los escalones del extremo del pórtico para venir a mi encuentro. Llevaba el mismo sombrero de ala ancha y los pantalones que le quedaban grandes y las botas polvorientas. Nos estrechamos la mano con efusión.

–Tomás –me presenté–, director creativo. Ando buscando a una fotógrafa, Paula. Quedó de irme a buscar a la Panamericana. Parece que tiene malo el celular.

–Pasó la noche por ahí –el viejo indicó hacia el sitio donde yo la había visto montar su carpa–. Salió hace un par de horas. Creo que iba a la casa.

–¿El teatro?

El viejo asintió.

–¿Por dónde queda? –pregunté, aunque lo sabía perfectamente.

El viejo señaló hacia la huella que continuaba rumbo al norte.

–Bueno, don Néstor, lo veo más tarde.

Me puse en marcha caminando, pero el viejo se aferró a mi brazo.

–Alguien lo puede llevar, si quiere.

–No se preocupe, voy caminando nomás.

Resistí el impulso de zafarme de su agarre sorprendentemente firme. Me di cuenta de que no había preguntado a cuánta distancia quedaba el teatro.

–¿Queda muy lejos?

–A unos cuatro kilómetros.

El viejo me dejó ir. Permanecí clavado en mi lugar. Néstor le indicó con un gesto a un chico de unos doce años que se acercara.

–Anda a buscar al Eleuterio –le ordenó.

El chico obedeció. Vimos salir a Eleuterio de la cabaña que albergaba al puma. Tampoco se había cambiado su uniforme de gorra naranja desvaída, camiseta de Cobreloa, pantalones cortados con tijera y sandalias entalcadas. Era un poco más bajo que en mi recuerdo, sin duda por mi discrepancia de estatura con Matías.

–El caballero viene a trabajar en la película.

Eleuterio sonrió, dejando a la vista su tapadura de oro. Me escrutó con profunda admiración.

–Necesita que lo lleven al teatro –agregó Néstor.

–Ningún problema –dijo Eleuterio–, de hecho voy saliendo en un ratito para El Litio.

–¿Cuánto rato? –pregunté.

–Unos diez minutos.

–Perfecto, gracias.

El viejo cambió la mano con la que se sujetaba los pantalones.

–¿Qué va a hacer usted en la película? –quiso saber.

–Soy director creativo.

–Disculpe mi ignorancia, ¿pero qué hace un director creativo?

–Eh... distintas cosas... –improvisé–. Soy una especie de... asesor sobre... distintos aspectos de la producción.

El viejo me estudiaba con ostensible desconfianza.

–Por razones médicas no puedo manejar. Por eso vine en bus –me disculpé, sin que eso aminorara el recelo del anciano.

–¿Sabe cuándo empieza la...?

–¿El rodaje? No lo tengo claro –dije–. Pero supongo que pronto. Almagro debiera hacer acto de presencia cualquiera de estos días.

A medida que representaba esa farsa me iba sintiendo progresivamente extraviado. Mi decisión de ir tras Paula iba perdiendo fuelle a un ritmo alarmante. ¿Qué estaba haciendo allí? Me había dejado llevar por un impulso intuitivo en el que ahora no encontraba asidero alguno. ¿Qué le iba a decir cuando la encontrara? ¿Cómo iba a justificar mi presencia allí sin referencia a mis desdoblamientos? ¿Me proponía en verdad ayudarla o me movían otras razones ocultas, desconocidas incluso para mí mismo? Todo esto era una monumental pérdida de tiempo a cinco días de mi vuelo a París, cuando debía estar concentrando todas mis energías en la mudanza, el almacenamiento de mis cosas y el viaje.

–¿Quiere ver al puma? –dijo Eleuterio.

–Me encantaría.

Nos dirigimos a la cabaña.

–Le presento a Aarón –anunció Eleuterio, orgulloso.

Contemplé por primera vez con mis propios ojos el triste espectáculo del animal prisionero, que dormía con el lomo apoyado contra el fondo de la jaula y las patas extendidas hacia la puerta de la cabaña en una postura defensiva, abrumado por el calor y una indecible melancolía. El tono uniforme de su pelaje, aunque más claro, y la elegancia de sus líneas me hicieron pensar en Lola. También recordé lo que Paula dijera a Matías: que, por mediación de la película, el puma se situaba, respecto a nosotros, en un nivel distinto de la realidad, que lo contemplábamos como a través de un espejo.

Nos quedamos observándolo un rato en silencio. Aunque advertía nuestra presencia, no abrió los ojos. Mi estómago dejó oír, para mi pesar, un gruñido de hambre, lo cual surtió un efecto benéfico en el viejo.

–Don Tomás, perdone, no le hemos ofrecido nada para comer –dijo.

–No se preocupe.

–Venga a tomar desayuno –me conminó, tomándome otra vez del brazo.

–De verdad, no quiero que se moleste. Prefiero ir directo al teatro...

–¿Cuánto se va a demorar en tomarse una taza de café y comerse un pancito? ¿Diez minutos? Es lo mismo que va a tardar el Eleuterio en arreglar sus cosas, ¿no cierto, Eleuterio?

Eleuterio asintió, sin atreverse a contradecir a su tío.

–Decidido entonces –declaró Néstor.

Cruzamos juntos la explanada, acompañados por el perro. Subimos al andén y me senté en la oficina, frente a su escritorio, en el mismo sitio ocupado por Matías dos días antes. Deposité la mochila en el piso de tablas. El viejo calentó agua para el café y posó dos medias marraquetas sobre un viejo tostador metálico.

–Así que no tiene idea de cuándo empieza la cuestión –dijo, dándome la espalda.

–No, lo siento.

–A la gente le está empezando a caer la chaucha.

–¿De qué?

Néstor giró para enfrentarme.

–De que no se va a hacer la película –dijo sin animosidad.

Me encogí de hombros sin saber qué contestar.

–¿Leche? ¿Azúcar?

–Solo, por favor.

Néstor depositó ante mí un tazón metálico con los bordes oxidados.

–Un guionista también anduvo por acá –dijo, depositando mantequilla y mermelada en el escritorio–. Se quedó hasta ayer y el pobre salió arrancando como alma que lleva el diablo –me dedicó una mirada significativa antes de continuar–. Ustedes están en la misma situación que nosotros.

No dije nada.

–La fotógrafa, el guionista y usted: están acá porque los contrataron, ¿o no?

Asentí. Néstor me sirvió el pan.

–¿Usted no quiere?

–Para mí ya va a ser hora de almuerzo –declaró con su sonrisa agujereada.

Comí con deleite. Me dediqué a interrogar al viejo sobre la vida en Santa Ignacia y sobre su historia, que describía una vasta trama de desplazamientos por el norte del país. Mis pensamientos derivaron hacia Roberts y sus ignotos motivos, de los que solo podía conjeturarse la culpa y la expiación. En medio de unas vacaciones que bien podían haber sido un ensayo general de su luna de miel, mientras él dormía (nada costaba imaginar una discusión, inevitable entre dos personas que viajaban juntas por muchos días), su novia se había alejado de su campamento junto al viejo teatro en ruinas para internarse en la fría noche del desierto, acaso en un episodio de sonambulismo. Pero al despuntar el alba siguió caminando durante una jornada completa, de sol a sol, sin comida ni agua, en línea recta hacia su perdición. ¿Por qué Almagro no mencionó esa historia al momento de contratar a Matías, pero sí a Paula? No cabía lugar a dudas: el sujeto alto, pelirrojo, elegante, encontrado un año antes en Nueva York, era Roberts. En el ojo de mi mente lo veía en la esquina de Madison, ante la funeraria, un sujeto que sobrenadaba en su propia eficiencia, en el que los signos del éxito correspondían con una certeza interior, en parte por falta de imaginación para concebir algo distinto. Nada en él delataba la fisura abierta por ese suicidio, una herida que, a juzgar por el proyecto errático y ambivalente al que había arrastrado a Paula y Matías y Néstor, aún no encontraba la forma de suturar. Castor, Carstensen. Tal como había decidido en su momento trasvasijar los fondos de Phyllis a Inés, podía repartir una nueva ronda de adelantos excesivos a toda esa gente, a cambio de recibos escritos a mano que destruiría a la brevedad posible. Le iba a pedir a Eleuterio o a cualquier otro que me llevara a Taltal, a un banco, para retirar los fondos. ¿Por qué no? Merecían ese dinero más que yo. Pero antes tenía que ver a Paula.

Eleuterio tocó la bocina. Salí al andén, me despedí del viejo y salté a la explanada. Durante el breve trayecto hacia la casa, Eleuterio me habló del puma. Yo iba dominado por la ansiedad de que Paula no hubiera partido con rumbo desconocido mientras me demoraba la hospitalidad del anciano. Divisé el Suzuki, todavía medio oculto por la fachada, sintiendo que me quitaban un peso del corazón. Eleuterio detuvo la camioneta, me estrechó la mano y partió hacia el norte, envolviéndome en una nube de polvo. Al igual que la estación, la casa correspondía hasta en los más mínimos detalles con la visión: la fachada apuntalada por medio de barras metálicas y el esqueleto de vigas nuevas que dejaba ver el anfiteatro de butacas de madera, el espacio de la orquesta, el escenario y la escalera que ascendía desde el recibidor. También permanecían iguales, hasta donde yo lograba recordarlos, las pilas de tablones cubiertas de lona, los sacos de cemento, la casucha ensamblada con planchas de metal corrugado, los caballetes y tambores de plástico. Rodeé la casa

imaginando la expresión de sorpresa de Paula al verme aparecer allí de la nada, ensayando para mis adentros el diálogo que iba a sostener con ella, adoptando y puliendo una determinada actitud, en la que primaba mi preocupación por su bienestar emocional. Eso confirmaba lo que había sospechado durante los días posteriores a la muerte de Mariana: que, al igual que a sus amigas y amigos y familiares, me movía al tender hacia ella una cruda necesidad de atención, deseaba un poco de su tiempo. Esas cavilaciones postergaron la constatación de un hecho irrefutable: Paula no se encontraba ahí.

Me asomé al foso de la orquesta y a la casucha de zinc, aunque ocultarse así no equivalía a su sentido del humor. Comprobé que el auto no estaba cerrado con seguro. En la maleta encontré la carpa (que habíamos comprado juntos en un arranque de furor aventurero, pero que nunca llegamos a usar), su saco de dormir, su bolso –que contenía, entre la ropa, su celular apagado, su iPod y sus dos cámaras fotográficas, la digital y la de rollo–, utensilios sucios y un par de bolsas de plástico: una llena de comida no perecible y la otra de basura. Revisé la guantera y todas las rendijas e intersticios, pero no di con la llave. Me encaramé al entramado de vigas de la casa y trepé hasta el balcón del segundo piso para otear el horizonte. Seguramente había salido a caminar por lo alrededores, me dije, aunque era extraño que no llevara alguna de sus cámaras. ¿O tenía más? No vi indicios de ella en ninguna dirección. Las ondulaciones del terreno ocultaban Santa Ignacia. Hacia el oeste, a un par de kilómetros o algo más, divisé las ruinas de una oficina salitrera. A esa hora, los muros de adobe se mimetizaban con el fondo del desierto y solo era posible distinguir un mapa de sombras vagamente geométricas, como si fueran lo único que quedaba de las antiguas construcciones. Me descolgué de las vigas. Me instalé en el auto, a la sombra. Bajé las ventanillas. Me dispuse a esperarla. Bebí un sorbo de la botella de agua. Mi mente derivó hacia la imagen de Paula sentada en el borde del andén, al anochecer, sosteniendo el tazón de sopa. Su expresión de estar resistiendo con entereza un castigo incesante, del que Matías no sospechaba nada. Volví sobre mis pasos, sosteniendo la botella, hasta el camino. Contemplé la posibilidad de volver caminando hasta la estación, pero, en cambio, siguiendo una vez más ese tenue hilo intuitivo que me conectaba a ella, enfilé hacia el norte.

Avancé por el camino más de media hora, buscando el sitio en que Paula había salido de este para dirigirse a campo traviesa hacia el oeste. Me llevaba, pensé, apurando el paso, un máximo de tres horas de ventaja. Quizás menos. Encendí el celular y comprobé que me quedaba poca carga. Me recriminé no haberle pedido el número a Néstor. Consideré llamar a Alejandra, pero solo iba a conseguir dispararle un ataque de angustia inútil. Decidí llamar a Carabineros, pero no tenía cobertura. Apagué el celular para conservar la pila. Lo más sensato sería dar media vuelta y volver a Santa Ignacia, me dije, para lanzar una operación de búsqueda con todas las de la ley. Pero algo me impulsaba a continuar por mis propios medios. Tenía la sensación de irme

adentrando paso a paso en el calor, como en una sustancia cada vez más densa, en la que terminaría por quedar atrapado igual que un insecto en ámbar. El sudor me empapaba el gorro y lo sentía correr por mi cuello y espalda. Bebí otro sorbo de la botella, de la que quedaban unos dos tercios. Me propuse conservar el resto para Paula. Comprendí que esa había sido su idea desde el principio; por eso la enigmática decisión de cumplir con el trabajo que, dadas las circunstancias, no podía ocupar un lugar sino marginal en su escala de prioridades; por eso la huida sin anunciar su destino, que era perderse, disolverse. Su decisión de replicar el gesto trágico, más bien teatral, de la novia de Roberts, me decepcionaba, era indigno de ella. La duplicación lo volvía levemente irreal, una mera alusión a otros hechos (¿al accidente de Mariana?) sin consistencia por sí mismos, un mensaje en clave cuyo desciframiento era, al fin y al cabo, baladí. Me embargaba un extraño resentimiento contra Paula, que competía con la inquietud por su suerte y el agobio de la marcha forzada bajo el sol inmisericorde del desierto. Su acto me parecía casi de mal gusto. Su propia muerte le importaba tan poco que se daba el lujo de calcar la de otra persona, en un doble abandono de sí misma.

Di o creí dar con el sitio en que se había desviado del camino. Me interné en una costra de tierra endurecida y trizada en la que extravié enseguida su rastro. Enfilé en línea recta hacia las montañas del fondo. Después de unos veinte minutos, un movimiento horizontal llamó mi atención a mi izquierda, en el borde de mi campo visual: un pequeño camión azul que avanzaba por el camino que yo acababa de dejar, desde el norte, levantando una estela de polvo. Les hice señas con mis dos brazos. No supe si me vieron. Continuaron a la misma velocidad cansina rumbo a Santa Ignacia. Yo proseguí usando un par de ondulaciones de la llanura y una colina oscura de forma cónica como puntos de referencia, proponiéndome pasar entre ambos accidentes en mi camino hacia la base de las montañas. El sol cenital del mediodía me deslumbraba, creando la ilusión de que me rodeara una fina bruma. Pese al sudor que me corría por el rostro y me empapaba la camisa, al aleteo alarmado de mi corazón y un ligero dolor de cabeza, me sentía en plena posesión de mis fuerzas y de mi determinación. Mis episodios conducían a Paula y a ese momento, pensé. Era mi deber interponerme en su camino y frustrar sus planes. No me cabía la menor duda. La sed me torturaba, pero resistí la tentación de beber. La botella me pesaba. El agua se entrechocaba contra la pared de plástico a cada paso, en una suerte de contrapunto irregular que me resultaba exasperante. Probé encajar la botella en el bolsillo de mis jeans, pero era muy incómodo. Una cadena de ideas me cruzaba en rápida sucesión por la mente. Pensé en Lola, deambulando liviana entre la multiplicidad de platos en el suelo de la cocina. Pensé en los adelantos que iba a repartir en Santa Ignacia ese mismo día o al siguiente, antes de partir rumbo a Santiago, a tiempo para la mudanza. Pensé en el viaje, me imaginé en el desierto del Sahara. Me dije que, en esa lenta persecución, Paula y yo íbamos reproduciendo hechos reales, los mismos a ser narrados y deformados por la

película que probablemente nunca se llegaría a filmar. Al igual que Matías había presentido al sufrir el acoso de los lugareños, la sola cercanía de ese proyecto nos iba volviendo a todos un poco actores. Recordé que dos noches antes de su accidente, Matías había tenido un sueño premonitorio donde se acostaba con Paula en el motel en Caldera. Al entrar al baño, el espejo no lo reflejaba a él, sino a mí, que en esos momentos lo atestiguaba en secreto. ¿Y si Paula estaba embarazada? Su audacia, incluyendo la falta de precauciones en ese aspecto, se debía a esto, a este plan. Se trataba de una despedida. Una despedida del sexo, no de Matías, que era irrelevante. Pensé en el Golf despedazado. Pensé en Catalina, que había perdido a los dos amores de su vida en un plazo de dos semanas. ¿Era yo el padre de la criatura? Recordé, por algún motivo, que el rey Arturo fue engendrado por un hombre, el rey Uther, bajo la apariencia de otro. Arturo no era un mal nombre para un niño.

Desemboqué en una huella secundaria que trazaba una amplia S en el terreno pedregoso. La seguí durante un tramo y me separé de ella para continuar hacia el este. Dejé atrás las ondulaciones de la derecha. La colina de la izquierda, sin embargo, resultó ser un cerro de altura considerable (aunque nada en el desierto daba una medida de las escalas, el paisaje parecía ir mutando a medida que uno lo recorría como un lento oleaje). Continué bordeando la ladera de ese cerro gris oscuro. Ante mí se abría otra vez la vastedad del llano. Al igual que le sucediera a Aurelio al ir en busca de Osvaldo en la montaña, sentí de pronto que el nexo sutil que me había conectado a Paula hasta ese momento se interrumpía. Me encontré perdido en medio del descampado. Se me vinieron encima todos los errores cometidos hasta ese momento: no dar la voz de alarma, emprender esa búsqueda solo, sin equipamiento, sin una mínima idea de la posible ubicación de Paula (que podía encontrarse en ese mismo instante de vuelta en la casa, acaso sin percatarse aún de mi mochila en el piso de su auto ante el asiento del copiloto) ni de sus intenciones. Tomé conciencia también de mi cansancio, el latido forzado de mi corazón, la intensificación de la jaqueca y un principio de náusea. Noté que estaba seco. Había dejado de sudar. Entonces divisé, en el flanco del cerro del que ya comenzaba a separarme, una hilera de pasos. Emprendí, sin detenerme a pensarlo, el ascenso a grandes zancadas. La empinada pendiente era dura, pero la recubría un fino polvillo negro de unos treinta centímetros de espesor, en los que se perdía pie igual que en una duna, dificultando terriblemente el avance. La oscuridad del mineral irradiaba y multiplicaba el calor. Mi cuerpo fatigado prodigó nuevas señales de desesperación: aparte del dolor de cabeza –que insistía en el mismo punto castigado la tarde anterior por la resaca– y la taquicardia, mi respiración se hizo rápida y superficial, me proponía llenar mis pulmones y no lo lograba; me sentía afiebrado; de pronto flotaba en el mareo, como si hubiera sintonizado la longitud de onda de la borrachera. Me detuve a vomitar y eso me infundió relativas energías. Me forcé a tomar un trago de agua. Una cantidad preciosa de la que privaba a Paula. Seguí escalando. Cada paso era

un suplicio, pero perseveré, aunque me entraban dudas de si lo que había visto desde la base eran huellas humanas y no una cadena de pequeños desprendimientos en ese polvo fino, inconsistente. Me inundó una inesperada ternura por Aurelio y me dije que ese era el verdadero nexo que nos hermanaba, más allá de los grados de separación: el penoso ascenso por la pendiente negra, el calor infernal.

Descubrí que, unos quince pasos más arriba, la ladera se plegaba en una angosta repisa diagonal. Me pareció un buen lugar para descansar. Me tendí en posición fetal, clavé la botella en la arena y cerré los ojos. Me quedé dormido o perdí la conciencia. Al despertar me ardían la cara y las manos, en parte por la fiebre y en parte por el castigo del sol. Me costaba trabajo respirar. Me senté en la arena y distinguí abajo, en la base del cerro, a una mujer que rodeaba la ladera. Era Paula. Vi, hacia la izquierda, las siluetas de otros tres hombres que habían pasado por el mismo lugar y se internaban en el llano, divergiendo unos de otros. En la huella en forma de S se habían detenido el camión azul que viera pasar esa mañana y una camioneta policial y, si no me equivocaba, el Suzuki. Contemplaba a Paula mucho más cerca de lo que hubiera estimado de no tener su cuerpo como referencia. Calculé que nos separaban unos trescientos cincuenta o cuatrocientos metros. Caminaba en dirección al este, hacia las montañas, según yo había imaginado, pero buscándome a mí. Traté de gritar, pero no me salió la voz. Bebí el resto del agua. Conseguí a duras penas ponerme de pie. Entonces me vio y agitó los brazos y gritó mi nombre, que me llegó ahuecado por la distancia o la fiebre. Inicié el descenso. Mi primer paso, sin embargo, se hundió en el terreno blando, que cedió bajo mi peso, no me sostuvo.

12

El teniente golpea con sus nudillos el marco de la jaula, procurando atraer la atención del puma. El animal abre los ojos, pero lo ignora. Posa su mirada indolente en el último conejo, en el que ya se adivinan el mecanismo del esqueleto, el bombeo de la sangre, los músculos a ser despedazados. El carabinero, que ha permanecido en cuclillas, se incorpora y se encaja la gorra. Usted se me queda por acá, don Néstor. Sí, mi teniente, contesta con un dejo de sorna el anciano, que se sujeta los pantalones apoyado en el umbral. Debieran llegar a última hora de la tarde, agrega el teniente, como si no hubiera escuchado al viejo, no se le vaya a ocurrir soltarlo. Sale de la cabaña. Sube a la camioneta verde que espera con el motor encendido, formando una caravana con el furgón donde va el cuerpo enfundado en una bolsa de plástico. Paula los despide con un vago gesto. Se acerca al viejo cruzando la polvareda. Sostiene en una mano el cuaderno de notas. Ambos se quedan observando al puma. Paula desliza su espalda por el marco hasta quedar sentada en el piso de tablas. En su aspecto se combinan el dolor y una entereza inclaudicable, su actitud sugiere un enfrentamiento parcial de las cosas, desde un ángulo oblicuo. ¿No se va con ellos?, quiere saber Néstor. En un rato, dice ella en tono monocorde. Luego agrega, señalando a Aarón: ¿qué va a pasar con él? Se supone que lo vienen a buscar durante la tarde, le informa el viejo, funcionarios del SAG de Antofagasta. Paula extrae una pequeña cámara digital del bolsillo de sus jeans y fotografía al animal impasible. ¿Se lo llevan a un zoológico? No lo tengo claro. ¿Y usted se va a meter en problemas? Ya estoy en problemas, declara el viejo con una sonrisa. Por lo menos no me llevaron preso, continúa, eso ya es algo. ¿Y Eleuterio? Para qué meter a Eleuterio en este baile, mejor que me caiga a mí la cosa nomás. ¿Puede perder la pega de cuidador? El viejo se encoge de hombros. A estas alturas no va a hacer mucha diferencia.

Paula se incorpora y se dirige hacia el Suzuki, seguida por el viejo. Pasa junto al auto y continúa hasta el andén. Se sienta en el borde del entablado, a la sombra del alero. Abre el cuaderno. Pasa las hojas en silencio. Néstor se apoya contra la plataforma de madera, demasiado alta para treparla de un salto como ha hecho ella. ¿Está bien?, pregunta Néstor. Ella asiente sin levantar la vista del cuaderno. ¿Qué va a hacer?, insiste el anciano. Me voy a Taltal con los pacos, no me queda otra. ¿Quiere que la acompañe? No, no se preocupe.

¿Lo va a trasladar a Santiago? Paula cierra el diario. Suspira. Sí, anuncia, si es que logro sacar adelante todos los trámites, supongo que lo hacen para distraer a los deudos, para mantenernos ocupados. ¿Qué trámites? Obtener el certificado de defunción, inscribir el deceso en el Registro Civil, ubicar una funeraria, sacar una autorización del seremi y varios más. No sé si lo puedo hacer todo un día domingo. Déjeme que la acompañe, en serio, dice el anciano, apoyando una mano huesuda en la mano de Paula, no me cuesta nada. No se preocupe, don Néstor.

Se quedan un rato en silencio. El auto espera apuntando en dirección al camino que conduce a la autopista. Me gustaría quedarme aquí por un tiempo, dice ella. ¿Por qué no vuelve después de todo este asunto? Tal vez lo haga, miente ella. Su marido no tenía nada que ver con la película, ¿no?, pregunta Néstor. Ella niega con la cabeza. No que yo sepa. ¿Cree que se vaya a filmar?, insiste él. No tengo idea, don Néstor.

Ahora sé que los episodios –Inés, Aurelio, Matías– efectivamente volvían a ella a través de una trama de nexos causales que a ratos logro entrever y luego me abandona, como si observara una tela de araña girando el foco de una lente finísima que fuera acentuando hilos, conexiones insospechadas y, al mismo tiempo, cegando otras. Por momentos, una de esas hebras me es revelada de manera fugaz, mi atención la recorre igual que una descarga eléctrica. Luego la dejo ir, la olvido. Lo primero que se apaga es el tejido conectivo entre un nudo o encrucijada y el siguiente. En una escala de tiempo más vasta, los hechos son indesmentibles, pero su significado se desplaza, se vuelve impersonal. Atestiguo esos destellos a través de un velo de indiferencia, se conectan conmigo de una manera indirecta y también inesperada, como si hubiera tomado por literal lo que era en realidad una representación, por crucial lo secundario, y viceversa.

Paula baja a la explanada y abraza al anciano. Nos vemos pronto, dice este. El Suzuki se pone en marcha. Néstor lo ve alejarse hasta que transpone la primera curva y da la impresión de hundirse en el desierto. Alcanza el extremo del andén, sube trabajosamente los escalones y se dirige arrastrando sus botas hasta su oficina, seguido por el perro. Después del tumulto de los últimos días, la estación parece más vacía que antes. Su inmovilidad es un alejamiento del mundo exterior, que la va dejando atrás. La madera nueva de los postigos y puertas reparados reluce en las cabañas, en contraste con el letrero desteñido donde aún consta el nombre de la estación, con las secciones derrumbadas del alero. Las sombras se alargan en torno a la tapa del pozo, el cadáver del perro, los resortes de la cama elástica. El viejo cocina lentejas. Fríe cebolla y ajo en una sartén y las vierte en el agua burbujeante. Come sin prisa en su lugar ante el escritorio. Lo acompaño sentado en el banco. No sé si presiente mi cercanía. Lava los platos. Saca la silla al pórtico y se instala allí con una taza de café. Ya es de noche cuando se acuerda del conejo. Al día siguiente (o al subsiguiente) llegan dos funcionarios del SAG. Néstor los conduce a la cabaña. Comprueban que el puma ha embestido contra la reja,

formando un pequeño boquete, suficiente para escapar.

Otra hebra lleva a las ruinas de la oficina salitrera. Desde este emplazamiento se domina el esqueleto de la casa y, a la distancia, lo que queda de la estación abandonada. Aquí se encontraba Paula cuando bajé de la camioneta de Eleuterio y recorrí la construcción y trepé el entramado de vigas –que ya se han desplomado y han sido saqueadas, junto al resto de los materiales de la obra y a buena parte de las cabañas que enfrentaban la antigua estación, para tener segundas y terceras vidas integradas a las viviendas de los lugareños– y me dediqué a otear el horizonte y me senté en el auto, antes de emprender mi desesperada incursión en su busca. Lo más probable es que, abstraída en la tarea de fotografiar las formas despedazadas con la minúscula cámara digital, no se percató de mi presencia. También es posible que viera llegar la camioneta y, al reconocerme, decidiera ocultarse, refugiándose instintivamente de mi ansiosa benevolencia; que vigilara mis pasos desde uno de los muros exteriores de adobe, rogando que yo no tuviera la ocurrencia de venir hasta aquí, y luego no encontró el momento adecuado para modificar su actitud ni el pretexto a esgrimir hasta que ya fue demasiado tarde. La intemperie también va carcomiendo el muro discontinuo de este recinto –que me hace pensar en hileras paralelas de columnas–, las escalinatas, las barandas de piedra, el borde agrietado de los pozos. De la casa solo queda la fachada, que cada día va apoyando otro poco de su peso en los pilotes oxidados que la mantienen en pie. Incluso las butacas se han esfumado. El camino, que ya apenas se transita, casi no se distingue en la base del declive que termina en la llanura abierta. De la estación solo va quedando el bulto del galpón principal, desprovisto del alero y del cobertizo de zinc. Las grietas abiertas entre los tablones dejan ver, incluso desde aquí, la explanada.

Paula baja a la explanada y abraza al anciano. La veo vomitando en el baño de un motel. En la habitación contigua se adivina el resplandor cambiante de un televisor, una cama deshecha. Paula se enjuaga la boca. Se lava los dientes. Se sienta en el borde de la tina. Su rostro se contrae y lo cubre con sus manos. Solloza durante largo rato, con todo el cuerpo, dejando escapar gemidos lastimeros. Al final se suena con papel de baño. Se tiende de espaldas en el piso de baldosas, en diagonal. Extiende los brazos todo lo que permite el estrecho espacio. Cierra los ojos. Paula conduce el Suzuki, alejándose, creo, de la casa de su madre. Una bandada de pájaros levanta el vuelo alarmada por su paso. Uno de ellos realiza una mala maniobra, no alcanza a tomar suficiente altura y es alcanzado por uno de los focos. El golpe es suave, no más intenso que una palmada, pero todo se ve envuelto de pronto en una nube de plumas que cubren el parabrisas y luego se evaporan y desvanecen. Paula no se detiene. Más tarde, en una luz roja, baja del auto y rodea el capó para mirar el foco. No hay rastro alguno del pájaro: una muesca o trizadura interna en el plástico, como la que dejaría una piedra o una manchita de sangre. Los conductores se ensañan con sus bocinas. Paula entra al departamento de Rosal por primera vez. Quedó de juntarse con la dueña. Usa mi llave. Recorre el

dormitorio y el living, reconociendo los objetos familiares en ese lugar desconocido, inventariando mentalmente lo que va a conservar. En la cocina se encuentra con una decena de platos repartidos por el piso. Algunos están limpios; otros, llenos a medias. Hay trozos de comida desperdigados por el linóleo. No se ven rastros de Lola. Paula, sentada en la sala de espera de una clínica, decide que si es un niño se va a llamar Tomás. Paula, con el embarazo ya visible, bebe un vaso de jugo sentada en el sillón gris de Lola, en un balcón que domina una vista del río. El niño de tres años acaba de quedarse dormido. Paula lo observa apoyada en el umbral. Una mujer rubia, de pelo corto, que recuerda a Mariana, la abraza por detrás y le besa delicadamente el cuello. Es la viva imagen de su padre, dice Paula. El niño sueña (y cuando despierte va a olvidar) que es otros. Se encuentra a sí mismo, en rápida sucesión, en diversos cuerpos y lugares: en una plaza, rodeado de una tormenta de nieve, en una ciudad confusa, en un desierto. Vislumbra que esas personas son de alguna forma él o que han hecho posible su advenimiento. La estadía de la anciana en el departamento de Tomás, por ejemplo, impidió la visita de su madre, que hubiera modificado el curso de las cosas; la muerte de Osvaldo motivó el viaje de su ex novia al sur y también el del marido de esta al norte. En el sueño, las hebras se trenzan, se consolidan, el niño reconstruye desde dentro fragmentos de las vidas (¿y muertes?) que se alinearon para crear la suya, pero las confunde o baraja y esos cruces se proyectan al pasado, irrumpen en la realidad. El niño se columpia en un parque ante la mirada distraída de las mujeres. Bernardita conduce por la carretera en dirección al norte. Anochece. A su lado, Paula duerme con la boca abierta y la mejilla reclinada contra el cinturón de seguridad. En el asiento de atrás, en su silla, Tomás ve desfilar un áspero paisaje costero. Se esfuerza por no quedarse dormido. Arriban a media tarde a la estación abandonada. Paula fotografía al niño en brazos de Bernardita contra el flanco del galpón derruido. Paula en un supermercado. Paula caminando por un sendero en medio de un bosque tropical, lleva un sombrero de tela, una mochila y dos pesados bolsos de equipo fotográfico. Paula, con una cámara en el regazo, apoya la frente en la ventanilla de un avión que acaba de despegar y contempla abstraída el mapa de luces de una ciudad.

Grupo Planeta

España
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
Tel. (34) 93 492 80 36
Fax (34) 93 496 70 58
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es
www.planetadelibros.com

Argentina
Av. Independencia, 1668
C1100 ABQ Buenos Aires
(Argentina)
Tel. (5411) 4382 40 43/45
Fax (5411) 4383 37 93
Mail: info@eplaneta.com.ar
www.editorialplaneta.com.ar

Brasil
Rua Ministro Rocha Azevedo, 346 -
8º andar
Bairro Cerqueira César
01410-000 São Paulo, SP (Brasil)
Tel. (5511) 3088 25 88
Fax (5511) 3898 20 39
Mail: info@editoraplaneta.com.br

Chile
Av. 11 de Septiembre, 2353,
piso 16
Torre San Ramón, Providencia
Santiago (Chile)
Tel. (562) 652 29 00
Fax (562) 652 29 12
Mail: info@planeta.cl
www.editorialplaneta.cl

Colombia
Calle 73, 7-60, pisos 7 al 11
Santafé de Bogotá, D.C.
(Colombia)
Tel. (571) 607 99 97
Fax (571) 607 99 76
Mail: info@planeta.com.co
www.editorialplaneta.com.co

Ecuador
Whymper, 27-166 y Av. Orellana
Quito (Ecuador)
Tel. (5932) 290 89 99
Fax (5932) 250 72 34
Mail: planeta@access.net.ec
www.editorialplaneta.com.ec

Estados Unidos y Centroamérica
2057 NW 87th Avenue
33172 Miami, Florida (USA)
Tel. (1305) 470 0016
Fax (1305) 470 62 67
Mail: infosales@planetapublishing.com
www.planeta.es

México
Presidente Masaryk 1111, 2º piso
Col. Chapultepec Morales
Deleg. Miguel Hidalgo
11570 México, D.F.
Tel. (52 55) 3000 6200
Fax (52 55) 3000 6257
Mail: info@planeta.com.mx
www.editorialplaneta.com.mx
www.planeta.com.mx

Perú
Grupo Editor
Jirón Talara, 223
Jesús María, Lima (Perú)
Tel. (511) 424 56 57
Fax (511) 424 51 49
www.editorialplaneta.com.co

Portugal
Publicações Dom Quixote
Rua Ivone Silva, 6, 2.º
1050-124 Lisboa (Portugal)
Tel. (351) 21 120 90 00
Fax (351) 21 120 90 39
Mail: editorial@dquixote.pt
www.dquixote.pt

Uruguay
Cuareim, 1647
11100 Montevideo (Uruguay)
Tel. (5982) 901 40 26
Fax (5982) 902 25 50
Mail: info@planeta.com.uy
www.editorialplaneta.com.uy

Venezuela
Calle Madrid, entre New York y Trinidad
Quinta Toscanella
Las Mercedes, Caracas (Venezuela)
Tel. (58212) 991 33 38
Fax (58212) 991 37 92
Mail: info@planeta.com.ve
www.editorialplaneta.com.ve

Seix Barral es un sello editorial del Grupo Planeta www.planeta.es